

Individualismo anarquista



Emile Armand



Ediciones HL

E. Armand

Individualismo anarquista y camaradería amorosa
El anarquismo individualista, lo que es, puede y vale

2006 Ediciones HL

Se recomienda la reproducción
total o parcial de este texto
difunde libremente

Contacto:

hormigalibertari@yahoo.com

hormigalibertaria.blogspot.com

www.espora.org/hormigalibertaria

Individualismo anarquista



Emile
Armand

Individualismo anarquista
y camaradería amorosa



Prólogo

Emile Armand nació en París, en 1872. Hijo de familia burguesa progresista, recibió una profunda educación anticlerical que, casi con simetría, generó en él una gran pasión místico-religiosa. Su padre luchó en la Comuna de París y debieron exiliarse en Londres. A su regreso ocurrieron varias cosas: se convirtió en soldado de Cristo, empezó a leer libros anarquistas y se hartó de su mujer.

La rebelión de Emile Armand fue prolija y masiva. Se reveló a la manera de una imagen fotográfica: los colores fueron apareciendo imprevistamente en medio de una vida gris, virgen, insanguie. Primero se rebeló contra su propio nombre, Ernest Lucien Juin: una institución familiar. Luego contra su credo católico: una obligación moral. Después contra su esposa: una condena social. Y más tarde contra el poder-en-general, debilidad común a todos los hombres y semilla de la desdicha. Entonces dibujó su nombre propio, Emile Armand, tan voluptuoso como el dogma gentil que comenzó a profesar: la camaradería amorosa, precursora combinación de sensualidad y libertad, de amor y respeto. Y asumió una nueva identidad paradójicamente generosa: el individualismo anarquista.

Si la hipocresía es la madre del hombre mediocre y la avidez es el padre, Armand pretendió crear una generación temprana de hijos libres, egoístas alegres, hombres-niño que supieran detectar con su cuerpo la mezquindad del poder justo allí donde éste se acerca en actitud cómplice. Armand no estaba solo, sentía la compañía amistosa de Max Stirner y Han Ryner, reconocidos individualistas que tampoco se llamaban así y que habían recorrido un camino previo muy inspirador para el pensador francés.

Emile Armand fue un hombre completo: ensayista, poeta, periodista, editor y traductor. Temía las novelas, los versos alejandrinos y los géneros y espíritus que pretenden fundar la belleza en el estricto cumplimiento de reglas formales. Por momentos, su escritura se torna pegajosa, algo repulsiva, sentimental, pero este incidente responde a la sinceridad de un hombre que no podía ni quería tomar distancia de su pasión. Ya había tomado demasiada distancia en el pasado: para él era tiempo de estrecharse. Los títulos de algunas de sus publicaciones lo atestiguan: *Los Refractarios*, *Fuera de la Manada*, *Más allá de la pelea*, *El Único*.

El prejuicio corriente indica que individualismo es sinónimo de ofuscamiento, escepticismo, melancolía y repulsión. Que si el individualismo fuera animal, sería alimaña, si fuera estación, sería invierno y si fuera habitación sería sótano. Indica también que la sensibilidad individualista es en realidad una clausura de los sentidos, un cerramiento egoísta hacia un yo que se cree centro del mundo. Para qué negarlo, para los individualistas anárquicos es cierto que cada uno es el centro del propio mundo: no hay Una Sola Tierra, por más que la física se siga esforzando en establecer sus coordenadas cósmicas. La negación de esta condición unívoca es característica del hombre que, predicando una filantropía meramente discursiva, practica con violencia una centralidad irrespetuosa. Eso es lo que observó Armand: ser único no es ser el único, y ser entre otros no es ser

cualquiera. El problema es que la "cuestión del centro" ha sido curiosamente malinterpretada por la manada de "altruistas".

El individualismo de Armand responde con una sonrisa a los prejuicios tradicionales, uno de los cuales es el sexual. Es el individualismo de la alegría. Y la alegría es prima hermana del erotismo. Aún así, es exagerado considerar a Emile Armand como un profeta de la libertad sexual. Claro que él la practicaba y la pregonaba, es cierto, pero éste era un pregón dirigido a unos pocos, unos compañeros de alma que pudieran reconocer el latido de la libertad en sus ricas formas. "El individualista es generalmente un hombre muy sensible, un contemplador, un meditador, un aficionado a la observación social y el análisis personal", comenta el Georges Palante en *La sensibilidad individualista*.

Como dijo alguna vez Sainte-Beuve, "si todos nos pusiéramos sólo un minuto a decir lo que realmente pensamos, la sociedad se derrumbaría". Y Armand quiso derrumbar los prejuicios morales y sexuales de su época para crear un nuevo tiempo. La historia nos dice que ninguna destrucción es demasiado bienvenida, y la suya no fue excepción, pero vale rescatar la valentía de un hombre que, como tantos otros, puso el cuerpo y las ideas fuera de su época.

Cuadro de situación El ambiente social

Un caos de seres, hechos e ideas; una lucha desordenada, áspera y sin cuartel; una mentira perpetua; una continua sucesión de eventos que transcurren ciegamente elevando hoy a algunos para mañana aplastarlos sin piedad.

Una masa informe y anónima, ricos y pobres, esclavos de prejuicios seculares y hereditarios: unos porque en ello encuentran provecho, otros porque están sumergidos en la ignorancia más crasa y no tienen la voluntad de escapar. Una multitud que hace culto del dinero y que tiene como ideal supremo al hombre enriquecido; un gentío embrutecido por los prejuicios, por los métodos de enseñanza, por una existencia artificial, por el abuso del alcohol y los alimentos adulterados y sofisticados; una plaga de degenerados de arriba y de abajo, sin aspiraciones profundas, sin otra meta que "llegar" o vivir tranquilamente.

Lo provisorio amenaza continuamente con transformarse en definitivo, y lo definitivo amenaza no dejar de ser más que algo provisorio. Vidas que engañan a sus propias convicciones y convicciones que sirven de trampolín a ambiciones deshonestas. Librepensadores que se revelan más clericales que los mismos curas, y devotos que se revelan vulgares materialistas. Superficiales que quisieran pasar por profundos y profundos que no logran que los tomen en serio.

Este es el cuadro vivo de la Sociedad, y todavía está muy por debajo de la realidad ¿Por qué? Porque en cada rostro sobresale una máscara; porque nadie se preocupa por ser y todos se preocupan por parecer ¡Parecer!, he ahí el ideal supremo, y si se desea tan ávidamente el bienestar y la riqueza es

únicamente para tener la posibilidad de parecer. Porque, con los tiempos que corren, ¡el dinero es lo único que nos deja bien parados!

La carrera de la apariencia

Esta manía, esta pasión, esa carrera hacia la apariencia y hacia aquello que la procura devora tanto al rico como al vagabundo, al culto como al iletrado. El operario que maldice al capataz sueña convertirse en capataz; el negociante que hace pompa de su honor comercial no se priva de participar en asuntos poco honrados; el pequeño mercader, miembro de un comité patriota y nacionalista, tiene prisa en hacer encargos a los fabricantes extranjeros porque en ello gana su parte; el diputado socialista, abogado defensor del pobre proletariado que se apila en los barrios más sucios de la ciudad, reside en un sitio privilegiado, habita en los barrios señoriales donde el aire es abundante y puro; el revolucionario que impreca las persecuciones y se esfuerza por conmover los corazones sensibles mientras la burguesía -timón del Estado- lo persigue sin tregua, lo encarcela, le niega la libertad de hablar y de escribir, a él lo encontramos, una vez que logró hacerse del poder, más prepotente, más intolerante y cruel que aquellos a los que reemplazó. El librepensador se casa de buena gana por iglesia y casi siempre bautiza a sus hijos. Sólo cuando el gobierno es tolerante el religioso osa ostentar sus ideas, y calla en cambio donde la religión es puesta en ridículo.

¿Dónde encontrar sinceridad, entonces? Por todos lados se extiende la gangrena. Está en el seno de la familia, donde con frecuencia padre, madre e hijos se odian y se engañan aún diciendo amarse. La vemos en los matrimonios, donde marido y mujer, mal atendidos, se traicionan sin osar romper el vínculo que los encadena, o, al menos, sin tener el coraje de hablar francamente. Ella se muestra en cada agrupamiento en el que alguno intenta suplantar al vecino en la estima del presidente, del secretario o del cajero, a la espera de tomar su puesto cuando éstos lleguen al límite de la riqueza. Ella abunda en los actos de abnegación, en las acciones insignes, en las conversaciones privadas, en las declaraciones oficiales.

¡Parecer, parecer, parecer! Puro, desinteresado y generoso parecer -cuando pureza, desinterés y generosidad son vanos embustes-, parecer moral, honesto y virtuoso -cuando la integridad, la virtud y la moral son las preocupaciones menores de aquellos que las profesan.

¿Dónde encontrar alguien que huya del contagio?

La complejidad del problema humano

Se nos objetará que tratamos el problema desde un punto de vista metafísico, que hay que bajar al terreno de la realidad, y que la realidad es ésta: que la Sociedad actual es el resultado de un largo proceso histórico que quizás esté recién en sus inicios; que la humanidad o las varias humanidades van buscando su camino, tantean, pierden la vía, la recuperan, progresan y retroceden. Que resultan sacudidas hasta sus bases más profundas por ciertas crisis; que son arrastradas, lanzadas por la ruta del destino para enseguida aflojar la marcha o, por el contrario, marcar el compás. Que raspando un poco el oropel, el barniz, la superficie de las civilizaciones contemporáneas,

se desnudan los balbuceos, los infantilismos y las supersticiones de civilizaciones prehistóricas o quizás pre-prehistóricas.

Desde un punto de vista puramente objetivo se nos dirá que la sociedad "actual" abraza todos los seres, todas las aspiraciones, todas las actividades, todos los dolores y sufrimientos también. Comprende los productores y los ociosos, los desheredados y los privilegiados, los sanos y los enfermos, los sobrios y los borrachos, los creyentes y los incrédulos, los peores reaccionarios y los seguidores de las doctrinas más inverosímiles. La sociedad se modifica, evoluciona, se transforma. Lleva en sí los gérmenes de la disolución y el renacimiento; en algunos momentos se destruye a sí misma y en otros se regenera. Aquí ella es caótica; allá ordenada; más allá caótica y ordenada a la vez. Ella glorifica la abnegación, pero exalta el interés. Está a favor de la paz, pero sufre la guerra. Está en contra del desorden, pero acepta las revoluciones. Ella se atiene a los hechos conocidos, pero adquiere sin pausa nuevos conocimientos. Odia todo lo que turba su tranquilidad, pero sigue de buen ánimo a aquellos hijos suyos que saben disipar su desconfianza, o despertar su curiosidad con promesas de distinto tipo, o calmar sus temores con el aliciente de un espejismo. Impreca contra los poderosos, pero al final toma su modelo, adopta sus costumbres y regula sus aspiraciones en base a las de ellos. Sacudida por terribles crisis y arrastrada a los peores excesos, se encuentra naturalmente sierva y vasalla apenas se disipa el humo del incendio. Ella es impulsiva como un muchacho, sentimental como una joven, vacilante como un anciano. Obedece a los instintos más primitivos, los instintos que guiaban a las aves cuando no existía sociedad alguna, pero se plega a las disciplinas más rigurosas, a los reglamentos más severos. Exige que sus conductores se sacrifiquen por ella, pero se rebela cuando la explotan. Es generosa y ávida. La rigidez de los hábitos le resulta insoportable, pero ostenta la decencia. Es partidaria del mínimo esfuerzo pero se adapta al trabajo agotador. Huye de la fatiga pero baila sobre los volcanes. Es mayoritaria pero concede a las minorías. Hace reverencias a los dictadores pero levanta monumentos en honor de los caídos. Una melodía melancólica la hace llorar, pero el redoblar de los tambores despierta en sus recuerdos algo que suena desde hace muchas generaciones: el deseo de masacrar, de destruir, de saquear. Ella es cruel y tierna, avara y pródiga, vil y heroica. Es un crisol inmenso, enorme, en el cual se encuentran y se funden los elementos más dispares, los caracteres más disímiles, las energías más contradictorias; un horno que consume las actividades manuales e intelectuales de sus miembros sólo por el gusto de la destrucción; un campo siempre abonado por las conquistas y las experiencias de generaciones pasadas. Se parece a una mujer en estado de embarazo perpetuo que ignora quién o qué saldrá de su vientre. Es la Sociedad.

Se nos concederá enseguida que no todo es perfecto en la Sociedad, pero ¿no es propio de todo lo actual ser imperfecto? Es a través de la autoridad que ella mantiene los lazos de solidaridad que unen a los hombres -lazos bastante débiles-, pero todavía no se ha demostrado que sin autoridad pudieran subsistir las Sociedades humanas. La hipocresía domina las relaciones entre los hombres, en todos los ambientes y todas las razas; pero

todavía no ha sido probado que ella no constituya en realidad una necesidad cuyo origen radica en la multiplicidad de temperamentos, que no sea acaso un expediente instintivo destinado a atenuar los choques y quitar un poco de aspereza a la lucha por la vida.

Las condiciones de producción y distribución de los productos favorecen a los privilegiados y perpetúan la explotación de los que no lo son, pero queda por determinar: 1) si en las circunstancias actuales de producción industrial se podría obtener, sin esa explotación, el rendimiento necesario para el funcionamiento económico de las sociedades humanas; 2) si cada trabajador no es un privilegiado en potencia, es decir, un aspirante a suplantarlos para disfrutar de sus privilegios.

Se nos dirá todavía que es una locura intentar descubrir y establecer la responsabilidad del individuo; que él está sofocado, absorbido por todo aquello que lo rodea; que sus pensamientos y sus gestos reflejan los de los otros; que no puede ser de otra manera y que, si en toda la extensión de la escala social la aspiración es parecer y no ser, la causa debe buscarse en el estado actual de la evolución general y no en el componente mínimo del ambiente social, minúsculo átomo perdido, derretido en un agregado formidable.

Nosotros no nos dirigimos a los que opinan que no hay más salida que dejar a la “inevitable evolución” seguir su lento curso. Nos dirigimos a los insatisfechos y a los que dudan. A los descontentos consigo mismos, a aquellos que sienten el peso de cientos y cientos de siglos de convencionalismos y prejuicios. A aquellos que tienen sed de verdadera vida, de libertad de movimiento, de actividad real y que no encuentran alrededor más que maquillaje, conformidad y servilismo. A aquellos que quieren conocerse más íntimamente. A los inquietos, atormentados, a los que buscan sensaciones nuevas, a los experimentadores de formas inéditas de felicidad individual. A los que no creen nada de lo que fue demostrado. La sociedad se ocupa de los otros, todo el mundo los aprecia y habla bien de ellos: son los “satisfechos”.

El individualismo anarquista*

Vivir su vida*

-¿Por qué abandonas el camino abierto para tomar ese sendero tan estrecho y escabroso? ¿Sabes bien, muchachita, adonde te conducirá? Quizás termina en algún abismo insondable. Nadie, ni siquiera los contrabandistas se atreven a aventurarse en él. Permanece en el camino ancho y espacioso por el que todo el mundo pasa, en el camino bien cuidado

y señalizado kilómetro por kilómetro. ¡Es tan cómodo y grato deambular por él!

-Estoy harta de la ruta nacional y del polvo sofocante, de los conductores lentos y de los peatones apresurados. Estoy cansada de la monotonía de los grandes caminos, de las bocinas de los automóviles y de los árboles alineados como granaderos. Quiero respirar libremente, respirar a mi gusto, vivir mi vida.

-No se consigue nunca vivir la propia vida, pobre niña. Es una quimera. Los años te curarán pronto de ese deseo. Vivimos siempre un poco para los demás y éstos, a su vez, viven, en cierta medida, para nosotros. El que siembra no es el mismo que hace el pan. Y el minero no es quien conduce la locomotora. La vida en sociedad es un conjunto de engranajes humanos muy complicados cuyo funcionamiento exige mucha vigilancia, reclama numerosas concesiones e infinitas atenciones.

Piensa, pues, en el caos que se produciría si cada uno quisiera vivir su vida. Es comparable al que reina allá abajo, en aquel sendero que ningún caminante visita, donde las malas hierbas crecen enmarañadas, y que no se sabe a donde conduce.

-Es, ¡oh anciano!, esta complicación de la vida en sociedad lo que me horroriza. Me espanta esta obligación de dependencia respecto al prójimo, obligación que siento pesar como una carga sobre mi ser ansioso de vivir a su manera. Y desfallezco ante la idea de vivir la vida de los demás. Deseo poder morder a bocado limpio sin hallarme expuesta a ser calificada de glotona o malcriada. Quiero poder tenderme sobre el césped de los prados sin temor al guardia de campo. Antes las raíces y los animales silvestres, y las zarzas del camino sin salida, que el pan dorado y el palacio en compañía de quien me repugna ¿Qué me importa saber a donde voy? Yo vivo para hoy y el mañana me es indiferente.

-Algunos, ¡oh muchachita!, han hablado un lenguaje idéntico al tuyo y también, como tú, han marchado hacia lo desconocido. Nunca lograron volver de tal viaje. Mucho tiempo después, sobre los senderos, ya allanados, y sobre las cumbres desbrozadas, han sido encontrados aquí y allá pequeños montones de huesos: esto era, sin duda, todo lo que quedaba de ellos. Habían vivido su vida, pero ¿a qué precio y durante cuánto tiempo? Contempla esas altas torres de las que se escapan sin cesar espesas nubes de humo: son las chimeneas de las fábricas grandiosas que ha edificado el género humano; es ahí donde millares de hombres, en locales blanqueados, espaciosos y ventilados, manejan esas maravillosas máquinas que dispensan a los humanos los artículos de primera necesidad. Y, cuando llega la noche, sencillos, satisfechos de la tarea realizada, conscientes del pan cotidiano ganado con el sudor de su frente, vuelven cantando, esos hombres, a sus hogares humildes donde les esperan los seres queridos. Y ese edificio rectangular, con grandes salas y amplias vidrieras, es la escuela, donde maestros abnegados preparan para vencer las dificultades de la vida a los pequeños seres que hasta aquí no encontraron en ella más que ventajas; ¿no oyes el rumor de las vocécitas infantiles que repiten la lección que se les ordenó ayer aprender de memoria?...

• Los textos de esta antología, salvo aquellos que se indican especialmente, provienen del libro *Iniziazione Individualista Anarchica*, Edición de los Amigos de Armand, Florencia, 1956.

* Del libro *Realismo e idealismo mezclados*, Emile Armand, Ed. Librería Internacional, París, 1926 (versión en castellano).

Esos toques marciales y esos pasos cadenciosos anuncian que en el recodo del camino aparecerá pronto, con la bandera a la cabeza, una tropa de muchachos a quienes la patria mantiene durante cierto tiempo para enseñarles a defenderla eficazmente si se viera de nuevo amenazada.

Y así evolucionan los hombres hacia el Progreso, obrando cada uno en su propia esfera y de acuerdo a sus propios medios. Hay, sin duda alguna, tribunales y cárceles, pero son los descontentos e indisciplinados los que las hacen necesarias. No obstante sus defectos, la implantación de semejante estado de cosas ha requerido siglos. Es la civilización imperfecta pero perfectible, la civilización de cuyo influjo no podrás escapar sino retrocediendo quién sabe hasta qué límite.

-En esos vastos talleres, yo no veo más que rebaños de esclavos ejecutando con monotonía, como si fueran ritos, los mismos gestos ante las mismas máquinas; esclavos que han perdido toda iniciativa y a quienes la energía individual faltará cada vez más, ya que cada vez menos el riesgo parece constituir una de las condiciones de la existencia humana. De arriba a abajo, en la escala administrativa, circula únicamente esta consigna: ahogar la iniciativa individual.

Cierto que cuando llega la noche oigo cantar a vuestros obreros, pero con voz avinada y después de haberse parado en las innumerables tabernas establecidas en las inmediaciones de las grandes fábricas. Las voces que parten de vuestras escuelas son vocecitas de niños tristes y aburridos que apenas pueden dominar el deseo de correr, de saltar las vallas, de trepar los árboles. Bajo el uniforme de vuestros soldados no veo más que seres en los cuales se pretende aniquilar todo sentimiento de dignidad individual. Disciplinar la voluntad, matar la energía, restringir la iniciativa, he ahí por qué y a qué precio subsiste vuestra sociedad. Y teméis de tal modo a los que no quieren adaptarse, que los reclus en el fondo sombrío de una celda. Entre vuestro civilizado del siglo veinte, cuya única preocupación parece ser la de evitarse el esfuerzo necesario al sostenimiento de su existencia, y el hombre "vestido con pieles de animales", ¿de qué lado se inclina la balanza? Este último no temía el peligro; no conocía la fábrica ni el cuartel, ni la taberna, ni el prostíbulo, ni tampoco la cárcel ni la escuela. Vosotros habéis conservado, modificándoles el aspecto, sus prejuicios y supersticiones. Pero no poseéis su energía, ni su valor, ni su franqueza.

-Convengo en que el panorama de la actual sociedad presenta algunas sombras. Pero hay hombres generosos que intentan introducir una mayor equidad y justicia en su funcionamiento. Reclutan partidarios; mañana, quizá, serán los más, la irresistible mayoría. No te vayas, pues, por senderos extraviados; enarbola principios, sigue un método. Cree en mi vieja experiencia: el éxito no suele acompañar más que a lo que se realiza sistemáticamente. La ciencia te enseña que es preciso regularizar la vida. Higienistas, biólogos, médicos, te suministran en su nombre las fórmulas necesarias a la prolongación y a la felicidad de tu existencia. Carecer de principios, de autoridad, de disciplina y de programa es la mayor de las incoherencias.

-Ni necesito ni deseo vuestra disciplina. En cuanto a mis experiencias, quiero hacerlas yo misma. Es de ellas y no de vosotros de donde sacaré mi

regla de conducta. Quiero vivir mi vida. Me inspiran horror los esclavos y los lacayos. Detesto a quien domina y me repugna quien se deja dominar. El que consiente en inclinar la espalda bajo el látigo no vale más que el que lo azota. Amo el peligro y me seduce lo incierto, lo imprevisto. Deseo la aventura y me importa un cuerno el éxito. Odio vuestra sociedad de funcionarios y administrados, millonarios y mendigos. No quiero adaptarme a vuestras costumbres hipócritas ni a vuestras falsas cortesías. Quiero vivir mis entusiasmos en medio del aire puro de la libertad. Vuestras calles trazadas con regla me torturan la mirada, y vuestros edificios uniformes hacen hervir de impaciencia la sangre de mis venas. Ignoro a donde voy. Y esto me basta. Sigo derecho mi camino, a tenor de mis caprichos, transformándome sin cesar, y no quiero ser mañana semejante a como soy hoy. Deambulo y no me dejo esquivar por la tijera de un comentador único. Soy amoral. Sigo adelante, eternamente apasionada y ardiente, entregándome al primer hombre que se me aproxima, al caminante harapiento, pero no al sabio grave y engreído que quisiera reglamentar la longitud de mis pasos. Ni al doctrinario que quisiera suministrarme fórmulas o reglas. Yo no soy una intelectual; soy una mujer. Una mujer que vibra ante los impulsos de la naturaleza y las palabras amorosas. Odio toda cadena y toda traba, me encanta pasear desnuda dejando acariciar mis carnes por los rayos del sol voluptuoso. Y, ¡oh anciano!, me importa muy poco que vuestra sociedad se rompa en mil pedazos con tal que yo pueda vivir mi vida.

-¿Quién eres tú, muchachita sugestiva como el misterio y salvaje como el instinto?

-Soy la anarquía.

El anarquismo

Los reformadores religiosos consideran al individuo como una ocasión de la divinidad para manifestar sus designios; los legalistas lo consideran una función de la ley; los socialistas como un administrado, un instrumento, una especie de máquina de producción y consumo; los revolucionarios como un soldado de la revolución. Unos y otros olvidan al individuo en sí mismo, fuera de toda autoridad. Ellos lo ignoran en cuanto unidad individual sustraída a una dominación, a una coerción de una u otra especie. Este es el vacío que colma el anarquismo.

Anarquía deriva de dos palabras griegas que significan negación o ausencia de gobierno, de autoridad, de mando. Muchas veces se la asocia al mero desorden, pero no nos interesa este sentido chato. Es cierto que es un término sustancialmente negativo, pero por extensión se designa con él una concepción filosófica de la sociedad que excluye la idea de gobierno y autoridad: el anarquista es el protagonista, el "realizador" de las ideas y los hechos que brotan de la anarquía. El anarquismo es, analizado desde el punto de vista especulativo, práctico o descriptivo, el conjunto de ideas y hechos que manan de la anarquía y conducen a ella. Nosotros consideramos anarquía y anarquismo como sinónimos de antiautoritario y antiautoritarismo.

Prácticamente, se puede considerar anarquista a todo individuo que, a causa de su temperamento o de una reflexión seria y consciente, repudia toda autoridad o coerción externa, sea de orden gubernamental, ético, intelectual o económico. Se puede decir también que es anarquista todo aquel que rechaza conscientemente la dominación del hombre por el hombre, o por el ambiente social, y su corolario económico.

Orígenes del anarquismo

Es difícil precisar el origen histórico del movimiento anarquista. Fue anarquista el primer hombre que reaccionó conscientemente contra la opresión de otro individuo o una colectividad.

La leyenda y la historia citan nombres de anarquistas: el Prometeo de la mitología, el Satanás bíblico, Epicteto, Diógenes y el Jesús legendario pueden ser considerados, bajo diversos aspectos, tipos antiguos de anarquistas. Las sectas derivadas del cristianismo primitivo contaron en su seno con anarquistas propios de la época. Los principios filosóficos del movimiento parecen remontarse al Renacimiento, o más precisamente a la Reforma, que sembrando en los espíritus las ideas del libre examen y la búsqueda individual en materia bíblica, superó los objetivos de sus iniciadores y condujo a la difusión del espíritu crítico en todos los campos. Este germen de pensamiento libre, en lugar de desarrollarse y alcanzar la crítica racional de las instituciones y las convenciones, se detuvo en la disección de las palabras pueriles sobre las cuales edifican su fe los creyentes ortodoxos.

Finalmente el movimiento completó su obra de librepensamiento y sometió al análisis leyes y reglamentos, morales y programas de enseñanza, condiciones económicas y relaciones sociales de todo tipo. Así, el anarquismo se convirtió en la manifestación de oposición más peligrosa y temible que hayan enfrentado jamás las tiranías gubernamentales.

La Sociedad

Marginales, ajenos a todo partido político, como jóvenes perdidos, antítesis vivientes del socialismo, los anarquistas se encuentran integralmente en desacuerdo con la sociedad actual. Niegan la ley, y si se alzan contra la autoridad de sus representantes, contra los actos del gobierno, es porque afirman que quieren crear sus *propias* leyes, encontrar en sí mismos la fuerza necesaria para vivir.

Las Sociedades necesitan, para sobrevivir y perpetuarse, apelar a infinitas clases de autoridad: autoridad de los dioses, autoridad de los legisladores, autoridad de la riqueza, de la respetabilidad, de las tradiciones, de los antepasados, de los cabecillas, de los conductores, de los programas. Todos los hombres aceptan o reclaman ser determinados por su medio: el anarquista se esfuerza en cambio -con las reservas materiales inevitables- por determinarse fuera de toda autoridad.

El individualismo anárquico

Hemos visto que el anarquismo es la filosofía del antiautoritarismo. El *individualismo anárquico* es, a su vez, una concepción práctica de esta filosofía y compete a cada uno traducir en la práctica, en la vida cotidiana, esta teoría.

Los individualistas anárquicos fundan su concepción de la vida y sus esperanzas en el “hecho individual”. Eso quiere decir que, no obstante y a despecho de todas las abstracciones creadas por los entes laicos o religiosos y de todos los ideales gregarios, en la base de las colectividades, de las sociedades, las entidades étnicas, territoriales, económicas, intelectuales, morales y religiosas, se encuentra la célula-individuo. Sin ésta no existirían todas aquéllas.

Se nos objetará en vano que en ausencia de un medio social el individuo-célula no podría existir ni desarrollarse. No sólo es absolutamente falso en el sentido literal, ya que el hombre no siempre vivió en sociedad, sino que también lo es analizando el problema desde sus múltiples aspectos, porque que no se puede negar este hecho: sin individuos no puede haber ambiente social.

El ser humano es el origen, el fundamento de la humanidad. Es demasiado evidente que el individuo preexistió al grupo. La sociedad es el producto de adiciones individuales.

Ser individualista no implica necesariamente vivir aislado y sin asociarse. Algunos encuentran que aislados son más fuertes que en grupo. Ellos dicen que, cuando la autoridad ataca, lo hace más enérgicamente contra las asociaciones que contra los hombres aislados. Y cuando se defiende es más débil. Los individuos solitarios sostienen que nunca se sabe con certeza si el compañero no será un traidor, aunque involuntariamente. Otros afirman que la asociación permite obtener más resultados, es decir, un mayor rendimiento productivo en menos tiempo y con menor esfuerzo. Para otros, la asociación representa una especie de necesidad instintiva.

El individualista no puede ser considerado solamente un negador *personal* de la autoridad, él es un *negador personal de la explotación*. El individualista no quiere ser explotador más de cuanto quiere ser explotado.

El dominio del “Yo”

Se puede considerar al hombre como sinónimo del “Yo”. Ahora bien, el individualista no pone límites al desarrollo de su “Yo”, no restringe su personalidad en el plano social, pero se cuida bien de no invadir, de no usurpar el campo en el que se desenvuelve su compañero. El Individualismo, el “dominio del yo”, reivindica esta concepción de las relaciones entre el “Yo” y el “no-yo”: un hombre, por mezquino e insignificante que sea, no puede ser sacrificado a otro cualquiera -por más importante que fuera-, ni a un grupo de hombres, ni a la mayoría, ni tampoco al conjunto social.

Los individualistas y los revolucionarios sistemáticos

En la mayoría de los casos, los individualistas no son revolucionarios en el sentido sistemático y dogmático de la palabra. Sostienen que una revolución no aporta, más que una guerra, una verdadera mejora en la vida del individuo. En tiempos de revolución, los fanáticos de los partidos rivales y de las tendencias en lucha se preocupan más que nada por dominarse entre sí, y para conseguirlo se lastiman con una violencia y un odio muchas veces desconocido en ejércitos enemigos. Como la guerra, una revolución puede ser comparada con un acceso de fiebre: el enfermo se comporta de una manera muy distinta a la habitual. Pasada la fiebre, el paciente regresa a su estado anterior. La historia nos enseña que después de las revoluciones siempre se producen contramarchas que las apartan de sus objetivos originales. Es necesario, entonces, comenzar por el individuo. Esta noción debe propagarse de hombre a hombre: es criminal forzar a alguien a reaccionar de otra forma a la que él cree útil, ventajosa o agradable para su propia vida, su propio crecimiento y su propia felicidad. Que este crimen sea cometido por el Estado, por la ley, por la mayoría o por un individuo solitario no modifica el problema: es el mismo crimen. De hombre a hombre debe comunicarse la idea del “individuo” que reacciona frente a “lo social”. Estas concepciones, como dije antes, deben ser fruto de una reflexión o consecuencia de un temperamento reflexivo, y no el resultado de una sobreexcitación pasajera, extraña a la naturaleza de quien las reivindica.

Condiciones de existencia del individualista

El individualismo anárquico no presenta ningún proyecto, sino que propone un ambiente en el cual el individuo tiene precedencia sobre el agregado humano. Se trata de una nueva orientación del pensamiento y de la sensibilidad más que de la constitución ficticia de un nuevo orden social.

Cuando se pide al individualista que extienda su punto de vista, éste reconoce con franqueza que no podría existir ni desenvolverse en una humanidad donde no funcionaran simultáneamente una infinidad de grupos y de individuos aislados que se rigieran a su gusto y practicaran toda especie de postulados económicos, políticos, científicos, afectivos, literarios, recreativos. En definitiva, una selva de realizaciones individualistas y colectivas. Aquí, recibiendo cada uno según sus necesidades; allá, adquiriendo cada cual según el propio esfuerzo. Aquí, el trueque: un producto por otro; allá, el cambio: producto contra valor representativo. Aquí, el productor es dueño del producto; allá, el producto es puesto a disposición de la colectividad. Aquí el omnivorismo; allá el vegetarianismo, o cualquier otra tendencia higiénica o culinaria terminada en “ismo”. Aquí la unión sexual y la familia; allá la libertad o la promiscuidad. Aquí, los materialistas; allá, los espirituales. Aquí la madre progenitora; allá los niños criados por el grupo. Aquí la búsqueda de las emociones artísticas o literarias; allá la investigación y la experimentación científica. Aquí las escuelas de voluptuosidad; allá las de austeridad... Siempre que se entienda que todos tienen la posibilidad de migrar de un grupo a otro o aislarse de todo ambiente. Y esto sin que exista la posibilidad de que los grupos más

fuerzas se sientan tentados y finalmente absorban a los agrupamientos más débiles, o que cualquier grupo quiera integrar violentamente a individuos aislados.

Nuestro individualista

El individualista, como nosotros lo concebimos, ama la vida y la fortaleza. Proclama y exalta la alegría de estar vivo. Reconoce sinceramente que tiene por objetivo su propia felicidad. El no es un asceta, y la mortificación de la carne le repugna. Es un apasionado. Va hacia adelante sin oropeles, con la frente coronada por pámpanos, y canta gustosamente acompañándose con la flauta de Pan. Se comunica con la Naturaleza a través de su energía, que estimula los instintos y los pensamientos. No es joven ni viejo. Tiene la edad que siente. Y mientras que le queda una gota de sangre en las venas, combate para conquistar su lugar bajo el sol. No se impone, y no quiere que los otros se impongan a él. Repudia los patrones y los dioses. Sabe amar, y sabe arrepentirse. Rebose de afecto por los suyos, los de “su” mundo, pero le horrorizan los “falsos hermanos”. Es bravo y tiene conciencia de su dignidad personal. Se plasma, se esculpe interiormente y reacciona hacia afuera. Se retira y se prodiga. No se preocupa por los prejuicios y se burla del “qué dirán”. Gusta del arte, de las ciencias y las letras. Ama los libros, el estudio, la meditación y el trabajo. Es artesano, no jornalero. Es generoso, sensible y sensual. Tiene sed de experiencias nuevas y sensaciones frescas. Pero si avanza en la vida como un automóvil veloz, lo hace a condición de que sea él quien conduce, animado por la voluntad de determinar por sí mismo cuál es el papel que desempeña la sabiduría y cuál el deleite a lo largo de su vida.

AUTORIDAD Y DOMINACIÓN

La ley del progreso continuo

No ignoramos la tesis de los que sostienen la ley del “progreso continuo”. Esta idea no es nueva: hay gérmenes de ella en Grecia y Roma, y más tarde en los místicos del Medioevo. Ellos anunciaban que, como el reino del Hijo sucedió al reino del Padre, luego vendría el reino del Espíritu Santo, en el cual no habría ya error ni pecado. Dejando de lado el misticismo, esta concepción se precisa y se afirma filosóficamente primero con Bacon y Pascal; y se generaliza luego con Herder, Kant, Turgot, Condorcet, Saint Simon, Comte y sus sucesores, las escuelas socialistas utópicas y científicas, en definitiva, los evolucionistas-finalistas de cualquier especie.

No ignoramos que la idea de la ley del progreso constante e ininterrumpido fue aceptada, exaltada y vulgarizada por poetas, literatos, filósofos, propagandistas y muchos científicos. Ella desempeñó entre los hombres el rol de consoladora que antes -en los siglos en que imperó la fe- tuvo la religión. Pero examinándola de cerca se descubre enseguida que no hay nada menos fundado, científicamente hablando, que esta pretendida ley.

Antes que nada, es imposible probar experimentalmente que los actos de cada unidad humana, de cada raza, de todas las razas, son efectos inmutables e incontestables de circunstancias primordiales. En realidad nosotros ignoramos tanto el origen, el punto de partida de la humanidad, como el fin o los fines a partir de los cuales ella procede. Pero incluso conociendo exactamente este punto de partida no poseemos ningún criterio científico que permita distinguir lo que es progreso de aquello que no lo es. Podemos constatar un movimiento, un corrimiento, nada más. Los hombres, según sus aspiraciones o el partido al que pertenezcan, definen este movimiento como “progreso” o “regresión”. Eso es todo.

En el fondo de esta concepción del progreso continuo e ineluctable, debajo de su aspecto científico, suena un recóndito pensamiento místico y finalista. Aquí la vemos mezclarse a la idea de que el hombre es la naturaleza que toma conciencia de sí misma. Allí la vemos acompañada por el pensamiento de que toda la evolución animal anuncia, profetiza el bípedo de estatura erecta y dueño de la palabra, es decir, el hombre. Se navega en pleno antropocentrismo y se olvida la realidad más simple: sobre uno de los cuerpos más ínfimos que salpican el cosmos, debajo de la atmósfera que lo circunda como un velo diáfano, vegeta, rasguña, se agita una multitud de parásitos. Un accidente cualquiera sobreexcitó, verosímelmente, la inteligencia de una de las especies parasitarias de este cuerpo -la Tierra- y le permitió dominar sobre todas las otras. ¿Eso ocurrió para fortuna o desgracia de los habitantes del planeta? No lo sabemos. Ignoramos completamente cuál habría sido el resultado si otra especie de vertebrados hubiera prevalecido, el elefante o el caballo por ejemplo, u otras variedades a las que ellos dieran origen. Nada prueba que la naturaleza no hubiera “tomado conciencia de sí” mucho mejor y quizás en una forma superior en estas razas. Nada prueba que un nuevo accidente geológico, biológico o de otra clase no quitará al género humano su cetro, su potencia y su arrogancia.

Pero los hechos son los hechos. Como están las cosas, el hombre parece ser, desde el punto de vista intelectual, el mejor dotado de los parásitos terrestres. Inclinémonos y regresemos a la ley del progreso continuo, la tesis de la evolución progresiva y necesaria. Ahora bien, no se puede aceptar esta ley sin admitir, al mismo tiempo, no sólo que todos los acontecimientos que tuvieron y tienen lugar fueron y son necesarios, sino que ellos sirvieron y sirven necesariamente al cumplimiento de la felicidad de la especie humana. A esta conclusión llegó lógicamente Augusto Comte, y Taine la compendió en una frase lapidaria: “lo que es tiene derecho a ser”. Todo ocurre entonces para bien de la mejor de las evoluciones. En el pasado y el presente. Las violencias aplicadas a los cuerpos y las violencias ejercidas sobre las opiniones; la inquisición y los consejos de guerra; las guerras y las epidemias; el estrangulamiento de las conciencias no domesticadas y las hogueras donde ardieron los herejes; los pelotones de ejecución, los líquidos en llamas, los gases asfixiantes, los bombarderos, la “limpieza” de las trincheras a golpes de bayoneta, el uso de la bomba atómica y la destrucción de Hiroshima, los campos de concentración, los hornos crematorios. Todo es para bien. Los prisioneros de guerra masacrados pese a la promesa de vida, los cristianos de la Roma imperial

arrojados como alimento para las bestias, el exterminio de los Albigenses y los Anabaptistas, las “lettres de cachet”, la razón de estado y las leyes perversas. La esclavitud, los parias, los ilotas, las cárceles. Los señores del Medioevo que jugaban más fácilmente con la vida de un siervo que con la de un perro. Los monopolizadores y los explotados, los privilegiados y los marginados de la ley. Todo es para bien, todo sirvió, todo concurrió en la marcha del progreso; todo esto facilitó y preparó el devenir de la felicidad ineluctable y universal.

¡No es posible! Nuestra razón se rebela contra esta idea.

Nosotros nos inclinamos sobre la vorágine sin fondo en la que se abismaron las grandes civilizaciones y las edades más famosas; sobre la profundidad en la cual confluyeron los períodos históricos más resonantes y grandiosos; y de estos abismos insondables no oímos subir himnos de alegría y de placer, al contrario, sentimos un concierto inarmónico y horrendo de protestas, llantos y lamentos; de sentimientos, aspiraciones y necesidades desatendidas, mutiladas, ofendidas, reprimidas. Los clamores feroces y un poco forzados de los acomodados intentan en vano cubrir, sofocar los gritos de rabia y cólera de aquellos que no tuvieron la ocasión de sentirse satisfechos. Pero no lo logran.

¿Figuras retóricas? ¿Argumentos sentimentales? Lo concedo. Pero son ratificados por los datos y documentos de la experiencia histórica. En cada momento del desarrollo de una civilización -cualquiera haya sido la influencia que presidió su crecimiento- los descontentos, los precursores, los marginales de una u otra clase se sublevaron, aislados o en grupo; algunos hombres se erigieron y proclamaron que su felicidad estaba en las antípodas o en los márgenes de lo que definían los dogmas, las convenciones, las leyes, los decretos, las dictaduras y los mandatos de las mentes mediocres; del ambiente o de la *elite* social. La antorcha de la resistencia y del inconformismo no se apagó nunca por completo, ni aún en los días más tenebrosos de la evolución de la humanidad. Es cierto que la antorcha de la aspiración a una felicidad diferente a la felicidad oficial, a la felicidad del justo medio, no siempre brilló con la misma luz. Pero no por eso alumbró menos el camino de la rebelión y la autonomía individual, la vía sobre la cual transitó siempre la mejor parte del género humano. Si hubiera que atribuir a una ley las mejoras que algunos creen descubrir en las relaciones entre los hombres, esta ley podría ser la de la “persistencia continua” del espíritu de no-conformismo, y no la así llamada ley del “progreso continuo”.

Origen y evolución de la dominación

La dominación fue ejercida en principio de hombre a hombre. El más fuerte físicamente, el mejor armado, dominaba al más débil, al que tenía menos defensas, y lo forzaba a cumplir su voluntad. El hombre que sólo tenía un pedazo de madera para defenderse tuvo que ceder, evidentemente, al que lo seguía con una lanza de punta de silicio, arco y flecha. Más tarde, o quizás contemporáneamente, otro factor determinó el ejercicio de la dominación: la astucia. Surgieron hombres que llegaron a persuadir a sus pares de poseer ciertos secretos mágicos capaces de hacer mucho daño, de

causar grandes inconvenientes a aquellos -y a sus bienes- que se resistieran a su autoridad. Puede ser que estos hechiceros estuvieran convencidos de la realidad de su poder. Como sea, la dominación tiene -en todas las épocas y lugares- dos fuentes: la violencia y la astucia.

En las sociedades actuales, la dominación se ejercita raramente -en tiempos normales- con tanta brutalidad. Cuando se practica de tal modo, esto ocurre gracias a la costumbre, la sanción moral o legal, o un estado de cosas irregular. Es cierto que hay madres que pegan a sus hijos porque éstos desobedecen, maridos que pegan a sus mujeres porque éstas rechazan la obediencia legalmente aceptada y hay policías que disparan sobre prisioneros en fuga o viceversa. Pero eso es tolerado por los hábitos o es excepcional. Cuando se ejercita la dominación sobre una colectividad humana en beneficio de un autócrata, esto sucede porque él se apoya en un número bastante grande de cómplices o satélites que están interesados en que subsista tal autoridad, y estos cómplices se hacen ayudar y asistir por una tropa armada, mercenaria, lo suficientemente fuerte para tornar inútil toda resistencia.

La dominación se ejercita raramente a beneficio de un autócrata. Al menos directamente. Siempre es practicada en beneficio de una casta, una clase, una clientela política, una plutocracia, una *elite* social o la mayor parte de una colectividad. Se apoya en reglamentaciones de orden político o económico; civil, militar o religioso; legal o moral. Es consagrada por las instituciones regidas por mandatarios

Sobre el “bien” y el “mal”

Para comprender la evolución de la moral gregaria, es indispensable recordar que “bien” es sinónimo de “permitido” y “mal” sinónimo de “prohibido”. Alguien -cuenta la Biblia- “hizo lo que está mal a los ojos del eterno”, frase que se repite en varios pasajes de los libros sagrados de los hebreos, que son también los de los cristianos. Pero es necesario traducirlo mejor: alguien hizo algo que estaba prohibido por la ley religiosa y moral, establecida por interés de la teocracia israelita... En todos los tiempos y en todas las grandes agrupaciones humanas se llamó siempre “mal” al conjunto de los actos condenados por la convención, escrita o no, que varía según las épocas y las latitudes.

Así es que está mal adueñarse de la propiedad de aquel que posee más de lo que necesita para vivir bien, está mal mofarse de la idea de Dios o de sus sacerdotes, está mal negar a la patria, está mal tener relaciones sexuales con parientes cercanos. Y como la prohibición no basta, la convención oral se cristaliza en ley, cuya función es reprimir.

Reconozco que la aparición de una diferencia entre el bien y el mal -lo permitido y lo prohibido- marca una etapa en el desarrollo de la inteligencia de las colectividades. Al principio, esta diferencia era *social*: el individuo no tenía suficientes posesiones hereditarias ni bastante experiencia mental como para evitar someterse a las adquisiciones y a cierta experiencia grupal.

Es comprensible que el bien y el mal estuvieran empapados de connotaciones religiosas. Durante todo el período precientífico, la religión

fue para nuestros antepasados lo que para nosotros es la ciencia. Los hombres más sabios de entonces concebían sólo una explicación sobrenatural de los fenómenos que no comprendían. El hábito religioso precedió naturalmente al hábito civil.

Por cuanto pueda sorprender, a *posteriori*, vivir en la ignorancia del bien y el mal convencional es, en el primitivo, un indicio de inteligencia. No es porque él está más cerca de la naturaleza que ignora lo permitido y lo prohibido -y mucho menos porque es un inmoral- sino simplemente porque no razona.

Al contrario, el hombre contemporáneo que se pone individualmente al margen del bien y el mal, que se ubica conscientemente más allá de lo permitido y lo prohibido, alcanza un estadio superior en la evolución de la personalidad humana. El ha estudiado la esencia de la concepción del bien y el mal social; se ha preguntado qué queda de lo permitido y lo prohibido una vez que se descubre su apariencia. Si él prefiere tener como guía el instinto antes que la razón, eso ocurre después de hacer comparaciones y reflexiones cuidadosas. Si cede el paso al razonamiento en confrontación con el sentimiento, o al sentimiento opuesto al razonamiento, lo hace deliberadamente, después de haber tanteado su temperamento. El se separa del rebaño tradicional porque considera que la tradición y el convencionalismo son obstáculos para su expansión. En otras palabras, él es *a-moral* luego de haberse preguntado lo que vale la “moral” para el hombre. Hay una buena distancia entre este marginal de la moral y el primitivo, a duras penas huido de la animalidad, de cerebro todavía obtuso, incapaz de oponer su determinismo personal al determinismo aplastante del ambiente.

VIVIR A VOLUNTAD

Vale la pena vivir

La vida no puede ser bella sino para quien asume el esfuerzo de vivir la suya propia. La vida sólo es bella considerada individualmente. Hace bien respirar el aire saturado de perfumes campestres, trepar sobre las pendientes de colinas boscosas, sentarse al borde del arroyo que murmura su fresca canción, soñar en la playa; pero a condición de experimentarlo personalmente, por cuenta propia y no porque está escrito en alguna guía turística.

Pero sólo se disfruta plenamente lo que se puede aferrar; porque allí donde se apagan la facultad de apreciación y el sentido de la medida, desaparece también la libertad. El goce verdadero de la vida es una cuestión de capacidad, de actitud, de adaptación personal.

El “yo” y la alegría de vivir

Las filosofías hindúes, y las que derivan de ellas, creen -las que más, las que menos- que la salud reside en la supresión de la vida individual, es decir, en la unión del sujeto y el objeto, la fusión del “yo” con el “no-yo”. Ahora bien, toda la naturaleza acude para probarnos que justamente en la

diferenciación del “yo” y el “no yo” reside el fenómeno vital. Y así como lo hace la naturaleza, la experiencia científica también muestra que cuanto menor es esta diferencia -es decir, cuanto menor es la conciencia que el sujeto posee de estar separado del objeto- tanto menores son las sensaciones y también las manifestaciones de la voluntad. Hay un fenómeno en el que se encuentra perfectamente realizada la fusión del yo y el no yo: el estado particular llamado “muerte”. También aquí la naturaleza y la experiencia enseñan que el simple y puro instinto empuja a los organismos vivos, desde los más ínfimos a los más elevados, a huir de la muerte. Por eso estas filosofías y sus adeptos me parecen atacados de morbosidad.

No niego que el hombre no sea otra cosa que una apariencia, un aspecto o más bien un estado momentáneo de la materia, un pasaje, un puente, una relatividad. No ignoro que el yo no es otra cosa, al fin, que la suma de carne, huesos, músculos y órganos diversos contenidos en una especie de saco llamado “piel”. En otras palabras, que bajo esta forma se manifiesta la vida para el ser individual. Admito todo esto. Pero mientras subsista ese puente, ese pasaje, ese estadio, este momento, mientras dure esa relatividad particular dotada de conciencia, mi razón, apoyada por la experiencia científica, y mi sentimiento, sostenido por el instinto, encuentran natural que este compuesto particular de agregados intente sacar el mejor partido posible de todas las facultades que posee.

¡Limitar las pasiones! ¿Restringir el horizonte de la alegría de vivir? El cristianismo lo intentó y no lo logró. El socialismo está intentando reducir la humanidad a un mismo común denominador de necesidad, y fallará también. Fourier vio claro cuando lanzó la expresión verdaderamente magistral de la “utilización de las pasiones”. Un ser razonable utiliza; sólo el insensato suprime o mutila. “Utilizar las propias pasiones”, sí, pero ¿a beneficio de quién? A beneficio propio, para hacer de uno mismo alguien “más vivo”, es decir, más accesible a las múltiples sensaciones que ofrece la vida.

¡La alegría de vivir! La vida es bella para cualquiera que supere las fronteras de la existencia convencional, evada el infierno del industrialismo y del comercialismo, rechace el hedor de la calleja y la taberna. La vida es bella para quien la construye descuidando las restricciones de la respetabilidad, del miedo al “qué dirán” o de los chismes de comadres.

Vivir por vivir

“Vivir por vivir”, para cumplir la propia función de bípedos de estatura erecta, dotados de conciencia y sentimiento, capaces de analizar emociones y catalogar sensaciones. “Vivir por vivir”, sin más. Vivir para viajar de un lugar a otro, para apreciar las experiencias intelectuales, morales y físicas desparramadas en el camino de cada uno; para disfrutarlas; para provocarlas cuando la existencia es demasiado monótona; para poner fin a una experiencia o renovarla. “Vivir por vivir”, para satisfacer las necesidades del cerebro o el reclamo de los sentidos. Vivir para adquirir saber, para luchar y formarse una individualidad desprendida, para amar, para abrazar; para tomar flores de los campos y comer frutos de los árboles. Vivir para

producir y consumir, para sembrar y recoger, para cantar al unísono con los pájaros, distenderse al sol en la playa del mar y en la orilla del río.

Vivir por vivir, para gozar ásperamente, profundamente de todo aquello que ofrece la vida, para saborear hasta la última gota la copa de delicias y sorpresas que la vida tiende a quien toma conciencia de su propio ser. Todo esto, ¿no genera acaso el barullo empírico de los metafísicos laicos y religiosos?

“Vivir por vivir”, eso es lo que quieren los individualistas. Pero ellos quieren vivir en libertad, sin que una moral exterior, impuesta por la tradición o por la mayoría, establezca las fronteras entre lo que es lícito y lo que no lo es, entre lo permitido y lo prohibido.

Vivir por vivir, no ya devanándose los sesos para preguntarse si esa vida es consonante o no con un criterio general de la virtud o del vicio, sino poniendo todo el cuidado en no hacer cosa alguna que disminuya a *los propios ojos* a aquél que actúa, o que lesione su dignidad individual.

Vivir por vivir, sin oprimir a otros, sin pisotear las aspiraciones o los sentimientos de los demás, sin dominar. Seres libres que resisten con toda su fuerza a la tiranía de Uno Solo tanto como a la succión de las multitudes.

Vivir no por la Propaganda o por la Causa o por la Sociedad que vendrá, porque todas esas cosas están dentro de la Vida, sino sólo “por vivir”, en libertad, cada uno la propia vida. Ni patronos, ni gregarios, ni servidores: ésas son las condiciones en las que queremos “vivir por vivir”.

No sufrir

Nosotros no tenemos ningún deseo instintivo de sufrir. Huimos por naturaleza del sufrimiento físico. Y en esta repugnancia nos sentimos en perfecta comunión con todos los organismos vivos: con aquellos que están en el escalón superior de la animalidad y con los que se encuentran en lo más bajo de la escala zoológica. Podemos, en varios puntos, sentirnos diferentes del resto de nuestros pares, distintos desde el punto de vista de las aspiraciones y los deseos, disímiles en relación a doctrinas y concepciones de vida; pero tenemos esto en común con todos los seres vivos sanos de cuerpo y espíritu: que no queremos sufrir físicamente.

Cada vez que sufrimos, sufrimos contra el corazón. Y hacemos -cada cual a su modo- todo lo que está en nuestro poder para eliminar o al menos disminuir el sufrimiento, para curarnos. Seguimos un régimen, ingerimos remedios, tomamos precauciones para ponernos al reparo del dolor y la pena física. Ninguno de nosotros acepta de buen grado sufrir físicamente.

Pues bien, no queremos tampoco sufrir moralmente. Ninguno de nosotros se ha vuelto mejor persona gracias al dolor, poco importa la parte del ser que éste haya devastado. Nunca encontramos en el dolor una escuela de perfeccionamiento. Cada vez que sufrimos “moralmente”, nuestra salud se altera, y cuando este sufrimiento alcanza un grado agudo no siguen fenómenos “moralizadores”: perdemos el sueño, o el apetito, o el gusto por el trabajo. También cometemos, a veces, acciones en las que nunca hubiéramos pensado; incluso todo nuestro organismo ofrece menor resistencia a las epidemias.

Nunca obtuvimos ningún beneficio, ningún provecho del sufrimiento; al contrario, salimos disminuidos, minusválidos, mutilados por los períodos de dolor que atravesamos por culpa de sucesos, personas o elementos. La idea de complacerse con el propio sufrimiento es una concepción de origen hebreo que manifiesta dos cosas: que el sufrimiento es el resultado de una desobediencia a la ley y que por medio del sufrimiento se deben rescatar las propias culpas o las de los demás. Es entonces el producto de una autosugestión. Se puede encontrar por morbosidad que el sufrimiento “tiene algo bueno”. Pero nosotros no somos ni débiles ni místicos.

Nosotros odiamos, detestamos el sufrimiento porque queremos vivir, porque amamos vivir, porque deseamos disfrutar dionisíacamente de los frutos que ofrece la vida de organismos sanos, que no se preguntan -en el momento en que estos frutos se presentan, según su estación- si son buenos o malos, si está bien o mal tomarlos.

Por otro lado, el sufrimiento físico no es distinto del sufrimiento moral.

El sufrimiento es indivisible.

Si nosotros deseamos disfrutar físicamente de la vida, de *nuestra vida*, no lo deseamos como “amateurs”, como diletantes, sino con pasión, intensidad, furor, con perseverancia y con refinamiento, con tanta mayor intensidad cuanto más se alarga nuestra existencia. Poniendo en juego todas nuestras dotes de percepción exterior y comprensión interior; todas nuestras aptitudes para recoger -donde podamos descubrirlos y provocarlos- los placeres, las alegrías, las ocasiones que cuadran con nuestra propia determinación. Y lo haremos acudiendo a las reservas profundas de nuestra sensibilidad.

El individualismo de la alegría

Nuestro individualismo no es un individualismo de cementerio, un individualismo de tristeza y de sombra, un individualismo de dolor y sufrimiento. Nuestro individualismo es creador de alegría, en nosotros y fuera de nosotros. Queremos encontrar alegría donde sea posible, gracias a nuestra potencia de buscadores, descubridores, realizadores.

Nuestra salud interior se mide así: no estamos nauseados todavía por las experiencias de la vida, estamos siempre dispuestos a intentar una nueva experiencia; a recomenzar una que no fue cumplida o que no nos trajo toda la alegría y todo el placer que nos prometía; hay en nosotros un amor, un infinito amor por la alegría. Cuando no es la primavera que canta en nuestro interior, cuando en el fondo, muy al fondo del ser no hay ni flores, ni frutos ni aspiraciones voluptuosas, quiere decir que algo se echó a perder y es tiempo de pensar, me temo, en embarcarse en la oscura calle de donde nadie nunca regresó.

Hay jóvenes que se dicen individualistas, pero su individualismo no nos atrae. Es mezquino, árido, timorato, incapaz de concebir la experiencia por la experiencia; pesimista, pedante a furia de ser documentalista o documentado; brumoso, neurasténico, incoloro y sin calor; no tiene ni siquiera la fuerza necesaria, una vez enrolado “en el mal camino”, de

hundirse hasta el fondo. ¡Ah! ¡El disgustoso individualismo! Que se lo guarden: no los envidiamos.

Existe el individualismo de aquellos que quieren crear la propia alegría dominando, administrando, explotando a sus pares, sirviéndose de su fuerza social: gubernamental, monetaria, monopolizadora. Es el individualismo de los burgueses. Y no tiene nada en común con el nuestro.

Está el individualismo de los bienudos que quieren aplastar a los demás bajo el peso de su superioridad moral, de su cultura intelectual; el individualismo de los “duros” (con los otros), de los insensibles; de los vanidosos que no se agachan a recoger las monedas doradas; de aquellos que no lloran y navegan en el séptimo cielo del más allá de las fuerzas humanas. Temo que éste sea sólo el individualismo de los fatuos y presuntuosos, de los ángeles que un día u otro se termina por encontrar burbujeando en el mar de la uniforme mediocridad; el individualismo de los pavos reales que finalmente se contentan con un caracol para calmar sus ambiciones. Este individualismo tampoco nos interesa.

Nosotros queremos un individualismo que irradie alegría y benevolencia, así como un hogar irradia calor. Queremos un individualismo soleado aún en corazones de invierno. Un individualismo de Bacante despeinada y en delirio, que se extiende, se expande y desborda, sin dueños, sin fronteras y sin límites. Que no quiere sufrir ni cargar fardos, pero tampoco quiere hacer sufrir o imponer cargas a otros. Un individualismo que no se siente humillado cuando lo llaman a curar las heridas que pudo haber causado por descuido. ¡Ah! ¡El rico, el magnífico individualismo!

La astucia como arma de defensa

Se reprocha a los individualistas anárquicos que se sirvan de la astucia como arma de defensa individual. No obstante sin la astucia desde hace mucho tiempo la autoridad los habría humillado o el ambiente los hubiera absorbido. Para subsistir -es decir, para conservar, prolongar, intensificar y exteriorizar su vida- el individualista, el-que-está-fuera, no puede, bajo pena de suicidio, recusar ningún medio de lucha, incluida la astucia: ningún medio, salvo el empleo de la autoridad. Y esto es así porque se encuentra en estado de inferioridad en relación al ambiente social, que busca extender siempre un poco más su usurpación sobre lo que él es y sobre lo que tiene.

¿Quién no juega al astuto? ¿Quizás el operario que se guarda muy bien de desvelar sus ideas al patrón; el patrón que sustrae al operario parte del fruto de su trabajo; el “fijador” de manifiestos sediciosos que los pega de noche en la pared de los edificios públicos; el distribuidor de opúsculos subversivos que opera con cautela para que no lo sorprendan? No, ciertamente ellos no. ¿Y por qué desdeñar para el resto el uso de la astucia? ¿Por qué dejar conocer nuestro entero pensamiento a los adversarios? ¿Por qué abrir el ánimo propio al primer llegado? El individualista no vive “de amigo” en el ambiente que lo circunda. El concede a la Sociedad lo menos posible de sí mismo e intenta escatimar lo que está a su alcance, porque no pidió nacer y, una vez sumergido en el mundo, se ejercitó sobre él un acto de

autoridad irreparable, que excluye cualquier posibilidad de contrato bilateral.

La resistencia pasiva

Los individualistas anárquicos niegan cualquier valor pedagógico a la violencia. No le reconocen ninguna utilidad práctica en la solución de los conflictos que enfrentan a hombres y colectividades. El empleo de la violencia no resuelve nada: es sólo un signo de superioridad bruta, un procedimiento absolutamente anti-individualista porque requiere del ejercicio de la autoridad física. La única forma de acción revolucionaria reconocida por los individualistas antiautoritarios es una táctica especial comúnmente llamada “resistencia pasiva”.

La resistencia pasiva es un acto de rebelión o un conjunto de acciones insurreccionales ajenas a las manifestaciones en la plaza, las sublevaciones y la lucha a mano armada. Este tipo de resistencia nunca se apoya en la excitación superficial y pasajera de las multitudes. La resistencia pasiva, que se puede utilizar para cualquier tipo de objetivos, supone la educación e iniciación preliminar de aquellos que la usan.

Se puede, por ejemplo, sin levantar barricadas, abstenerse de toda actividad, de todo trabajo, de toda función que implique el mantenimiento o la consolidación de un régimen determinado; negarse a pagar los impuestos destinados al funcionamiento de instituciones y servicios considerados inútiles e innecesarios, o incluso totalmente irracionales: desde el arancel al consumo hasta el impuesto “a la sangre” exigido durante la guerra. Uno puede negarse a mandar a sus hijos a las escuelas de Estado, cuya enseñanza se juzga tendenciosa, unilateral, perniciosa para la formación y el desarrollo de la prole.

Se pueden rechazar profesores o médicos que son tales solamente gracias a un diploma oficial. Se puede negar la respuesta a comisarios, jueces, magistrados, tribunales, cortes de justicia civiles, correccionales o criminales. Uno puede negarse a obedecer, a adaptarse a la letra de un decreto, de una ley, de una ordenanza que se considera contraria a la propia concepción de la vida. Se puede rehusar trabajar por un salario que se juzga demasiado bajo o por una cantidad de horas que se considera elevada. Uno puede erigirse contra todas las clases de pretensiones y usurpaciones sociales, administrativas, jurídicas que se consideran capaces de dar un golpe decisivo a la autonomía de la unidad.

Supongamos un movimiento a base de “resistencia pasiva” que se desarrolle a gran escala, que no sea digitado por un *capo*, sino estudiado, premeditado y decidido individualmente por cada uno de los que toman parte. Supongamos un movimiento de resistencia pasiva parcial o general, ¿qué podría hacer -preguntan los individualistas- contra este paro silencioso pero decidido, contra esta abstención, un Estado, un gobierno, una dictadura cualquiera?

Los individualistas afirman que la ausencia del más mínimo tumulto tornaría imposible a un gobierno intervenir con el pretexto de que se perturbó el orden público. No habría cabecillas para arrestar porque cada

“resistente pasivo” o “abstencionista” sería individualmente consciente de su propio gesto. ¿Qué puede hacer el más despótico de los gobiernos contra un “paro de brazos cruzados”, contra un movimiento de resistencia pasiva que comprende centenares de miles o millones de asociados, en medio a los cuales no se podrían verificar sino raras defecciones porque a él sólo se enrolarían los que fueran empujados por su propia voluntad? Masacrar, ametrallar a estos cientos de miles, a estos millones de adherentes no resolvería el conflicto, es más, iría en contra del interés de los mismos dirigentes.

¿Quién no se da cuenta de que la abstención, preparada, madurada y practicada concientemente tendría otro valor, otro alcance que una agitación ruidosa, tumultuosa e irreflexiva que arrastra en su rebaño -lo quiera o no- a una cantidad de seguidores listos para huir ante el primer obstáculo serio, unos porque se dejan arrastrar por la corriente y los otros porque nunca habían pensado en las consecuencias que derivan de un paro prolongado? Es natural, dadas estas consideraciones, que la táctica de la resistencia pasiva haya concentrado la atención de los teóricos del individualismo anárquico, y que éstos la consideren el instrumento más apropiado para expresar las propias reivindicaciones.

El riesgo

Quien habla de vida independiente supone “riesgo”. No se podría concebir una vida que se aleje de los caminos trillados, vencidos, sin correr un riesgo eventual y posible con el pensamiento. Puede ocurrir que en una sociedad basada en una organización equilibrada de la producción y el consumo, el riesgo económico sea reducido a un *minimum* insignificante; pero quedará todavía un campo bastante extenso -el campo de las relatividades psicológicas- en que riesgo persistirá como factor de evolución individual.

Por otra parte, no está en las intenciones de los individualistas descartar el riesgo en su propia vida. A un riesgo menor corresponde una disminución de la iniciativa personal. A una disminución de la iniciativa personal corresponde una autonomía individual decreciente. La teoría del mínimo esfuerzo no pertenece a ningún concepto individualista, es la doctrina de los “sin energía” que se dejan arrastrar blandamente por la corriente adormecedora de las convenciones, de los prejuicios y de las comodidades sociales. La vida concebida fuera de los “arreglos” sociales requiere un esfuerzo. Y no hay esfuerzo sin iniciativa. El retiro de la iniciativa significa la muerte del esfuerzo, vale decir, la desaparición del impulso hacia una orientación distinta.

La vida en cuanto experiencia. La vida alejada de una moral autoritaria, la vida no condicionada por ninguna gesta previa, que no atiende a las circunstancias cambiantes más que para revelar formas nuevas y nuevos aspectos. Esta vida no puede prescindir absolutamente del riesgo.

Es con su propio esfuerzo que el individuo debe conquistar el goce de su vida. Allá donde la aventura ha muerto sólo queda lo que está regulado; allá donde no hay más cazadores furtivos, quedan los guardianes de caza.

Allá donde el riesgo está vedado, no quedan más que seres recortados o confeccionados sobre un mismo modelo: autómatas, funcionarios, administrados. Allá donde la bohemia ha desaparecido, no hay más que gente ávida y bien ordenada.

Ahora bien, descartar el riesgo de la vida individual equivale a crear autómatas. Sin el riesgo, la vida terminaría por reducirse a un monótono encadenamiento de actos conocidos o previstos, cuyas repeticiones tendrían el carácter de una letanía desesperante. Que aquellos que no ven en el ser humano más que un perfecto productor y un perfecto consumidor, que los “niveladores” persigan el aniquilamiento del riesgo, está bien. Ellos tienen el carácter. Los comunistas y colectivistas no sabrían realizar su ideal de sociedad sin personas que no fueran autómatas ¿Pero que nos digan que los individualistas anárquicos sólo “mencionan” el riesgo? ¡Vamos! La vida libre, la “verdadera vida”, la vida individualista es un riesgo continuo, es un esfuerzo constante, una experiencia que no cesa sino con la muerte.

El día en que el riesgo -bajo cualquier forma- sea desterrado de nuestro pobre y pequeño globo, arrastrará en sus ruinas al último de los individualistas.

Envejecer. La vida compleja

Saber que se envejece; darse cuenta de que los propios cabellos encanecen y la cara se agrieta; sentirse en la flor de la juventud ¿Qué importa, después de todo, que aparezcan cabellos grises o arrugas? Lo que importa es que no me sienta viejo ni envejecido. No se tiene sino la edad que se siente: es viejo el que se siente viejo. Es cierto, existe el ridículo social y las convenciones gregarias, pero el que no las puede afrontar está condenado a tener la edad que le dan, o la que le demuestran.

Vivir una vida compleja no es cosa fácil, después de todo. Se podrían contar con los dedos de las manos los hombres aptos para vivir una vida realmente compleja, es decir, vivir contemporáneamente varias existencias sin que éstas se hurten o se confundan. ¡Que florecimiento de facultades en los seres capaces de manifestarse, de expandirse en múltiples actividades que no se estorben! ¡Qué riqueza, qué capital representaría esta acumulación de experiencias! Es infinitamente probable que el hombre del mañana no sea hombre de un sólo propósito -*the man of one purpose*- sino el hombre de las múltiples posibilidades, los múltiples razonamientos, suficientemente potente y enérgico para conducir simultánea y paralelamente varias existencias. Me gusta creer que será maravillosamente ayudado por innumerables asociaciones voluntarias que se darán como objetivo -cada una en su propia esfera- no dejar inexplorado ningún campo en el que sea agradable al hombre realizar investigaciones y experiencias.

Fe

Sin duda los fanáticos, los entusiastas de los siglos en los que imperaba la creencia, tuvieron fe. La fe como “subsistencia de las cosas que se esperan”, como “demostración de las cosas que no se ven”. Y por la fe, “ellos hicieron grandes cosas”. Perseveraron pese a los tormentos. Fueron

lapidados, golpeados, torturados, quemados sin renegar de sus propias creencias, sin que una sola nube ofuscara su visión. En el origen, eran un puñado de hombres. Más caían, más eran legión. Y no fueron solamente los discípulos de un CakyaMouni o de un Jesús de Nazareth; o los adoradores de Jehová, o los seguidores de Mahoma. Durante los períodos de gran crisis, en tiempos de represión intelectual, de revoluciones, de guerras, siempre hay seres que se elevan, seres que “tienen fe” en un mejor devenir social o en el triunfo final de su patria. Seres que se sacrifican por la libre expresión del pensamiento. Por la concepción de una futura sociedad. Por un ideal que jamás verán al alcance de sus manos. Para conquistar, conservar o perder una libertad que la muerte les impide disfrutar.

Pero ustedes me dicen que han perdido la fe en lo invisible, o, tal vez, que no la tuvieron nunca. O también que “vivimos de buenas sopas y no de bellas palabras”. O más, que “cada felicidad que la mano no alcanza es sólo un sueño”. Que no se quieren sacrificar por un ideal. O hacer el más mínimo esfuerzo por el ignoto mañana. En fin, que quieren vivir enseguida, sin preocuparse por seguir quimeras.

Y se preguntan -reacción atávica- si no son arrastrados en realidad por esa duda que atormenta a los ascéticos. Si por casualidad no han cambiado amapola por ortiga. Y se muestran sin energía ni iniciativa. Ningún horizonte se abre, el cielo es bajo y el aire irrespirable. No hay objetivo ¡Y así los encontró el final del día!

Bien, no han sabido leer el libro de la vida. No recuerdan las lecciones más elementales. Vayan, pues, a contemplar la hierba que asoma entre los huequitos del adoquinado; o el arroyo que se hunde y gorgotea de roca en roca; o el pajarito que se ejercita en el vuelo; o la araña que comienza a tejer su nueva red. Suban, entonces, y observen, escuchen. Cada cosa, cada ser les dirá su fe en sí mismo. La fe en el cumplimiento de su razón de ser hasta que exista como cosa, hasta que viva como ser. La fe en su propia obra. Su fatiga presente, por poco importante o insignificante que pueda parecer. Su fe en el resultado de su esfuerzo actual, aún cuando el anterior haya fallado. Una fe tan poderosa y práctica que produjo el milagro de la continuidad de la existencia a pesar de todas las agitaciones geológicas y las modificaciones meteorológicas. A despecho de las destrucciones y las depredaciones de aquel destructor sin escrúpulos que es el hombre.

Tener fe en sí mismo. Fe en aquello que se emprende, en el propio esfuerzo. En la obra a la que nos dedicamos. Actualmente. Por hoy mismo, vale decir, por el pasado que no es más que el presente que acaban de recorrer, y por el futuro en el que penetran a cada instante. Por todo lo que están por ser, porque devienen continuamente. Por todo lo que están a punto de hacer, porque sus pies siempre pisan el estribo ¿Qué importa lo Invisible, lo Indefinido, lo Ideal? ¿No son ustedes la Realidad? ¿La obra de sus manos no es la prueba de que son más que una sombra? Pónganse en movimiento, entonces. El resto -entusiasmo, ardor, perseverancia, tenacidad, búsqueda del riesgo y desprecio por el peligro- vendrá por añadidura.

¿Es esto lo que ustedes llaman vivir?

Levantarse con la aurora. A buen paso, o aprovechando algún medio de locomoción rápido, ir al trabajo. Es decir, recluirse en un local más o menos espacioso, más o menos privado de aire. Sentado delante de una máquina, teclear sin descanso para transcribir cartas de las que no se compilaría ni la mitad si fueran escritas a mano. O fabricar, accionando algún instrumento mecánico, objetos siempre iguales. O no alejarse nunca de un motor para vigilar su funcionamiento. O, en fin, mecánica y automáticamente, recto frente a un telar, repetir continuamente los mismos gestos, los mismos movimientos. Y esto por horas y horas, sin variar, sin distraerse, sin cambiar de atmósfera ¡Todos los días!

¿Es esto lo que ustedes llaman “vivir”?

¡Producir! ¡Producir más! ¡Producir siempre! Como ayer, como antes de ayer. Como mañana, si no nos sorprende la enfermedad o la muerte ¿Producir? Cosas que parecen inútiles, pero de las que no es lícito discutir la superficialidad. Objetos complicados de los que no se tiene sino una parte en la mano, y quizá una parte ínfima. Objetos de los cuales se ignora el conjunto de las fases que atraviesa su fabricación ¿Producir? Sin conocer el destino del propio producto. Sin poder negarse a producir para quien no nos agrada, sin poder dar prueba de la más pequeña iniciativa individual. Producir: ahora, rápido. Ser un instrumento de producción que se estimula, se aguijonea, se sobrecarga, que se extenúa hasta el completo agotamiento ¿Eso es lo que ustedes llaman “vivir”?

Partir de mañana a la caza de una jugosa clientela. Perseguir, engatusar al “buen cliente”. Saltar al auto, del auto al colectivo, del colectivo al tren. Rendir cincuenta visitas por jornada. Desangrarse para sobrevaluar la propia mercancía y devaluar la ajena. Volver tarde, sobreexcitado, hartado, inquieto, hacer infelices a los que nos rodean, estar privado de toda vida interior, de todo arranque hacia una mejor humanidad.

¿Y es eso lo que ustedes llaman “vivir”?

Secarse entre las cuatro paredes de una celda. Sentir lo desconocido de un futuro que nos separa de *los nuestros*, los que sentimos nuestros al menos, por afecto o por haber compartido riesgos juntos. Tener, si se está condenado, la sensación de que nuestra propia vida huye, que no hay nada más que podamos hacer para determinarla. Y esto por meses, años enteros. No poder luchar más. No ser más que un número, un juguete, un harapo, una cosa matriculada, vigilada, espiada, explotada. Todo en medida mucho mayor a la pena fijada en relación al delito.

¿Y es eso lo que ustedes llaman “vivir”?

Vestir un uniforme. Por uno, dos, tres años, repetir incesantemente el acto de matar hombres. En la exuberancia de la juventud, en plena explosión de virilidad, recluirse en inmensos edificios donde se entra y se sale a horas fijas. Consumir, pasear, despertarse, dormir, hacer todo y nada a horas establecidas. Y todo eso para aprender a manejar instrumentos capaces de quitar la vida a individuos desconocidos. Para prepararse a caer muerto un día por un proyectil que viene de lejos, disparado por alguien también desconocido. Entrenarse para morir, o producir la muerte. Ser instrumento,

autómata en las manos de privilegiados, poderosos, monopolistas, acaparadores porque no se es privilegiado, ni poderoso ni dueño de hombres.

¿Es eso lo que ustedes llaman “vivir”?

No poder aprender, ni amar, ni estar en soledad, ni derrochar el tiempo a gusto propio. Tener que estar encerrado cuando el sol brilla y las flores emborrachan el aire con sus efluvios. No poder ir hacia el trópico cuando la nieve golpea las ventanas, o hacia el norte cuando el calor se hace tórrido y la hierba se reseca en los campos. Encontrar delante de sí, siempre y donde sea, leyes, fronteras, morales, convenciones, reglas, jueces, oficinas, cárceles, hombres en uniforme que mantienen y protegen un orden de cosas mortificante.

¿Y es eso lo que ustedes llaman “vivir”? ¿Ustedes, enamorados de la “vida intensa”, aduladores del “progreso”, todos ustedes, los que empujan las ruedas del carro de la “civilización”? Yo llamo a eso vegetar. Lo llamo morir.

La villa individualista

Los individualistas siempre han demostrado un interés particular en las llamadas colonias: ambientes libres, realizaciones vitales, trabajo en común.

La razón de este simpático interés se debe a la admiración del esfuerzo que realiza un grupo de hombres más o menos numeroso con el fin de crear, en el seno de una sociedad regida por leyes y por un conformismo general, islas u “oasis” en los que se esforzarán por materializar el propio ideal. Todavía no es posible que estos “oasis” puedan escapar a las imposiciones de la sociedad que los circunda, salvo en casos excepcionales. Los individualistas siempre han observado en sus fundadores, iniciadores y participantes la determinación de liberarse de estas imposiciones o, al menos, reducirlas al mínimo posible con la voluntad de perdurar a pesar de todos los obstáculos y los problemas. Que estos intentos hayan tenido un resultado favorable o no, que hayan fundado sus esperanzas en un principio a-religioso o religioso, no tiene mucha importancia. Lo que interesa no es tampoco cuánto tiempo se mantuvieron en pie, sino su *resistencia* a todos los factores internos y externos que se coligaban -o se coaligan- para minarlos, disolverlos y hacerlos desaparecer.

El problema es que, sacrificando todo al común denominador, estos “comunitarios” se encuentran extrañados frente a la concepción de una “unión” basada en la “soberanía del individuo”. ¿No es posible, entonces, imaginar una formación que tenga como objetivo la independencia del individuo y no la preocupación común por el equilibrio entre la producción y el consumo?

Si la preocupación mayor de ciertos “únicos” de “nuestro” mundo consiste en vivir juntos sin sacrificar nada de la propia autonomía individual, ¿cómo se resuelve el problema?

¡Libertad de soledad y libertad de compañía! Respeto absoluto a la persona, a lo que le pertenece y a lo que depende de él; y cumplimiento leal de las convenciones libremente fijadas. Esos son algunos de los fundamentos sobre los que podría apoyarse el funciona-miento y el

desarrollo de una villa de este tipo, que no tendría la pretensión de ser ejemplo de nadie ni de prefigurar una sociedad futura, y menos de resolver la cuestión social. El objetivo sería celebrar una reunión permanente en un lugar establecido, una cita de amigos, de compañeros individualistas, de “únicos” ligados unos a otros por pensamientos parecidos, por el mismo desprecio a la hipocresía, al doble juego, a los prejuicios sociales, morales e intelectuales que hacen del ambiente social la morada de la demencia y el asilo de la incoherencia.

Estas líneas no tienen otro fin que “lanzar” una idea que probablemente tenga un resultado práctico en el futuro, o tal vez caiga en la más completa indiferencia.

El peligro mediocrático

Hay un peligro más grave que el reaccionario, el clerical y el socialcomunista: el peligro mediocrático. Antes que nada, si los términos mediocracia y mediocrático son comprensibles por sí mismos -la mediocracia es el reino, el régimen, la dominación de los mediocres- ¿qué se entiende por mediocre? El hombre mediocre es el hombre medio, indiferente, apático, menos que común. Es el hombre que teme la originalidad combativa, la iniciativa dispendiosa; que se horroriza ante la pasión que absorbe, el esfuerzo que consume, la espontaneidad que exalta, la aventura que forja el carácter, la agudeza imprevista de la intuición y la percepción. Mediocre es el hombre que no es movilizadado ni por las fuerzas que lo enalzan ni por las que lo degradan; que acepta de buena gana ser un *meneur*, un agitador, a condición de que su mentalidad no supere la de sus súbditos, así como acepta ser gregario si su guía no lo asusta con el ardor de su temperamento o la originalidad de sus concepciones. El hombre mediocre siempre está dispuesto a alistarse, matricularse y juntarse a condición de que no lo atemorizen con cláusulas estatutarias demasiado gravosas. El está listo a participar en todos los intentos destinados a mejorar su suerte sólo si esos intentos no lo obligan demasiado a reflexionar o cooperar ostensiblemente. No es muy virtuoso y es modestamente vicioso. El es en todo y por todo un mediocre.

La actividad crítica

No hay que engañarse; los individualistas anárquicos son unos negadores, destructores, demolidores...

Son aquellos que “en nada creen” y “nada respetan”. Nada, en realidad, es protegido de su crítica disgregadora. Nada es sagrado para ellos.

¿Cuándo criticar?

A cada instante. No hay un suceso, un hecho histórico que no dé pie a la crítica; no hay un sufrimiento, un dolor, un tormento que no dé la ocasión a la crítica. No hay un drama humano que no ofrezca material a la crítica.

¿Dónde criticar? En todos los ambientes.

¿Cómo criticar? Con entusiasmo. Con coraje. Con sinceridad. El individualista crítico como si dependiera de él la posibilidad de que en ese instante todo su entorno se transformara en individualista anárquico. Sin

preocuparse de las jugadas de los que lo precedieron, de sus errores, de su inanidad. Con la esperanza y la convicción de que el resultado que obtenga mañana valdrá más que el de hoy.

¿Con qué medios?

Con miles de medios. Con todos los medios. Con la palabra, la pluma, la acción. Con el diario, el opúsculo, el libro. Con la discusión, la conferencia, la confrontación. Con una vida de refractario. Con una existencia de marginal. Con el ejemplo.

¿Por qué criticar?

No por diletantismo o snobismo. No para tener secuaces, discípulos. No para hacer número. Sí para hacer *tabula rasa*. Y una vez desembarazado, liberado; una vez despejados el cerebro, la razón y el sentimiento para vibrar a su gusto, a cada uno le queda la tarea de edificar su propia concepción de la vida, completarse, fabricar la propia Ciudad interior.

Disfrutar físicamente

Yo quiero vivir. Vivir quiere decir apreciar la vida. Individualmente. Por eso sólo me siento vivir a través de mis sentidos. Por medio de ellos: de mi cerebro, de mis ojos, de mis manos, yo concibo el mundo exterior. No me siento vivir más que físicamente, materialmente. Es material la sustancia gris que llena mi cráneo. Son materiales mis músculos, mis nervios, mis venas, mi carne. Alegrías y dolores, emociones y goces mentales, sensuales, gustativos, olfativos, aumentan o restringen el funcionamiento de los órganos esenciales. No hay nada en todo esto que no sea actual, natural, tangible, aún medible.

No tengo otro ideal que el de disfrutar física y materialmente de la vida. No clasifico los goces en superiores o inferiores, buenos o malos, útiles o nocivos, favorables o inconvenientes. Son útiles los que me hacen amar más la vida. Nocivos los que me hacen odiarla o depreciarla. Favorables son los disfrutes que hacen que me sienta vivir más ampliamente, desfavorables aquellos que contribuyen a disminuir en mí la sensación vital.

Me siento un esclavo apenas consiento que los demás juzguen mis pasiones. No porque no sea realmente apasionado, sino porque quiero razonar mis pasiones y tornar apasionada mi razón.

La vida sensual. Camaradería amorosa

Por qué las abejas engordan a sus madres en tanto que nosotros sólo lo hacemos con nuestras cantantes de ópera. Es una cuestión digna de ser meditada.

Bernard Shaw, Hombre y Superhombre, 1946

Consideraciones sobre la idea de libertad

Antes de exponer el punto de vista individualista anárquico frente a la cuestión “sexual”, es necesario ponerse de acuerdo sobre la expresión “libertad”. Se sabe que la libertad no podría ser un fin, ya que no hay

libertad absoluta; como tampoco hay verdad general, prácticamente hablando. No existen sino libertades particulares, individuales. No es posible escapar a ciertas contingencias. No se puede ser libre, por ejemplo, de no respirar, de no asimilar y desasimilar... La Libertad, como la Verdad, la Pureza, la Bondad, la Igualdad, no es más que una abstracción. Y una abstracción no puede ser un objetivo.

Considerada, al contrario, desde un punto de vista particular, dejando de ser una abstracción, tornándose una vía, un medio, la libertad se comprende. En este sentido, se reclama la libertad de pensar, es decir, de poder, sin ningún obstáculo exterior, expresar de palabra o por escrito los pensamientos de la forma que se presentan ante el espíritu.

Es precisamente porque sólo existen las libertades particulares por lo que podemos, saliendo del dominio de lo abstracto, colocarnos sobre un terreno sólido y afirmar que “nuestras necesidades y nuestros deseos” -mejor que “nuestros derechos”, expresión abstracta y arbitraria-, han sido rechazados, mutilados o encubiertos por autoridades de diversos órdenes.

Vida intelectual, vida artística, vida económica, vida sexual: los individualistas reclaman para ellas la libertad de manifestarse plenamente, según los individuos, a tenor de su libertad, fuera de las concepciones legalistas y de los prejuicios de orden religioso o civil. Reclaman para ellas, consideradas como inmensos ríos por donde se vierte la actividad humana, que puedan resbalar sin ningún obstáculo; sin que las esclusas del moralismo y el tradicionalismo atormenten o enloden su caudal. Mejor aún, sin que perturben las libertades con sus errores impetuosos, con sus nerviosos sobresaltos, con sus impulsivos retrocesos. Entre la vida al aire libre y la vida de bodega, elegimos la vida al aire libre.

¿Qué es el amor?

El amor es uno de los aspectos de la vida, y el más difícil de definir, porque son muy diversos los puntos de vista desde los cuales se puede considerar. Algunas veces llaman amor a la satisfacción de la necesidad sexual, a una emoción, a una sensación que escapa a la reflexión; otras veces a un sentimiento que nace de la necesidad espiritual de camaradería íntima y afectuosa, de amistad profunda y persistente. Otras veces es aún, además de todo esto, un acto reflexivo de voluntad del que se presume haber ponderado las consecuencias. El amor es también una experiencia de la vida personal: aquí, experiencia impulsiva, capricho puro; allá, experiencia que puede prolongarse muchos años o toda una vida.

Aunque el amor no escapa al análisis más que los otros dominios de la actividad humana, su análisis presenta dificultades. El amor se sitúa “más allá del bien y del mal”. Algunos lo pintan “enfant de Bohème”; otros le atribuyen “razones que la razón ignora”; muchos lo consideran “más fuerte que la muerte”. Es, esencialmente, de naturaleza individual. Si es sentimiento, también es pasión. Cuando se vuelve el resorte de una vida afectiva intensa -sentimiento o pasión- influye sobre el carácter, despierta el espíritu, conduce hasta el “heroísmo”; pero trae de la misma forma el desaliento, la tristeza, el sombrío desasosiego. En fin, si el razonamiento y

la voluntad pueden, en ciertos casos, canalizar, encauzar la expansión, no quitan por eso al amor su carácter de sentimiento o de pasión.

Las cosas están determinadas de tal modo que el género humano se halla compuesto de seres de sexos diferentes cuya aproximación es indispensable para perpetuar la raza.

Hasta el día en que se pueda fabricar seres -sin sexo, cabe esperar- en los laboratorios de biología, esta indispensabilidad continuará, y como el alba de este día podría tardar demasiado en brillar, sería acaso necesario no tenerlo muy en cuenta para nuestras conclusiones¹.

Pero no solamente la continuación de la especie humana está ligada a la atracción de ambos sexos: la naturaleza ha hecho que los dos sexos se atraigan mutuamente y que el acto sexual sea el manantial de una felicidad voluptuosa que el ascetismo depravado y el puritanismo farisaico intentan deshonar o tachar de infamia, pero que no lograrán nunca hacerla considerar como malsana, en tanto forme parte de la naturaleza humana.

El hecho mismo de que la procreación pueda ser voluntaria y que su ejercicio sea consecuencia de la libre elección de la mujer no suprime en nada esa atracción sexual.

Los sexos se atraen mutuamente, se buscan naturalmente, normalmente: este es el hecho original, primordial, la base fundamental de las relaciones entre las dos mitades del género humano.

Por otro lado, es una locura querer reducir el amor a una ecuación o limitarlo a una forma única de expresión. Aquellos que lo intentaron se dieron cuenta bien pronto de que habían equivocado el camino. La experiencia amorosa no conoce fronteras. Varía de individuo a individuo.

El ambiente social y las relaciones sexuales

Sensuales, sentimentales o afectivas, se imprime a las relaciones sexuales una gran duplicidad. Se afecta conocer solamente una especie de amor: el legal, es decir, la unión para toda la vida de dos seres que antes del “matrimonio” no se conocían, que disimulan su verdadero carácter y que, a pesar de la posibilidad del divorcio, difícilmente podrían separarse sin graves inconvenientes económicos o sociales.

La unión libre misma se diferencia muy poco del casamiento cuando se acomoda a las costumbres. Por respeto a las conveniencias, gran número de individuos “volubles” por naturaleza, deben parecer “constantes”. De ahí, cohabitaciones que resultan verdaderas torturas y refugios de hipocresía doméstica. De ahí un refinamiento de bajezas por parte de los cónyuges, que se esfuerzan por ocultarse uno al otro su verdadero temperamento, tramando intrigas que, para ser llevadas a cabo, requieren la mentira permanente. Como consecuencia: disminución del carácter, reducción general de la personalidad.

¹ Hoy valdría agregar esta posibilidad a nuestras conclusiones, ya que la técnica de clonación, la fecundación in vitro y la biogenética no encuentran obstáculos morales demasiado firmes para su desarrollo. (Nota de la traductora)

¿Hay algo menos normal que las consecuencias prácticas, en la vida de algunas mujeres, de concepciones tales como la castidad y la pureza sexual? ¿La infamia, aceptada por todos, que tolera dos morales sexuales, una para la mujer y otra para el hombre? ¿Existe un dominio donde la mujer sea más esclava, donde se la haga más ignorante y sea puesta más pesadamente bajo el yugo?

Toda sociedad legal y obligatoriamente constituida no puede ser sino hostil al amor irregular. Para considerar el modo de expresión normal del amor, la atracción sexual natural, es necesario que la preocupación acerca de la anatomía individual predomine sobre todas las demás.

Al amor esclavo, la única forma de amor que pueden conocer las sociedades autoritarias, el individualista anárquico opone el amor libre. A la dependencia sexual, es decir, al concepto dominante que exige que la mujer sea, la mayoría de las veces, nada más que carne de placer, el individualista opone la libertad sexual; dicho de otra manera: la facultad para los individuos de ambos sexos de disponer a su antojo de su vida sexual, de determinarla según los deseos y las aspiraciones de su temperamento sensual o sentimental.

Teoría de la libertad sexual

Cuando los individualistas reivindican la libertad sexual, ¿qué quieren decir? ¿Es la “libertad de la violación” o de la depravación que reclaman? ¿Aspiran al exterminio del sentimiento en materia amorosa, a la desaparición de la ternura o del afecto? ¿Glorifican, acaso, la promiscuidad inconsciente o la satisfacción bestialmente sexual? No, cuando reclaman libertad sexual quieren sencillamente que todo individuo pueda disponer a su antojo y durante todas las circunstancias de su vida sexual -según el temperamento, sentimiento o razón propias-. Atención: *su* vida sexual, que no implica la de los otros. No reclaman, tampoco, una libertad sexual ajena a la educación sexual. Creen por el contrario que, gradualmente, en el período que precede a la pubertad, el ser humano no debe ignorar nada de lo que concierne a la vida sexual -en otras palabras: la atracción ineluctable de los sexos-, sea considerada desde el punto de vista sentimental, emocional o fisiológico.

Así, “libertad de la vida sexual” no es sinónimo de “perversión” o de “pérdida de la sensibilidad sexual”. La libertad sexual es exclusivamente de orden individual. Presupone una educación de la voluntad que permita a cada uno determinar *por sí mismo* el punto donde cesa de ser dueño de sus propias pasiones o inclinaciones; educación quizás mucho más instintiva de lo que parece a primera vista. Como todas las libertades, la libertad sexual requiere un esfuerzo, no ya de abstinencias -la abstinencia vital es una prueba de insuficiencia moral, al igual que la depravación es un signo de debilidad moral- sino de juicio, de discernimiento, de clasificación. En otros términos, no se trata tanto de la cantidad o del número de experiencias, como de la calidad del experimentador. Para concluir: la libertad de la vida sexual queda unida, en el sentido individualista, a la educación sexual preparatoria y la potencia de determinación individual. Julio Guesde escribía

en 1873, en su *Catecismo Socialista*: “Las relaciones sexuales entre el hombre y la mujer, fundadas sobre el amor o la simpatía mutuas, llegarán a ser *entonces* tan libres, tan variables y tan múltiples como las relaciones intelectuales y morales entre individuos del mismo sexo o de sexo diferente”. Nosotros, realistas, actualistas, afirmamos esa tesis de que las relaciones sexuales entre el hombre y la mujer (exceptuando, como se comprende, la cuestión de los temperamentos personales), pueden ser *desde ahora* tan libres, tan variables, tan múltiples, como lo son o deberían serlo las relaciones intelectuales o morales entre los humanos.

La educación sexual

Creemos que los espíritus de vanguardia, los emancipadores, deberían preocuparse de preconizar la educación sexual mejor de lo que lo hacen; no dejar jamás escapar la ocasión de propagar y de afirmar su importancia. No solamente el ser humano debe conocer qué delicias -sentimentales, emocionales, físicas- nos reserva la vida sexual, sino también qué responsabilidades implica. Una educación sexual sería no debería ignorar el problema de la procreación voluntaria o la tesis que expone aquello de que “es a la mujer a quien pertenece elegir el momento de la concepción...”. O aún esta opinión extrema: “en una sociedad que no ha puesto a sus mujeres en estado de evitar una maternidad no deseada, ellas tendrían el perfecto derecho de abandonar su prole a los cuidados de la colectividad”. O, en fin, las precauciones a tomar para evitar los peligros temibles de las contaminaciones venéreas. La propaganda de la libertad del amor es indispensable para conducir a cada uno a la reflexión seria sobre este costado de la existencia, comúnmente velado por el misterio o tratado demasiado a la ligera.

Los individualistas no separan “libertad de vida sexual” de “educación sexual”. Y conviene que el que *sepa* instruya al que ignore. Es de una lealtad elemental.

Contrariamente a los prejuicios de orden religioso o civil, los individualistas consideran la cuestión de las relaciones sexuales del mismo modo que la cuestión intelectual o cualquier otra cuestión. No excluyen la voluptuosidad sexual de las experiencias de la vida: la colocan sobre el mismo plano que la voluptuosidad intelectual (artística, literaria, etcétera), que la voluptuosidad moral o la voluptuosidad económica.

Cuando los individualistas reivindican la libertad de la vida sexual -en todas las circunstancias: tanto fuera como dentro de la unión-, no se pronuncian ni a favor ni en contra de la unicidad o la pluralidad en el amor. Dogmatizar en un sentido o en el otro es igualmente antiindividualista.

Los individualistas piden que no se califique de más o menos legítima, de superior o de inferior, la experiencia amorosa, según sea simple o plural. Reclaman que se instruya de todas estas cosas a todos los seres, y que el padre, la madre o el compañero no aprovechen su situación privilegiada para mantenerla ocultas ante quienes tienen una obligada confianza en ellos. A cada uno de los instruidos corresponde determinar su vida sexual como le

plazca, variar las experiencias o quedarse con una sola; en una palabra "disponer a su antojo".

Haciendo penetrar en las experiencias de la vida cotidiana los fenómenos afectivos, los individualistas no quieren disminuir la importancia del factor "amor" en la evolución de la existencia humana.

Ciertas desilusiones y ciertos disgustos serían ahorrados si algunos hechos de la vida, en vez de ser considerados definitivos, aparecieran como temporales, modificables, revisables: esencialmente variables. Esto que se acepta ya desde el punto de vista científico, intelectual, desde todos los puntos de vista, no sabemos por qué no se puede aceptar desde el punto de vista sentimental, afectivo o sexual. Por otra parte, no basta con aceptar esta idea hipócritamente y practicarla clandestinamente. Los individualistas reclaman para la búsqueda y la práctica de "la libertad sexual" la misma publicidad que para las otras "libertades", convencidos de que su desarrollo y evolución se hallan ligados no solamente al crecimiento de la fidelidad individual y colectiva, sino además, en gran parte, a la desaparición del régimen autoritario.

La emancipación sentimental

La emancipación sentimental consiste, desde nuestro punto de vista, no en negar, en inferiorizar, en desvalorizar el sentimiento (bella tontería), sino en situarlo en su lugar: el plano físico, fisiológico. En todos los medios hay demasiadas personas inclinadas a poner el sentimiento (la simpatía sexual o amorosa) en un plano metafísico. Es conveniente que el individualista se emancipe de esta ilusión. El sentimiento es la percepción que experimenta, la emoción que siente el Yo puesto en presencia de uno o varios *no yo* -el yo intuitivo y sentimental, el yo sexual si se quiere-. La impresión sentimental que uno o varios *no yo* producen puede ser más o menos impulsiva, viva, fuerte, marcada, duradera: esta impresión no es ni rústica ni inexplicable; puede ser perfectamente dilucidada, razonada, analizada. Es una manifestación de los sentidos parecida a las demás: no es ni más ni menos moral; es, simplemente, "más allá del bien y del mal".

El sentimiento es de orden individual, pero es susceptible de educación, de conversación, de cultura intensiva y extensible, como todo lo que pertenece al dominio de los sentidos, todo lo que empuja a la sensibilidad. Se puede querer ser más sentimental de lo que se es, y esto puede alcanzarse, así como se puede llegar, por medio de cuidados apropiados, a hacer dar a un árbol o a una tierra frutos más bellos o espigas más grandes. Se puede educar con miras a ser amante, tierno, afectuoso, acariciador, como puede educarse para ser marino o asimilar una lengua extranjera. Claro está que es cuestión de temperamento; pero es también cuestión de voluntad: de reflexión, de búsqueda del goce personal.

Así, pues, desde el punto de vista sentimental, se ha emancipado todo el que hace entrar el sentimiento en su cuadro, el cuadro de las manifestaciones de la sensibilidad individual, entre los productos de la constitución vital de la personalidad. Se ha emancipado, sentimentalmente hablando, todo el que considera al sentimiento como un producto susceptible -como todos los

productos de la sensibilidad humana- de perfeccionamiento, de desarrollo, de intensificación o viceversa.

La ruptura

Las palabras SIEMPRE y NUNCA tienen una apariencia demasiado dogmática para formar parte del vocabulario individualista.

La experiencia de camaradería amorosa comienza en el momento en que dos seres se gustan, si no en detalle, al menos a *grosso modo*. Generalmente esto ocurre sin preocuparse del porvenir, y puede también producirse después de una larga reflexión. Puede tener lugar cuando uno ama en general y el otro desea en particular. Desde el momento en que uno de los participantes declara de antemano que no considera la experiencia amorosa como un capricho, el ensayo se prolonga bastante tiempo para saber realmente si se está o no de acuerdo. Entre nosotros existe demasiado espíritu científico para sacar una conclusión de un encuentro fortuito. Sabemos perfectamente que, del mismo modo que una golondrina no hace la primavera, una o dos horas de amor tampoco revelan todo lo que sus protagonistas son capaces de manifestar.

Teóricamente, la experiencia amorosa puede durar una hora, un día, diez años. Puede durar el espacio de un instante o prolongarse una vida entera. Prácticamente, ella cesa cuando los que la vivieron están de acuerdo en ponerle fin, o cuando el que manifiesta el deseo de interrumpirla obtuvo la adhesión sincera de su coexperimentador. *Imponer* a un compañero la ruptura de la experiencia amorosa es un acto de autoridad -voluntario o no-, como también es un acto de autoridad *imponer* el fin de la cohabitación. Hacer aceptar una ruptura amorosa requiere un tacto refinado, una delicadeza extrema, precauciones varias. Las palabras perversas, las insinuaciones malévolas, los reproches agrios son armas a las que los individualistas no acudirán jamás. Su mayor preocupación será evitar el sufrimiento de los que pretenden abandonar. La práctica del amor plural permite, además, la prolongación de la experiencia amorosa y evita toda brusquedad. De cualquier forma, siempre es entre compañeros que se pone fin a la experiencia amorosa: sin ofensa, con dulzura; entre compañeros dispuestos a volver a empezar mañana, si fuera el caso. Entre nosotros ninguna experiencia, de ninguna clase, se acaba *definitivamente*.

Las naturalezas inconstantes, si se declaran enseguida, dan oportunidad a los que temen sufrir de saber cómo comportarse, a qué atenerse. De tal modo, no hay posibilidad de disimulo, de fraude, de engaño. Un compañero puede amar, por ejemplo, a "A" con intención de prolongar la experiencia amorosa y vivir juntos; amar a "B" con el mismo espíritu pero excluyendo la cohabitación; y a "C" y "D" por puro capricho. Lo que importa es dar a conocer las propias intenciones.

Si para los individualistas *imponer* la ruptura en materia amorosa puede considerarse una función de la conservación de la independencia de la personalidad, esa ruptura no puede efectuarse en perjuicio del compañero al que se le *impone*. Algunos individualistas llegan a sostener que aquel que desea el alejamiento debe asegurarse de que el otro haya encontrado un

equivalente a la pérdida o, caso contrario, procurárselo. El método de la *equivalencia*, dicen ellos, es el único científico: responde a la idea de la compensación de las energías. Cierra el camino a la arbitrariedad. Sin él, el elemento compensador estalla en las "represalias", inadmisibles entre buenos compañeros.

Dicho esto, es claro que, en último análisis, resulta cómodo imponer una ruptura. Pero no todas las personas reaccionan de la misma manera. Algunos aceptan la situación sin objeciones y otros se sienten empujados a presentar y hacer valer consideraciones de naturaleza particular. Estos últimos pueden alimentar la profunda convicción de que su amado se halla bajo el imperio de una influencia extraña o retrógrada. El individualista podrá defender *su causa* ante el compañero, y éste atenderá sus argumentos; examinará si éstos no son capaces de hacer modificar su decisión. El individualista podrá esforzarse en persuadir; si se siente empujado por su determinismo, volverá a la carga; insistirá, como hace con la propaganda cotidiana para atraer a los demás a las ideas que profesa. Y de esta insistencia no debemos extrañarnos.

Pero en ningún caso el que quiere *imponer* la ruptura y el que se opone recurrirán a la sanción legal o a la violencia física. El empleo de uno u otro de estos expedientes los excluirá *ipso facto* del medio individualista anárquico.

PASTILLAS DE LIMON* (Aforismos)

Hasta las nueve y cuarto, usted encontraba a la persona con quien había cohabitado durante tanto tiempo dotada de toda clase de atributos y cualidades sin rival; al escucharle, se diría la encarnación de un ideal, casi un ángel enviado desde el cielo para acompañarle y hacerle soportable la existencia terrestre. A las nueve y veinte se entera de que este ser único, extraordinario, perfección de perfecciones, ha dormido con alguien más -ayer, o la semana pasada, o hace un mes, o seis meses o hasta un año-. A las nueve y veinticinco -se necesitan cinco minutos para volver en sí- esta perfección de perfecciones se ha trocado para usted en un monstruo, quizá el más repugnante que la tierra haya encerrado; su presencia se le hace de repente odiosa, y para contrarrestar la buena nueva no ve otro recurso que abandonar para siempre el techo bajo el cual han vivido juntos tantas horas de gozo y de aflicción.

Yo no sé en qué razones de orden moral -laicas, jurídicas o religiosas- pueda usted basarse; mas en cuanto a mí, le declaro francamente que no puedo concebir su conducta de otra forma que dictada por tres móviles: la ignorancia, la maldad o la demencia. Ahora bien, yo no deseo la compañía de ignorantes, malvados o dementes.

Seré cínico. Mantengo que la procacidad sexual -que nada tiene que ver con la libertad sexual- no produciría, si llegara a universalizarse, más males y miserias que la manera de concebir el matrimonio actual.

Por ser partidarios de la libertad sexual, el burgués nos juzga indiferentes, insensibles, vacunados contra el dolor o la pena resultante de la incomprensión, equivocaciones, rupturas, separaciones. Y esto es conocernos mal. Aunque debiéramos pasar por los sufrimientos más atroces, ser crucificados sentimentalmente, no queremos dictaduras en materia amorosa como no las queremos en materia política, económica, moral, intelectual; y no aceptamos en el dominio del amor la potestad del hombre sobre la mujer, como tampoco la de la mujer sobre el hombre.

Al tratarse de asociacionismo o de camaradería en el dominio intelectual, económico, científico o recreativo, todos los anarquistas o cada uno de ellos presentan sus proyectos, planes y sugerencias. Al tratarse de asociacionismo en materia sexual o de camaradería amorosa, los semblantes se ven apesadumbrados, los compañeros nos miran como a invasor inoportuno, las compañeras como a un depravado.

El nacionalismo, el chauvinismo o la patriotería, la belicosidad, la explotación y la dominación se encuentran en germen en los celos, en el acopio, en el exclusivismo amoroso, en la fidelidad conyugal. La moralidad sexual aprovecha siempre a los partidos retrógrados, al conservadurismo social. Moraliteísmo y autoritarismo están enlazados uno a otro como la hiedra al roble.

No es que quiera la muerte del amor, pero tengo miedo del amor muerto. A éste opongo el amor que vive, el que rompe las cadenas del prejuicio, echa abajo el antifaz del pudor, sale al paso con desdén; el amor por encima del bien y el mal, desembridado, suelto y desenfrenado, ebrio, afrodisíaco, silénico, plural, generoso, que no se niega. Lo opongo al amor pálido, achinelado, limitado, escaso, timorato, ignorante de la pasión y la aventura, pegado a la unicidad como un caracol a su concha, mezquino y que no se da porque es poco lo que puede ofrecer.

"Respetables" en materia de anarquía, al encontrarse se han mirado y susurrado: *pornógrafo*. Los pornógrafos, amigos míos, son aquellos que no pueden oír hablar de sexualismo, leer una descripción erótica o sentirse presa del deseo amoroso sin que esto les repugne, sin experimentar un sentimiento de repulsión. Los pornógrafos son aquellos que se sienten asaltados en su interior cuando una nuca fresca, una garganta palpitante, una piel fina, unas caderas torneadas hacen bullir su sangre. Los pornógrafos son aquellos que se creen bajo el imperio del pecado cuando ante sus ojos pasa alguna visión de lujuria. ¡Ay, los impuros! ¡Ay, los esclavos!

La pareja que ignora "los amores laterales" termina por compenetrarse en la manera de ver las cosas, de sentir, hasta en las manías de uno y otro. Aquí su individualidad desaparece, su personalidad se anonada, se quedan sin iniciativa propia. Llegan a temer de tal forma la experiencia por sí misma que, anarquistas verbales, apenas si su vida difiere de la de los conservadores sociales más acabados.

Para mí la cuestión primordial es saber: la propaganda en favor del pluralismo amoroso, la conquista de la facultad de amar pluralmente, en su triple forma intelectual, sentimental y carnal, ¿no valora más la unidad humana? ¿Es que si acaso el individuo se permite conocer a otros más íntimamente, dejarse conocer más íntimamente por otros, no resplandece

* Fragmentos del libro *La camaradería amorosa*, Ed. Sarmiento, Buenos Aires, 1937.

más ampliamente, no vibra con más intensidad, no aprecia con más holgura de espíritu los esfuerzos de sus camaradas, no se vuelve menos pobre, menos corto, menos mezquino en los contactos que determina la vida cotidiana? He ahí lo que a mí me interesa como realizador anarquista convencido de que la indigencia sentimental, la pobreza de lustre amoroso y el dogmatismo conyugal constituyen terrenos excelentes para el cultivo del espíritu ortodoxo o arquista.

No sé por qué la búsqueda de un placer sentimental por la satisfacción que pueda procurar, los refinamientos en el goce amoroso por el deleite que puedan dispensar, son considerados por algunos individualistas (!) como menos puros, menos elevados y hasta menos nobles que ir tras el placer intelectual por el contento cerebral que pudiera proporcionar. No comprendo cómo un anarquista se las arreglaría para componer una *lista jerárquica* de los diferentes goces: catalogar este gesto, catalogar tal o cual parte corporal como *digna* o *indigna*. Sin duda soy un gran “perverso” -a menos que no sea muy “puro”-; mas no llego a ver la menor diferencia *cualitativa* entre la mejilla o las nalgas de un hombre o de una mujer. No comprendo, pues, por qué ha de estar “bien” para los anarquistas descubrir las mejillas y “mal” poner las nalgas al desnudo.

No comprendo por qué entre algunos anarquistas es “elevado” el placer que se experimenta escuchando la bella música y “vil” el placer por el que nos guste sentir la carne estremecerse al contacto de nuestros besos. ¿Cómo podrá hacerse acordar una concepción anárquica de la vida y una jerarquía de las sensaciones? Esto es lo que yo no alcanzo a entender.

¿Qué se entiende por camaradería amorosa? Una concepción de asociación voluntaria *que engloba* las manifestaciones amorosas, los gestos pasionales y voluptuosos. Es una comprensión más completa del compañerismo que el que sólo comporta camaradería intelectual o económica. Nosotros no decimos que la camaradería amorosa es una forma más elevada, más noble, más pura; decimos simplemente que es una forma más completa de compañerismo. Toda camaradería que comprende tres, es, se diga lo se quiera, más completa de la que solamente comprende dos.

Individualistas, anarquistas materialistas y deterministas, dicen o escriben que ir tras el goce por el goce, el placer por el placer, es una equivocación, una ilusión. Nada espero después de la muerte, lo reitero, y no considero ni como una equivocación ni como una ilusión contemplar, al borde del mar, oír el murmullo de la ciudad; en un vergel, hacer crujir las manzanas a dentelladas. No considero tampoco una ilusión ni un engaño sentir en mis labios la presión de los labios de una mujer. Mi vida es demasiado corta - como la tuya- para que renuncie a la ocasión que se presenta de gozar de quien se ofrece, o provocar la oportunidad si fuera necesario.

Oigo decir que la monogamia es superior a otra forma cualquiera de unión sexual. Diferente, sí; superior, no. La historia nos muestra que los pueblos no monógamos en nada ceden, en cuanto a literatura o ciencia se refiere, a los monógamos. Los griegos eran disolutos, incestuosos, homosexuales, enaltecían a la cortesana. Observen la obra artística y filosófica que realizaron. Comparen la producción arquitectónica y científica de los árabes polígamos con la ignorancia y la tosquedad de los cristianos monógamos de

la misma época. Además, no es cierto como se presume que la monogamia o la monandria sean naturales. Por el contrario, son artificiales. Donde quiera que sea, si el arquismo no interviene o da rienda suelta a su severidad (el arquismo, es decir, la ley y la policía) hay impulso a la promiscuidad sexual. Representense las bacanales, saturnales, florales de la Antigüedad -fiestas carnavalescas medievales, kermeses flamencas, clubs eróticos del siglo de los enciclopedistas-, verbenas contemporáneas. Son reacciones que pueden gustarme o no, pero reacciones al fin. Lo que pasa es que el ambiente humano aguanta con mucho trabajo la sujeción monogámica o monándrica, y esa forma de unión sexual no es más que exterior. Esa es la verdad.

Yo no niego -no ha habido nadie que lo niegue- que la monogamia conviene a ciertos -pongamos muchos- temperamentos. Mas basándome en el estudio que he hecho de estas cuestiones, me reservo proclamar que la monogamia o la monandria empobrece la personalidad sentimental, estrecha el horizonte analítico y el campo de adquisición de las personas.

Practicar la “camaradería amorosa” quiere decir para mí ser un camarada más íntimo, más completo, más próximo. Y por el mero hecho de estar ligado por la práctica de la camaradería amorosa a tu compañero o tu compañera, tú serás para mí una o un camarada más cercano, más *alter ego*, más querido. Entiendo además servirme de la atracción sexual como de una panacea de compañerismo más amplia, más acentuada. Tampoco he dicho nunca que esta ética estuviese al alcance de *todas* las mentalidades.

Se nos dice que es necesario indicar a qué puerto ha de ir a parar el individualista anarquista que se lanza al océano de la diversidad de las formas de vida sentimental o sexual. El medio individualista anarquista al que yo pertenezco sustenta otro punto de vista. Nosotros pensamos que es *a posteriori* y no *a priori*, según la experiencia, la comparación, el examen personal, que el individualista debe decidirse por una forma de vida sexual antes que otra. Nuestra iniciativa y criterio existen para que nos sirvamos de ellos sin dejarnos disminuir por la diversidad o pluralidad de las experiencias. La tentativa, el ensayo, la aventura NO NOS DA MIEDO. Embarcarse trae consigo riesgos que conviene calcular, hay que mirar bien de frente antes de tomar el barco. Una vez sobre el mar, ya veremos por dónde empuja el viento; lo esencial es que fijemos los ojos en la brújula a fin de quedar con la completa lucidez, aptos siempre a *faire le point*. Calcular dónde estamos. Consideramos la vida como una experiencia, y queremos la experiencia por la experiencia misma.

MALES MAYORES

La castidad

Vale la pena analizar el prejuicio de la castidad por el apoyo que proporciona a la concepción estatista y autoritaria del medio social actual. Doy el nombre de “prejuicio” a la castidad porque, colocándonos desde el punto de vista de la razón y de la higiene biológica, es absurdo que un hombre o una mujer imponga silencio al funcionamiento de una parte de su

organismo, renuncie a los placeres o gustos que este funcionamiento puede procurar, rehuse necesidades que son las más naturales. Desde este punto de vista, se puede atrevidamente afirmar que la práctica de la castidad, la observancia de la abstinencia sexual es una anormalidad, un expediente *contra natura*

En una revista inglesa, ya desaparecida, “The Free Review”, una mujer, Hope Clare, describió en términos sorprendentes las consecuencias de la castidad sobre la salud del elemento femenino de la humanidad:

“Diariamente se nos facilitan pruebas de los males físicos que engendra una virginidad larga o constante. La falta de uso debilita, trastorna todo órgano. Sólo los constituyentes pervertidos de las civilizaciones en decadencia se vedan el ejercicio de las funciones sexuales... Los primitivos son a este respecto mucho más sensatos que los civilizados. La naturaleza castiga con el mismo rigor tanto el abuso como la abstinencia. ¿Es realmente imparcial el asunto? Un disoluto puede pasar por una larga carrera de intemperancia sin que por ello su salud se resienta mucho; pero la virgen no sale tan fácil de los inconvenientes. El histerismo, la forma más conocida de enfermedad crónica, es el resultado casi inevitable del celibato absoluto. Se le encuentra con bastante más frecuencia en la mujer que en el hombre, y los especialistas más expertos están de acuerdo en reconocer que nueve veces de diez la continencia es la primera causa de esta afección. La menstruación, de importancia tan grande en la vida de una mujer, no se efectúa sin perturbaciones entre las vírgenes. Muy a menudo viene acompañada de padecimientos. El desarreglo tan profundo de la salud que se ceba en numerosas solteras no tiene otra razón de ser, llegando a originar gravísimas inflamaciones de los órganos de la reproducción. El estado de célibe es morboso: predispone el cuerpo a la enfermedad y al padecimiento. La anemia, la clorosis, son los resultados frecuentes de la virginidad continua. Cada día se cruza uno por las calles con las víctimas de esta violación de la naturaleza, fáciles de reconocer por sus rostros pálidos o amarillentos, ojos hundidos, miradas sin calor, paso flemático, sin agilidad. Se asemejan a flores marchitando prematuramente por la falta de un sol vivificante, pero que se abrirían si a tiempo fueran transportadas a una atmósfera de amor...”

Estas líneas justifican con plenitud el calificativo de “prejuicio” aplicado a la castidad. Este puede ser examinado tanto desde el punto de vista religioso como civil.

Los religiosos de la antigüedad consagraban al culto de sus dioses un cierto número de sacerdotes y sacerdotisas que hacían voto de no tener relaciones sexuales con nadie, y la violación de este voto se castigaba con atroces sanciones. Es evidente que la importancia que ocupa la vida amorosa en la existencia de los hombre los aleja de los “deberes” para con la Divinidad, les crea obligaciones y les procura distracciones que van en perjuicio del culto que las entidades religiosas se ven en el caso de exigir a sus criaturas. Lo natural fastidia siempre a lo espiritual, lo físico a lo metafísico. Esta es la razón por la que los místicos consideran los gestos sexuales y el amor en general como llevando en sí un elemento de impureza, porque un “pecado” -el pecado por excelencia- hace bajar, establece el cielo sobre la tierra, lo divino en lo humano. Esta idea llega a su apogeo sobre

todo el cristianismo: el amor sexual, carnal, es el pecado, y a título tal, desagradable a la santidad de la Divinidad. Además, el fundador, supuesto o real, del cristianismo, es un célibe, o, al menos, como tal nos lo presentan. El apóstol San Pablo, el gran propagandista cristiano, ve muy bien que, como último recurso, es mejor ceder al impulso sexual, es decir casarse, que “abrasarse”, pero a los ojos de Dios el estado de virginidad es lo más recomendable. Como es necesario otorgar a “la obra de la carne”, aunque sólo sea para asegurar la prolongación de la especie se autoriza en “matrimonio solamente”, y entonces el matrimonio llega a ser un sacramento, la unión de dos cuerpos y dos almas a un mismo tiempo; una unión basada en los votos perpetuos de fidelidad sexual, bendecida por el representante terrestre de la Divinidad y con el único fin de la procreación.

La concepción civil del matrimonio es una traducción laica de la idea religiosa. El oficial de estado civil no ejerce más que la simple función del sacerdote laico. Hasta que el magistrado no haya sancionado las relaciones sexuales por medio del matrimonio, el ciudadano debe, teóricamente, permanecer casto. Si se conduce de otra forma está expuesto a la desconsideración del medio social, especialmente en lo que se refiere a las damas. El Estado tiene, en efecto, un gran interés por que las relaciones sexuales tengan como corolario el establecimiento de la familia, porque ésta es la imagen reducida de la sociedad autoritaria. Autorizados por leyes al respecto, los padres imponen a los seres que han echado al mundo -sin consultarles- un contrato cuyos términos les está prohibido discutir y que contiene en germen todo el contrato social: es en familia que el niño aprende a obedecer sin discutir, sin criticar, que se pone en la necesidad de contentarse con respuestas evasivas o sin respuesta alguna cuando pide una explicación cualquiera; es en familia que se inculca al niño el interés de ser un colegial aplicado, buen soldado, trabajador, buen ciudadano. Cuando este niño deja la familia para fundar una nueva, posee ya todas las cualidades que se requieren para ser dominado o dominar, ser explotado o explotar. Es decir, ser un buen sostén del Estado.

Ahora bien, la castidad en que se ha mantenido a la mujer y en la que ella misma se ha sostenido, la ha predispuerto admirablemente a representar su papel de buena madre de familia, de buena educadora, de buena ciudadana. Desde el momento en que lo natural está para minar o poner en peligro lo artificial, hay que renunciar a lo natural sujetándose a lo artificial. A esto conduce la práctica de la castidad en la mujer.

Allí donde el prejuicio de la castidad ha desaparecido, en lo individual como en lo colectivo, los otros prejuicios antinaturales sobre los que reposan las convenciones sociales no tardarán en desplomarse. La prostitución se resquebraja igualmente si el medio social no se encuentra en la necesidad de consagrar una parte más o menos grande de su población a satisfacer las existencias anormales.

Los celos

Los sentimientos se hallan sujetos a enfermedades, al igual que todas las facultades o funciones lesionadas o desgastadas. La indigestión es una

enfermedad de la función nutritiva llevada al exceso. El cansancio es el *surmenage* producido por el ejercicio. La tisis pulmonar es la enfermedad del pulmón lesionado. El sacrificio es la ampliación de la abnegación. El odio es, a menudo, una enfermedad del amor. Los celos, otra.

Los celos revisten varios aspectos. Hay celos propietarios. Es la enfermedad del amor legal, sancionado o no por el código. Uno de los cónyuges considera al otro como "su propiedad", como "cosa" suya, una "costumbre" de la que no puede escapar. Y no concibe ni que "su cosa" se retire ni que le quiten su poder. Esta forma de celo puede complicarse bajo la influencia de heridas de amor propio o agravarse bajo el imperio de consideraciones económicas.

Hay "celos sensuales" cuando uno de los participantes de la experiencia amorosa se halla "disminuido" por el cese de las relaciones amorosas que lo vinculaban con la persona que él ama todavía. Complicado con el deseo, el padecimiento se acrecienta ante el conocimiento de que un tercero disfruta los placeres que el enfermo se había reservado para él.

Existen también los "celos sentimentales", que proceden del sentimiento de una disminución de la intimidad, un achicamiento de la amistad, un debilitamiento de la dicha. Sea o no explicable el eclipse del afecto que le produce la persona amada, el paciente siente que aquel amor del cual era objeto decrece, enferma y amenaza con apagarse. Entonces su moral y su físico se resienten. Se altera, incluso, su salud general.

Los celos sensuales o sentimentales pueden considerarse también como una reacción del instinto de conservación de la vida amorosa contra lo que amenaza su existencia.

Los "celos propietarios", que no tienen nada de interesante desde el punto de vista individualista, van ligados a la desaparición de la idea de que un ser pueda pertenecer a otro como si se tratase de un bien mueble o un objeto cualquiera. Los "celos sensuales" se curan, generalmente, en cuanto el paciente encuentra otro individuo con el cual revive emociones y sensaciones más o menos semejantes a las perdidas con el ser que lo ha dejado.

Algunos hechos demuestran que los "celos sentimentales" son de mal curar, y a veces incurables. Se han visto seres recibir tal golpe de un desengaño amoroso que toda su vida quedó alterada. Se han visto hombres que edificaron sobre un afecto toda su vida sentimental y que, habiéndolo perdido, se sintieron a tal punto desconcertados que se dieron la muerte.

Los individualistas no niegan los celos más que la fiebre. Pero si es verdad que las experiencias sexuales difieren unas de otras, ¿cómo los celos, -forma morbosa más que enfermedad de amor- pueden existir? Un individuo, sujeto u objeto de una experiencia amorosa, ¿puede lamentarse o desolarse razonablemente por carecer de cualidades, de atributos necesarios para atraer a otro semejante? Una cosa es la experiencia sentimental, otra la experiencia sensual, y aún otra la elección de un procreador. Puede darse que el hombre que una mujer elija como procreador no sea aquel por quien ella siente su mayor afecto, y que busque en él ciertas cualidades físicas que le son indiferentes en el otro. ¿Puede uno estar razonablemente celoso del otro?

¿Se puede afirmar que, en la mujer, los celos sean prueba del amor? ¿No son, al contrario, el resultado de tantos siglos durante los cuales el sacerdote y el legislador no dejaron de repetirle que era posesión o cosa del hombre, que debía, a cambio, ser solamente suya, y que a su dueño le estaba prohibido tener a la vez dos cosas de su misma especie?

Si es cierto que el amor, una vez apagado, no vuelve a encenderse, no se puede negar que no haya dureza y hasta crueldad en abandonar al aislamiento y al dolor al ser que ama sinceramente y al cual se dio el motivo para contar con ser retribuido en su sentimiento. Casi siempre -cuando se trata de hombres conscientes, que hacen intervenir, en sus experiencias afectivas, la reflexión y la voluntad-, una explicación leal, seria, hace desaparecer las causas de la enfermedad.

Cuando el amor ha desaparecido realmente, la curación se obtiene con el razonamiento más que con la piedad. La piedad -que no hay que confundir con la benevolencia- es uno de esos remedios inciertos y equívocos que, en lugar de curar las enfermedades, las perpetúan.

Con frecuencia encontramos en la sociedad desgraciados que recurren a la violencia o a la intimidación para conservar el amor de quien pretenden amar. Cabe preguntarse qué puede quedar de un afecto que se prolonga bajo la amenaza del revólver. No se comprende qué puede ganar quien mata a la persona amada. Sin premeditación, es un gesto de locura; premeditado, es una venganza. Ahora bien, sobre todo en el dominio de las cosas del corazón, la venganza es una acción vil.

A los "celosos convencidos", que afirman que los celos son una función del amor, los individualistas les recuerdan que el amor, en su sentido más elevado, puede también consistir en "querer, por encima de todo, la felicidad de quien se ama", en encontrar "la propia alegría en la máxima realización de la personalidad del objeto amado". Este pensamiento, en quienes lo comparten y alimentan, termina casi siempre por curar los "celos sentimentales".

En el fondo existe el temor de que estos diversos medios de emoción sean meros paliativos y no curen el mal más que superficialmente. En amor, como en todo lo demás, es la abundancia lo que aniquila los celos y la envidia. He aquí por qué la fórmula del amor en libertad, todos a todas, todas a todos, está llamada a ser la preferida del medio anarquista.

La coquetería en el amor

Tengo horror de la coquetería en el amor. Y no me simpatiza la mujer que, aún deseosa, se deja desear. Una resistencia prolongada me hiela la sangre y me alejo definitivamente cuando entran en juego las maniobras destinadas a enmascarar la agudeza de la necesidad sexual. Ni la ingenuidad ni el conocimiento son excusas suficientes para mí. Si no considerase el respeto y la estima como valores en desuso, éstos le cabrían a la mujer que se da. Que se da, no que se niega o que hace mercado de sí misma. Que se da, simplemente. Sin afeites, sin astucia, sin cálculos, sin sobreentendidos, sin fines ocultos. Sin pensar la fidelidad ulterior en términos de garantía. Sin interrogar al destino. Sin preocuparse si volverá a ver alguna vez a su

amante. Que se abandona. Que dona su cuerpo. Y no sólo su cuerpo, sino sus caricias, su pasión, su sensibilidad. Sin una ostentación que contrasta con la intimidad natural del amor. Pero también sin un temor pueril respecto de la buena o mala opinión que su don puede generar. Dándose. Porque ama en general o desea en particular. A quien le gusta y a quien ella gusta. Algunas veces, juntos; otras, uno sin el otro. Por una hora, un día, diez años. Sin ninguna preocupación mezquina de estado civil o de condición social. Este es el carácter de la amante, de la verdadera enamorada. La coqueta no se dona, no se vende, no se comercia: se exhibe. Es una enamorada en frío. Es una máscara, la figura contrahecha de la verdadera amante. Es el antídoto del amor.

Caricatura burguesa del amor libre

Se encuentran, y en bastante número, "burgueses" que practican el "amor libre", o mejor dicho, su caricatura. Entre ellos, esta práctica va acompañada del flirteo, de la coquetería, de sabias maniobras destinadas a disfrazar la agudeza de la necesidad sexual. Entre ellos se miente, se aparenta, se calcula, se engaña, se alimentan intenciones recónditas. Se hace entrar en juego los intereses pecuniarios, cuando no directamente la venalidad. "Amor libre" es para ellos sinónimo de "prostitución libre", se paga en moneda al que creyó en las declaraciones de amistad o simpatía. Se manifiesta un temor pueril ante la buena o mala opinión que puede generar el "don" del propio cuerpo. Se filtra la pasión, se vierte la emoción con cuentagotas, se destila la sensibilidad. Se hace creer lo que no es. Se promete fácilmente sin tener la intención de cumplir con lo prometido; se desilusiona con maldad después de haber dado razones para ilusionarse; se quita cruelmente la palabra dada después de haber permitido crecer el afecto; se juega malignamente a ofrecerse y retacearse. Se llega incluso al punto de deleitarse con el dolor de quien está atormentado y oprimido porque se le rechaza su amor. En una palabra, se *hace sufrir* con la mayor indiferencia.

Obscenidad, pudor y emancipación sexual

No es extraño toparse con personas de ideas avanzadas, lectores de periódicos vanguardistas o miembros de agrupaciones extremistas que se escandalizan si se habla de sexualidad sin observar ciertas precauciones de lenguaje o de estilo. Para ellos, los órganos genitales son siempre partes "vergonzosas". No hay que extenderse demasiado sobre lo que se refiere al acto sexual y al goce que lo estimula. Olvidan que sin la atracción de la voluptuosidad no estarían en este bajo mundo. "¡Cubran ese seno!".

La vida de los sentidos desempeña un papel considerable en la existencia de los hombres. ¿Por qué ignorar su influencia? ¿Por qué no concederle, al contrario, el lugar que le pertenece? La verdadera emancipación sexual consiste en insistir sobre este punto: que los deseos sexuales son algo natural y que perderán su carácter de anomalía cuando se hable y se escriba a plena luz sobre las experiencias, las satisfacciones y los refinamientos a los cuales pueden conducir.

La obscenidad consiste en la intriga, en las "puertas cerradas" que rodean las variadas manifestaciones de la vida sexual.

No se puede concebir que haya algo de malsano en contemplar el espectáculo de un acoplamiento de dos seres o las caricias que se prodigan. No es más perjudicial que contemplar un cuadro que representa un labrador que siembra un campo, o a los vendimiadores en su tarea. Lo malsano es el prejuicio que quiere que estos espectáculos se escondan bajo el mantel y se hagan circular furtivamente.

¿Qué es, por otra parte, el pudor? ¿Qué es la obscenidad? El diccionario define "obscenidad": lo que es contrario al pudor; y "pudor": el sentimiento de "temor o timidez que hace sentir aquello relativo al sexo". Esta definición vuelve a decir que la obscenidad es de orden puramente convencional, y que un libro, un espectáculo, un grabado, una conversación pierden todo carácter de obscenidad cuando la persona que lee, mira, percibe u oye, no siente, cumpliendo estas acciones, "ni temor, ni sentimiento de timidez".

Entonces la obscenidad no reside en el objeto que se mira, en el escrito que se lee, en los hábitos que se llevan, en las palabras que se escucha, sino, en todo caso -si la hay- está en quien observa, examina, oye. No hay más obscenidad en el volumen que detalla el acto amoroso o en el vestido que deja entrever ciertas partes del cuerpo, que en el espectáculo que ofrece el pavo real haciendo la rueda, o la amapola que se alza en medio de un cesto de flores; no la hay más que en la lectura de un manual de álgebra o en la audición de una opereta.

En todos los dominios, la expresión y el espectáculo suscitan deseo. No es más "obsceno" el deseo de poseer a una mujer cuya falda permite ver una pierna bien torneada que el de codiciar algunas confituras, que mirar con fruición un árbol cargado de excelente fruto o instalar un corral de aves después haber observado a una gallina poner su huevo. Son asociaciones de ideas completamente normales.

La escotadura de un talle, la botamanga de un pantalón, la adherencia de un *maillot* a la piel y la desnudez de un cuerpo humano no tienen nada de repulsivo en sí. No sólo no siento desarrollarse en mí ninguna clase de repulsión, de temor o timidez, sino que jamás noté rastro de tal sentimiento en las personas de inteligencia normal. He hallado gente a la que no agradaba la ausencia de "pudor" en los espectáculos, pero nunca hallé quien pudiera demostrarme que un espectáculo o una expresión sean obscenos por sí mismos.

La obscenidad es un sentimiento puramente relativo al individuo que se siente herido o escandalizado. Objetivamente, no vive fuera de él. Es decir, ella no existe, de la misma forma en que no existe el pudor. El seno de Dorine no es impúdico: es Tartufo quien pretende ver en él la impudicia. Luego Tartufo es un hipócrita. Dada la mentalidad jesuítica de nuestros medios sociales contemporáneos, se puede apostar que el noventa y nueve por ciento de los que censuran o denuncian con mayor vehemencia las lecturas, los espectáculos y los gestos "impúdicos", no padecen ningún "sentimiento de temor, ni de timidez" ante los pensamientos que éstos les pueden sugerir. Son unos hipócritas, como Tartufo, su modelo.

El estímulo sexual no es peor que el estímulo clásico, matemático, literario, artístico. Existe una infinidad de libros que tratan, con profusión de detalles, de las combinaciones y refinamientos a que puede dar lugar la práctica de las ciencias exactas o las bellas artes. ¿Por qué no hay cursos de voluptuosidad amorosa, orales y escritos, donde fuesen enseñadas todas las combinaciones a que puede dar lugar la práctica de las relaciones amorosas? Como estos cursos no circulan *ad libitum*, la descripción de prácticas voluptuosas se considera obscena. Y no por otra razón.

Los parásitos

Encontramos en la vida dos tipos de hombres que repudian el esfuerzo, unos por interés, otros porque no son aptos. Los primeros son los “parásitos” -los que no trabajan-, es decir, los que quieren vivir aprovechando el trabajo de otros, no tanto por su incapacidad para el esfuerzo sino porque les resulta más cómodo, menos fatigoso, dejarse arrullar por el *dolce far niente*. El parásito no es solamente el acomodado, el que vive de renta o el afortunado heredero: se lo encuentra en cada etapa de la vida y en todos los campos de la actividad humana. Opera en todos los ambientes. Proteiforme, tiene mil nombres diferentes: tanto como vagabundo puede ser poeta, artista, propagandista, operario sin trabajo, trabajador especializado y quizás laborioso. Pero se puede ser todo eso sin ser de ningún modo parásito. Razón por la cual el parásito es difícil de desenmascarar. Con un poco de habilidad se alcanza a reconocerlo: su trabajo está hecho de plagios, su actividad y su propaganda están plagadas de lugares comunes y de masticaduras ajenas. Parásito es también -no lo olvidemos- el proletario que aprovecha los esfuerzos de los demás para mejorar su propia suerte, guardándose bien de tomar parte en la lucha.

Parásitos, lo confesamos, somos un poco todos. Pero, en un sentido general, ¿qué cosa, de todo lo que existe, no es parásita de la Tierra? Y la vida planetaria ¿no es ella misma un parasitismo? Nosotros aprovechamos, claro, las conquistas de nuestros predecesores, pasamos a través de las brechas que ellos nos abrieron, nutrimos nuestros cerebros con sus ideas. Si nos limitamos a eso, no somos más que vulgares parásitos; y en ese caso haríamos mucho mejor si nos calláramos y nos recluyéramos en nuestra nulidad más que andar divulgando, como si fuera harina de nuestro saco, lo que otros dijeron antes y mejor que nosotros. Solo a condición de ir más allá, de continuar la obra de quien nos precedió, a nuestro riesgo y peligro, sirviéndonos de sus obras y resultados como de señales que conducen a nuevas luchas y experiencias, nosotros dejamos de ser parásitos. Los parásitos abundan en el terreno de la producción. ¿Quién dirá el número de operarios inútiles? Y todos los que aceptan y perpetúan -aún condenándolas- las condiciones de vida de la sociedad actual no son ni siquiera los peores parásitos: los que comprenden la necesidad del esfuerzo y lo rehuyen porque temen los riesgos que comporta.

Prostitución

En una de nuestras tarjetas postales figura la máxima siguiente: “Prostituir su cerebro, su brazo o su empeine, es siempre prostitución o esclavitud”. Pero esto no es una apología sexual. Muy por el contrario. Lo que quiere decir es que el trabajador que se deja explotar cerebral o muscularmente, cometería tamaño error si se imaginara “moralmente” superior a la meretriz callejera atrapando viandantes. Porque o se es hostil o favorable a la explotación. Que sean facultades cerebrales, fuerza muscular u órganos sexuales lo que se haga explotar, es sólo una cuestión de detalle. Un explotado será siempre un explotado, y todo adversario de la explotación que se deja explotar, se prostituye. No veo en qué pueda ser superior a la “ramera” o la mujer mantenida el humano que, adversario de la explotación, pasa toda una jornada de trabajo en una máquina realizando un gesto de autómatas, o va a ver si arranca algunos pedidos para su principal de una parroquia de mercantes. El estado de prostitución no tiene que ver con el género de oficio que se tenga, es el hecho de ganarse la vida por un procedimiento contrario a las opiniones que se profesan o que refuerza el régimen que se quiere combatir.

LA VIDA PLENA

El desnudismo

Nosotros hemos considerado siempre el desnudismo como una reivindicación de orden revolucionario. Debemos añadir que es únicamente como medio individual de emancipación que nos interesa. Lo que no quiere decir que no comprendamos se practique la desnudez con un fin terapéutico o para aproximarse a un estado de cosas “naturista”. Desde el punto de vista individualista, la práctica del desnudismo es algo más que un ejercicio higiénico que realiza la cultura física.

Consideramos la práctica de la desnudez como:

Una afirmación.

Una protesta.

Una liberación.

Una afirmación. Reivindicar la facultad de vivir desnudo, de desnudarse, de deambular desnudo, de asociarse entre nudistas sin tener otra preocupación al descubrir el cuerpo que la resistencia a la temperatura, es afirmar el derecho a la entera disposición de la individualidad corporal. Es proclamar la indiferencia a las conveniencias, las morales, los mandamientos religiosos y las leyes sociales que niegan al hombre o la mujer, con pretextos diversos, disponer de las diferentes partes del cuerpo. Contra las instituciones societarias y religiosas que aseveran que el uso o desgaste del cuerpo humano está subordinado a la voluntad del legislador o del sacerdote, la reivindicación desnudista es una de las manifestaciones más profundas de la libertad individual.

Una protesta. Reivindicar y practicar la libertad de la desnudez es protestar, en efecto, contra todo dogma, ley o costumbre que establezca una jerarquía de partes corporales; que considere, por ejemplo, que la exhibición de la cara, las manos, los brazos, la garganta, es más decente, más moral, más respetable que poner al desnudo parte de las nalgas, los senos o el vientre. Es protestar contra la clasificación de las partes del cuerpo en nobles e innobles: la nariz, por ejemplo, considerada noble, y el miembro viril sumamente innoble. Es protestar, en sentido más elevado, contra toda intervención (legal o como sea) que exige que “no obliguemos a nadie” a desnudarse “si no le gusta”, y que nosotros estemos “obligados a vestirnos”, ¡si así conviene a otros!

Una liberación. Liberación de la vestimenta, de la sujeción de llevar una ropa que jamás ha sido ni puede ser otra cosa que un disfraz hipócrita, puesto que la importancia se traslada a lo que cubre al individuo -por consiguiente, a “lo accesorio”- y no a su cuerpo, cuya cultura, sin embargo, constituye lo esencial. Liberación de una de las principales nociones sobre las que se basan las ideas de “permiso”, “prohibición”, “bien” y “mal”. Liberación de la coquetería, de la pasiva aceptación de ese dorado marco artificial que mantiene la diferencia de clases. Rescatarse, en fin, de ese prejuicio de pudor que no deja de ser más que “la vergüenza del cuerpo”. Librarse de la obsesión de “obscenidad” que actualmente cultiva el tartufismo social.

Sostenemos que la práctica de la desnudez es un factor de “mejor camaradería”, de “compañerismo menos escaso”. Un compañero, o una compañera, nos es menos distante, más caro, más íntimo, solamente por el hecho de darse a conocer a nosotros sin segunda intención intelectual o ética, y más aún sin el menor disimulo corporal.

Los detractores del desnudismo nos dicen que la vista de lo desnudo, la frecuentación entre desnudistas de los dos sexos exalta el deseo erótico. En realidad, la “exaltación” erótica engendrada por las realizaciones desnudistas es “pura, natural e instintiva” y no puede ser comparada a la “excitación” ficticia producida por el semidesnudo, la ligereza del vestido galante y todos los artificios del tocado y los afeites de que se sirve la sociedad vestida, o a medio vestir, en que nos hallamos.

La reciprocidad

Existe un método cuya aplicación absoluta repararía, a aquellos que la adoptasen como base de sus relaciones y acuerdos, de cualquier lesión, perjuicio, engaño o trampa económica; de cualquier disminución o herida de la dignidad personal: el método de la *reciprocidad*.

Predicado con lealtad, en cualquier campo de la actividad humana, el método de la reciprocidad implica equidad, tanto en la esfera económica como en la de las costumbres, en el campo intelectual como en cuestiones sentimentales. En efecto, no hay nada que pueda escapar a los efectos de la reciprocidad. Este es un modo de comportarse con los demás que tiene un potencial de irradiación verdaderamente universal. Es muy sencillo de

exponer, porque se resume y consiste en recibir lo equivalente a lo que se ha dado, tanto en lo que concierne al individuo aislado como al asociado.

A cambio del producto de tu esfuerzo, te ofrezco el mío. Lo recibes y quedamos a mano. Si, al contrario, no te satisface, no lo sostienes equivalente a lo que das: en este caso conservamos cada uno el suyo y buscamos otra persona con la que podamos llegar a un mejor acuerdo. De esta manera, ninguno de nosotros será deudor.

Se objetará que precisamente un aspecto de esta concesión de la reciprocidad es que termina por colocar al hombre en actitud de bestia feroz. Por ejemplo, tú me juzgas, y con razón; pero yo también te juzgo y con las mismas armas; no huirás. No me ahorras las críticas, y no tendré cuidado en ahorrarte las mías; me has causado un daño, me has ofendido, y yo te ofenderé, te haré igual daño, o peor; te mostraste cruel, despiadado, inexorable, yo reaccionaré de la misma forma. Esta es justamente la manera en la que no somos ni seremos pares. Aún practicado en toda su crudeza, el método de la reciprocidad logra automáticamente realzar, restablecer la dignidad, afirmarla y colocarla sobre un pedestal indestructible.

Sin duda, apoyadas en la reciprocidad, las relaciones y los acuerdos entre los hombres excluyen el engaño. Sin duda el método de la reciprocidad implica la ley del talión: pero ella no opera más que a condición de que, en cualquier tasación, nos pongamos en un plano de equivalencia en lo respecta a nuestra dignidad personal. Es cierto que discutiremos y nos trataremos tal cual somos. Mi determinismo no es el tuyo; las cosas que me empujan a reaccionar no son las mismas que te inducen a la acción: muy a menudo, allí donde es tu razonamiento el que te hace mover, el sentimiento me sugiere a mí el camino a seguir. Pero tal cual soy yo, en mi terreno, sostengo que valgo; y no me pretendo tu igual: quizás soy menos musculoso, las capacidades de tu cerebro son tal vez superiores a las mías, quizás seas más sensible a ciertas emociones que a mí no me turban. Pero tal cual soy no puedes arrancarme ni adueñarte de mi producto si creo que lo que me ofreces no es lo que te pido. Entonces quedamos a mano, sea que acordemos o no, sea que intercambiamos el producto de nuestro esfuerzo o no. Yo sigo siendo yo y tú quedas como eras.

El amor proteiforme

Porque yo tenía la apariencia de vida, y vegetaba. Porque era una especie de muerto-vivo, no me he preocupado del amor. He cerrado los ojos y el oído de mi entendimiento. He impuesto silencio a los latidos de mi corazón. Me he dicho que el amor no florece más que en la plenitud, en la exuberancia de la vida. Que es a la vida lo que la espina dorsal es al cuerpo. Que es para la vida lo que la energía es para la materia. Y que durante estos largos meses, meses interminables de destierro, desecharé todo pensamiento, toda preocupación relativa al amor.

Y no he hecho excepción por ninguno de los aspectos en que el amor se manifiesta al espíritu o a los sentidos.

Que sea el amor bajo su aspecto esencial. Noble, elevado, místico. El amor más fuerte que la muerte. Acuerdo de dos voluntades. O de dos

conciencias. O de dos evoluciones, dando la misma nota cuando el choque de los acontecimientos los hace vibrar; cuando el colmo de los imprevistos les hace resonar, de goce o de dolor, de pena o de alegría. En los abismos de su destino, cumplido o por cumplirse el amor que se realiza por el encuentro, o como una fusión de dos afinidades que se llamaban. Por encima de los montes y los mares, de las separaciones y de las lejanías. Y que se han precipitado uno hacia otro desde que han podido conocerse. Y reconocerse. El amor que no existe ni se comprende él mismo. Sin una comprensión absoluta de lo que ama, una comprensión de todas las horas. Que no deja sitio a ningún secreto, a ningún misterio. No el amor inquisitorial. O suspicaz. O celoso. O quisquilloso. O preguntón. Sino el amor que se ha asimilado a quien ama tan completamente que ningún pensamiento, ningún acto de parte suya puede sorprenderle, o encontrarle inadvertido, o desamparado.

O bien que sea el amor bajo su aspecto sentimental, puro, delicado, fiel, infinito, profundo. El amor que para crecer necesita un terreno, cuyo elemento primordial es el cariño, la ternura afectuosa, persistente, obsequiosa, que para desarrollarse necesaria una atmósfera de apego recíproca. El amor que hace conmover a los acentos de la amada, a la voz del amado. Que una de sus miradas hace estremecer hasta la médula. Que no resiste una palabra amable, un gesto de dulzura verdadera. Pero que tiembla como una hoja del álamo en cuanto adivina el paso de un extraño. El amor que se alienta con su propia llama. Que encuentra siempre alguna ofrenda al placer sobre el altar; ofrenda tomada de un fondo de reserva inagotable cuando el fuego que arde sobre el altar amenaza disminuir su intensidad. Amor que no sabría subsistir sin el don continuo de su yo. El amor que desea gustar. Que no tiene libro mayor, que no establece la cuenta de sus pérdidas y ganancias. El amor que sufre, se lamenta y llora con la idea de infligir sufrimiento y causar lágrimas. El amor que las heridas o los naufragios o las privaciones no pueden debilitar, abatir o desalentar. El amor que perdona, no siete, sino setenta veces. El amor que consuela, que cura las plagas y acoge a los pródigos festejando su vuelta. El amor que la desgracia hace más vigoroso, que se liga a un destino como la hiedra se enrosca al roble, humilde y perfumado como la violeta de los prados. El amor cierto que perdura, el amor que al amor hace nacer. Que se sustenta de amor. Que muere de amor. Y que a veces sucumbe al exceso de amor.

O que en fin sea el Amor en su aspecto mariposero, veleidoso, vagabundo. Que no conoce más ley que su capricho, que sigue su capricho aunque tuviera que fenecer en él. El amor que devora la flor sin esperar a que madure el fruto; el amor apasionado, hierro al rojo vivo, incoherente. Que no tiene sentidos más que para su viveza en inflamarse y su prontitud en apagarse. Que gusta de placeres vedados, de goces prohibidos, de caricias reprobadas, de aventuras proscriptas.

El amor pícaro, canalla, orgiástico, indecente, sin freno, sin modestia, sin pudor, terror de los codiciosos y de la gente de buen sentido. El amor que no consulta los registros del estado civil; el amor al que, en su búsqueda, le importan un bledo todas las barreras, que se agazapa entre las pieles falaces o se refugia en los recodos de los callejones oscuros. El amor para quien son

desconocidos los remordimientos, los pesares, la fidelidad, la constancia; que olvida ayer e ignora mañana; que jamás se ha preocupado de secar las lágrimas que causó. El amor ligero, frívolo, irónico, alegre, burlón, revoltoso; el amor fauno, sátiro, el amor, hijo de bohemia, el amor gitano.

Vaya, pues, no he hecho excepción de ninguno de los aspectos bajo los cuales el amor se manifiesta al cerebro, al corazón y a los sentidos.

Y como me había impuesto no consagrar un solo pensamiento al amor, el amor se me ha aparecido más fértil, más tremendo, más potente. ¡Qué desierta una existencia en donde el amor ha dejado de florecer y fructificar! ¡Qué debilidad una existencia donde el amor ha dejado de desafiar a las fuerzas que se disputan la orientación de la voluntad! ¡Qué impotencia una vida que ignora los recursos de creación, de originalidad, de frescura que resplandecen alrededor del Amor!

Variaciones sobre la voluptuosidad*

Sé que la voluptuosidad es un tema del que no agrada que se hable ni que se escriba. Hablar de ella produce extrañeza o provoca burlas de mal gusto. Hay libros en cualquier biblioteca que abrazan casi todos los aspectos de la actividad humana. Tenéis diccionarios y enciclopedias. Quizás se cuenten cien volúmenes sobre una sola especialidad de la producción manual. Y no hablo de los libros políticos o sociológicos. Pero no hay en los estantes ni una sola obra consagrada a la voluptuosidad. Hay periódicos que se ocupan de numismática, de filatelia, de heráldica, de la pesca con caña o del juego de bochas. La menor tendencia poética o artística tiene su órgano. El más insignificante *ismo* tiene su boletín. Las novelas de amor abundan, y hasta se encuentran libros que hablan del amor libre y de la higiene sexual. Pero ni un sólo periódico se consagra a la voluptuosidad, mirada con franqueza, sin ninguna reserva, como uno de los manantiales del esfuerzo de vivir, como una felicidad, como un estimulante en lucha por la existencia.

Largos estudios circulan sobre el saber en pintura, en escultura; en el trabajo sobre madera, sobre piedra o metales. Busco en vano artículos documentados que consideren la voluptuosidad como un arte, que expongan los refinamientos viejos y propongan otros inéditos. No es que la voluptuosidad les sea indiferente. Pero solamente interesa en la clandestinidad, en la sombra, a puertas cerradas. Solamente entonces se habla de ella. ¡Como si la naturaleza no fuese sinceramente voluptuosa! ¡Como si el calor del sol y el aroma de los prados no convidasen a la voluptuosidad!

No ignoro, ciertamente, las razones de esa actitud. Las conozco en el origen. El virus cristiano infecta el cerebro. El veneno cristiano corre por vuestras venas. El reino de vuestro Dueño no es de este mundo. Y ustedes son los súbditos de ese reino. Sí, ustedes, socialistas, revolucionarios, anarquistas, que se tragan sin pestañear cien columnas plásticas de demolición o de construcción social, pero que les “obsesionan” y

* En Amor libre y sexualismo subversivo - La procreación voluntaria, Biblioteca Editorial “Generación cons-ciente”, Valencia, 1937.

escandalizan doscientas líneas de llamamiento a la experiencia voluptuosa. ¡Oh esclavos!

Arte y ciencia

La época contemporánea es notable por la existencia de una especie humana que tiende cada vez más a vestirse y alimentarse de la misma manera, a alojarse en habitaciones construidas sobre un mismo molde: una humanidad que piensa del mismo modo sobre todos los temas y en el seno de la cual, si no se reacciona vigorosamente, las personalidades distintas y los temperamentos originales, las mentes inventivas y creadoras serán cada vez más raras hasta constituir verdaderas anomalías.

Emile Armand, Iniziazione Individualista Anarchica, pág. 385.

*El arte por el artista**

Que no nos hablen de la inutilidad del arte, porque constituye un vehículo de afirmación y manifestación personal. Sí, el arte es inútil cuando es “social”, cuando sus intérpretes se prostituyen, es decir, intentan gustar, se someten a la opinión corriente. Es realmente nociva cualquier teoría que quiera colectivizar, para uso y felicidad de todos, aquellas sensaciones que sólo hacen la felicidad de algunos.

El arte verdadero, el arte para el artista, no es nocivo. Desarrolla al artista, suscita deseo y apetito en el espectador, despierta la voluntad de intensificar y profundizar hasta donde sea posible la afirmación del propio “Yo” en toda su obra.

¿Quién puede sostener que la naturaleza produce siempre cosas útiles o nocivas? Por imperfecta que sea, siempre produce algo agradable.

No le pido al artista, creador o intérprete, que me agrade. Me siento capaz de determinar aquello que, en las manifestaciones artísticas, no vibra al unísono conmigo; aquello que no podría procurarme satisfacciones. Le pido al artista que haga arte: que ponga “toda su alma” en la obra, que se afirme en ella intensamente, con tanta sinceridad y pasión como la que muestra un gallo cuando lanza su *quiquiriquí* triunfal, o el pavo cuando hace la rueda.

Lo que pido al artista no es que se case con mi concepción de lo bello, sino que se revele ante mí tal cual es cuando pinta, esculpe, danza, juega o declama. Es la idea que el artista se hace de la belleza femenina lo que me interesa descubrir en esta Venus esculpida en mármol de Paros. Me interesa *su* visión de la puesta del sol reproducido con tanta orgía de colores en este cuadro que la multitud displicente no alcanza a ver. Es el grito de *su* corazón despedazado por el abandono de la mujer amada que invade y satura este poema. Es *su* interpretación personal de este vals de Strauss. Lo que me interesa en el artista es la individualidad original, la manifestación creadora,

la afirmación iniciadora. Es, en una palabra, su manera personal de restituir el arte.

O el arte por el artista, o el artista por el arte. O la obra de arte en la que el artista describió, plasmó su visión interior, en la que derramó toda su imaginación y sus experiencias: la obra de arte como acto de creación. El arte por el artista, porque el arte no existe sin él: el arte como medio, como instrumento de revelación individual, como vehículo de manifestación de las emociones y las sensaciones más íntimas. O el artista por el arte: el artista-servidor de una fórmula, esclavo de una técnica, un menesteroso que antepone la perfección de la ejecución a la sinceridad de una impresión. El artista por el arte: el que persigue un fin “social”, que escribe, pinta, esculpe para obtener el consenso de otros, para convencer y persuadir; el artista que sacrifica su sinceridad de percepción a la necesidad de ser comprendido por la alteridad... ¡No! El arte por el artista, o nada.

Se puede poseer a fondo la técnica de un arte y permanecer falaz, es decir escribir, pintar, esculpir para producir un efecto, para ser renombrado, para ganar dinero, en otras palabras, para ser todo lo contrario a un artista. Por otra parte, se puede ser un artista grandioso sin haber producido nunca una obra de arte: En otros términos, se puede ser un soñador, un artista interior para toda la vida.

Exigir la “perfección” en la propia obra no revela siempre un espíritu creador, un temperamento de iniciador. Puede connotar, es cierto, excelentes, preciosas dotes de habilidad y capacidad, puede ser prueba de las propias cualidades de operario calificado; pero, por mi cuenta, es la fuerza, la potencia, la originalidad la que pretendo en una obra, no la terminación de los detalles y la preocupación constante, sofocante, por la perfección formal. Pido a una obra que conmueva mi sensibilidad hasta arrancarme las lágrimas, que ponga a prueba mi capacidad de comprensión, que haga nacer en mí un huracán de contradicciones. Quiero ver en cada producción un ensayo, un boceto, no un objeto definido, fuera de concurso, tan limitado, tan perfecto que su creador ya no puede superarlo.

Reflexiones acerca del lenguaje poético y sus modos de expresión*

Los que han estudiado la cuestión, están casi todos de acuerdo en reconocer que la poesía precedió a la prosa: que antes de componer libros de historia o de geografía, tratados de gramática o de filosofía, el hombre se expresó en versos o declamó rapsodias. El haedo antecedió al gramático. Esto se comprende si se admite que la poesía es “la canción íntima del alma humana”, como lo quieren los románticos. Si se admite también que el idioma poético es el más apropiado para traducir las crisis de dolor y de alegría, los arranques de ternura y de odio, los accesos de fe y de duda, los sueños que consuelan y las decepciones que desesperan. La prosa es demasiado disciplinada y dependiente de la forma gramatical para servir de vehículo a la descripción de las pasiones que libran combate en el ser

* Del libro Iniziazione Individualista Anarchica, 1956, pág. 254.

* Del libro Ainsi chantait un “en dehors”, 1925. Los poemas que siguen son de esta misma publicación.

humano, a la expresión de los sufrimientos y los goces que llenan nuestros días. Hasta aquí no nos apartamos para nada del punto de vista clásico. Donde nosotros dejamos de estar de acuerdo con *la escuela* es cuando ese carácter propio de la poesía se completa con el anuncio de que el lenguaje poético está sujeto a cierta medida, a ciertas combinaciones rítmicas, sometido a reglas donde el código es denominado "Arte poético".

La poesía, ¿es la traducción, la representación de las emociones que sacuden, que hacen vibrar al ser humano? Si respondemos que sí, no veo bien cómo se acomoda esto a una colección de reglas: embarazarse con medidas y cadencias que constituyen trabas a la sinceridad de la expresión. Si la poesía es un procedimiento literario sujeto a la observación de ciertas reglas fijas, ella cesa de traducir, de manifestar lo que aflige al alma, no es más que una manera de escribir tan convencional como la prosa... No podría reflejar ya la agitación de los sentimientos que habitan en el hombre más que a través de un dédalo de combinaciones rítmicas en el cual se deforman singularmente tanto la espontaneidad y la verdad como las emociones mismas.

No es que aquí queramos negar el aspecto arquitectónico de un poema compuesto de muchos cantos, cada uno de los cuales comprende un número regular de alejandrinos rimando, alineados sistemáticamente; ni tampoco poner en duda el carácter monumental de una pieza de teatro regularmente ordenada en escenas, meticulosamente articulada, desplegando majestuosos monólogos, privada de infracciones a las tablas de reglamentos del arte poético. No se trata de desconocer el talento, la manera de elaborar del que ordena, y de su genio mismo. Sin embargo, está lejos de esa forma que "va a la deriva", abandonada a la casualidad, de ese estilo impetuoso que distingue la poesía de las otras expresiones del pensamiento y del sentimiento humano. En lugar del famoso "bello desorden", yo no percibo más que preceptos, niveles, cadena de arpegios, hilo a plomada...

Sin duda una forma, ciertas formas, son necesarias para la materialización de la producción cerebral. Es necesario revestir de una forma el pensamiento para que pueda ser comprensible o multiplicarse. El papiro, la pasta de trapo, la de madera, los papeles, los colores, los pinceles, los lápices, la tela, las tijeras, el mármol, los caracteres de imprenta son otros tantos intermediarios de los cuales un productor intelectual o un artista no pueden privarse. Lo que yo niego es que la medida y la rima sean la única forma del habla poética. Me podrían objetar en vano que ha sido así hasta hoy -o más o menos hasta hoy- en todas las literaturas de los pueblos dichos civilizados, cuyas producciones poéticas, aún cuando no utilizan el verso rimado, sí emplean la métrica calcada de los griegos y los latinos. El tema pediría un estudio más profundo. Responderé con rapidez que únicamente están allí la fuerza de la tradición y de la costumbre, el prejuicio intelectual y las influencias de una educación unilateral.

Tampoco es cuestión de negar los efectos que se pueden lograr con la rima y la métrica, sino constatar que ellas no pueden dar carácter poético al trozo de literatura que no lo contiene ya. Un excelente rimador puede ser un poeta detestable. Lo que distingue la poesía de la prosa no es que ésta última no se exprese con frases uniformemente cadenciosas, que no contenga un

número determinado de sílabas rimadas sucediéndose en cierto orden. Lo que distingue la poesía de la prosa es que la forma de hablar poética es mucho más distintiva, mucho menos artificial que la manera de escribir prosaica. La poesía no puede ser envarada como la prosa, no se preocupa tanto de la sintaxis, atiende poco a las conveniencias de estilo: es menos clara y más tumultuosa, se presta más a las licencias, a los neologismos, a las inversiones. En breve, hay entre la prosa y la poesía la misma diferencia que entre un canal y un torrente que desciende de una montaña.

No se trata de una crítica de mala fe, ni de falta de gusto, ni de una ineptitud para la comprensión de los grandes poetas clásicos o románticos, ni de cierto desprecio por los parnasianos. Se sabe: los Corneille, los Racine, los Boileau, los Molière, los Lamartine, los Musset, los Victor Hugo, los Leconte de Lisle, etc., han producido versos de una amplitud, un ritmo, una sonoridad, una sentimentalidad innegable. Temo, sin embargo, que en ellos el talento haya dañado el impulso creador y la sinceridad. Temo que en muchos casos el talento no se pueda distinguir de la habilidad y la sutileza. Viendo desfilar los versos majestuosos de los grandes clásicos del siglo XIV, se me aparece la imagen de filas de caballeros magníficamente adornados y cuidadosamente alineados en un salón de Versailles, esperando el paso y las sonrisas del Rey-Sol. Del mismo modo que, al leer los poemas de la primera mitad del siglo XIX, me parece oír un eco que hace rodar la palabra de los prestigiosos oradores como si fueran formidables abogados de un juzgado.

Pertenece a quien crea, a quien inicia, a quien hace una obra de la nada determinar "la forma" más acorde a sus aspiraciones. Si es por intermedio de alejandrinos o de versos de diez pies que el poeta logra volcar con más sinceridad "la canción íntima de su alma", ¿qué habría que objetar? Pero entonces que se deje de mirar como inferior al poeta que se sirve de frases que trascurren según un arreglo propio, que comportan un ritmo, una disposición de palabras que son personales y le parecen mejor que las frases cadenciosas y rimadas. La aliteración, la repetición buscada de ciertas palabras, la acentuación, la puesta en relieve de ciertas partes de la frase son procedimientos técnicos cuyo valor depende del talento del creador y también de su proyecto.

El poeta original, creador, que se preocupa ante todo de "cantar" sus emociones, de dar libre curso a lo que siente, que se ha puesto como meta traducir poéticamente los arranques, los resortes, las crisis, los recules y titubeos del hombre que está frente a las dificultades de la lucha por su vida; no se someterá nunca a una forma impuesta, aunque esté consagrada por la tradición, la regla o la escuela.

Poemas

El sueño

Sueño un país que ignore el sufrimiento,
 en el cual nadie de soledad padezca
 y los corazones se atrevan a la esperanza
 sin que un manto oscuro sus deseos ennegrezca.

Un país ignorando lágrimas y tristezas,
 donde el bienestar desplace a los tormentos,
 sueño un país que ignore el sufrimiento,
 en el cual se pueda vivir con entereza.

Sueño un país en el que todo hedor de miseria
 sea imposible; donde ni hambre ni frío
 nadie deba sufrir; en el cual libre, plena,
 brillante, la vida se pueda finalmente vivir.

Sueño un país donde la ciencia fecunda
 genere en todos un deseo noble y hermoso:
 el deseo de saber, sin que, pesado y gravoso,
 ningún límite confine el vuelo de la mente.
 Sueño un país donde sin diferencia alguna,
 sin el fin grosero del oro y los honores,
 bajo el único estímulo del acuerdo común
 se vean cumplir las más diversas labores.

No es en el cielo donde ese país se encuentra.
 Es en nuestro mundo, de errores y prejuicios lleno,
 y del que quisiéramos huir hacia otra meta,
 es sobre este mundo amargo donde su fundación espera.

Es entre los cansados de demoras y enredos,
 entre los decididos a actuar aquí y ahora
 que brillará, radiante, el sol de nuestros sueños
 siempre que nuestra voluntad se funda en una sola.

Sensibilidad

Prefiero temblar en fragor de batalla,
 oír del cañón el rimbombante espanto
 junto a moribundos segados por metralla
 que ver, bien lo sabes, tus ojos humedecer en llanto.

Prefiero enfrentar un bandido que me asalte
 de noche, en pleno bosque, ver cruzar por los cielos
 estremecedores rayos. Pero no puedo resistir un instante
 las perlas tristes que tallan tus ojos.

Y si otros opinan que es pura flaqueza,
 que soy un niño que la emoción quiebra,
 no debo responder, eso no me hiere.

No guardo rencor a los fríos de alma,
 pero no comprendo quienes puedan ver llorando
 a la mujer amada, insensibles y en calma.

¿Progreso o demencia?

Porque afiebrado él dice: "Soy capaz de ir más rápido,
 y quiero elevarme más alto: Como sombrío prisionero
 recorro la tierra que en todo sentido me es estrecha
 para languidecer en ella. Ni siquiera ya acepto
 los torrentes empedrando su idilio tan lento
 y los trinos antiguos del ruiseñor galante
 no son ya de mi tiempo. Quisiera algún invento
 hacia lo nuevo, lo imprevisto... O encontrar en mí mismo
 un rincón aún secreto. Montes, mares, llanuras,
 ríos, desiertos, bosques, lagos, se han vuelto
 tan comunes. Necesito extensiones futuras,
 conocer los temblores aún vírgenes del azul infinito".

Porque él dice: "Quiero elevarme tan alto como el cóndor
 hacia donde las ciudades huyan de mis ojos
 y no ver más el amarillo de los campos segados
 ni el ondular de las espigas a vientos caprichosos".
 Porque él invade los dominios alados
 y así penetra cada día más en los cielos,
 ustedes imaginan destinos gloriosos
 para el hombre, y deifican sus audaces gestos.
 Deténganse, deliren, adoren la imprudencia,
 ornen de flores el altar de este culto nuevo,
 ¿quién sabe si es progreso, retroceso o demencia?
 Yo prefiero cantar a la tierra fértil y fragante.
 No creo que nunca la áspera voz de los motores
 valdrá la más tímida canción del trovador,
 ni el pacífico refrán de fuentes cristalinas,
 ni el sonido de la siega cuando abate las mieses.

Comentarios sin pretensiones*

... Hay que tener la audacia de decir mierda a la ciencia con tono seco,
 como decía Jarry, porque la ciencia de un mundo sin conciencia no puede
 conducir al hombre más que a su ruina...

Gilbert Lamireau, en *Propos d'un mal-pensant*

* Artículo publicado en la revista Cenit, N° 98, febrero de 1959.

Yo no desdeño las llamadas aplicaciones de la ciencia. Cuando contrasto la complejidad de la vida actual -tal y como se vive en las grandes aglomeraciones humanas- con la existencia sencilla que se podía obtener renunciando a todas las cosas no indispensables para la vida en buena salud moral y física, no se debe interpretar que yo crea que debemos permanecer desarmados frente a las adquisiciones mecánicas que nos rodean. Puesto que vivir es luchar, es decir, resistir a cuanto tienda a disminuir y automatizar al hombre, es indispensable hacerlo contando con el máximo de posibilidades de éxito. Yo no me cuento, pues, entre los fanáticos de la "vida en plena naturaleza", por la sencilla razón de que en nuestras regiones superpobladas es muy difícil. Algunos días de evasión hacia lugares en que la civilización, pese a todo, no está ausente, seguidos del retorno al medio habitual, urbano, agitado, enfebrecido, no pueden significar un "regreso hacia la naturaleza". No dudo, no obstante, que sea posible vivir una vida sencilla, *relativamente*, al margen de la civilización, si uno consiente soportar los inconvenientes inherentes.

Hace algún tiempo recibí una carta de algunos compañeros que vacacionaban en una isla de las Cícladas, donde no había ni electricidad ni otros medios de transporte que los animales. Esos compañeros se hospedaban en las casas de los insulares axiomáticamente hospitalarios y supongo que el problema de la alimentación no debía provocar grandes trastornos.

A despecho del sol constante y del cielo azul, interesaría saber no solamente -en el caso de una estancia prolongada- si esos compañeros hubieran podido adaptarse a esa existencia, al parecer muy simplificada; se trata, además, de saber si aquellas gentes los hubieran *adoptado*, pues, según los informes son, al parecer, presa de los prejuicios religiosos, esclavas de las costumbres que a diario denunciamos.

Renunciar a la civilización para someterse mudos y silenciosos a pueriles supersticiones que recuerdan el medioevo nos parece incompatible con la aspiración a la emancipación individual del cerebro y del cuerpo, condición *sine qua non* de nuestra interpretación de la vida.

Desde luego, lo que precede es una digresión. Trazando estas líneas pensaba en los compañeros que se prodigan tanto para vulgarizar lo que ellos dan en llamar "los últimos progresos" de la ciencia. Observo que todos estamos obligados a depositar nuestra confianza en una "elite" de personas privilegiadas que poseen instrumentos de los que carecemos, excepto algunas herramientas o aparatos de fácil adquisición. Pero cuando se trata de aparatos delicados que nuestras posibilidades no impiden obtener (a condición de que su acceso sea libre, lo que no es el caso para ciertos aparatos), debemos forzosamente remitirnos a los resultados obtenidos o descritos por miembros de la "elite" citada. Nosotros no poseemos, por ejemplo, ni microscopios electrónicos, ni laboratorios, ni telescopios gigantes. Si se nos afirma que tal rayo luminoso emitido por la nebulosa NNN ha invertido XXX miles de millones de años-luz para llegar hasta nosotros, no podemos ni contradecir estas cifras ni las afirmaciones prodigadas por tal o cual profesor que, como se suele decir, "está de vuelta", en relación a la eficacia curativa de tal o cual vacuna o suero. Se nos habla

de hechos constatados, por ejemplo, en el campo nuclear, pero nosotros no tenemos ninguna posibilidad de controlar detalladamente las operaciones que han permitido la fabricación de un cohete o de un satélite artificial, etc. Forzosamente debemos confiar en la buena fe de los técnicos. Hojeaba últimamente un libro que trata de la cibernética, lleno de fórmulas algebraicas, y tuve que confesarle sin reparos al amigo que me lo había prestado que, como él, no comprendía ni una gota de aquel texto.

Podría multiplicar los ejemplos. Pero queda en pie el hecho de que los compañeros que se preocupan por vulgarizar las constataciones o las hipótesis científicas no pueden, como yo mismo, controlarlas ni controvertirlas. Nos sentimos relegados a un plano de inferioridad (Por ser gratuita, nuestra aprobación no equivaldría a nada).

A la hipótesis emitida por tal ilustre profesor, a consecuencia de experiencias que no podemos verificar, no podríamos oponer otra hipótesis, a menos de aventurarnos a que se nos objetara que nuestra hipótesis no merece ningún examen en razón de los fantásticos estudios realizados por los maestros de las facultades.

Es, pues, imposible dudar de la capacidad de los sabios, de su sinceridad, de su independencia de espíritu, de su probidad intelectual, etc. Ellos constituyen un producto fuera de concurso. Frente a ellos nos hallamos en la misma situación del hombre primitivo frente al "brujo". En su libro "Ciencia Falsa y Falsa Ciencia", Jean Rostand nos cuenta la fantástica historia de los rayos N, que muchos sabios ahora admiran sin que hayan existido jamás. He aquí, nos dice el brujo, mi forma de curar a los enfermos: debes creer en mis gestos y en mis sentencias. Así te curarás de tu enfermedad, a menos que de ella no mueras. El pobrecito no puede hacer sino inclinarse. Es lo que hacemos humildemente ante el terapéutico diplomado cuando nos receta un medicamento cuya composición escapa a nuestro examen o control, y no es motivo para alabar su eficacia si consideramos satisfactorio su uso. Nuestra función no es la de controlar, sino la de aceptar lo que la ciencia nos enseña como verdad irrefutable, al menos por el momento. Pienso a menudo en las controversias de las que son objeto la doctrina de la evolución, la mutación (o trasmutación), la constitución de la materia, la expansión del universo, la formación del sistema planetario, la aparición de la vida sobre la Tierra, e incluso la existencia de las estrellas, etc... Somos muy ingenuos al esperar que el porvenir nos aporte una verdad científica, a la cual, más tarde, sucederá otra hipótesis. Todo ello incontrolable, desde luego. Ninguna necesidad, pues, de atravesar los mares para hallar al "brujo-rey" y al "hombre primitivo", puesto que los tenemos al alcance de nuestra mano, con la diferencia de que nosotros llamamos nuestro "primitivismo" *civilización* y a nuestros "brujos" *sabios*.

Está lejos de nosotros la idea de que el sabio pueda tener mala fe, o que se deje influenciar por consideraciones morales o sociales, políticas o religiosas, económicas inclusive, sino por la aspiración a los honores y a una buena situación -cosas, ambas, que no tienen que ver con su trabajo-. Pero si apareciera en nosotros un asomo de duda, nos hallaríamos desprovistos, incapaces de hacer fracasar ambiciones que no tienen nada que ver con la

búsqueda científica; impotentes para formular una opinión cualquiera, faltos del material indispensable para pasar por el cedazo de un veredicto imparcial las experiencias convincentes y las que no lo son tanto. Es ínfimo lo que nosotros podemos realizar por nuestros propios medios, y eso nos obliga a aceptar, pese a todo, un argumento que no ofrece alternativas, cosa intolerable para los individualistas (como, desde luego, para todos los anarquistas).

¿Existirá siempre una aristocracia, una clase de sabios, propietarios absolutos del instrumental necesario para el conocimiento y un proletariado de haraposos, reducidos a la mínima porción en lo que se refiere a la posesión de los instrumentos indispensables para la verificación y control serios de las investigaciones científicas, donde poco importa, para permanecer en este dominio, la aprobación de un instituto cualquiera? Lo ignoro absolutamente. Pero comprendo que se aspire a formar parte de un medio social menos complicado, menos diferenciado, más sencillo, en el que se ignorara tanto el sub como el super-desenvolvimiento. El error reside en creer que se dé realidad a este deseo mediante una permanencia forzosamente limitada al margen de la civilización. Apenas se ha vuelto la espalda a la llanura, a la montaña, a la playa (de donde no estaba ausente), ella nos aprisiona, nos envuelve y nos lanza a las técnicas e invenciones de las que somos el juguete perpetuo. A los compañeros que se esfuerzan en iniciarnos en los progresos de la ciencia pertenece, ante todo, difundir aquello que sea provechoso para la formación ética de la individualidad, la voluntad de ser uno mismo, la posesión de una conciencia dilecta e incontestable de su existencia.

Epílogo

La influencia de Emile Armand en España

Emile Armand (1872-1962) anarquista individualista francés fue un activista muy popular en su tiempo y no se explica hoy su desconocimiento ya que fue muy popular en España dentro de algunos círculos libertarios ligados al eclecticismo, al naturismo, al vegetarianismo y a las opciones comunitarias de vida. Su influencia fue mucho mayor de lo que a simple vista nos pueda parecer. Armand divulgó en los medios obreros, con sus revistas y libros, las ideas más avanzadas en torno a la sexualidad, las comunas y la posición del individualista autodidacta y crítico contra el autoritarismo y la explotación. Hijo de un “communard”, hombre de una notable vitalidad fundó en 1901, un órgano de tendencia tolstoiana o anarquista cristiano, llamado *L'Ere Nouvelle*. Dirigió durante algún tiempo el periódico *L'Anarchie*, colaboró en *Le Libertaire* de Sebastian Faure y fue el animador de la revista *l'En Dehors*, aparecida en Orleans desde 1922 hasta 1939 con un total de 335 números (1). Esta revista toma el subtítulo en 1926 de: “Órgano de práctica, de realización, de camaradería individualista anarquista”. Fue también animador de su continuadora: *L'Unique*, también

de Orleans y que apareció desde 1945 a 1956 con un total de 110 números (2).

Armand pasó de un cristianismo militante al individualismo anarquista pacifista y no-violento aunque siempre defendió desde sus revistas a todos los libertarios incluso a los partidarios de la expropiación, tan comunes dentro del movimiento libertario europeo de entre-guerras. Su defensa del “ilegalismo” en las revistas anarquistas le valió no pocos enemigos dentro del mismo movimiento, de sectores más “calmados” entre ellos el mismo Jean Grave que acusa a Armand, André Lorulot, Alberto Libertad, Paraf-Javal y varios más que están en el entorno de *L'Anarchie*, de desviación ideológica y de provocar con su vida disoluta -a los ojos de Grave- la desmoralización del movimiento en general (3). También Max Nettlau dedicará adjetivos no muy agradables al núcleo de individualistas franceses en su *Anarquía a través de los tiempos*. De todas maneras, la virulencia de su escritura, sus posiciones antirreduccionistas, su amplitud de miras y su constante provocación de la ortodoxia -aunque fuera anarquista- dotaron al movimiento anarquista europeo de una nueva vitalidad. También de nuevos aires de renovación que paradójicamente enlazaban con sus inicios y con la agrupación espontánea en células afinitarias de sus individuos a la usanza bakuninista. Los individualistas, gracias a la propaganda escrita, pusieron en movimiento a algunos sectores escleróticos del sindicalismo revolucionario ya que lo dotaron de un pensamiento y una filosofía más acorde con las ideas de autoeducación y crítica que preconizaban.

El corpus teórico de Armand gira alrededor de tres ideas clave: el individualismo anarquista, la camaradería amorosa o sexualidad sin trabas y la libre agrupación de individuos en comunas, llamadas comúnmente a principios de siglo por los anarquistas: “milieux libres”.

Toda esta corriente de pensamiento de Armand fue muy difundida en España a partir de la mitad de los años veinte, por sus compañeros individualistas anarquistas. Aparecieron artículos suyos en *La Revista Blanca* barcelonesa y en la valenciana *Estudios*. Armand se dio a conocer en el público español en 1903 cuando publicó en la *Revista Blanca* un largo estudio sobre Tols-toy: *Tolstoy, los anarquistas cristianos. Los anarquistas idealistas. No luce para todos el comunismo libertario*. Entró rápidamente en polémica con Carlos Malato y ésta duró varios años, involucrando también a Federico Urales que desde entonces será un fiel lector de las obras de Armand que incluso llegan a inspirarle obras como su famoso: *Aventurero del Amor* entregado en fascículos en la *Revista Blanca* de la segunda época (4).

Con todo, su traductor más fiel fue José Elizalde, animador del grupo “Sol y Vida” del barcelonés barrio del Clot, secretario de la Federación de Grupos Anarquistas, previa a la FAI de 1927, y colaborador de dos de las revistas más importantes del individualismo anarquista español: *Ética* e *Iniciales* ambas de Barcelona. Los promotores de *Ética*, con José Elizalde a la cabeza, publican la revista mensualmente desde enero de 1927 hasta enero de 1929. A partir de este momento se convierte en *Iniciales: revista mensual ecléctica de educación individual*. Su esfuerzo

editorial se vió complementado con una iniciativa original pero no desencaminada desde el punto de vista libertario: la publicación de una revista para niños que aparece en enero de 1928 bajo el significativo título de *Floreal* y que es al mismo tiempo el portavoz de la escuela Natura, apodada familiarmente “La Farigola” por los propios alumnos. La singularidad de *Ética* radica en que nunca se definirá como revista anarquista o libertaria -hay que tener en cuenta que el país se encuentra bajo una dictadura militar y con cientos de militantes anarquistas en prisión preventiva o en el exilio- pero se define como: *Revista de educación individual, filosofía, literatura, arte y naturismo*.

En el número 6 de *Ética*, en junio de 1927, se publica un comentario apóstrofo sobre la obra *Amor libre* de Armand: “Desgraciadamente, son pocas las mujeres que le leen y conocen; pero Armand, nado en la teoría del sembrador, va llenando el surco que florecerá paulatinamente y que ya retoña en lontananza, como remanso de dicha. Él se ha propuesto defender la práctica del Amor Libre, que tanto obsesiona a los que de verdad sienten la manumisión de la mujer”. En el siguiente número ya se publica un texto muy significativo de Armand, titulado “Combatamos los celos” que desatará una fuerte polémica y un gran interés. La gran divulgación de Armand se hizo en España sobretodo a partir de sus artículos en la prensa, aunque en 1936 el servicio de librería de *Iniciales*, que pone en marcha una pequeña editorial, recomienda comprar su publicación: *Anarquismo-Nudismo*.

La idea internacionalista caló también en el ideario de Armand y fue un defensor de las lenguas planificadas como el Esperanto o el Ido que según él harían borrar las diferencias de entendimiento entre los individuos. José Elizalde, su amigo y traductor, fue también director de la revista idista *Ad-Avane!* en línea con E. Armand que defendía las tesis del idioma Ido frente a su rival el Esperanto. Elizalde mantendrá una fuerte polémica con Saljo -militante esperantista- en las páginas de *La Revista Blanca*; la polémica no es nueva ya que se había iniciado en *Tierra y Libertad* en 1917-1918 y se había continuado en *Tierra Libre, Generación consciente*. Elizalde no obstante se anuncia como profesor de ambas lenguas en el Ateneo Naturista Ecléctico del Clot en clases nocturnas para obreros de carácter gratuito.

Tenemos constancia de la publicación por la Librería Internacional de París, en 1926 aproximadamente de un libro de Armand en español: *Realismo e idealismo mezclados: reflexiones de un anarquista individualista*. También en los años treinta aparece de la mano de Orto en Valencia uno de sus volúmenes más escandalosos: *Libertinaje y prostitución: grandes prostitutas y famosos libertinos: influencia del hecho sexual en la vida política y social del hombre*. En 1934 aparece en Madrid en la misma editorial Orto, Biblioteca de Documentación Social, uno de los libros mas difundidos de Armand en español y que había aparecido en 1931 en Francia: “Formas de vida en común sin Estado ni autoridad. Las experiencias económicas y sexuales a través de la Historia”. El grueso volumen, de 400 páginas recoge las experiencias de los “medios libres” o Comunidades que motivan en su tiempo una amplia discusión sobre su

viabilidad, o no, en los medios anarquistas. La mayoría de la información proviene de la extensa correspondencia que mantenía Armand desde su revista *l'En Dehors*, ya que era un foro abierto a la narración y a la comunicación de todas estas experiencias. En el prólogo, Armand razona sobre su obra: “Desde el punto de vista individualista del anarquismo, parece difícil mostrarse hostil a seres humanos que, contando solamente con su vitalidad individual, intentan realizar todas o parte de sus aspiraciones... Además de que muchas Colonias han prolongado su existencia durante muchas generaciones, habría que preguntarse por qué motivo quieren, los adversarios de las Colonias, que éstas duren indefinidamente, niegan su utilidad y no las consideran convenientes. Toda Colonia que funciona en el medio actual es un *organismo de oposición, de resistencia*, cuyos componentes pueden ser comparados con las células; cierto número no son apropiadas para el medio y se eliminan, desaparecen... No hay que olvidar que, los miembros de las Colonias, han de luchar no solamente con el enemigo exterior (el medio social), sino también, en las actuales condiciones, contra el enemigo interior: prejuicios mal extinguidos que renacen de sus cenizas, laxitud inevitable, etc... Por otra parte, no puede comprenderse esta necesidad de duración indefinida, si se considera la Colonia por lo que ella significa: *un medio*, no un fin... Es igualmente un “medio” educativo (una especie de *propaganda práctica*), individual y colectiva.” El autor después de interesantes reflexiones sobre estos experimentos colectivos pasa a hacer una historia de estos intentos y nos ofrece una densa lista de todas estas experiencias y su localización en el globo terrestre. Pasa revista a una serie de “medios libres” no solamente anarquistas sino también de origen religioso o ateo, cooperativo: owenistas, fourieristas, henrigeorgistas; comunistas libertarios o colectivistas o individualistas asociacionistas. Armand escribe y recaba testimonios de los habitantes de las comunas, y lo que es más importante, populariza entre los medios obreros la posibilidad de nuevas formas de asociación y cooperación alternativas a la familia.

Armand con sus obras introduce en Europa algunas de las corrientes anarquistas comunitaristas y pacifistas más alejadas del sindicalismo revolucionario francés que había sido el que clásicamente más había influenciado todo el movimiento anarquista del estado español. Gracias a él se recuperan las líneas de pensamiento de Benjamin Tucker (1854-1939), del stirneriano John-Henry Mackay (1864-1933), de Morris Hillquit, Josiah Warren, etc. Y también, gracias a él, se recupera toda la larga tradición del comunitarismo libertario europeo dejada de lado en el movimiento obrero europeo a partir de la descalificación marxista del llamado “Socialismo científico” contra lo que se dio en llamar “Socialismo Utópico”. Armand revitaliza las ideas de Cabet, Owen y sobre todo de Charles Fourier al dar noticias sobre las comunas creadas a partir de sus ideas. Es más, podríamos afirmar que todas las ideas de Armand sobre la libertard en materia sexual arrancan de las ideas del creador de la “Teoría de los Cuatro Movimientos” que fuera tan desprestigiado por algunos anarquistas “puritanos” como el mismo Proudhon. Fourier explica que el hombre ha de seguir los patrones dictados por un universo marcadamente sexual y que siempre se mueve en

armonía, Fourier propone una nueva organización del mundo amoroso en que cada cual podrá expresar su individualidad en una pluralidad de encuentros que van a permitir todas las formas de amor de todos los tipos y asociaciones imaginables. Fourier aboga también por la liberación y promoción de la mujer y la equipara totalmente con el hombre adelantándose en mucho a su época. Sus ideas pasarán desapercibidas hasta que sean retomadas por algunos utopistas americanos y por E. Armand que las relanza dentro de una órbita en la que permanecían en estado embrionario.

Armand establecerá fructíferas polémicas con otros individualistas anarquistas partidarios de la libertad sexual sin restricciones, un contrapunto interesante serán las polémicas con la librepensadora anarquista brasileña Maria Lacerda de Moura y con varios escritores más. A su manera, prosigue con sus experiencias de juventud como animador de las *causeries libertaires* de los anarquistas franceses A. Libertad y Paraf-Javal. Su incansable actividad como provocador y agitador del pensamiento ácrata europeo en línea con Fourier, Stirner, Tucker y MacKay está aún por recuperar.

Sobre Armand puede consultarse: MAITRON, Jean: *Le Mouvement Anarchiste en France*, Maspero. París, 1983. Una pequeña biografía en: BEKAERT, Xavier: *Anarchisme violence non-violence*. Ed. Monde Libertaire-Alternative Libertaire. París-Bruxelles, 2000. También sobre autoritarismo en LEWIN, Ro-land: *Sébastien Faure et "La Ruche" ou L'Education libertaire*. De. Ivan Davy coop... Vauchrétien, 1989.

L'Unique hace constar que es un "Boletín interior exclusivamente destinado a los amigos de E. Armand. No puede ser vendido al público". Este subtítulo desaparece en marzo de 1947. Al fin de la vida de la revista en julio-agosto 1956, ésta tendrá una continuidad en un boletín dentro de "Defense de l'homme" que se mantendrá entre 1957 y 1962.

Ver las acusaciones bastante exageradas de GRAVE, Jean: *Le Mouvement libertaire sous la 3e. République: souvenirs d'un révolté*. París 1930, pag, 184 y ss.

Sobre el tema ver URALES, Federico: *La evolución de la Filosofía en España*. Barcelona, 1968, pag. 51 y ss.

Individualismo anarquista
lo que es, puede y vale



Advertencia preliminar

En 1908 hice editar por la imprenta de Conversaciones populares, entonces bajo la influencia de Alberto Libertad, un estudio intitulado ¿Qué es un anarquista? y me esforcé en el transcurso de la obra por situar al anarquista, bajo el ambiente exterior y en su propio medio.

Desde entonces, los acontecimientos han transcurrido sin cesar.

En presencia de los errores y de las confusiones, creo necesario tratar hoy, no del *anarquista*, término vago que se presta frecuentemente a equívocos, sino del *anarquista individualista*, con relación al medio social en general y a la filosofía ácrata en particular.

Esto es lo que he querido explicar en las páginas siguientes, que son cosa bien diferente a una refundición de mi primer trabajo.

Añado que lo he hecho sin pretensión, sin una sistematización extremada, y no ignoro que de las tesis y opiniones expuestas, algunas son apenas bosquejadas y otras, en cambio, adolecen de excesivo desarrollo. También sé las repeticiones que mi obra contiene.

En fin, tengo la convicción de que éstas páginas, tal como son, pueden llevar a muchos a reflexionar sobre los asuntos tratados y a adquirir sobre el *anarquismo individualista* una opinión personal.

E. Armand

CAPÍTULO PRIMERO

La sociedad actual

Cuadro de la sociedad

Un caos de seres, de hechos e ideas; una lucha desordenada, violenta y despiadada; una mentira perpétua, por la que arbitrariamente unos se elevan al pináculo y otros quedan aplastados sin piedad en los bajos fondos.

¿Cuántas imágenes que describirían la sociedad actual, si en realidad pudiera hacerse!

El pincel de los más celebrados artistas, y la pluma de los más notables escritores se quebrarían cual frágil cristal, si se empleasen en representar siquiera un eco lejano del tumulto y la refriega que produce el choque de aspiraciones, apetitos, odios y abnegaciones en que se encuentran las diversas categorías que dividen a los hombres.

¿Quién podrá explicar exactamente la interminable batalla librada entre los intereses particulares y las necesidades colectivas; entre los sentimientos del individuo y la *pseudológica* de la generalidad humana?

Todo lo que constituye el desbarajuste de la actual sociedad no basta aun para hacer reflexionar a las gentes y escapa fácilmente a la penetración de su conocimiento.

Una minoría que posee la facultad de hacer producir y consumir, o la posibilidad de existir a título parasitario bajo diversas y numerosas formas, y en frente una inmensa mayoría que no tiene más que sus brazos, o su cerebro, u otros órganos productivos, que se ve forzosamente obligada a alquilar, o prostituir, no solamente para procurarse lo indispensable a fin de no morir de hambre, sino también para permitir a este pequeño número privilegiado, detentador de la potencia propiedad, o valor de cambio, de vivir a costa del esfuerzo ajeno, más o menos beatíficamente.

Una masa, ricos y pobres, esclavos de prejuicios seculares hereditarios; los unos porque en estos atavismos encuentran su interés; los otros, porque sumidos en la ignorancia, no quieren salir de ella; una multitud cuyo culto es el dinero y su aspiración *el hombre enriquecido*; una gran mayoría embrutecida por el abuso de los excitantes o por la conducta viciosa; la plaga de degenerados de arriba y de abajo, sin aspiraciones profundas, sin otro fin que el de alcanzar una situación de goce y sociedad, para poder aplstar, si es preciso, a los amigos de ayer y elevarse sobre sus costillas.

Lo provisional, que amenaza sin cesar transformarse en definitivo, y lo definitivo, que no parece dejar de ser jamás provisional.

Vidas que mienten a sus convicciones aparentes y convicciones que sirven de trampolín a bajas ambiciones. Librepensadores que se revelan más clericales y devotos que los mismos curas y devotos que dejan entrever el más grosero materialismo.

Lo superficial, que quiere pasar por profundo, y lo profundo, que no consigue hacerse valer por serio.

Repetir que todo esto es el cuadro vivo de la sociedad es poner en evidencia una verdad que nadie osará contradecir.

Cualquiera que sepa reflexionar comprenderá perfectamente que la pintura no es exagerada, sino que más bien queda muy por debajo de la realidad.

El ansia de figurar

En nuestro tiempo, todo el mundo va enmascarado; y nadie se preocupa de ser y sí únicamente de parecer.

¡Parecer! He aquí el ideal supremo; y si tan ardientemente se desea la buena posición o la riqueza, es porque se sabe que sólo el dinero permite figurar.

Esta manía, esta pasión, esta tendencia a la apariencia y a todo lo que la proporciona, devora al rico y al pobre; al instruído y al ignorante.

El obrero que maldice de su patrón, desea ocupar un lugar igual; el comerciante que se precia de honrado, no repara en los sucios procedimientos de su profesión, mientras le reporten ventajas; el comerciante en pequeño, miembro de los comités electorales, patriotas y nacionalistas, se apresura a exportar sus artículos a los fabricantes extranjeros, ya que en ello ve provecho; el diputado socialista, abogado del mísero proletario, que vive amontonado en lo peor de la ciudad, veranea y descansa en un palacio, o habita en los barrios mejores de la capital, donde el aire se respira abundante y puro. El *libre-pensador*, todavía se casa voluntariamente por la Iglesia y bautiza a sus hijos. El religioso no osa hacer gala de sus creencias, porque es de buen tono ridiculizar la religión.

Así pues, ¿dónde encontrar sinceridad? A todo se extiende la gangrena. La encontramos en el seno de la familia, donde frecuentemente, padres e hijos se odian y se engañan, diciendo que se aman y sobre todo haciéndolo creer; la vemos en las parejas, que mal avenidas, se traicionan, sin atreverse, no obstante, a romper los lazos que les encadenan; se apercebe en las agrupaciones, donde cada individuo busca el modo de suplantar al vecino en la estimación del presidente, del secretario o del tesorero, acechando siempre algunos, los más ambiciosos, el momento propicio para arrebatarles el puesto, cuando no puedan ya sacarles otras ventajas; abunda en los actos de abnegación, en las acciones de relumbrón, en los discursos oficiales. ¡Parecer, parecer ...! Parecer puro, desinteresado, generoso, cuando se consideran pureza, desinterés y generosidad como vanos espejismos. Moral, honrado, virtuoso, cuando la probidad, la virtud, la moralidad, son la menor preocupación de los que dicen profesarlas.

¿Dónde encontrar a alguien que escape a la corrupción, que se conforme a no figurar?

Sin embargo, no pretendemos asegurar no haya habido y haya alguno, pero si hacemos constar: son rarísimas las personas eminentemente sinceras, y afirmamos que el número de seres humanos que obran desinteresadamente es reducidísimo.

A mi me inspira más respeto el individuo que declara cínicamente querer gozar de la vida aprovechándose de otro, que el burgués liberal y filántropo, cuyos labios pronuncian palabras tan bellas como hipócritas, pues que han hecho su fortuna explotando, disimuladamente a los desgraciados.

Se nos objetará que nos dejamos llevar de nuestra indignación; que nada prueba, en principio, que nuestra cólera o nuestras invectivas no sean también una manera de figurar. ¡Atención! lo que en este libro se encontrará, son observaciones, opiniones, tesis, cuyo valor ha de determinar el lector,

pues ni hacemos alarde de inflexibilidad en las páginas que siguen, ni buscamos que los demás estén totalmente conformes con nuestro punto de vista.

Hemos constatado, notado, concluido, no siempre a título personal y bajo toda reserva. Nuestro objeto es hacer reflexionar a los que nos lean, sin perjuicio de admitir o rechazar lo que no cuadre con sus propias concepciones.

Complejidad del problema humano

No vamos a tratar esta cuestión desde muy alto, o bajo un punto de vista metafísico; sabemos que es preciso descender al terreno de las realidades concretas. Y la realidad es ésta:

La sociedad actual es el resultado de un largo proceso histórico, en sus principios tal vez, y la humanidad en sus diferentes etapas evolutivas va simplemente buscando o preparando sus vías; ella tantea, tropieza, pierde su camino, vuelve a encontrarlo, progresa, retrocede; es a veces sacudida hasta su base, por ciertas crisis, arrastrada, lanzada sobre la ruta de sus destinos, para acortar en seguida su marcha o seguirla acompasadamente. Arañando un poco el pulimento, el barniz, la superficie de las civilizaciones contemporáneas, quedan al descubierto los balbuceos, las niñerías y supersticiones de los antepasados. ¿Quién negará esto? Por nuestra parte convenimos en que todo esto contribuye a hacer el *problema humano* singularmente complejo.

Las dos actitudes

Se nos argumentará, sin duda, que es locura buscar y establecer la responsabilidad del individuo, puesto que si éste queda absorbido por el medio ambiente, si sus gestos y sus pensamientos reflejan los de su convivencia, si forzosamente en todos los grados de la escala social la aspiración es *parecer* y no *ser*, la falta corresponde al plano actual de la evolución general y no al individuo miembro de la sociedad, átomo minúsculo perdido en un formidable conglomerado.

Replicamos, que si es cierto el espíritu que razona y considera a los hombres y a la sociedad en general, encuentra una barrera casi infranqueable a la vida libre, independiente, individual, en la que todas las actividades tuviesen una real y natural expansión, no por eso deja de desear la desaparición de las causas que le esclavizan a los actuales artificios en que forzosamente se desenvuelve.

De dos caminos uno: o curvarse ante las circunstancias y asistir cobarde y pasivamente a los acontecimientos, creyendo que esperando *mejor*, todo es aceptable en nuestra sociedad, o bien, sin optimismo exagerado, desviarse un poco de la corriente para sondear y preguntarse la verdadera causa del propio malestar.

A quienes va dirigido este libro

Exponemos francamente que no escribimos para *la sociedad en general*, sino para los reflexivos o para los capaces de reflexionar, para los curiosos, para los críticos, para los insatisfechos, para todos, en suma, los que no se conforman con los formulismos y las soluciones actuales.

CAPÍTULO II

Los reformadores de la sociedad

El dolor universal.

Son raros los que de un tranquilo optimismo proclaman que la sociedad es *perfecta*. Todo el mundo se queja de su suerte, hasta los más privilegiados, y sin examinar el grado de sinceridad que haya en las lamentaciones de cada uno, lo cierto es que el dolor universal está bien patente. Por eso los reformadores sociales forman legión, pero podemos abarcarlos en tres grandes divisiones.

Los reformadores religiosos y sus ideas

Es antigua la historia de éstos; su obra y sus pretensiones no tienen ya gran importancia; pues ante la claridad de libre examen y de la investigación científica, los dogmas se ocultan, huyen avergonzados a las tinieblas del pasado, como murciélagos que, sorprendidos por una intensa luz, volviesen ala sombra de las cavernas. Sus proyectos no presentan más que un interés retrospectivo. Sus fantasías tuvieron valor en los tiempos no muy lejanos en que los hombres, hasta los mejor dotados, temerosos ante los fenómenos mal explicados o ante los incidentes fortuitos de la existencia, buscaban un recurso, un apoyo, una satisfacción a su ignorancia en una intervención extra-humana. Y así, los reformadores religiosos fundamentan todos sus argumentos en la *voluntad divina* o en la revelación de la misma. La criatura es un juguete en manos del creador, el gran drama de la evolución, la historia de las agrupaciones humanas, la desigualdad de nacimiento y aptitudes, la influencia de los poderosos y de los arrogantes sobre el resto de los hombres, todo proviene de los altos designios y es la expresión tangible de la divinidad.

¡Hágase su voluntad! He aquí la última palabra de las almas más espirituales, las más profundamente religiosas, aunque esa supuesta voluntad implique anulación personal, aceptación pasiva de todo lo que ahoga la expansión y el crecimiento de la vida individual.

Los reformadores religiosos nunca han conseguido más que dos resultados: o, so pretexto de reformas, hundir a sus discípulos en un abismo de resignación y de atrofia más profundo que del que pretendían sacarles, o bien, si han dado pruebas de alguna sinceridad, impulsar a sus partidarios a que les aventajen, es decir, a que lleguen a ser más que modificadores de las formas religiosas, verdaderos críticos de la misma base de la religión. Tal fue el caso de la *Reforma*, que llegó más lejos de lo que realmente querían sus iniciadores, o sea: a los librepensadores del siglo XVIII primero, a la difusión del espíritu crítico contemporáneo enseguida y al anarquismo por fin, que se puede considerar como el punto culminante, normal y lógico de la evolución del librepensamiento.

¿Qué reformas, qué transformaciones nos han propuesto los reformadores religiosos? Generalmente, el retorno a una concepción religiosa ya abandonada o desfigurada, corrompida o entibiada. ¿Qué ideales han presentado? Una divinidad única o dividida, un panteón de dioses o

semidioses dotados o afligidos de todos los atributos, de todas las cualidades, de todos los defectos, , de todas las necesidades con que los mortales se desnaturalizan. Escandinavos o semitas, hindús, católicos,, etc., todos llegan al mismo extremo: al de los dioses accionando como hombres, para que éstos lleguen a ser dioses a su vez. este es el mayor afán de los reformadores religiosos: que el hombre se haga semejante a Dios, anulándose en *su gracia*, si no en este bajo mundo, a lo menos en el supuesto después de la muerte, donde la criatura elegida contemplará *cara a cara* al Creador, donde el alma se complacerá en eternas beatitudes, donde el espíritu volverá al Espíritu. Poco importa que este lugar de delicias eternas varíe según las razas o los climas, que se llame *Paraíso, campos-Elíseos, Walhalla o Nirvana*. El resultado siempre será el mismo, o sea el de afirmar más y más la resignación de la vida.

Ser nos objetará que somos demasiado exclusivos, que tratamos desconsideradamente la elevación de los metafísicos teólogos y el gran misterio en que radican las religiones, la lucha entre el bien y el mal, lo bello y lo feo, lo grande y lo vil, lo puro y lo impuro. Las religiones hablaron el lenguaje de su tiempo, se nos replica, pero su última visión era el triunfo de lo justo y de lo bueno, que simbolizaban con efiges exaltadoras de la imaginación. No negaremos la importancia de las religiones en la historia del desenvolvimiento humano, porque es una face por la que debió pasar, pero sí haremos constar que los sacerdotes aclaman siempre el triunfo del dogma sobre el libre examen, el del tirano sobre el del rebelde; y, sin embargo, es Prometeo quien tiene razón contra Jupiter, y Satán contra Jehová. Todo el esplendor de la teología, bien examinado, no es más que pura casuística. Si fuera cierto que las sutilezas religiosas hubiesen alcanzado el grado de elevación que se pretende, no quedaría mas que una conclusión: el sentimiento de saber que inteligencias bien dotadas se hayan dedicado a tales galimatías. Finalmente, nadie pretende negar el desinterés, la sinceridad, el puro entusiasmo de algunos reformadores religiosos, cuyas ideas no alcanzaron a traspasar las concepciones dominantes. estos tienen derecho a nuestra apreciación y nada más.

En resumen, los reformadores religiosos tienen:

a) Como ideal humano, el creyente a quien se educa en la fe, que sirve de freno para que jamás traspase ciertos límites y no ose gustar el fruto del *árbol del bien y del mal*, pues siendo un timorato rehuirá encontrarse de frente con un hecho que atente contra esa virtud indemostrable.

b) Como ideal supremo, Dios, entidad ficticia, científicamente indemostrable y producción imaginativa.

c) Como ideal social, el reino de Dios sobre la Tierra, compuesto de sacerdotes encargados de explicar y comentar la voluntad divina y creyentes obligados a obedecerla.

Los reformadores legales

Si los que proponen una reforma religiosa de la sociedad, van perdiendo irremisiblemente su prestigio y su influencia sugestiva, no sucede lo mismo con los reformadores legislatarios, que no conciben la sociedad sino regida por reglamentos, códigos y ordenanzas, designados por una abstracción, que

es: la ley. Estos admiten que la sociedad actual no es perfecta, pero que puede ser perfectible en graduación eminente e infinita. Hacen depender los defectos sociales precisamente de las leyes insuficiente o injustamente aplicadas y creen que si éstas fuesen modificadas en un sentido más generosos, equitativo y humano, también la sociedad se transformaría y sería cada vez más soportable y agradable la convivencia.

De dónde emana la ley

La ley puede emanar teóricamente de un solo monarca autócrata, pero en realidad, aún en los regímenes más absolutistas, las leyes en vigor representan los intereses o las concepciones de la camarilla que rodea al trono o de los partidarios de la dinastía reinante. Bien que los privilegiados influyentes del Estado sean sacerdotes, como en las antiguas teocracias, en las que la ley tenía fundamentos místicos, o bien sean aristócratas y oligarcas, como en las Repúblicas italianas de la Edad Media, lo cierto es que la ley siempre ha sido destinada a concentrar en algunas manos la gestión gubernamental, a conservar la dominación política y económica de unos cuantos ambiciosos, cuya obra consiste en hacer admitir por *revelación divina* o por *razón de Estado* la necesidad de continuar la autoridad.

Las democracias pretenden que la ley por ellas mantenida es la expresión de la *soberanía popular*, e igual dicen las monarquías constitucionales y las Repúblicas. Pero bien se ve el engaño, pues dada la educación de las masas en nuestras colectividades contemporáneas, éstas no pueden reflejar sino las ideas y los intereses de las clases dirigentes de la burguesía.

La ley en la práctica

He aquí cómo se resume: siendo admitidos ciertos principios cívicos, morales, económicos, etc., que rigen a las sociedades, se trata de formular una regla de aplicación que determine las circunstancias en que el ciudadano afianza o atenta a dichos principios. Sea, por ejemplo, el principio de propiedad, piedra angular del derecho civil. la ley en él consistirá no sólo en confirmar los derechos de los poseedores, sino en protegerlos contra todo ataque; determinará las condiciones en que la propiedad se adquiere, se pierde y se transmite; las infracciones y castigos, o la significación jurídica de los hechos calificados de *violencia*, *estafa*, *fraude*, *dolo*. No irá más allá; no se ocupará de saber si es justo o no que la propiedad o el capital esté concentrado en unos cuantos y si de este acaparamiento no nace precisamente toda la materia penable.

Veamos otro ejemplo: las leyes constitucionales decretan el disfrute de lo que se denominan derechos civiles y políticos en la mayoría de edad, pero no se preocupan de la capacidad moral del ciudadano, que desde ese momento puede ya elegir a los legisladores, ejerciendo el sufragio, aunque no posea la más ligera noción de la gestión gubernamental. Puede ser un pícaro, un cobarde, un hipócrita, un alcohólico, poseer las ideas más retrógradas, las más perversas, ser analfabeto o ignorante ... la ley se desentiende en absoluto.

Consideremos el matrimonio, que juega un importante papel en el derecho actual. Por él, dos seres se unen para toda la vida donde no existe el divorcio y, siendo éste vigente, por un periodo más o menos largo. Pues bien, siempre

resultará que el marido ejercerá una autoridad de la que la mujer raramente puede librarse. La ley no se inquietará por saber si es una unión de amor o un desposorio de conveniencias, un acoplamiento arreglado por familias más atentas a los intereses que a los afectos. No indagará si hay engaño, disimulo de carácter y temperamento; si los que van al tálamo nupcial pueden cumplir sus naturales funciones; si, en fin, les guía la inspiración de una profunda y mutua simpatía o bien se dejan arrastrar por un entrenamiento sensual y pasajero. Una vez más la ley es inflexible y ciega. Se limita a decretar, pero no quiere discurrir sobre sus designios.

Un criminal, por un delito cualquiera, comparece ante el tribunal. mecánicamente, un juez, generalmente de origen y educación burguesa, le infligirá la pena prescrita por el Código. Solamente, en algunos casos, y gracias al juego de las circunstancias atenuantes, arbitrariamente y con frecuencia erróneamente aplicadas, disminuirá el castigo. Embutido en su lujosa toga, el defensor de la sociedad y de la ley no inquirirá la educación, las influencias hereditarias, las peripecias de la vida del acusado; no se preguntará sí, antes de caer en las mallas legales el delincuente, resistió a muchas tentaciones, ni si la misma sociedad fue quien le impulsó al delito imputado. La ley condenará. Tal es su misión.

El buen ciudadano

Nuestra aglomeración de hombres -dicen los legatarios- no puede subsistir sin leyes escritas, regulando los deberes y los derechos de cada uno, fijando las infracciones, determinando los castigos. A las leyes, a la ley, expresión ideal, el ciudadano debe obedecer como el creyente religioso obedece a la divinidad. A los comentadores de la ley debe la misma respetuosa deferencia que los fieles a los intérpretes de la voluntad divina. Se reconoce, pues, al *ciudadano modelo* por la conformidad de sus actos externos con la ley, estando siempre dispuesto a sacrificar estúpidamente por ella su independencia, sus aspiraciones personales las más legítimas y hasta sus afecciones. *Dura lex, sed lex*.

Aspiración legalitaria

a) Un ideal humano: el perfecto ciudadano, el ser que obedece la ley. Por eso la educación que el Estado dispensa con gran premeditación, está exclusivamente saturada de respeto hacia los hechos, los gestos y los hombres que consagran, protegen y perpetúan las cosas reconocidas y fundadas en la ley.

b) Un ideal moral: la ley, una abstracción esencialmente restrictiva de las necesidades y aspiraciones humanas.

c) Un ideal social: el Estado, una sociedad en que las relaciones humanas se conciben y realizan exclusivamente en los límites establecidos por la ley o por el hecho legal.

Los reformadores económicos

En oposición aparente con las teorías de los reformadores religiosos y legatarios, con el fin evidente de suplantarlos, se levantan estos últimos poderosos, que fundan la vida de las aglomeraciones humanas en el arreglo

de la producción, de la distribución y del consumo de las subsistencias. Son los socialistas.

Orígenes del socialismo

Aunque al socialismo colectivista, científico, se atribuye orígenes recientes, y el comunismo, que es un matíz de aquél, no quiera remontarse más allá de principios del siglo XIX, es indudable que las diferentes escuelas socialistas cuentan numerosos precursores, sobre todo entre las sectas cristianas de la Edad Media. En Francia, en Alemania, en los Países Bajos han abundado los socialistas o comunistas que pretendían extraer de las ideas evangélicas sus teorías de igualdad económica, de comunismo en la riqueza colectiva. Los episodios históricos son una prueba suficiente, aunque nos lleguen bajo una forma legendaria, troncada o desfigurada por la malignidad de los cronistas contemporáneos. Además, los anales judiciales también nos enseñan algo y, a pesar de la parcialidad de su jerga jurídica, calificando de malhechores o de *poseídos del demonio* a esos precursores condenados a muerte, es fácil adivinar la verdad, ya que no reestablecerla rigurosamente.

Por otra parte, la idea de igualdad económica ha persistido siempre latente entre los cristianos heterodoxos; es una tradición que parece remontarse a la aglomeración judeo-cristiana de Jerusalén que, al día siguiente de la desaparición de Jesús de Nazareth, se constituyó en agrupación colectivista voluntaria. El socialismo y el cristianismo preconizan el amor entre los hombres para que todos puedan gozar del banquete de la vida sin otro esfuerzo que su adhesión exterior al programa o al credo. Así, puede afirmarse que la forma científica del colectivismo o del comunismo contemporáneo, no es más que una adaptación, bajo otra terminología, del cristianismo, y sobre todo del catolicismo. *El socialismo es la religión del hecho económico.*

El hecho económico

Bajo su forma actual, el socialismo se afirma y pretende probar que el problema humano consiste únicamente en una dificultad de orden económico. El hombre en sí no le interesa, sino en su doble función de productor y consumidor y la sociedad funcionaría perfectamente desde el momento que los socialistas pudieran organizar el trabajo y repartir los productos.

Numerosos son los medios propuestos para llegar a este resultado, según las épocas y las razas, pero para explayar más la idea que acabamos de iniciar, añadiremos que el socialismo y el catolicismo agrupan todos los temperamentos, caracteres y mentalidades imaginables bajo un lazo puramente exterior. Los socialistas afirman de un modo infantil que si dispusieran del poder necesario para administrar la sociedad, de grado o por fuerza aplicarían sus doctrinas.

A la hipótesis socialista, que hace depender todos los detalles humanos del hecho económico, objetaremos que, sin olvidar un sólo instante tan trascendental factor, que implica el principal problema de sustentación, no podemos, sin embargo, atribuirle todos los sucesos históricos que, según las circunstancias, han tenido tan pronto un origen político como un motivo

religioso o un móvil económico, y eso sin tener en cuenta las influencias climatéricas. El ejemplo del error de la metafísica socialista lo tenemos precisamente en que periodos de la filosofía, las artes y la literatura indican de un modo preciso el poder determinante de la religión.

Diferentes tendencias socialistas

A pesar de un antagonismo aparente, los medios propuestos para conquistar el poder se completan. Entre los socialistas, los unos quieren la violencia revolucionaria para ampararse de la administración social y los otros el boletín de voto para llegar más rápidamente a *la conquista de los poderes públicos*. En Francia y en los países latinos, el socialismo se proclama materialista y es ateo y sensualista violentamente. Hay que exceptuar el movimiento francamente *cristiano social* o protestante. En Alemania es monista y haeckeliano. En los países anglo-sajones congenia con el cristianismo y no es raro ver alguno de sus prohombres predicar el sermón del domingo en algún templo independiente. En Francia fraterniza con los antimilitaristas y los sindicalistas ácratas. En Alemania es jerárquico y huye de los anarquistas como de la peste.

Votos y hombres

En todas partes, en tiempo de elecciones, y para no asustar al pacífico ciudadano que ejerce sus derechos, el candidato socialista sabe adaptarse, cambiar la casaca de *antimilitarista* por la del *pacifismo* y hacer el caldo gordo a los capitalistas de la circunscripción. También el catolicismo tiene sus confesores de inflexible autoridad y otros de *manga ancha* que se prestan a maravilla para *absolver* los dulces pecados de las mundanas.

Todo esto es lógico, pues lo que importa es la organización, la producción y la repartición, que es cuestión de cifras, bien por los procedimientos de los socialistas revolucionarios y antiparlamentarios o bien por la saturación lenta y progresiva de las masas, según la aspiración de los oportunistas. El socialismo es bueno para todos. Ninguna importancia se da a los sentimientos religiosos y patrióticos ni al mantenimiento de los prejuicios privados. Cuanto mayor sea el número de los socialistas, más cerca estará su *gran ciudad*, no sin haber atravesado antes todas las fases del progreso y retroceso inseparables de un movimiento de vastas colectividades. No se tiene en cuenta el valor personal, la mentalidad. En tiempo de escrutinio tanto vale el boletín de un alcohólico como el de un genio. Además, los impacientes del socialismo nada deben reclamar, puesto que su minoría ya tiene también sus representantes en las juntas del partido.

Importancia del socialismo

Sería pueril negar la influencia que éste ha alcanzado, suscitando en el fondo del proletariado y en muchas almas generosas parecido entusiasmo y esperanzas que el cristianismo levantó entre los esclavos del imperio romano. En los tiempos de superstición, mientras el prestigio de los dioses se debilitaba, el cristianismo proclamó por la boca de sus apóstoles, en principio ardientes y desinteresados, que delante de Dios, creador de cielos y tierra, todos los hombres eran iguales, halagando así la ilusión de los desheredados.

En nuestros días, que a medida que la instrucción se extiende más disminuye el respeto al pasado, el cristianismo está en quiebra y el socialismo se preocupa de las necesidades inmediatas, reduciendo la cuestión social a una cuestión de alimentación, *mayerfrage*.

En una sociedad donde incesantemente se afirman nuevas necesidades, a veces artificiales, pero que reclaman satisfacción, no es extraño que el socialismo halle eco, tanto más que para propagarlo y comentarlo no le ha faltado ni talento ni abnegación.

Doctrina del socialismo

Se resume así:

a) Un ideal humano: el perfecto productor y consumidor, cuya vida integral consistiría en adaptarse a una organización de la actividad productiva que le permitiese asegurar la satisfacción de sus necesidades materiales. La enseñanza socialista tiende a relacionar con el hecho económico todos los aspectos del desarrollo de las sociedades humanas, incluso el ético.

b) Un ideal moral: el derecho para todos a la subsistencia, con la desaparición de los diversos matices de la desigualdad, fruto del capitalismo, y la abolición de la propiedad, fruto de la explotación. Todo esto con *variedades*, según las diversas escuelas.

c) Un ideal social: el Estado colectivista, o la sociedad comunista, en que las relaciones humanas estuviesen determinadas por la reglamentación matemática o científica de la vida individual. Quedaría desterrada la competencia económica y la lucha por la vida.

Sindicalismo

Bajo este nombre se manifiesta una actividad revolucionaria, hostil a la acción parlamentaria y política, esforzándose principalmente en agrupar a los proletarios en sindicatos profesionales y de mantener en el mundo obrero una continua agitación. Los medios preconizados por el sindicalismo consisten en presentar a la clase patronal reivindicaciones siempre crecientes, aumento de salarios, reducción de horas de trabajo, etc., etc., y en empujar a la huelga en caso negativo, de modo a infligir pérdidas más o menos considerables a los capitalistas, que ven así inactivos sus elementos de explotación. El sindicalismo avanzado, adopta el sabotaje, la acción directa, el antimilitarismo y, como hijo que es del socialismo, fija la base de su concepción social en el hecho económico. Su éxito ha sido grande entre los elementos obreros revolucionarios, porque se puede decir que es el acicate de su mejoramiento.

CAPÍTULO III

La anarquía y sus orígenes

Aclarando una confusión

Parecerá que después de haber hablado de los reformadores o transformadores de la sociedad, bajo el triple carácter religioso, legalitario y económico, la lista quede completa; pero examinando a fondo los proyectos propuestos, pronto se percibe una laguna: los reformadores religiosos

consideran al individuo como instrumento de la divinidad, los legalistas como función de la ley y los socialistas como máquina de producir y consumir. Ninguno le da valor personal por sí mismo, sino como responsable ante las abstracciones que cada uno sostiene, pretendiendo hacer de él el fin de sus designios. A llenar el vacío individual viene precisamente el anarquismo. Mucho se ha divagado sobre el valor y la significación del movimiento anarquista. Con razón o sin ella se le ha catalogado, asimilándolo al terrorismo y al nihilismo, uniéndolo al socialismo y formando su vanguardia, englobándolo al sindicalismo revolucionario y haciéndolo sinónimo del individualismo. Se le ha hecho proceder de Babeuf, Saint-Simon, Fourier, Proudhon, de la Internacional y del cristianismo original.

Vamos a intentar aclarar esta confusión, deseada por algunos y explotada por otros. No pretendemos formular un dogma o proporcionar las bases de un *código anarquista*. Nuestro plan rechaza toda idea de exclusivismo, pues consiste en presentar opiniones, tesis y hacer conclusiones que se pueden verificar para ser admitidas o rechazadas.

Definiciones: anarquía, anarquismo, anarquista

El vocablo *anarquía* viene de dos palabras griegas que significan *negación o ausencia de gobierno; de autoridad, de mando*. En el sentido de desorden no nos interesa, pero debemos reconocer que la significación de reglamentación le es completamente exótica. Según su fisonomía verbal el término *anarquía* es esencialmente negativo o crítico, y nunca positivo o constructor. Sin embargo, por extensión se le ha hecho designar una concepción filosófica de la sociedad, sin obligación ni sanción autoritarias.

El anarquista es el protagonista o realizador de las ideas y de los hechos consiguientes a la anarquía, y el *anarquismo* no es más que el procedimiento, la descripción ideal, el punto esencial especulativo y práctico para llegar al *más allá*.

Creemos que prácticamente puede considerarse como *anarquista* a todo el que después de una reflexión seria y consciente, rechaza toda coerción gubernamental, intelectual y económica, o sea toda dominación, cuyo corolario económico es la explotación del hombre por el hombre, del hombre por el medio o del medio por el hombre.

Orígenes del anarquismo

El primer anarquista fue sin duda el que deliberadamente reaccionó contra la opresión de otro individuo o de una colectividad. Por esto es fácil definir el origen histórico del movimiento anarquista. La leyenda y la historia citan a Prometeo, Satán, Jesús, Epicteto, Diógenes, Robin Hood, considerados bajo diferentes aspectos tipos anarquistas. Los principios filosóficos del anarquismo actual parecen remontarse al *Renacimiento*, o más exactamente a la *Reforma*, que abriendo los espíritus al libre examen en materia bíblica, traspasó el límite de sus iniciadores y condujo a la difusión de la crítica en todos los dominios intelectuales. Nació el libre examen; pero, en lugar de desarrollarse hasta la crítica racional de las instituciones y de las convenciones humanas, quedó convertido en un medio político, no siguió el impulso de sus más decididos propagandistas y se retardó en la disección de

las fábulas pueriles, sobre las que los cristianos ortodoxos edificaban sus creencias.

Llegó, por fin, el movimiento anarquista, completando y acabando la obra del libre pensamiento, sometiendo al análisis individual los reglamentos, las leyes, los programas de la enseñanza, las condiciones económicas y las relaciones sociales de toda clase, alcanzando a ser definitivamente la oposición más peligrosa que han encontrado las tiranías gubernamentales.

El anarquismo y la Internacional

Inexactamente se pretende hacer depender la historia de la anarquía del movimiento obrero que, bajo el nombre de la Internacional, floreció hacia el fin del reinado de Napoleón III. El odio y las invectivas con que el gran profeta del socialismo, Karl Marx, persiguió a Miguel Bakunin, no tuvo por causa divergencias profundas intelectuales o éticas. Bakunin y sus amigos fueron expulsados de la Internacional porque se mostraron federalistas, descentralizadores, insurreccionales, hostiles a la forma estadista o a la conquista parlamentaria a que se inclinaba la actividad socialista. Los amigos de Bakunin, los federalistas, se proclamaron abiertamente colectivistas, y algunos de ellos reprochan hoy al socialismo de haber acaparado este calificativo. Tradujeron y propagaron en los países mediterráneos la obra de Marx, *El Capital*. Ciertamente, Bakunin fue un *anarquizante*, violento con frecuencia y profundo a veces, bastante más que no lo han sido muchos de sus continuadores; pero si se estudia detenidamente el movimiento de la *Federación Jurasiana*, se encontrarán todas las reminiscencias del socialismo de antaño, creencias en la igualdad, en la fraternidad humana, ideas de solidaridad y amor universales, sociedad futura, revolución salvadora y transformadora, concepciones todas que el anarquismo somete al análisis individual, a pesar de que específicamente nada tienen de anarquistas. La verdad es que los federalistas de la Internacional se mostraron *anarquizantes* en cuanto a la concepción de la táctica y de la organización del movimiento socialista y nada les diferenciaba de los socialistas revolucionarios de entonces.

El anarquista y la sociedad

Fuera del partido y antítesis viviente del socialismo, como esperamos irlo demostrando en el trascurso de estas páginas, los anarquistas se encuentran en completo desacuerdo con la sociedad actual. En todo momento y ocasión hacen valer su personalidad y no se dejan arrastrar por la necesidad, la envidia, el prurito de parecer que caracteriza a los hombres de nuestros días. En primer lugar, el anarquista está en camino de *ser*, y si niega la ley, se levanta contra la autoridad de sus representantes, contra los actos ejecutivos de la sociedad, es porque afirma poder servirse de su propia ley y encontrar en sí mismo el resorte necesario para conducirse sin ninguna intervención exterior.

Las sociedades donde el anarquista se desarrolla, necesitan para perpetuarse, para continuar existiendo, el auxilio de diversas especies de autoridad, como son: Dios, ley, riqueza, consideración, respetabilidad, historia de los antepasados y toda clase de programas. El anarquista lo examina y considera todo, acepta o renuncia, según que las ideas propuestas

o expuestas, estén de acuerdo o no con su concepción de la vida o sus aspiraciones individuales. En fin, todos los hombres se conforman con ser determinados por el medio y, en cambio, el anarquista se esfuerza bajo las reservas inevitables de orden físico, en determinarse por sí mismo.

CAPÍTULO IV El anarquismo individualista

Concepto del anarquista individualista

Hemos visto que el anarquismo es la filosofía del anti-autoritarismo. El anarquismo individualista es una concepción práctica de esta filosofía, postulado que percibe a cada uno de los que la siguen a traducir en su vida diaria y para sí mismo los actos y gestos consiguientes, sin ningún límite al desarrollo personal o al desplazamiento propio sobre el plano social, salvo naturalmente, el de invadir el terreno en donde otro camarada evolucione.

Desde luego que el anarquista individualista es igualmente negador de autoridad y de explotación, bajo sus diferentes y numerosas formas, odiando y despreciando a la vez todo cuanto mantiene el dolor humano y le impide proseguir su mayor liberación sin descanso ni fatiga.

El movimiento anarquista individualista consiste, pues, en una actividad intelectual que se extiende a todos los dominios del saber, tratando de resolver en beneficio del individuo conscientemente ácrata, los problemas concretos de las manifestaciones de la vida, creando entre sus adeptos, ya dotados de un temperamento especial, un espíritu de crítica permanente e irreductible en frente de las instituciones que enseñan, mantienen y preconizan la tiranía de unos hombres sobre la resignación de los demás. Y puesto que por los hombres conocemos las instituciones, justo es que midamos a ambos con el mismo rasero.

El pensamiento director estriba, pues, en impulsar a los que se han asimilado a la idea anarquista, a que sientan el deseo imperioso de vivir las fases de su vida diariamente, fuera de toda autoridad exterior y de toda institución impuesta y no ejerciendo influencia coercitiva alguna sobre los demás camaradas que conciben de modo distinto los detalles de su existencia cotidiana. En fin, es hacer de cada anarquista individualista un propagador personal de las ideas esclarecidas, una especie de antorcha luminosa en las tinieblas de la autoridad, cuya llama y calor son destructivos de toda tendencia dominadora.

En resumen: la tendencia es suscitar en los individuos el mayor conocimiento, en el sentido de experimentar, demostrar y asimilar el anti-autoritarismo en las diferentes etapas de la actividad humana; ética, intelectual, social y económicamente. Y en la resolución personal, anarquista, de los problemas que plantean las manifestaciones de la vida en general.

Entre los individualistas hay unos partidarios del aislamiento, porque así se creen más fuerte, pues la autoridad -dicen- cuando ataca es más enérgica contra los asociados y más débil cuando se defiende. Además, cuando su obra de concierto, aún involuntariamente puede aparecer la traición. Otros

afirman que la asociación permite obtener resultados bastante apreciables con menos esfuerzo y menos tiempo. En realidad, estas apreciaciones son cuestión de temperamento, pero cuando los individualistas se asocian por un interés cualquiera, no pierden de vista la salvaguardia de su autonomía en lo que son y en lo que tienen, pudiendo desde luego libremente también dejar la asociación en el momento en que cese la necesidad o el peligro que la haya inspirado.

Individualismo y comunismo

El anarquismo individualista se diferencia del comunista de la Federación Jurásica y sus continuadores, en que considera la propiedad del medio de producción y la libre disposición del producto como la garantía esencial de la libertad individual, que no puede existir sin esa plena posesión de los resultados del esfuerzo de cada uno y de los objetos de placer que forman una prolongación de la personalidad, quedando bien entendido que esta propiedad se limita sólo a la posibilidad de hacer valer siempre la extensión de la tierra o los útiles de producción indispensables a sus necesidades, bajo reserva para el poseedor de no poder disponer por ningún concepto del esfuerzo ajeno en la evaluación de sus facultades.

El hecho de que los instrumentos de producción, o el Capital, sean detentados por una minoría de poseedores actuales, o por el Estado, la colectividad o la comuna, es lo mismo para el individuo. Aunque los monopolios y los privilegios sean trasladados de las grandes asociaciones capitalistas a la comuna, el individuo se halla igualmente desnudo de recursos que antes. En lugar de hallarse dominado económicamente por la minoría capitalista, lo es por el conjunto comunista. Nada le pertenece, es un esclavo.

Es sólo por la posesión de su producto, y la facultad de disponer de él a su gusto, que el productor deja de ser un dominado, un explotado. Sólo un método parece asegurarle este resultado; y es que consiga que, todo cuanto el individuo posea, sea el resultado de su esfuerzo individual. Este método de vida económico, me parece esencialmente anarquista y constituye el objeto de nuestra actividad o reacción para el ambiente.

Declarándome anarquista individualista, no comprendo por qué no podré serlo económicamente. El anarquismo individualista debe tener los recursos suficientes para orientar a los que se interesen por una solución netamente anarquista del problema económico.

Crítica del comunismo

El comunismo, ¿qué es en resumen? Es un sistema económico por medio del cual todas las riquezas naturales y todos los resultados del trabajo, producidos por cada uno, según sus esfuerzos, son distribuidos a cada uno, según sus necesidades, mediante un mecanismo dado, una oficina de estadística centralizadora, con el método de depositar y retirar los productos en común.

En régimen comunista, los individuos gozan de toda libertad, menos la de producir para ellos mismos y disponer, a su gusto, de sus productos, y cambiarlos con sus vecinos, fuera del mecanismo impuesto.

¿Qué tiene este sistema de anarquista? Esto es colectivismo disfrazado, liberalizado, endulzado y nada más. El individuo continúa sujeto a la colectividad. ¿En dónde la dignidad personal se encuentra salvaguardada?

Dadle vueltas al comunismo, en todos sentidos, y siempre llegaréis al punto que, de grado o por fuerza, el individuo deberá sacrificarse a la colectividad o a la *democracia comunista*.

Anarquista, mientras una sociedad no me permita comer, vestir, morar, difundir mis ideas a mi manera y sin control alguno -a condición de que no domine ni explote a nadie- consideraré su fundamento como autoritario.

¿Se ha definido seriamente el método *depositar y retirar los productos en común*? ¿Cuál será la forma de los depósitos: cuadrada, cilíndrica o piramidal? ¿Se mezclarán confituras, carbón, zapatos y patatas? Se necesitará un método de almacenaje para cada producto, para cada especie de utilidad. ¿Se llevará a los almacenes la materia bruta o la materia elaborada? ¿Quién vigilará la calidad? ¿Cómo evitarse la superproducción? ¿Cómo remediarse el que los primeros lleven lo mejor y más de lo que corresponda? ¿Se registrará la casa de X, bajo denuncia, para verificar si no ha conservado o retenido parte de su producto o si lo que posee H ha pasado, o no, por el depósito? ¿Qué medios de verificación se emplearán? ¿Qué ejército de policías en perspectiva! Ante ello uno se pregunta en dónde estará la diferencia con la sociedad actual.

Por conscientes que se hayan hecho los individuos, desde el momento que su regla de conducta se basa únicamente sobre su interés o sobre la utilidad bien comprendida, no hay más que la violencia que pueda impedirles contravenir a una regla dada, cuando encuentran ventaja en hacerlo.

El comunismo sólo es compatible con la moral del renunciamiento o con el cristianismo, es decir, con una moral de esclavos.

Practicado en gran escala, el método de depositar y retirar los productos en común exige una administración de las cosas complicada e inquisitorial, como lo son todas las administraciones.

El comunismo y el ser individual

Descartado el comunismo, hay que dar con un método que, todo y no dejando subsistir ningún vestigio de explotación del hombre por el hombre, o por la colectividad, salvaguarde la dignidad individual, de acuerdo con el interés de cada uno, no lesione a nadie, cierre la puerta al parasitismo, a la ociosidad, a la pereza, no frustre a cualquiera el placer resultante de la realización de su propio esfuerzo, permitiendo al individuo el empleo más intenso de su facultad de iniciativa. Hasta que yo no encuentre otro mejor, el método de cambio de los productos, entre individuos o entre grupos, parece responder al *desideratum*.

Es evidente que, permaneciendo dueño de su producto, disponiendo de él a su antojo, el productor podrá elevarlo al grado de perfección y de calidad posiblemente imaginable. Y ya no será la obra anónima, abarrotada, cuyo destino se ignora.

La propiedad del medio de producción y la libre disposición del producto

La libre disposición del producto, entraña la posesión del medio de producción, de la herramienta y del suelo. En el sentido anarquista, la

propiedad ha consistido siempre en la posibilidad de hacer valer - individualmente, por asociaciones sexuales o familiares, según las circunstancias- la extensión del suelo, indispensable a la unidad social, a condición de no hacerlo explotar, por nadie, a nuestro servicio, o arrendarlo.

Esta posesión del suelo no impide que, cada vez que haya ocasión, los anarquistas individualistas se unan para los trabajos de la recolección susceptibles de ser realizados en común.

El reemplazamiento gradual del vapor, por la electricidad, hace la fuerza motriz asequible, en gran cantidad, a cada uno. Cuanto más el trabajo se realice racionalmente, más se limitará a la producción de una alimentación y de abrigos higiénicos, de una morada y al medio de cambiar nuestros pensamientos. Para ello sólo habrá que perfeccionar lo existente y es indudable que una multitud de industrias inútiles y parasitarias desaparecerán.

¿Quién lo lamentará? Por mi parte prefiero la restricción de mis necesidades secundarias, o inútiles, a la restricción de mi pensamiento. Antes que productor y consumidor soy anarquista individualista y tiendo a renunciar a toda consumación que pueda hacerme esclavo. Nunca admitiré que se me obligue a contribuir a una producción, que se me antoje inútil, para el desarrollo normal de los *egoístas*, con quienes me asocie. Si no viajo y no recibo en casa visitantes alejados, no veo por qué se me ha de obligar a contribuir a los gastos de alimentación del tren rápido y de sus conductores. Sólo los que viajen y reciban visitas deberán preocuparse de la cuestión.

En cuanto a los medios a emplearse, para arreglar las condiciones del cambio de los productos, entre productores individuales o grupos de productores, los ignoro aún. Si este método es adoptado por los anarquistas, estoy seguro que será por libre acuerdo y nada, de cerca o de lejos, recordará la autoridad y la explotación. Esto me basta, y son los *egoístas* quienes deben arreglar los detalles de su actividad económica.

La equidad como punto de partida

Además, una vez en posesión del medio individual de producción, poco importa el resto. Tanto mejor para mi vecino si, no haciendo trabajar a nadie por su cuenta, obtiene mejor rendimiento que yo, acaso porque su consumación es más considerable que la mía, acaso porque se preocupa de dar a su trabajo una mayor distinción personal. Tanto mejor para aquellos con quienes cambia, no dinero, sino productos, si su calzado está mejor acabado, su trigo maravillosamente molido, sus libros lujosamente impresos, sus vestidos artísticamente presentados, con higiene y comodidad y sus frutos son deliciosos.

Esto no puede más que incitar a los demás a trabajar mejor, sirviéndoles de estimulante. Tanto mejor para el que obtiene en cambio más productos o más finos, pues es equitativo que cada uno aproveche todo lo que pueda su esfuerzo individual. No podré sentir celos y, mucho menos no interviniendo yo en su consumación, así como él tampoco participa en mi producción. La determinación de las necesidades es cuestión de apreciación personal y tal objeto de consumo que a mi me parece indispensable, para otro es superfluo. Me parece equitativo que quien consuma más produzca también más y

rehusó en buena inteligencia, yo que consumo poco o que razono mi consumación según mi concepto, producir para el camarada que gasta mucho, empleando un método que me desagrada. Esto no sería *compañerismo* sino *explotación*.

Por otra parte, la preocupación mayor de los societarios futuristas en pequeño o en grande, es restablecer el equilibrio de toda actividad. Queda bien determinado que el productor depositará toda su producción en el almacén colectivo, en la comunidad o en la modesta dependencia de las provisiones. Se pueden también prever funcionarios colectores que se hagan cargo de los productos remitidos al delegado, a la dirección de cada taller o sección, y los centralizaran. El reparto se hará entre todos con o sin verificación. ¡Vaya por la altivez individual! El sueño comunista, el logro de la igualdad quimérica que implica la negación del individuo, puesto que igualdad equivale a nivelación, es hacer de la dependencia del medio un método inevitable, bajo pretexto de que es más racional, en lugar de considerarla como un accidente que puede evitarse; es decir, en principio, el sacrificio del individuo a la masa. Mas yo pretendo que el anarquista individualista sea un ser arrogante que no se sacrifica ni exige a nadie que lo haga, aunque él obtuviese algún provecho. No abandonará benévola mente a todo el mundo el producto de su esfuerzo, sino que lo cambiará o cederá gratuitamente a quien más le plazca.

No habiendo necesitado concurso alguno para transformar en objeto de consumo la materia bruta o ya trabajada y obtenida como cambio o donación, no tendrá tampoco que rendir cuentas. El *compañerismo* se fundamentará en lo que la misma experiencia nos enseña, o sea, que cuanto más independientes somos, cuanto menos debamos a los demás, mejor y más libres nos encontramos.

Para imponer el sacrificio del esfuerzo individual al medio, la autoridad o la sugestión son necesarias. Para retirar del individuo el mayor resultante de su propio trabajo, se ha de recurrir a la violencia. Luego el restablecimiento del equilibrio de toda actividad, o sea la nivelación, postula la fórmula del Estado regulador.

Yo no sé si es posible un estado de cosas mundial o territorial en que exista en principio el equilibrio. Yo no pretendo más que indicar las diferencias que separan el individualismo y el comunismo anarquistas. El primero reposa sobre una base esencialmente moral: en primer término y sobre todo el individuo libre, independiente del medio, aunque sea en su detrimento material. El segundo, hipnotizado por las condiciones en que opera la producción, trabajo colectivo, por instrumentos accionados por una fuerza motriz común, no considera al individuo en oposición constante con el medio desde el momento en que se trata del aumento de bienestar no se habla más que de concesiones. Se adopta el lenguaje de la *pequeña burguesía* bajo el pretexto de que es *más razonable, más científico*, fijar la atención en el interés, en el menor esfuerzo, y en toda suerte de sentimientos más bajos que elevados.

Contestando algunas objeciones

Soy, por mi característica, incapaz de sentar una premisa, sin llegar, a la vez, a las conclusiones a que la experiencia, o mis reflexiones, me lleven.

No soy de los que escriben para hacer triunfar sus opiniones, sino para inducir a otro a la reflexión.

Desearía que se comprendiera bien que, hablando de los anarquistas y de las relaciones individuales entre ellos, no hago alusión alguna a los anarquistas tal como ellos podrán ser cuando yo deje de existir. Los anarquistas que me interesan son los que conocemos, los que he conocido y frecuentado, tal como ellos me han parecido. Sólo los anarquistas del presente me preocupan.

Declaro, francamente, que ignoro qué resultados podrá dar la educación distribuida sin discernimiento. No soy profeta, e indudablemente no veré nada de tales resultados.

La educación es una experiencia, un ensayo, y cuando la practico no lo hago para ser recompensado, estimado o considerado. Es porque los camaradas encuentran una satisfacción en ello, que me ayudan en mi propaganda anarquista, de libre examen. Es muy cierto también que yo aporto, al trabajo, el máximo de aplicación, de análisis y de razonamiento, pero es igualmente por satisfacción, por egoísmo que lo hago. Si por hallar una satisfacción removiendo las ideas o exponiendo mis opiniones, me disminuyera interiormente, desde un punto de vista cualquiera, dejaría inmediatamente de hacerlo.

Se nos dice que el egoísmo o el individualismo anarquista, nos conducirá forzosamente a una especie de *solidaridad*. Nada nos prueba que el *egoísmo bien razonado* no pueda llegar a otra cosa que a la camaradería, tal como yo la concibo. este es un azar que no debemos pasar en silencio, si queremos evitar las desilusiones. El *egoísmo anarquista* me parece que llegará a la formación de una multitud de *asociaciones de egoístas*. Digo, *me parece*; no prejuizo. Corresponderá a las asociaciones de entonces el adoptar tal o cual método de vida -intelectual, moral o económico- que más convenga a sus intereses. Creo también que, tanto menos se hará sentir la obligación del medio, más el número de los egoístas aislados aumentará. En todo caso a nadie le corresponde dictar, a la asociación o al individuo aislado, el medio a emplear para *sentirse vivir*. Es de presumir que, los egoístas anarquistas, no permitirán, en ningún caso, que nadie atente contra su dignidad individual.

Yo he bosquejado un compromiso entre la idea de asociación, el concepto del trabajo convertido en recreo, y nuestras pasiones individuales, puestas al servicio de la actividad humana y si me he interesado en las *colonias comunistas* ha sido porque creí ver en ellas una protesta enérgica, una revuelta práctica, de individuos seleccionados, contra la obligada frecuentación de la masa repugnante que oscila entre el cretino y el arribista. Debo manifestar, no obstante, que las consideré sólo desde el punto de vista moral.

Nada queda de la famosa *Fraternidad Internacional*, de Blaricum, la mejor constituida de todas las tentativas edificadas desde la última década.

Las colonias comunistas han dado pésimos resultados, engendrando la suspicacia y la desconfianza. En cambio ha existido, no lejos de Nueva York, una colonia anarquista individualista denominada *Modern times* que ha practicado el cambio de los productos y el empleo de los *bonos de cambio* cuyo término hiere los oídos comunistas. Los que la visitaron

quedaron siempre maravillados de la inteligencia reinante entre los *colonos* que *la guerra de secesión* dispersó.

En verdad, nunca acepté la fórmula *a cada uno según sus necesidades*, si no era con la restricción de que, el esfuerzo realizado por cada uno, sirviera de medida a la de determinación de sus necesidades.

Cualquiera que sea el grado de conciencia a que llegue un anarquista, nunca consentirá que nadie atente a su libertad individual, tanto en lo que es, como en lo que tiene. Al que intente oprimirle le opondrá una resistencia activa, siempre que no fuera tolstoyano, y, entonces, este sería ya otro punto de vista. Nunca una *asociación de egoístas* permitirá a nadie que venga a usurpar su bienestar, aunque sea económico. Ella resistirá al agresor. La resistencia a la opresión es el corolario lógico de la libertad del individuo, como de la asociación.

En tiempo futuros como en la actualidad, el método más simple, para eliminar a un individuo de un grupo, del cual sea un factor de desarmonía, y dado que no quiera eliminarse él mismo, será la expulsión. Esto acongoja el alma. Pero, se comprende que ello se realizará después de haber agotado todos los medios de persuasión posibles. Creo, no obstante, que en lo sucesivo uno se volverá lo suficientemente consciente para retirarse de un medio, cuando vea que está de más en él. Debemos tener presente que esto es sólo una esperanza y que hay que contar con el azar, es decir, con el hecho de que un individuo *quiera* demorar en un medio, en el cual no se le quiere, debido a que su interés se lo determine. Todo método de vida práctica, que prescinda de este azar, es defectuoso.

Desde el punto de vista económico, como desde los otros dominios, la dificultad está en encontrar una solución que haga inútiles e imposibles las luchas entre anarquistas. Se aproximaría a ello todo método de vida que no atentara a la dignidad personal, no restringiera el libre ejercicio de la iniciativa individual y en el que la suspicacia y la desconfianza no intervinieran en la determinación de las necesidades de cada uno.

No debemos de olvidar que, el anarquismo individualista no es para los ineptos del esfuerzo. No se nace anarquista, sino que uno se hace tal por razonamiento, por sentimiento, por observación, por análisis y por sensibilidad. Pero, siempre es necesario el esfuerzo. Es presumible que, sin haber llegado a un grado de conciencia muy desarrollada, los débiles de entre nosotros comprenderán, por su interés, que no deben reproducirse. Durante el periodo de transición encontraremos un interés -para evitar todo factor de desarmonía- en procurar, a aquellos de los nuestros, desheredados por la naturaleza, ocupaciones en relación a su grado de fuerza física. Del mismo modo hallaremos interés -ya que podemos caer enfermos- en cuidar a aquellos de los nuestros atacados por una enfermedad, no obstante las precauciones de higiene que hayan adoptado. Y concluyo.

Compréndase que correrá aún mucha agua por debajo de los puentes, antes que se levante la aurora de una sociedad anarquista. ¿Quién sabe si ella llegará a existir? Lo importante es, pues, vivir *su vida* enseguida, *sentirse vivir*.

Creo que con lo dicho basta para responder a los que acusan a los anarquistas individualistas de no tener ningún método de vida económico,

para oponerlo al comunismo. Tan incompleto como sea este estudio, él es suficiente para indicar que el anarquismo individualista, que garantiza la dignidad individual, desde el punto de vista intelectual y moral, posee bastantes recursos para garantizarla desde el punto de vista económico. Por otro lado estimo que, todo aquel que actualmente cambia un producto con otro, sin preocuparse de la valorización que le atribuya el medio y sin intermediario alguno, realiza, económicamente hablando, un acto materialmente anarquista.

El ideal anarquista individualista

Concede un lugar secundario al interés económico. Antes una choza, un vaso de agua y un puñado de castañas, que la labor en común con quien no place. Que toda la civilización perezca con sus casas de seis pisos, sus ascensores, sus aeroplanos, sus *rápidos*, su telegrafía sin hilos y sus monstruos marinos de guerra, si todo esto debe aumentar la dependencia del individuo.

En resumen, se presenta:

a) Un ideal humano y moral: el individuo negador de autoridad y de su corolario económico: la explotación; rehusando ejercerlas; el ser cuya vida consiste en una reacción continua contra un medio que no puede ni quiere comprenderle ni aprobarle, puesto que los constituyentes de este medio son los esclavos de la ignorancia, de la apatía, de las taras ancestrales, del respeto a lo establecido. Tiende, además, hacia la realización de un nuevo tipo: *el hombre que no necesita ninguna reglamentación o violencia exterior, porque posee bastante potencia de volición para determinar sus necesidades personales y guardar su propio equilibrio.*

b) Un ideal moral y social a la vez; una sociedad donde los hombres determinasen su vida bajo los aspectos intelectuales, éticos, económicos, por un contrato libremente consentido y aplicado, respetando la libertad de todos sin molestar la de cada uno, implicando especialmente bajo el punto de vista económico: propiedad del medio de producción y libre disposición del producto, considerados como garantía esencial de la autonomía personal.

CAPÍTULO V

El anarquista individualista y los reformadores de la sociedad

Últimas argucias de los reformadores religiosos

Puesto que todos los sistemas de renovación social relegan al último término al individuo, es muy natural la indiferencia u hostilidad del anarquista hacia los mismos, puesta que considera los seres y los hechos de modo muy distinto.

En vano los reformadores religiosos afirmarán que los designios supremos de la sabiduría divina son la realización cordial entre los humanos, suprimiendo las desigualdades de fortuna y educación y que las etapas dolorosas de la humanidad son indispensables a su perfección para llegar

con fe inquebrantable al *reino de Dios*, sinónimo de armonía equitativa y fraternal; el anarquista preguntará por qué medios tangibles este Dios todo amor les comunica su pensamiento, qué nociones científicas tienen de su existencia y cómo la ejerce.

Acosados los últimos representantes del misticismo religioso, acaso contesten que Dios es un sentimiento interior del ser humano, una categoría ideal que avanza, aunque todavía no se haya manifestado completamente. Esta explicación y otras tan nebulosas podrán satisfacer a los creyentes excesivamente piadosos, pero de ningún modo a un espíritu abierto. Para el anarquista, todo ideal es creación de la voluntad humana, una manifestación del pensamiento individual, un fenómeno de la vida interior, una aspiración personal. Luego esta afirmación es a la par negación divina y evidencia de que Dios es un sofisma.

Mi ateísmo

Yo soy ateo y enemigo irreconciliable de toda concepción monoteísta y politeísta y lo soy sobre todo en mi calidad de anarquista individualista y no porque los supuestos *representantes de Dios* sean a veces detestables, pues también hay otros, aunque en minoría, que son superiores a la moralidad media general. Estoy muy persuadido de que los humanos están determinados por su temperamento para dar gran importancia a las inconsecuencias de los cristianos, de los musulmanes o de los budistas, o a las diferencias que la vida diaria de algunos anarquistas puede presentar con las teorías de que hacen gala. Es más fácil abstraerse cerebralmente del medio, que triunfar de las solicitudes que este hace a los sentidos y cada vez me siento menos inclinado a lanzar la piedra a los que no pueden realizar una teoría que está por encima de las fuerzas humanas. El que un cura no pueda guardar su voto de castidad no me hará dudar de Dios, como tampoco me haría repudiar la anarquía un absceso de celos por parte de un anarquista. Mi conclusión es que ambos han presumido demasiado de sus fuerzas y han hecho intervenir sus teorías con actos completamente extemporáneos, propios del temperamento, que no quitan valor intelectual y social a las ideas. Puede haber deístas voluptuosos y anarquistas celosos y yo no me creo con derecho a condenarlos; lo único que he de desear, si convivo con ellos, es que se manifiesten tal como son.

Tampoco soy ateo a causa de la imposibilidad en que se encuentran los deístas para contestar a las objeciones del librepensamiento vocinglero. Las afirmaciones teológicas proporcionan a este muchos argumentos para sus bellas declamaciones oratorias. Tomando, por ejemplo, el problema del sufrimiento, se dice que si Dios no lo evita es porque no quiere o no puede y, por tanto, la existencia del dolor sobre la Tierra desmiente los atributos de bondad, omnipotencia y de sabiduría de ese vertebrado y gaseoso a la vez. Estas *razones*, que parece aplastantes, no me impresionarían si fuese deísta y alzaría las espaldas con bastante buen sentido si se me hablase de los atributos divinos, de la creación o de la cuestión del mal. Yo me diría que estas cuestiones son el producto de la imaginación humana y que nada tienen de común con la realidad. Dios, la causa primera, inteligente, la causa permanente y consciente, creadora y activa tendría, a mi modo de ver, si

existiese, una concepción de la vida en general muy diferente a la nuestra, pobres parásitos terrestres. No soy, pues, un ateo por razones escolásticas. Tampoco lo soy científicamente y, para evitar todo equívoco, he de hacer constar que no confundo la ciencia, conjunto de observaciones prácticas, de aplicaciones provechosas y útiles con la Ciencia especulativa (con mayúscula). De la ciencia, Haeckel dice que es imposible sin hipótesis y Henri Poincaré proclama esta indispensable. De acuerdo con los filósofos contemporáneos eminentes, yo creo que el hecho científico es un fenómeno social, humano, esencialmente relativo, cuya explicación varía según la mentalidad de aquellos a quienes interesa. Si yo me ocupase profundamente de la ciencia, sometería con la misma severidad a la crítica las hipótesis religiosas y las científicas. Reclamo el derecho a dudar de la existencia de Dios, del Átomo y del Ether hasta que los haya contemplado y observado por mi mismo y rehusó oponer una hipótesis a otra, aunque tuviera la simpatía propia, la de una colectividad o la de la masa.

Mi ateísmo no es más que la consecuencia de mi anarquismo. Puesto que la inteligencia humana no puede concebir a Dios más que como un superhombre dictador, autoritario y despótico, yo no puedo aceptarlo, pues lo mismo me repugna un patrón del universo que un patrón del taller. Bakunin dijo: Si Dios existe, el hombre es esclavo, y si el hombre es libre, Dios no existe. No voy a discutir aquí lo que debe entenderse por libertad del hombre, pero si afirmaré que, aspirando a ser libre, Dios no puede existir para mí. Repito con Proudhon que Dios es el enemigo del hombre y, por tanto, no hay conciliación posible entre mi antiautoritarismo, mi odio a la dominación, mi rebeldía contra la explotación y contra cualquier concepción divina.

No solamente niego a Dios sino que además no le necesito. Para tener conciencia de mi vida, para desarrollarme física e intelectualmente, para constatar, meditar, moverme, amar y ejecutar cuanto me atañe, no me es necesario un creador providente y legislador. Puedo conocer una vida interior, profunda, que resista a las desilusiones procedentes del exterior o de mis propios errores, y para perseverar y seguir la ruta individual, cosechando experiencias, apreciando goces, buscando la expansión completa de mi intelecto y de mis sentidos no me es necesaria la creencia en el *Todopoderoso*, producto efectivo del temor y de la ignorancia ancestrales. No detesto perversamente al creyente, y digo con benjamín Tucker: Aún viendo en la jerarquía divina una contradicción de la anarquía y siendo incrédulos, los anarquistas no dejan de ser partidarios decididos de la libertad de creer, y lo mismo que proclaman el derecho para el individuo de ser o elegir su propio médico, reivindicán el de ser o elegir su propio sacerdote. Ni monopolio ni restricción en teología o en medicina. Añado que me presto a cooperar a una determinada labor con espiritualistas *individuales*, es decir, no pertenecientes a ninguna organización eclesíástica y adversarios profundos de las explotaciones y de las autoridades.

El contrato social

En vano los legatarios afirmarán que el objeto de la ley no es el de oprimir al individuo, sino el de asegurarle, según el *contrato social*, las posibilidades

de vivir en sociedad, para lo cual codifica, cataloga y establece los deberes y los derechos que aseguran el buen funcionamiento autoritario. El anarquista, apoyándose en las pruebas históricas, demostrará que el dicho *contrato* ha sido impuesto siempre por una minoría de fuertes o de astutos, sacerdotes o magos, soldados afortunados o conquistadores, familias célebres o capitalistas poderosos. Jamás contrato alguno fue propuesto, consentido y aplicado libremente. Lo único que conocemos de la sociedad es su mecanismo de imposiciones y castigos, sus ejecutantes y sostenedores, sus policías y justicieros, sus tribunales y sus presidios y su enseñanza dogmática, deprimente, intolerante, tanto si se titula *laica* como si es francamente *clerical*.

El Estado es la forma laica de la iglesia, como ésta es la forma religiosa de aquél y estos dos enemigos siempre se reconcilian sobre el terreno de la dominación. Antes se condenaba a la hoguera a los que osaban negar la divinidad de Jesús, el misterio de la Trinidad u otro cualquier dogma; y hoy el que ataca violentamente, tan sólo de palabra o por escrito, los *intangibles* principios de propiedad, patria y los demás, en que se basan las instituciones civiles del siglo XX, también se verá fácilmente enredado en las mallas del código y amenazado de punición. El *contrato social* no es más que la amalgama de morales trasnochadas y prejuicios ridículos, cuyo respeto se inculca en la escuela, a pesar de que es vacío de sentido en frente de los conocimientos actuales.

Productores inútiles y necesidades superfluas

Examinando críticamente la cuestión de producción y consumo, el anarquista pretende que es ostensiblemente extremado en nuestra sociedad agrupar a los hombres por profesiones u oficios, que en régimen de exceso productor y explotación capitalista esta clasificación es arbitraria, peligrosa y hasta malsana. Por ejemplo, el productor de trigo o cereales, uno de los más útiles, hace vivir a su costa y a costa de los consumidores, a los intermediarios y corredores de toda especie.

Exaltar al productor en el estado actual es la consecuencia de un puro sofisma. Muchas veces produce objetos y valores inútiles o perjudiciales individual y socialmente. Los metalúrgicos de los arsenales, de las manufacturas de armas, de las fundiciones de cañones; los carceleros, los aduaneros, los cobradores de contribuciones e impuestos, los *caga-tintas* de la administración oficial; los obreros que fabrican bebidas alcohólicas y toda clase de venenos; los ferroviarios dedicados al transporte de tantos objetos de lujo superfluo, al de las provisiones adulteradas o al de los soldados que va a la matanza, ¿producen acaso todos estos funciones útiles? En vano los constructores de prisiones, cuarteles e iglesias se agrupan en *sindicatos revolucionarios*, en vano igualmente los que producen ametralladoras, fusiles y uniformes se adhieren a las *Bolsas de Trabajo*, pues no por este hecho dejará de ser funesta su producción.

Es innegable que una gran parte de los productores viven como parásitos de un gran número de consumidores que mantienen las necesidades artificiales en que la humanidad se desequilibra.

La solidaridad y la actitud anarquista

Místicos, legalitarios, socialistas, discurren sobre la solidaridad que unirá a los hombres; los primeros, porque afirman que Dios es el padre del género humano; los segundos, porque atribuyen a la ley la *buena convivencia social* y los últimos porque creen que la producción y el consumo tienen mutuos deberes y derechos ineludibles.

El anarquista individualista no se curva ante estas tres abstracciones. Fría y lealmente somete a la crítica este formidable argumento: Solidaridad obligada no merece tal nombre. Y añade que, habiendo venido a la sociedad humana por el conjunto de circunstancias de un fenómeno natural, se encontró desde un principio en frente de condiciones morales, intelectuales y económicas impuestas sin discusión. Desde la más tierna infancia las instituciones y los hombres se coaligaron para determinarles a la resignación y a la solidaridad del medio ambiente. En la familia, la escuela, el cuartel y la fábrica se le predicó la misma virtud hacia sus semejantes. Solidario de los padres, aún en el momento de impedirle por fuerza el correr hacia la joven que despertaba sus sentidos, solidario del maestro que le retenía en verano largas horas en clase, mientras fuera las flores se abrían y los pájaros trinaban, solidario del superior militar que le imponía humillaciones y ejercicios estúpidos, solidario del patrón, a quien una hora de trabajo de los obreros venía a aumentar más y más la fortuna y el bienestar ... Hay suficiente para comprender que tal solidaridad es sinónimo de esclavitud.

Por mi parte, una más detenida reflexión me enseñó que yo era tan esclavo de los de arriba como de los de abajo. El indigente que aclama la retreta militar, el guardián que retiene en la cárcel al desgraciado, el obrero soplón de sus camaradas, para conseguir una plaza de capataz; el policía, astuto para quitar la poca libertad a los infelices delincuentes; el aldeano que me mira con desprecio, porque prefiero pasearme por el campo mejor que respirar el aire viciado de fábricas y talleres; el sindicalista que con placer me vería despedido del trabajo porque me niego a ser *su coasociado*, todos estos seres afirman que yo les debo solidaridad y que por ellos y con ellos debo pensar, accionar, producir, es decir, consagrar lo mejor de mis facultades.

He reaccionado y, a este determinismo terrorífico, he opuesto el mío propio, no aceptando otra solidaridad que la que yo pueda debatir en previsión de las consecuencias resultantes. En vano los exaltados me objetarán que el agricultor devoto, el sastre radical, el empleado de correos socialista, el panadero conservador, el marino patriota son necesarios a mi vida, puesto que contribuyen directa o indirectamente a proporcionarme lo necesario a mi subsistencia. Yo replicaré que en las condiciones en que actualmente la sociedad evoluciona, estos diferentes miembros de ella no son sólo productores, sino también electores, a veces jurados, con frecuencia genitores de jerarquías oficiales y explotadores siempre que pueden; son partidarios de la autoridad y la emplean moral y materialmente en mantener por fuerza el régimen de solidaridad que sufrimos.

La *solidaridad universal* se revela realmente como un fantasma y la historia nos enseña que ha servido sobre todo para edificar dogmas y suscitar dominaciones. Para asociar temperamentos e intereses encontrados

ha sido precisa la religión y la ley y, para que no fuesen letra muerta las relaciones que ellas determinaban entre los hombres, se erigieron los ejecutores, sacerdotes y magistrados.

En resumen, el anarquista aceptará voluntariamente la solidaridad que le convenga y se aislará siempre que se aperciba que practicándola se afirma más y más la dominación y la explotación en sus múltiples formas. El individualista va más lejos, pues ni siquiera se hace solidario de sus más caros amigos, cuando realizan actor cuya apreciación no está en el dominio de su juicio o de su temperamento. No sintiendo ninguna afinidad moral e intelectual por la sociedad, procurará rehuir como mejor entienda y pueda las obligaciones que ésta le impone. Su única preocupación consistirá en obtener siempre mayor libertad integral sin estorbar la libertad de pensar y obrar de los demás. Bajo este criterio determinará su vida, todos los actos de su existencia.

CAPÍTULO VI

Los cristianos y los anarquistas

El cristianismo primitivo y Jesús

¿Existe algún lazo de parentesco entre el cristianismo y el anarquismo? ¿Pueden ambos conciliarse? ¿Puede sostenerse que si el cristianismo no se hubiera cristalizado en fórmulas y ritos y hubiera seguido su *evolución normal*, los cristianos se hubieran hecho anarquistas?

Nadie, de buena fe, podrá afirmar estas preguntas. Cuando se habla de cristianismo anarquista, social y hasta *revolucionario*, siempre se hace referencia al primitivo, pues hoy el oficial de las iglesias es el sostén del capitalismo y admirador de la violencia gubernamental. La gran dificultad estriba en la falta de documentos serios, probantes de la iniciación histórica del cristianismo, porque los datos concretos no aparecen hasta que el movimiento cristiano se transforma en una organización religiosa, en una iglesia que pretende conquistar el mundo, imponiéndole una supremacía espiritual y temporal, gracias a una jerarquía formidablemente dispuesta. En los comienzos, la gran preocupación consistía en asimilarse las creencias y supersticiones paganas, a fin de evitar las disensiones y las divisiones intestinas que servían de excusa a manejos políticos. Cuanto más se remonta el pasado, mayores son las conjeturas, las leyendas más inconsistentes y contradictorias. Ni siquiera encontramos una prueba indudable de la existencia de Jesucristo, y como el mayor interés de sus biógrafos consiste en favorecer y hacer triunfar las ideas del partido que representan, de ahí que sea difícil apreciar realmente la fisonomía el *Redentor* a través de sus cronistas.

Jesús, de nacimiento irregular, acaso con sangre griega en sus venas, parece haber tenido mayor resentimiento contra los pseudocreyentes judíos que contra los opresores romanos de la Judea. Empapado en la lectura de los grandes profetas israelitas, interesados acaso en el conocimiento de la filosofía griega, mecido seguramente desde la infancia por los apocalipsis

judíos, parece que se creyó llamado a renovar las profecías anteriores, puesto que antes de predicar la rebeldía contra los extranjeros, preconizó una revolución interior, de modo que hizo obra educativa antes que subversiva. Jesús se nos aparece como un hombre de origen modesto, educado en una carpintería, o en una granja, según E. Crosby, pero su propia reflexión y el efecto de los viajes le hicieron alejarse del contacto inmediato con la vulgaridad. A pesar de participar de muchas supersticiones, adoptando las teorías cosmogónicas de su época, parece haber poseído un alto valor personal y ejercido una seria influencia sobre los que le rodearen. Se nos presenta dotado de mucho sentimiento, de vivo entusiasmo, desligado de las concepciones mezquinas y aborreciendo el espíritu mercantil que hacia tan detestables a sus compatriotas.

No habiendo encontrado eco entre las clases acomodadas, excepto en dos o tres burgueses liberales o rabinos, Jesús reclutó sus amigos entre las gentes *del mal vivir*, caminantes, vagabundos, prostitutas y demás hampa, a los que se agregaron muchos de los judíos que esperaban la llegada del *Mesías* que les libertase del yugo de las legiones cesarianas. No tuvo mucho respeto por las leyes civiles y la propiedad, y la libertad de sus costumbres quedó manifiesta en el episodio de *las dos hermanas* a quienes amó tiernamente. En fin, con este puñado de amigos fanáticos y poco escrupulosos se lanzó al asalto de la imponente fortaleza en que se albergaban el formalismo y la hipocresía israelitas.

Como todos los reformadores religiosos, acusó con vehemencia los que habían pervertido el sentido primitivo de su religión, abandonando la vida interior y reemplazando *el espíritu por la letra*, o sea por el texto frío, estéril, que deseca y mata, pues la pretendida austeridad de los tales ocultaba un desenfrenado sensualismo. Y en oposición a la enseñanza oficial de los rabinos, Jesús adoptó probablemente lo que se basa en este consejo: Lo que hagas, no sea por obediencia, sino porque en tu fuero interno te parezca bueno.

Tal máxima, más nueva que comprendida, suscitó la atención de las gentes, que se apresuraron relativamente a rodear al joven propagandista demagogo, cuyas invectivas contra los poderosos y los ricos halagaban los cándidos oídos de los desheredados.

Sin duda, los sacerdotes y los burgueses se sorprendieron de la audacia de tal personaje, de sus costumbres dudosas y de sus discípulos también sospechosos, que afirmaban que es el individuo interior a quien debe considerarse y no a su apariencia exterior y que al propio tiempo les recriminaba duramente en su posición social.

En la provincia obtuvo tanto éxito como en Jerusalén y se amaba su simplicidad; una barca, una terraza, un montículo le servían de cátedra. Su propaganda no fue ilimitada; se contentaba con sembrar palabras e ideas: Que el que tenga oídos para escuchar, escuche. La semilla puede caer al borde del camino, donde servirá a los pájaros, o en terreno pedregoso y será quemada por el sol; pero si cae en tierra fértil, producirá, centuplicándose. Su conversación atraía al pueblo; hablaba de campos, flores, cosechas y cielo estrellado. Como no era un asceta, su trato se hacia agradable y con

toda clase de gentes se mezclaba en las calles para beber y comer. ¡Qué diferencia con los sacerdotes afectados de la Sinagoga!

Uno de los más bellos e imborrables rasgos de Jesús, fue su confianza y su paciencia para los que le seguían. Con gran voluntad pretendió educarles, excusándoles su cobardía, su ignorancia, sus mezquinas ambiciones y sus pueriles rivalidades. Nada le arredró, y aunque sus biógrafos pasan rápidamente sobre este aspecto, que es el mejor de su fisonomía moral, resalta, sin embargo, con tanto vigor, que eclipsa por completo y sin piedad a toda la serie de pretendidos *milagros* que los evangelistas describen tan prolijamente. El resultado fue que sus partidarios, aun no comprendiéndoles, no se separaron de él hasta el momento exclusivo del peligro.

Un día se produjo la inevitable crisis. Arrastrado por el entusiasmo y esperando probablemente una manifestación en su favor de una potencia extrahumana, Jesús se dirigió a Jerusalén en las fiestas de Pascua, cuando la población era incapaz de albergar tantos israelitas, procedentes de todos los puntos del Imperio romano. Entró en el Templo, arengando, discutiendo, provocando el tumulto. Bella ocasión para librarse del importuno y de las desagradables consecuencias que hubieran podido tener sus violentos discursos; pero sabedor Jesús de lo que se tramaba, se ocultó con algunos amigos y, acaso traicionado, fue pronto descubierto y detenido, y las autoridades romana y judía, puestas en seguida de acuerdo, decidieron su muerte, que sufrió con cierto desfallecimiento, al ver frustradas sus esperanzas de intervención divina y el abandono de sus discípulos. Para evitar que éstos hiciesen un profeta más, se tuvo buen cuidado de sorprenderles, ridiculizando a su maestro e infligiéndoles un suplicio probablemente reservado de ordinario a los malhechores.

Pero, ejemplo siempre repetido, lejos de abatirse, el sacrificio les electrizó, reanimando su valor. Alucinados por la influencia moral que sobre ellos había ejercido Jesús, que contrastaba más aun con la irregular conducta que ellos seguían, sus adeptos se encontraron, se agruparon y dieron nacimiento al *cristianismo* Tal fue probablemente su origen, que se confunde con la personalidad de su iniciador. Que éste fuese un revolucionario, un anarquista, en el sentido de haber repudiado o combatido la autoridad sacerdotal, la moral hipócrita oficial, la ley escrita impuesta, es admisible, pero haciendo constar que su existencia histórica importa poco, aunque nosotros la demos por cierta. El hecho interesante es que es un momento dado de la historia, en Asia Menor, algunos hombres crearon un parecido *individuo-tipo*. Personalmente hemos oído afirmar a protestantes muy liberales, que Jesús era un ideal imaginado por el espíritu humano para responder a sus interiores aspiraciones.

Lo que hace difícil una determinación exacta del carácter social del cristianismo primitivo, es que inmediatamente después de la muerte presumida o real de su iniciador, sufrió aquel la influencia de un hombre muy instruído, judío de nacimiento, griego de educación, dialéctico de primer orden, gran polemista, entusiasta visionario y organizador consumado, que fue Saul de Tarse, o san Pablo, fundador del catolicismo. Conducido al cristianismo por circunstancias extrañas, bajo el imperio de una alucinación mística, recorrió el mundo romano presentando al *Cristo*

como el dios desconocido a unos, y a los israelitas y judaizantes como una especie de tesis teológica.

El calvario del agitador galileo se hizo el rescate de la humanidad, separada de dios por el pecado original; la sangre vertida en el Gólgota simbolizó el último y supremo sacrificio exigido por la implacable justicia de Jehová: más tarde, Jesús se elevó hasta el rango de *santo del Señor, Hijo de dios, persona de la Trinidad*. Las comunidades cristianas se extendieron, los místicos se agregaron, y ante tal suceso, los griegos de Alejandría intentaron conciliar el cristianismo con sus ideas filosóficas, Jesús fue la encarnación del *verbo*, del *logos*, de la *razón*.

Cristianismo y anarquismo irreconciliables

Dos principios viciaron al cristianismo en su origen: su odio, no del mundo sino de la vida y su sumisión ciega a la pretendida voluntad de dios. *Hágase tu voluntad*, exclamó Jesús en el jardín Getsemani y este es el abismo infranqueable que separa siempre de los cristianos a los hombres de iniciativa, independientes, refractarios, rebeldes. Inútil recurrir a los textos, no hay acuerdo posible. No aceptamos un ser sobrenatural, que sabe el número de nuestros cabellos, pero que nos niega el derecho de disponer de nuestra voluntad. Si fuese posible su existencia, nuestro primordial e imperioso deber consistiría en sublevarnos contra tal tiranía. Ni amos ni dioses que reflejen la imagen de aquellos. ¡La actitud del hombre arrodillado es propia de esclavos!

Además, el cristianismo ha valido en su época. Si en la historia de la humanidad tuvo influencia libertadora, sus méritos pasados no le disculpan de todo el mal que ha causado a los pensadores independientes, a los amantes de la vida. Nos parece ver aún en las piras sagradas y oír los desesperados lamentos de los infelices aherrogados en los lóbregos calabozos de las inquisiciones religiosas. Ante el recuerdo desfilan los católicos, los griegos, los protestantes, Torquemada, Calvino, Lutero, Enrique VIII, Loyola, el *Santo Oficio*, el Synodo ruso, las dragonadas angelicanas, las misiones ...

Se conoce al árbol por sus frutos ... Estos son, pues, *los frutos amargos del cristianismo*, como también son frutos podridos del mismo, el pietismo, las mojigaterías, el moraliteísmo, toda la hipocresía, en fin, que no considera más que la apariencia, que no mira más que la *respetabilidad*, que quiere mutilar al individuo con el pretexto de librarle de las pasiones sanas que son la vida misma, no consiguiendo, a pesar de su tenacidad dogmática, más que formar seres desequilibrados, malsanos y viciosos.

CAPÍTULO VII

El anarquista individualista considerado como hombre de acción

El anarquismo como vida y como actividad

Puesto que el anarquismo no es únicamente una filosofía, un sistema, un método, una actitud, sino que es además y ante todo una vida y una actividad, el anarquista se encuentra inmediatamente en contradicción violenta e inevitable con el medio social. Los sistemas de creencias, los métodos de convicción, los programas de toda clase, en que los hombres se dividen, no exigen generalmente que sus fieles o partidarios adopten una posición tan decisiva; los unos no afectan más que al intelecto y su acción no tiene repercusión alguna en la vida cotidiana; los otros ponen sus esperanzas en un incierto porvenir: el paraíso deseado resplandece en el más allá, los justos y equitativos propósitos se promulgarán mañana, en la próxima legislatura o cuando caiga el ministerio; la República social, la sociedad futura, la organización colectivista o comunista mundial se realizarán ... ¡quién sabe cuando!

La reprobación sincera de toda autoridad exterior y de toda explotación plantea un problema que es preciso resolver todos los días y a todas horas, a menos de dejarse arrastrar por la corriente de los compromisos, perder toda voluntad de resistir a la opresión o vivir en perpetua contradicción con sus propias convicciones.

Teoría de la reacción en el medio ambiente

La ruptura de equilibrio en un medio dado, constituye muy probablemente la forma elemental de la vida y en todo caso su manifestación incontestable. En efecto, cuando una agitación o una fermentación se origina, como síntoma de nueva forma de vida, la lucha es imprescindible entre el ambiente refractario, apático, y aquella. No hay que olvidar que vivir es combatir y afirmarse y al cesar la lucha, cesa también el movimiento y la vida.

Felizmente, jamás se afirmará sobre la Tierra el reino de la armonía, estancado, monótono y mortal. Siempre habrá protestatarios, rebeldes, refractarios, aislados, críticos, razonadores, negadores, seres que amarán y odiarán vigorosamente, apasionados, perturbadores, amorales, ilegales, antisociales, anarquistas en fin.

Las leyendas prehistóricas nos enseñan que la misma *Edad de Oro* conoció descontentos y que toda la ambrosía del Olimpo no bastó para calmar a Prometeo. Y en todos los tiempos hay alguien que reacciona contra la opinión o la tiranía del mayor número. El planeta no es aún bastante viejo para haber agotado el elemento vital o la energía de resistencia individual común a todos los seres. Y sin duda la Tierra dará muchas vueltas alrededor del sol, antes que así suceda. Y este es el más consolador pensamiento, después de haberse desvanecido las ilusiones y entusiasmos idealistas, ante las decepciones que la realidad ofrece a la consideración individual.

El individuo se rebelará siempre contra la masa. El único no aceptará jamás la dominación de la multitud, y el hombre solo no se dejará absorber por el conjunto.

El artista no prostituirá su visión ante los gustos del vulgo y el poeta no sacrificará su inspiración a la mentalidad dominante.

Los que colocan la libertad por encima del bienestar material, no podrán entenderse con los que siempre están dispuestos a comprometer poco o mucho de su independencia por un plato de lentejas o por un precio mayor. Los que se preocupan sobre todo de la escultura de su propio ser, no pueden estar de acuerdo con los que no van más allá de la lenta transformación del ambiente.

El artesano no se inclinará ante el obrero, autómatas maquinales del taller o la fábrica. No renunciará a dotar de su originalidad personal al objeto que sale de sus manos, para seguir un vulgar patrón de producción común.

El educador no se inclinará ante el vulgarizador, ni el investigador ante el guardián de las fórmulas, ni el inventor ante el rutinario, ni el experimentador ante el detentador de las verdades oficiales ...

El activo se negará siempre a trabajar para el holgazán y el parásito, y el digno despreciará al rastrero.

El explotado será hasta el fin el irreconciliable enemigo de quien le impida aprovecharse en absoluto del fruto de su propio esfuerzo, cualquiera que sea el nombre del explotador, el disfraz del acaparador o del privilegiado: capitalista, administrador, colectividad, comunidad o grupo.

El anarquista no se dejará nunca dominar, ni seducir por la perspectiva del bienestar económico, ni comprometer por los partidarios del *menor esfuerzo* y *mayor dependencia*. No se encontrará tampoco entre los modestos burgueses que buscan en la resolución de *la cuestión del vientre* el disimulo de su incapacidad para resolver su cuestión personal, afrontando la vida con sus riesgos morales, intelectuales y económicos, partiendo en principio desde un punto de equidad.

El anarquista individualista adoptará como base de su vida activa y de su propaganda, su elevación razonable, que le pone constantemente en legítima defensa contra todo régimen implicando sacrificio de la unidad a la pluralidad social, aunque de tal imposición resulte un beneficio económico.

No hay vida sin lucha

Dejarse dominar sin oponer resistencia, o aspirar a un mando cualquiera, no es propio de anarquistas, y para éstos, precisamente, la lucha será incesante.

Todo medio constituye una fuerza de energía, de conservación, una reserva estancadora que se opone instintivamente a cualquier tentativa innovadora y aborrece, por tanto, todo lo que tiende a acelerar su lenta descomposición. Desgraciados los que turban su quietud y pretenden impedir o precipitar su gradual disgregación: todas las energías latentes, sacudidas, excitadas, irritadas, se aliarán para esforzarse en ahogar y absorber a los imprudentes impacientes.

El anarquista reaccionará o perecerá sin remisión; o su voz y sus gestos repercutirán afirmándose o se perderán en el murmullo común, anulados por la vulgaridad; o aceptará benévola los pretendidos *contrato social* y *solidaridad universal*, impuestos por la fuerza de la costumbre y por la violencia dirigente, o bien, rebelándose, defenderá y sostendrá su derecho

individual a la negación de tales principios; o no será más que un número matriculado en la masa, sin iniciativa ni voluntad, o bien se esforzará por disponer de su propia actividad. Y precisamente, porque rechaza la solidaridad universal, se verá normalmente obligado a obrar en desacuerdo con el *contrato social*. Y téngase presente que la reacción no se mantiene más que a costa de la lucha.

Actitud anarquista contra la sociedad actual

Ahora bien, o la sociedad *está mal conformada* o ella funcionará del mejor modo posible. Este es el dilema, lector, y si tu la encuentras buena y ves que satisface tus aspiraciones, serías el más necio de los necios al combatirla. Si por el contrario, juzgamos su maldad, nuestros movimientos no pueden tender más que a destruirla, aprovechando los medios circunstanciales o de propio ingenio de que podamos disponer.

El anarquista tiene todo el interés en ver acelerarse la descomposición social y su labor natural estriba en ser un fermento destructor, bajo cualquier régimen o combinación autoritaria.

El anarquista individualista no se retira del mundo como los anacoretas de los primeros siglos del cristianismo, sino que en él afirma su existencia, trata de vivir *su vida*. No se estaciona pensando *en el futuro* y no cuenta con la promesa de que los retrasados vengán a alcanzarle en sus aspiraciones. Estacionarse es retroceder, es haber perdido la batalla y declararse vencido. El anarquista comprende perfectamente que una gran parte de sus semejantes pertenecen intelectualmente y moralmente a especies exóticas, de otro tiempo, ineptas fisiológicamente a la concepción y realización de una vida libre. No caerá, pues, en los brazos de una inexcusable sensiblería, porque comprende perfectamente que es una despreciable añagaza y una cínica mentira el *amor al género humano*.

CAPÍTULO VIII

Voluntad de vivir y voluntad de reproducirse

Concepto de la lucha por la vida

El anarquista individualista no solamente quiere vivir, sino también reproducirse. No es sólo individualista en el sentido real y profundo del término, es, además, propagandista.

Ya hemos dicho que la aparición de una reacción en un medio vital constituye la innegable manifestación de una nueva actividad, que implica la voluntad de vivir, propia del instinto de conservación porque luchan todos los seres. Un organismo que no se afirmase en este sentido podría ser considerado justamente como degenerado, enfermo o anormal.

Cuanto más se remonta la escala, de la organización vital, más compleja se manifiesta la energía de persistir.

En los humanos se demuestra bajo una diversidad de formas cuyos detalles varían en relación con las razas y aún con los individuos, según el

nivel que haya alcanzado el desarrollo de su mentalidad en la lucha por la vida.

Manifestaciones de la voluntad de reproducirse

Los organismos vivos, sanos, aspiran a perpetuar o conservar su especie, pues de lo contrario caerían en las mismas anormalidades de los que no quisieran vivir. No buscaremos razones profundas que valoren esta tesis, propia de un estudio biológico, sino que diremos que esta es una de las tendencias cósmicas, fundamentales, cuya repetición y repercusión no son todavía explicadas integralmente y que sin embargo se sitúan entre los fundamentos de la realidad.

El individualista, o el ser que no vive más que para sí mismo, es un error; no existe normalmente, ni en las especies peor dotadas. Entre los hombres, los individualistas más notables han buscado propagar sus ideas, asegurándose una posteridad intelectual, que equivale a la voluntad de reproducirse. Y entre los dotados de una actividad cerebral pronunciada, doblemente se deja sentir esta necesidad, a veces con más fuerza espiritual que fisiológica. Lo mismo que las condiciones de nuestra naturaleza rodean de voluptuosidad, de satisfacción nerviosa irreflexiva el acto sexual de reproducción, acompañan también de goces cerebrales la transmisión intelectual. Hay absoluta analogía. Los términos de que nos servimos, intelectual, cerebral, genésico, sexual, son imágenes, ilustraciones, balbuceos, planos, aspectos de una misma razón de ser, de una misma complejión, cuyas divergencias provienen del ángulo en que nos coloquemos para considerarlas separadamente.

Las lágrimas del hombre de ciencia incomprendido, las lamentaciones del artista ignorado, los suspiros del escritor obscuro, las inquietudes del propagandista abandonado. Orgullo, ambición, en fin, no son más que afirmaciones reproductivas, temores de no poder sobrevivir en otros seres.

La propaganda anarquista individualista

Esta es la manifestación terminante del deseo normal de reflejarse en otro, de dejar una descendencia que nos continúe o nos complete moral o intelectualmente, de rodearnos de un ambiente de vibraciones simpáticas a nuestras aspiraciones y tendencias. Es la resultante lógica de nuestra función de seres sociales.

Generalmente se ignora el por qué y el cómo de nuestra propaganda y las razones que nos determinan a dirigirnos indistintamente a todos.

En principio no podemos entrever en un porvenir indefinido una humanidad perfecta, llegada a la absoluta justicia por la equivalencia de todas las conciencias. Nada nos sería más horrible que esta uniformidad. La variedad en las experiencias individuales desaparecería en un medio en que todos sus componentes se repitiesen moralmente.

No diremos tampoco que todos son aptos para vivir sin leyes escritas. Queremos afirmar que la disposición a una *vida libre* no es exclusivamente el privilegio de las clases cultas, como algunos aseguran. Si éstas prescinden de la ley escrita para solventar sus diferencias, aunque la crónica de los tribunales dice lo contrario, en cambio no dudan en recurrir a ella contra los que no son de su partido. Creemos que en la masa dormitan numerosas

ignorantes individualidades, capaces de adaptarse a una existencia libertada de la impedimenta de las convenciones y prejuicios sociales, individualidades que es preciso despertar por el verbo o por la pluma para que ellas mismas se rebelen a su propia conciencia.

Publicamos periódicos, manifiestos, folletos, organizamos conferencias, precisamente para seleccionar individualidades. Esta selección descubre anarquistas que se ignoraban, gentes catalogadas en la común incultura y que, sin embargo, se manifiestan capaces de saber prescindir de los códigos y de los jueces. Y mejor que no lo hacen las tildadas de *cultas*, porque no es la cuestión económica su exclusiva preocupación, sino que consideran la libertad en un plano superior al bienestar material.

El anarquismo individualista es para todos los que se han hecho anarquistas, a causa de su temperamento, de sus conclusiones, o de su concepción de la vida. De consiguiente, los inadaptados al anarquismo se desencaminan de la verdadera interpretación de las ideas y pasan a otros campos más asequibles. Los adaptados permanecen íntegros. Pero *adaptado* en concepto anarquista, significa inadaptable social o refractario al hecho de que la autoridad es útil o indispensable, no sólo al buen acuerdo general sino a los mismos que la repudian.

Nuestra propaganda busca, en definitiva, a los seres que forzados a vivir en sociedad, no se sienten ligados a ella ni por la más ligera fibra del corazón, ni por célula alguna del cerebro.

CAPÍTULO IX

El esfuerzo y la alegría de vivir

Teoría del esfuerzo

Si la manifestación de la vida consiste en una ruptura de equilibrio en un medio dado, el nacimiento de toda nueva actividad implica al mismo tiempo un esfuerzo, una energía. Toda reacción contra el poder conservador y la tendencia a la inmovilidad constituye un esfuerzo. La historia de la selección de las especies nos confirma, no solamente esta constatación banal de que las más aptas y mejor dotadas subsistieron, destruyendo y reemplazando a las más débiles para la lucha y la perpetuación, sino también que, si las razas sobrevivieron y se propagaron, fue gracias a un esfuerzo continuo de resistencia, de asimilación y absorción, esfuerzo casi inconsciente en los organismos inferiores, pero más y más esclarecido en su tenacidad, a medida que se manifiesta en el hombre, que es el tipo más perfecto y mejor dotado de los vertebrados.

El esfuerzo, facultad inherente al individuo, es la práctica de la voluntad de vivir y reproducirse, o sea la manifestación dinámica, efectiva.

Para apoyar nuestras razones, tomemos algunos ejemplos típicos:

En un medio, donde la educación del Estado tiende a infundir en los cerebros el respeto a las instituciones establecidas y el culto a los hechos adquiridos, todo individuo que vive fuera de esta concepción realiza un

esfuerzo. Podría ser únicamente una potencia, pero desde el momento en que pasa de la teoría a la práctica, ya se manifiesta aquella energía activa.

En un medio artístico, donde los procedimientos de pintura clásica, gozasen de la admiración y beneficiasen de la consideración general, un futurista pretende afirmar una nueva tendencia. Si ésta pasa de su cerebro a la traducción concreta, el esfuerzo se realiza al luchar con las ideas dominantes, al hacer gestos de resistencia para producir en definitiva las obras de su concepción.

En el curso de una exploración, un turista encuentra un lugar delicioso para edificar su vivienda. Después de reflexionar, una serie de actos secundarios se producen: compra del terreno, levantamiento de planos, contratos de trabajo, transporte de materiales y todo cuanto es indispensable hasta la terminación de la casa, que equivale a la coronación definitiva del esfuerzo.

Los parásitos

En contraposición de esta teoría vital que ama el esfuerzo afirmativo, encontramos la funesta clase de los *parásitos*, que juzgan más cómodo y menos fatigante vivir a expensas de la actividad ajena. No son sólo los rentistas o los herederos de casa grande, sino que se encuentran en todos los dominios estos seres absorbentes. El parásito adquiere formas diversas y se le conoce con distintos nombres: es poeta, artista, propagandista, obrero sin trabajo, productor interesado, y laborioso, si es preciso. A veces, con su traje de faena y sus manos callosas es difícil desenmascararle, pero con mucha habilidad se llega a reconocerle. Su obra es negativa, su propaganda una repetición de lugares comunes, y si explota las ideas avanzadas, sus discursos inflamados contra la sociedad suenan tanto más huecamente cuanto mejor provista es la mesa y más confortable es el lecho que comparte en casa del cándido compañero. No olvidemos tampoco que *parásito* es igualmente el proletario que se aprovecha de las mejoras alcanzadas por sus compañeros, sin haber querido tomar parte en las luchas consiguientes.

Sin duda todos somos algo *parásitos*, puesto que nos aprovechamos de las adquisiciones de los más adelantados en ideas y estudios y no podemos vanagloriarnos de nuestro saber, cuando es una imitación de lo que otros han dicho antes y mejor que nosotros. Únicamente, cuando vamos más lejos, por nuestra cuenta y riesgo, sirviéndonos de los jalones que aquellos han plantado con los resultados de su trabajo en la ruta de la experiencia, podemos decir que adquirimos propia personalidad y perseguimos nuevas iniciativas.

Los *parásitos* abundan en el terreno económico. ¿Qué decir de los innumerables obreros inútiles? Los que, aún condenándolas, aceptan y perpetúan las condiciones actuales de la existencia social y comprendiendo la necesidad del esfuerzo, rehuyen éste por temor de los riesgos que conlleva, son los peores *parásitos*. En cambio los refractarios, despreciados por el obrero *honrado y laborioso*, son esforzados y enérgicos, como corresponde a toda manifestación rebelde, propia de los que rehúsan, aunque sea inconscientemente, los reglamentos intelectuales, morales y económicos

que rigen a las colectividades, aunque tuviesen que romper violentamente con ellas.

Los ineptos para el esfuerzo

Una constatación dolorosa es, que todos no son aptos actualmente para esforzarse en ser rebeldes o refractarios. El mayor número de los humanos nos parece impropio para vivir una existencia nada más que algo individual. Es una consecuencia de la manera como se realiza la supervivencia de las especies. Las más aptas para remontar los obstáculos, para vencer las resistencias que se opongan a su perpetuación, son guiadas solamente por un número restringido de individuos más capaces, dotados de ciertas características perfeccionadas que llegan a constituir la herencia de una nueva especie o raza transformada. Lo que pudiéramos llamar la escoria, el sedimento, o el desecho intransformable de la especie, la raza y el individuo, languidece, se debilita, degenera y acaba por perecer, si no es absorbido. Buscar las causas de estas ineptitudes, la influencia hereditaria, las modificaciones del ambiente, de los intereses o de la educación, la falta de ocasiones propias a despertar la necesidad o el deseo de una existencia independiente de los inveterados prejuicios, es tarea profunda y extensa que no podría contenerse en los límites de esta obra. ¿Sabemos tan sólo si el instinto de la vida libre existe inconsciente, latente, presto a manifestarse en todos los seres?

La belleza de la vida vivida individualmente

La vida es bella para quien traspasa las fronteras de lo convencional, se evade del infierno industrial y comercial y huye lejos del humo insalubre de las fábricas y del hedor pestífero de las tabernas; para quien se despreocupa de las restricciones de la respetabilidad, de los temores del *qué dirán* y de las murmuraciones vulgares. La vida es bella para el anarquista. Y como el anarquista no cesa de propagar sus concepciones, haciendo obra de vida y de reproducción, es natural que se desinterese en cierto modo de los incapaces de un esfuerzo que sea efectivo en el presente, porque quiere el mayor grado de libertad sobre todo, sin aguardar al problemático mañana, cuya consecución ha de fiarse a los demás.

El anarquista sigue su camino, dejando atrás a los religiosos, a los legatarios y a los socialistas que confían su esfuerzo en manos de sus sacerdotes, de sus diputados o de sus delegados. No puede estar de acuerdo con partido alguno organizado.

Se objetará que el esfuerzo individual o combinado en un reducido número no produce grandes resultados. En apariencia, así es, pero puede discutirse tal aserto. En realidad, una minoría decidida y consciente tiene mucha más influencia que una mayoría que obra por irreflexión imitativa. Además, existen ciertas mentalidades que aman el esfuerzo, no por su resultado material, sino por la satisfacción íntima que les produce y, bajo este concepto, no es posible la desesperación. Continúan desplegando más y más energía y, si alguna vez desfallecen, pronto su existencia recobra su nivel y con más pujanza se disponen a la tentativa de nuevos esfuerzos.

En efecto, la vida no puede parecer bella mas que considerada individualmente. Es bueno respirar el aire embalsamado de los campos

floridos, trepar a lo alto de alegres colinas, asociarse a la fresca canción del agua cristalina de los arroyos, soñar en las arenas de la playa, paseando la vista por los espacios siderales, gozar, en fin, con todos los variados aspectos de la naturaleza, pero sólo a condición de experimentar por sí mismo la emoción y no porque las descripciones estén estampadas en algún libro de viajes.

Nadie más que los que perciben la vida a través del prisma social, todos los que forman de ella un concepto estrecho según las ideas determinantes de la moral que sustentan, todos los atrofiados por los innumerables arcaísmos, la encuentran insípida o detestable, porque siendo víctimas de la zozobra de saber lo que puede hacerse y lo que está prohibido, según las reglas prefijadas, resulta de tal modo una carga o una esclavitud. El anarquista, al contrario, aprecia la alegría de vivir intelectual, sentimental y materialmente, ya en el tráfico de las grandes ciudades, o bien en la paz sedante de los campos o aldehuelas. Goza de todo y no deshecha sino lo que no cuadra con su temperamento, su carácter, sus aspiraciones y su sed de realidades.

La educación de la voluntad

Vivir la vida intensamente, con placer, no implica dejar rienda suelta a los apetitos brutales y a la licencia irrazonable. Nada es más triste e incoloro que una vida ignorante del flujo y reflujo de las pasiones y para el anarquista nada hay tan deprimente e indigno como el abandono a las malas inclinaciones o hábitos inveterados, pues esto supone una servidumbre y, donde no hay libertad, mal se puede gozar de lo que no puede apreciarse y dosificarse a voluntad. El dominio de sí mismo es la primera condición de una vida plena. Aquí también, el esfuerzo, que varía de individuo a individuo, es necesario, porque al fin y al cabo el verdadero deleite vital se resume en una cuestión de capacidad, de aptitud y de adaptación personal. Es cuestión de cantidad y no de volumen que pueda convenir a todos y es sobre todo cuestión de educación de la voluntad, susceptible también de gradual evolución. Gozar de todo en los límites de la potencia de apreciación personal sin salirse del perfecto equilibrio, he aquí el ideal. Ver, por así decir, mil caballos enganchados a nuestro carro, sin que las riendas de uno sólo nos escapen, esta es la imagen de la educación de la voluntad, la iniciación de la verdadera libertad individual. Igual que el beodo trata de arrastrar a sus amigos, una de nuestras pasiones puede también hacernos caer totalmente en la servidumbre y en la anulación de nuestra potencia creadora.

Uso y no abuso

El anarquista no es un abstinento ni un vicioso, puesto que el primero implica temor exagerado o defecto de discernimiento moral, en tanto que el segundo es una prueba de impotencia de la voluntad, una afirmación de degeneración moral. Se le podría considerar como un *atemperado*, si por tal se entiende al individuo dotado de bastante voluntad para refrenar sus deseos o necesidades, en cuanto conoce que el uso amenaza de transformarse en abuso.

¿Qué es vivir?

¡Vivir!

Aspiración de todo organismo en buena salud; razón de ser de todo cuanto existe sobre la Tierra o llena el universo, pues todo -seres y cosas- tiende a crecer, desenvolverse y transformarse en múltiples combinaciones.

¡Vivir! Significa para el inconsciente o para el imperfectamente consciente, adquirir conciencia de que existe, se mueve y ejerce actos de voluntad.

¡Vivir! Razón de todo cuanto siente, respira, se nutre, se reproduce, discurre, forma asociaciones de ideas, traza una regla de conducta, adopta una actitud, manifiesta una actividad.

¡Vivir! Finalidad del hombre -principio y fin- objeto y aspiración del individuo, explicación de nuestra presencia sobre el planeta.

No hay nada que pueda sustraerse a las manifestaciones de la vida, sea cualquiera la forma en que se nos represente.

El bien, el mal, lo útil, lo nocivo, lo grande, lo mezquino, el amor, el arte, el placer y el dolor, todo está íntimamente ligado a la vida, pudiendo decirse que constituye la vida misma.

La Tierra y el cosmos rinden testimonio a la vida universal siguiendo sus leyes eternas de movimiento y transformación, de energía y de resistencia. Las nebulosas que se resuelven y los soles que se eternizan; los niños que ven la luz primera y los viejos que exhalan el último suspiro; las flores que se marchitan y los árboles cuyas ramas ceden bajo el peso del fruto que soportan; la inmensidad del océano, el elevado pico cubierto de nieve, la dorada llanura, el espeso bosque, la ciudad bulliciosa, son otros tantos aspectos de la vida.

Vivir, ¡oh seres semejantes a mi exteriormente! ¿Y para qué?

Pregunta que ha dado lugar a innumerables respuestas, pero que nunca ha sido resuelta de un modo absoluto y eficaz.

Unos dicen que es preciso vivir para dios, para la ley, para el bien y para la justicia; es decir, para una abstracción indefinible, que varía según las épocas o el grado de cultura de las colectividades o los individuos; una abstracción invisible, impalpable; fantasma creado por la imaginación del hombre y en cuya persecución la humanidad se agota en vanos esfuerzos.

Otros han afirmado que era preciso vivir para la humanidad, el medio humano, el conjunto social y así los hombres han llegado a hacer abstracción de todo cuanto tendía en ellos a desarrollarse separada y aisladamente, depositando cuanto eran y cuanto tenían en el altar del *contrato social*. La coacción universal acabó con el último vestigio de la iniciativa personal, convirtiendo a los hombres en súbditos, ciudadanos y miembros de las sociedades, sin que en tal situación nadie se considere más dichoso.

Muy pocos son los que han proclamado que es preciso *vivir por vivir* para llenar sus funciones de bípedo dotado de inteligencia y de sentimiento, capaz de analizar las emociones y de catalogar las sensaciones.

Vivir por vivir sin más; vivir para trasladarse de una parte a otra; para apreciar las experiencias intelectuales y morales; para gozar; para satisfacer las necesidades del cerebro o la voz de los sentidos. Vivir para adquirir sabiduría, para luchar y formarse una individualidad franca; para amar; para

coger las flores de los campos y los frutos de los árboles. Vivir para producir y consumir; para sembrar y recoger para cantar al unísono con los pájaros y para disfrutar del sol tendidos sobre la arena de la playa.

Vivir por vivir, para gozar intensamente de cuanto nos ofrece la vida, apurando hasta la última gota de la copa de delirios y sorpresas que la vida guarda a quienes han adquirido conciencia de que existen. ¿Es que esto no vale por todo el fárrago de metafísicas religiosas o laicas?

Vivir por vivir. He aquí lo que quieren los anarquistas; pero vivir en libertad, sin que una moral extraña a ellos o impuesta por la tradición o la mayoría establezca una división entre lo lícito y lo prohibido.

Vivir, no acomodándose a convencionalismos o prejuicios; sino siguiendo los impulsos de su naturaleza individual, sin dejarse arrastrar más allá del punto en que el uso de la vida degenera en abuso, y uno de por sí, no siendo capaz de apreciar la vida, se convierte en esclavo de sus inclinaciones.

Vivir por vivir. No para pensar continuamente si se está o no de acuerdo con éste o el otro criterio general sobre la virtud y el vivir, sino para disponerse a no hacer ni cumplir nada que vaya en menoscabo de nuestra dignidad individual.

Vivir por vivir sin tratar de aplastar a otros ni pisotear las aspiraciones o los sentimientos de alguien; sin dominar ni explotar, sino siendo libres y resistiendo con todas nuestras fuerzas, tanto a la tiranía de uno solo como a la absorción de las multitudes.

Vivir, no para la propaganda, para la causa o para la ciudad que se aspira a formar -pues todas estas cosas están dentro de la vida- sino *para vivir* en libertad cada uno su vida, guardándose de entrometerse en la vida de sus camaradas de ideas y pidiendo solamente que se deje el camino libre a quien no comparta nuestro modo de pensar, pero rebelándonos si es preciso contra quien se oponga a nuestro paso.

Ni jefes ni servidores, ni amos ni siervos; he aquí lo que quieren los anarquistas; lo que ellos entienden *vivir por vivir* y lo que conviene recordar continuamente. Y aunque sólo se consiga en cierta medida, esta tendencia o aspiración no deja de constituir su razón de existir, de manifestarse y de formar una especie.

CAPÍTULO X

El anarquista individualista como refractario

El anarquista y la ciencia

Hemos visto sucesivamente al anarquista en desacuerdo con la sociedad actual y sin afinidad alguna con sus reformadores, en inevitable reacción constante contra el medio, desechando enérgicamente una solidaridad ficticia que le impide amar la vida libremente, por su propia experiencia. Es un refractario a todos los grados de enseñanza que dispensa el Estado y se niega a posternarse, lo mismo ante la divinidad que ante la ciencia, porque sabe que las deducciones de ésta se conforman a la constitución del cerebro

y, como las demás ramas de la actividad, ha de servir a la liberación humana y no a la sumisión. Siendo ateo, el anarquista no puede sumarse a los fieles de la religión científica y siente horror de las fórmulas que pretenden resolver problemas frecuentemente mal planteados. No es adversario de concepto filosófico alguno, siempre que admita la crítica y repose en una aspiración, satisfacción o razonamiento individual. Busca siempre la mayor facilidad de desarrollo integral; no se encierra en ideas fijas y todos los conceptos que acepta son a título provisional o transitorio, hasta que adquiere por la experiencia otros más elevados y justos.

Es materialista en concepto puramente individual, porque la materia es apreciada según la percepción de los sentidos de cada uno. Pero por materialista que sea, el anarquista no renuncia ni a los goces interiores de la vida del sentimiento, ni a las gratas expansiones intelectuales de la especulación filosófica, literaria, práctica o artística, sin cortapisas exclusivistas o limitaciones dogmáticas de cualquier especie, dejando a cada uno que siga sus propias aspiraciones, sin criticarlas porque no concuerden con las que él persigue; pues desde luego no busca la uniformidad, sino que, comprendiendo la diversidad, respeta al que, por ejemplo, encuentra su mayor satisfacción ideal en las matemáticas o en la geometría, aunque él prefiera a ese rigorismo científico la libre expansión de la fantasía artística.

De cualquier modo que se consideren los hechos de la humanidad, el anarquista no puede conducirse mas que como refractario.

El anarquista y el amor

Si se trata de las relaciones sexuales o afectivas, no hay nada más absurdo que los prejuicios en que reposan y las consecuencias que producen. Es una infamia general que se tolere una moral femenina distinta a la masculina. En esta cuestión la mujer está doblemente sometida a la esclavitud y a la ignorancia y sufre además la anormalidad de la castidad o pureza sexual forzosa.

Al amor esclavo, único que conoce la sociedad actual, debe oponerse el amor libre; a la dependencia sexual de la mujer, considerada generalmente como *carne de placer*, la libertad sexual o sea la facultad para ambos sexos de disponer a su antojo de los deseos y aspiraciones de su temperamento sensual o sentimental.

Amor libre y libertad sexual

El anarquista sabe distinguir entre libertad sexual o amor libre y promiscuidad o desarreglo, pues mientras aquél reposa siempre en una elección consciente o razonada, aunque no excluye ni la impulsión sentimental ni el deseo emocional, en el sensualismo puro, la promiscuidad denota un desequilibrio, casi siempre en favor del elemento masculino y si puede convenir a algunos temperamentos sería irracional extenderla a todos. La mujer que por *deber anarquista* se creyese en la obligación de entregarse a cualquier camarada sin atender a sus inclinaciones, sería un verdadero contrasentido de la misma idea.

El amor libre comprende muchas variedades que se adaptan a los diversos temperamentos amorosos: constantes, volubles, tiernos, apasionados, sentimentales, voluptuosos, etc., y reviste las formas de monogamia,

poliandria, poligamia y pluralidad simultanea; no tiene en cuenta los grados de parentesco y admite sin reparo la unión sexual entre muy próximos consanguíneos; lo que importa es la mutua satisfacción y como la voluptuosidad y la ternura son aspectos del goce de vivir deben perseguirse individualmente. Mientras uno busca su placer en la variedad de las experiencias amorosas, otro lo encontrará siempre en la unidad, lo cual no será obstáculo para que el amor exista y se armonice.

Las necesidades sexuales son más imperiosas en ciertos periodos de la vida, como la unión sentimental es también en otros más apremiante que la pura satisfacción material. La observación y aplicación de todos estos matices es lo que constituye el amor libre. Como todas las fases de la vida anarquista, esta no admite reglas establecidas. A cada uno corresponde deducir las conclusiones de su propia experiencia que más convengan también a su emancipación.

El anarquista y la familia

Respecto a la familia, el anarquista se halla en profundo desacuerdo con las ideas dominantes, las cuales basan aquella sobre bienes con gran frecuencia puramente circunstanciales y que conceden al padre una autoridad tiránica, como la de dirigir la educación del niño, inclinándole a una carrera dada, falseando las más de las veces su porvenir intelectual y moral. Casi todos los padres tienden a hacer de sus hijos, considerados como otra forma de propiedad, no seres capaces de pensar por sí mismos y reaccionar contra las influencias hereditarias, no focos de iniciativa, sino fotografías y reproducciones reflejando las ideas y los gestos progenitores. Basta que un niño no sienta afinidad familiar y que a los veinte años haga gala de ideas contrarias a las aprendidas en el hogar para que sea tachado de mal sujeto y acusado de baldón de los suyos.

El anarquista sabe que, producto de la fecundación del huevo por el espermatozoide, toda criatura, por una aplicación algo obscura de los fenómenos del atavismo, reproduce los rasgos del carácter de sus ascendientes, a veces muy lejanos, que los resume o los mezcla a los de sus padres o parientes más inmediatos y que no es sorprendente que algunas de estas características hagan irrupción en el medio familiar y obliguen al inadaptado o *mala cabeza* a buscar un nuevo terreno más favorable a su desarrollo.

Creerse en el derecho de dirigir la vida ulterior de un vástago, porque durante algún tiempo se le ha asegurado la subsistencia, es para el anarquista tan tiránico como la pretensión de algunos patronos que, por el hecho de proporcionar el trabajo, quisieran imponer a sus asalariados la obligación de asistir a misa.

La verdadera familia es la que se une por afinidad de ideas, caracteres y temperamentos y aunque tal pueda suceder también por la única base del lazo genetal, lo cierto es que toda presunción autoritaria perjudica al buen acuerdo entre sus miembros. Dicho esto, se comprenderá que el anarquista es adversario únicamente del concepto estrecho que hoy se aplica a la familia.

Concepto de refractarismo

No hablaremos aquí de las gestiones que los dirigentes aplican a los negocios públicos y de los intereses capitalistas que fundamentan la idea de patria; únicamente haremos constar que la idea internacionalista no excluye las preferencias anarquistas por uno u otro lugar de la Tierra.

El anarquista es refractario a las ideas generales o, mejor dicho, a la opinión pública. No puede hacer como todo el mundo, sino que ha de tener un criterio elevado y ha de saberlo aplicar en todos sus actos. Tan ilógico es el beodo que se revuelca en el arroyo gritando *¡viva la anarquía!*, como el burgués crápula despreciable, que bajo pretexto del amor libre deja embarazada a su sirvienta. Ideas tan puras no sirven para excusar pasiones brutales o inclinaciones degeneradoras en contra de la más elemental justicia.

No pretendemos tampoco que el anarquista deba estrellarse contra las barreras que la sociedad opone a la expansión vital. Si consiente en hacer indispensables concesiones a la fuerza dominadora es siempre con premeditación de resarcirse, para no arriesgar o sacrificar necia e inútilmente su vida, pues las considera exclusivamente como armas de defensa personal en la lucha social.

Es cierto que el anarquista puede realizar ciertas formalidades legales o administrativas a fin de conseguir alguna ventaja que de otro modo le hubiera sido imposible alcanzar, pero para que no haya inconsecuencia es preciso que mantenga su espíritu rebelde, que no se incline a la poltronería y que sepa aprovechar esas circunstancias ordinarias sagazmente, transformándolas y acabando por inutilizarlas. El individualista es sólo responsable ante su conciencia, no da cuentas a nadie y le basta para estar satisfecho saber que sus esfuerzos son sinceros y constantes y están de acuerdo con sus convicciones.

Desde luego esta independencia moral no debe prestarse a equívocos y tiene sus límites naturales. Un anarquista no es diputado, ni magistrado, ni policía, ni millonario, y si posee algún dinero, la imperiosa necesidad de reproducirse le llevará a gastarlo en beneficio de las ideas que ama. Vive sencillamente y no es esclavo de lo superfluo, aunque su simplicidad no este reñida con un bienestar intenso, sano y gozoso, que nada tiene que ver con la vida burguesa de groseros apetitos.

En resumen, por obligado que esté a vivir en una sociedad constitución le repugna, el anarquista será en su fuero interno un irreductible adversario, un inadaptado, un refractario a toda dominación.

Sindicado y no sindicalista

Un anarquista puede formar parte de un sindicato, donde mediante el pago regular de una cuota encontrará facilidades para colocarse u ocasión de obtener aumento de salario o disminución de horas de trabajo, como también puede pertenecer a una sociedad de seguros mutuos. Esto no significa que considere de gran valor estos paliativos o males menores, sino que los acepta en su calidad de trabajador, a causa de las luchas económicas entre explotadores y explotados, pero por el hecho de ser sindicado no dejará de ser anarquista, sino que, por el contrario, afirmará más sus ideas entre los

mismos que toman el sindicalismo como fin y no como un medio adecuado de defensa profesional.

La resistencia pasiva

Nuestro criterio sobre la violencia es que esta niega todo método educativo y no soluciona los conflictos que dividen a los hombres y a las colectividades. Puesto que implica superioridad brutal y empleo de autoridad de la fuerza física es anti-anarquista. Hemos preconizado siempre la *resistencia pasiva* o la abstención de la violencia ofensiva, no admitiendo la defensiva más que como último recurso de protección individual o como garantía de mayor grado de libertad. Pero entiéndase bien que es solamente una táctica susceptible de modificaciones, según los casos, y no pretendemos hacer un principio, una especie de dogma como los discípulos de Tolstoi con su *no resistencia al mal por la violencia*.

Es evidente la diferencia entre el empleo de los argumentos contundentes contra quien nos ataca que contra quien nos deja tranquilos.

Benjamín R. Tucker explica con un ejemplo típico el empleo de la violencia

Suponed -dice- que un individuo me ataque y quiera dominarme. Trataré de defenderme y de disuadirle de su intención; pero si continúa redoblando sus golpes y yo tengo prisa para tomar el tren que ha de conducirme al lado de mi hijo que agoniza, procuraré sujetarle. Si no se conforma y se vuelve contra mí, distrayéndome un tiempo precioso, cuestión de vida o muerte, entonces, sin reparar, me libraré de él como pueda.

He aquí todavía un resumen de la opinión de Stephen T. Byington, de la que no participamos en absoluto:

Como muchos otros individuos, los anarquistas desearían llegar a una era de completa armonía; pero saben que este es un ideal lejano, inactual. Saben también que unos se sirven de la violencia y a otros corresponde determinar si ha de replicárseles del mismo modo. Por ejemplo: si un bruto se esfuerza en lanzarme a un estanque, lo que es un acto esencialmente gubernamental, aunque cometido fuera de esa institución, según se entiende generalmente, y yo resisto contrarrestando su proyecto, ¿puede mi defensa compararse a su agresión?

Emplear la amenaza o la fuerza contra pacíficos es un crimen gubernamental; pero servirse de ella para atajar los desmanes de un brutal despotismo es una acción laudable. Por eso los anarquistas justifican las violentas represalias contra la expoliación y el fraude enseñoreados en la sociedad autoritaria; pero en ningún caso disculparán el ensañamiento contra seres inofensivos. Es principio elemental de libertad individual domeñar en lo posible los atentados del poder tiránico de los gobiernos y ningún anarquista reprochará los medios más extremos para conseguirlo.

En consecuencia, la violencia se puede emplear por pura necesidad, para lograr una utilidad cierta. Sólo bajo este criterio es admisible, y si fuera posible conseguir bajo un régimen de propiedad individual un máximo de libertad de pensamiento y acción pacífica, los ataques rabiosos de una pequeña minoría contra tal régimen serían bestiales, inútiles y absolutamente improbables.

Algunos gestos de rebeldía

Sustraerse al servicio militar y a toda clase de contribuciones; practicar las uniones libres a título de protesta contra la moral corriente; abstenerse de toda acción, de toda labor, de toda función implicando mantenimiento o consolidación del régimen intelectual, ético y económico impuesto; cambiar, además, los productos de primera necesidad entre anarquistas individualistas poseedores de los útiles necesarios a la producción, fuera de todo intermediario explotador o capitalista. he aquí los actos de rebeldía inherentes y de esencial convivencia a nuestra actividad.

CAPÍTULO XI

El anarquista individualista y el hecho económico

Condiciones del trabajo en la sociedad actual

Es evidente que el anarquista que *trabaja* en las condiciones económicas actuales contradice su razón de ser.

Como asalariado contribuye al mantenimiento de la sociedad, alquilando o prostituyendo su capacidad y su iniciativa en beneficio del parásito que vive directamente sobre él e indirectamente sobre todos.

Repudiando la forzada solidaridad humana, en su forma caótica de tiranía, el individuo que ha llegado a posesionarse de su conocimiento, se esfuerza por romper el círculo de los convencionalismos y trata de vivir fuera de las condiciones comunes de servidumbre. Tal hace el anarquista que sabe que el problema humano no se resuelve sólo con pensamientos y por tanto, ya solo o asociado a otros camaradas, lleva a cabo la primordial cuestión económica, procediendo siempre según su temperamento, su carácter, sus facultades, su concepción personal de la vida y en la medida en que pueda liberarse de ciertas contingencias y de ciertos resabios de una falsa educación.

Sin embargo, el anarquista individualista puede ser empleado, obrero, funcionario y puede consentir también en doblegarse, repitiendo los mismos gestos monótonos durante largo tiempo para dedicarse a una ocupación fastidiosa que él cree con frecuencia estéril o inútil. Forzado por diversas circunstancias, acaso por *deberes de familia*, acepta semejante situación, pero no se resigna ni se hace jamás *un obrero dócil, un empleado modelo o un funcionario irreprochable*. Se considera como prisionero de guerra, como un espía en país contrario. El poseedor, el detentador capitalista, el director de explotación, los capataces, toda la jerarquía, en fin, que forma el engranaje triturador del productor, he aquí *su enemigo*. Y las melosas e hipócritas palabras de simpatía que éste pueda dirigirle no serán capaces de desarmar su rencor irreductible. Si el anarquista acepta una función de responsabilidad, es porque tiene las buenas razones de poder así beneficiar excepcionalmente a la propaganda y al bienestar de sus compañeros. Hace en todo caso a la sociedad un minimum de concesiones para conseguir el mayor grado de ventajas y por tanto jamás es engañado ni cómplice de ella.

Otros anarquistas ejercen oficios independientes, siempre penosos y poco lucrativos, a causa de la competencia del gran comercio. Se hacen

vendedores ambulantes, corredores por su cuenta y confeccionadores de objetos diversos que expiden por sí mismos. Este es todavía un mal menor, puesto que sirven de intermediarios y únicamente los objetos de lujo o de utilidad superficial les permiten esperar pequeños beneficios. La única ventaja es la de poder huir de la presencia obligatoria de un lugar de trabajo determinado y del contacto forzoso con individuos hostiles a las ideas anarquistas. Algunos camaradas desempeñan una profesión liberal, pero en número ínfimo y si llegan a una posición lucrativa, no es sin haber pisoteado algunas de sus convicciones.

Las colonias comunistas

Han sido causa de muchas desilusiones para los anarquistas que, rompiendo decididamente con el medio social, han querido equilibrar en común su producción y consumo. No nos referimos a los miserables embriones colonizadores que han tenido lamentable existencia en Francia y Bélgica; sino que nos trasladamos por el pensamiento a los años 1830 a 1870, en que a través del Atlántico tantos ensayos florecieron y de los que no ha quedado sino el recuerdo. Nada ha importado la elección de los asociados, ni el valor moral e intelectual que hayan aportado, ni el éxito efímero o accidental que hayan conseguido en tales tentativas comunistas. Una sola conclusión se ha impuesto y es que sin autoridad o influencia moral de un individuo y anulación de la personalidad ante un ideal religioso y económico, una colonia no podría vivir y prosperar.

Las asociaciones económicas que existen actualmente en los Estados Unidos, y a las que no negamos interés especial, como los arrendamientos en común, exhalan un hedor colectivista tan pronunciado, que nada tiene que ver con el anarquismo individualista, tal como lo concebimos.

El triunfo de una vida semejante estaría sujeto a tantos reglamentos y precauciones que, a decir verdad, nos sentiríamos más libres en la sociedad actual.

No solamente se han gastado energías, inútilmente casi siempre en tales ensayos, sino mucho dinero, que hubiera podido servir a una gran propaganda intelectual, destruyendo muchos prejuicios embarazosos y viejos escrúpulos y haciendo la vida de algunos más agradable y menos limitada.

Refiriéndonos al país francés, dudamos que los participantes de los ensayos comunistas, salvo raras excepciones, hayan gozado de mayor libertad que si hubiesen permanecido en el ambiente hostil. Luego si asociándose se ha de tener menos independencia económica, intelectual y moral, bajo el punto del individualismo vale más permanecer aislado. Y téngase presente que no hacemos referencia a la materialidad del esfuerzo, pues vale más trabajar por cuenta propia, aunque más duramente, que en las condiciones de ordinaria explotación. Aceptamos la asociación, no como beneficio de menos actividad, sino como mayor garantía autónoma, o disminución evidente de la intervención del medio autoritario en la vida personal, para que cada uno sea responsable del producto y del consumo de su propio esfuerzo, sin molestar a ninguno de los coasociados y sin compromisos u obligaciones fijas, determinadas anticipadamente.

Elección de un medio anarquista individualista

A nuestro juicio, he aquí las bases porque podrán regirse los que cansados del contacto con el vulgo quisieran vivir fuera del rebaño humano, en colonia individualista.

Adquisición de un terreno en sociedad y distribución del mismo en partes iguales inalienables.

Cada uno podría producir y edificar a su gusto y disponer de sus bienes, bien cambiándolos con los de los demás compañeros en las condiciones convenidas o con los consumidores fuera.

Como norma de conducta debe desaparecer de la colonia todo medio de explotación y engaño y todo valor monetario, procurando igual libertad para todos en el desarrollo de las iniciativas.

Todo individuo puede separarse de la asociación cuando le parezca conveniente, bajo la condición de ceder su parte a un reemplazante que cuente con la simpatía general y que haya sido proporcionado por el disidente o por la colonia misma.

Porción de parte reservada a los niños, con determinación de edad, asegurándoles una parte completa, y eso sin perder de vista la necesidad de una limitación consciente de la procreación.

Facultad individual de industrializar su parte o de considerarla como un refugio después del trabajo cotidiano.

La mujer independiente de su compañero y autónoma de su parcela, teniendo la facultad de no cohabitar con él.

Igual derecho para reunirse varios y vivir bajo el mismo techo, como mejor les parezca.

Creemos que bajo estas condiciones esenciales daría más resultados morales y económicos el individualismo anarquista que las tentativas de las *colonias comunistas*.

CAPÍTULO XII

La ilegalidad

Teoría del ilegalismo anarquista desarrollada bajo diferentes aspectos

Un cierto número de anarquistas, haciendo consciente y deliberadamente tabla raza de los escrúpulos tradicionales y de la honradez codificada, deciden resolver por su propia cuenta el problema económico de modo extra-legal, o sea por medios atentatorios a la propiedad, por las diferentes formas de la violencia o de la astucia, infracciones todas que las leyes castigan más o menos severamente.

Se comprende perfectamente que un anarquista no se acomode al yugo del salario y a la odiosa servidumbre del cuartel, que repudie al patrón y al jefe militar, que no se preste a producir sin saber por qué y para quién y que no se deje matar en la guerra. Prisión, cuartel, producción asalariada y ciega son para él tres efectos de la misma causa, tres símbolos de un mismo estado de cosas de esclavitud. Por tanto, instintivamente rehuye su nefasta influencia y cuando se somete forzosamente es siempre a pesar suyo.

La tendencia ilegalista ha tenido serios teóricos del anarquismo y es preciso examinarla para poder emitir un juicio, tanto más cuanto que unos cuantos desaprensivos pudieran aprovecharse de la confusión consiguiente para justificar actitudes poco recomendables, amparándose del calificativo *anarquista*. Esto no es nuevo y en todos los campos de la filosofía ha habido vividores. Tan antipático es el burgués de gorra o sombrero de copa que vive del sudor ajeno como el gandul que vive engañando, aunque ambos se pongan la etiqueta *anarquista*. Si un anarquista en verdad se resuelve a vivir al margen del código no es sólo por este hecho de cumplir ilegalidades que merece tal nombre. El anarquista ilegal comprende perfectamente que no destruye las condiciones económicas existentes como tampoco las destruye el que sufre los rigores del trabajo impuesto, ni el propagandista, orador o escritor, ni mucho menos el terrorista. Se puede aceptar que, si los atentados a la propiedad se multiplicasen hasta el extremo de hacer muy onerosa para los poseedores la conservación de su capital, en el sentido de que los gastos de custodia y defensa fuesen mayores que el beneficio de los intereses, entonces podría preverse su desaparición en la forma actual. Salvo en esta conjetura poco probable, el ilegalismo no constituye más que un medio de vida económica más arriesgado que los otros y nada más.

El anarquista no es un perezoso o un gandul, sino que ama el trabajo como una función de desarrollo individual y como un estimulante de energías. Odiar la explotación de que es víctima el trabajo es justo, pero deleitarse en matar el tiempo, en divertirse inútil e inconsideradamente, sin objeto alguno, procurarse lujos superfluos y estúpidos placeres costosos, complacerse en glotonerías elegantes y en noches de orgía, esto no tiene nada de anarquista.

Los ilegalistas convencidos reconocen que sus gestos dependen de su propio temperamento, que su vida es una experiencia poco recomendable y que no todos los anarquistas son aptos para seguirla. En todo caso, el que la adopta no por eso se verá disminuido intelectual o moralmente. Con este criterio podemos reconocer siempre al verdadero camarada y no otorgaremos nuestra confianza al falso que no piensa más que en juergas y que es indiferente a las necesidades de los amigos y despreocupado de la marcha del movimiento anarquista.

El proceso de los *bandidos trágicos*, por los hechos que en 1911 aterrorizaron a París y que costó la vida a una docena de anarquistas, demostró claramente el peligro de la práctica ilegalista. Por románticas que hayan parecido las hazañas de Bonnot, Callemín, Garnier, Vallet y compañía, no se debe olvidar que el *ilegalismo paroxismal* no puede ser en modo alguno la consecuencia obligada del anarquismo individualista, pues éste es en principio una actitud moral e intelectual, una deliberada rebeldía individual de temperamento y reflexión, una filosofía crítica de propia defensa y negativa de la ley, de la moral y de la sociedad actuales.

El *ilegalismo* puede ser una de las formas o modalidades anarquistas, pero lo que nos interesa sobre todo, no es esta peligrosa táctica, sino el empleo de las facultades cerebrales, del tiempo y de los recursos de que disponen los que se dicen *anarquistas*. El ilegal que afirma, primero, después y siempre su *egoísmo* y que no piensa en la propaganda más que cuando él está bien al abrigo de los peligros de la vida, nos interesa tan poco como el que,

viviendo legalmente, se ocupa de las ideas solamente después de haberse creado una situación tranquila o de haber cumplido, como vulgarmente se dice, con sus deberes.

El mejor camarada es el que dentro o fuera de la legalidad, consagra su actividad y su fuerza a la difusión de las ideas y a la escultura de su individualidad.

Reflexionando fríamente, no hay heroicidad en la muerte de los desgraciados camaradas ilegalistas, arrastrados, empujados y lanzados sobre la guillotina, bajo las miradas de magistrados satisfechos, de periodistas bufos y de policías astutos, como tampoco la hay en la actitud del anarquista, refractario intelectual y moral que vive legalmente, lo que no es óbice para que en el terreno económico también llegue a actos contrarios a la ley. Creemos que el negarse a pagar impuestos o a servirse del dinero o de los valores financieros en las transacciones o en el cambio de productos del trabajo personal, son actos interesantes por sí mismos y por su repercusión. Tampoco faltan los gestos enérgicos, como son: rehusar el servicio militar, la obediencia a toda prescripción de la autoridad que limita la libertad de escribir o de hablar, la comparecencia ante cualquier tribunal y por cualquier causa, la sujeción de los pequeños a una educación de Estado, de iglesia, etc.; las ocasiones abundan para ser *un luchador*. Algunos camaradas han sido encarcelados o enviados a presidio por haber adoptado esas actitudes, que difieren sobre todo de ciertas famosas hazañas porque son menos ruidosas, aunque necesitan el mismo coraje para realizarlas, sin provecho alguno para los que las llevan a cabo.

Hemos de confesar que sentimos gran simpatía por los *irregulares*, o sea los que viven al margen de la sociedad, y creemos que no se debe ser la víctima, sino el beneficiario moral y materialmente de las teorías que cada uno profesa.

No podemos, sin embargo, dejar de observar que hay actitudes de rebeldía tan nobles y valerosas como pueden serlo las del refractario que hace oficio de ilegalismo económico, actitudes terminantes que no se prestan a equívocos, puesto que solo los anarquistas son capaces de efectuarlas.

Cuando los anarquistas cometen acciones que les colocan, no moral o intelectualmente, sino materialmente bajo la sanción social, nada más fácil para defenderles y excusarles, que poner en evidencia ante los que les vilipendian, que el conjunto social perpetra continuamente crímenes mayores que los que algunos individuos pueden llevar a cabo aisladamente.

Es innegable que el medio tolera o aprueba una infinidad de atentados a la libertad individual o a la vida de los humanos, que no tienen punto de comparación con la nimiedad que representan los más atroces crímenes del ilegalismo anarquista.

Cualquiera comprende, que en el estado en que vivimos, el derecho de matar es ejercido sin restricción por los más fuertes y privilegiados (razas, grupos, individuos) en detrimento de los más débiles y desposeídos.

Sin piedad, las razas llamadas *superiores*, persiguen a sangre y fuego a las pretendidas *inferiores*, y en el océano de crímenes sociales, los calificadores de *anarquistas* no representan más que una imperceptible gota de agua.

Consideremos superficialmente la requisitoria de las guerras coloniales para satisfacer a los aventureros de la política y a los bandidos financieros y veremos a todos los pueblos aborígenes sufrir las mismas tropelías de sus conquistadores. La conquista de América por los españoles, la despoblación de la América del Norte, la explotación del Congo belga, la paz impuesta por los rubios, grasos y dulces holandeses en sus colonias de la Sonda, son otras tantas pruebas de la avaricia que, traducida en explotación y sufrimiento, se ha venido encubriendo bajo la bandera de la civilización. Pero no necesitamos remontarnos tan lejos. Nos basta mirar a nuestro alrededor, juzgar de la actual hecatombe en que el mundo se destruye, para comprender la falta de lógica que caracteriza a los que vituperan tan solo a los raros individuos que conscientemente se rebelan contra el orden establecido y atentan contra la vida y la propiedad de los dominadores.

Como materialistas no tenemos fe en un juicio supremo y final en el que se levantasen todas las víctimas de las naciones conquistadoras y cultas, pero imaginativamente nos complacemos en ver esta especie de tribunal sin apelación, en el que elevarán sus querellas todos los torturados. Los mutilados, los descuartizados, los quemados, los estropeados, los empobrecidos en nombre del progreso occidental. ¡Qué triste figura la del *homo sapiens* ante esta teoría infinita de hombres, mujeres y niños resucitados y viniendo de todos los puntos del mundo *atrasado*! La máscara de hipocresía y de moralidad caería delante de esta masa sangrienta sacrificada; demostrando que las grandes palabras de justicia, de paz, de orden público, no son sino encubridoras de la más exaltada avidez y ferocidad.

A nuestro recuerdo acude la raza magnífica y soberbia de los Caribes, destruida por la soldadecza que seguía a Cortés; la atlética y valiente de los *pieles rojas*, próxima a extinguirse por el embrutecimiento del alcohol; pensamos en los mexicanos, los peruanos, los árabes, los malayos, en los amarillos, los negros, los cobrizos, en todos, en fin, los que contra toda razón humana y sólo por el placer de matar han sido destruidos por los hombres de raza blanca. ¿En qué se fundan, pues, nuestras modernas sociedades para recriminar a los pobres bandidos contemporáneos que actúan por su propia cuenta?

Y volviendo a nuestras reflexiones constatamos que los responsables no son sólo los que organizan el pillaje y la matanza, sino que el más cruel, el más sádico, el más implacable es siempre el subalterno, el hombre sacado de las filas populares. Español, francés, belga, alemán, ruso, holandés, anglo-sajón, de cualquier nacionalidad que sea, es siempre el hombre disciplinado, amaestrado, que encuentra placer en incendiar las viviendas, destruir las tierras productoras, violar a las muchachas y despanzurrar a las futuras madres y jugar, en fin, con la vida y el bienestar de los que cree sus enemigos.

Pero todavía hay algo más. Leyendo los informes de las comisiones inglesas nombradas por las Cámaras de los Comunes sobre el trabajo de los menores en los tejidos de algodón en el siglo pasado (siglo XIX), se ve que era habitual la jornada de 13 a 18 horas para niños de seis a siete años, sin otro descanso que media hora para comer y con vigilantes permanentes que,

látigo en mano, impedían que estos desgraciados pequeños se rindiesen el sueño. Madres de once años sorprendidas por el parto en el taller y a las que se acordaba como gracia tres días de reposo. Las pobres criaturas morían a centenares, naturalmente, y las que sobrevivían a tantos horrores eran víctimas de toda clase de taras físicas. En Stockport y Manchester sobre 22094 obreros de fábricas, sólo 143 habían pasado de 45 años.

¡Pobres bandidos aislados! ¡Lástima que no poseáis temperamento de explotadores! Establecidos fabricantes de cristal en el Este o en el Norte de Francia, o tejedores en Rouen, o en Lille, o vendedores de conservas en Chicago o contratistas de confecciones en Londres, hubierais podido matar lentamente, a fuego lento, sin riesgos, con la impunidad más completa; más aún: patentados, condecorados, honorables comerciantes, industriales, filántropos, hubierais juzgado a los mediocres criminales, enviándolos al presidio o al patíbulo y lamentándoos todavía de que existe demasiada indulgencia para los delincuentes.

No. La sociedad en particular y en general, no vale más que los que han roto violentamente el contrato social. No es este un hecho nuevo. El carpintero de Nazareth empleó el mismo argumento con la desgraciada adúltera a quien los *honestos* israelitas querían perseguir a pedradas y a quienes Jesús dijo que el que estuviera libre de pecado lanzase la primera piedra, sin que ninguno se atreviese a hacerlo. Verdadera o imaginaria, esta historia prueba que en todos los tiempos los guardianes de las conveniencias sociales no han sido mejores que quienes las han infringido.

Pero este es un argumento que no podemos aprovechar en la obra educativa que perseguimos, y ya que no podemos hacer declarar a los que execran el ilegalismo anarquista que ellos interiormente se sienten inferiores, a lo menos hagamos constar que en nuestro fuero interno, los que sabemos juzgar con libre criterio nos sentimos valer más.

Ahora bien; si de acuerdo con los teóricos más serios hemos tratado de razonar, explicar, comprender y limitar la práctica del *ilegalismo*, es decir, el ejercicio de los oficios escabrosos no inscritos en el registro de los *tolerados por la policía*, queriendo demostrar que el anarquista ilegal puede ser simpático, en cambio nos parece injustificable el ilegalismo paradójico bajo el punto de vista anarquista individualista. Porque no queriendo directamente dominar ni explotar, el anarquista individualista no consentirá jamás en hacer sufrir más todavía a las víctimas del estado económico. Sería ilógico e indigno. No se pondrá, pues, al lado de los que esquilman al *rebaño*, sino que se separará, demostrando así su superioridad mental.

La experiencia nos enseña que la práctica del ilegalismo, sobre todo cuando es profesional, constituye un peligro temible. Impide la expansión de la vida individual, es nefasto para el desarrollo intelectual y no liberta económicamente bajo ningún punto de vista. Estas son razones poderosas para reaccionar vigorosamente en el medio anarquista contra los desastres que puede ejercer en los espíritus jóvenes, la tendencia al ilegalismo.

En todo caso, el anarquista individualista, adversario de la violencia, salvo el caso de legítima defensa, bien establecida, no se hará solidario de los *ilegales*, que no dudan en llegar hasta el atentado personal o el crimen.

En conclusión, hemos de hacer constar que no somos en absoluto refractarios al ilegalismo. Consideramos que es cuestión de temperamento, pues lo mismo que hay anarquistas con inclinaciones artísticas, los hay con predisposiciones ilegalistas. Por tanto, aunque no los aprobemos, juzgamos a los anarquistas ilegalistas como de *nuestro mundo*.

CAPÍTULO XIII De la vida como experiencia

Diferentes conceptos de la vida

Se puede considerar la vida como una función fastidiosa que es preciso realizar con la voluntad de terminarla lo más pronto posible, como una escala honorífica, un pretexto de gloria cualquiera o también como una carrera, para llegar a una situación liberal, comercial, industrial, política o administrativa. Cada uno tiene reservado su papel en el gran escenario social. Hay ambiciosos que desean brillar y dominar y otros más modestos que sólo aspiran a ser *honrados y laboriosos*, comenzando dócilmente el aprendizaje o los estudios preparatorios de su ulterior profesión, pasando más tarde por el cuartel como *buenos soldados*, por la dependencia productiva o parasitaria como *fieles y buenos trabajadores*, por el matrimonio legal y lo más ventajoso posible como *esposos modelo y excelentes padres de familia*. Para estos mediocres o insignificantes, el placer mayor consiste en pasar sus días festivos en excursión campestre y familiar y así esperan el fin de sus días monótonos sin hacer mal ni bien alguno.

Una concepción anarquista individualista consiste en considerar la vida como una serie de experiencias variables, siempre en provecho propio. Es, por tanto, la vida, un campo de estudios y una lección de cosas. No se puede tener conciencia de la vida en general, sin haber antes adquirido un conocimiento de sí mismo, o de las condiciones que pueden aquilatarla. La intensidad de apreciación estriba, pues, en la capacidad individual para gozarla equilibradamente, sin temor alguno de las consecuencias, que no pueden ser peligrosas cuando proceden de satisfacciones o placeres normales.

El anarquista será siempre dueño de sí mismo, abandonando en seguida las experiencias que le sean desagradables y persiguiendo, en cambio, las que le parezcan más dignas de tenacidad y perseverancia en relación con la satisfacción que le proporcionen. Sabe que no siempre le espera el éxito y por haberse defraudado una vez sus deseos bajo el influjo de ciertas circunstancias, no por eso desistirá de renovar la experiencia en modificadas o nuevas condiciones.

Condiciones, fases, valor de la experiencia

La experiencia es puramente individual, no se impone, y sus resultados difieren según el carácter de quien la intenta. El individualista no la aceptará en colectividad, sino provisionalmente y porque así pueda obtener ciertas ventajas intelectuales, afectivas, sensuales o económicas. Pero no por eso se

separará de la asociación, por capricho o por la más pequeña dificultad que pueda presentarse.

El placer, el interés de la experiencia, consiste esencialmente en las peripecias ocurridas para lograrlo.

El abrigo al borde del camino, la cabaña en el bosque, la casita que domina la colina, son los resultados del esfuerzo, simbolizan el descanso, el término de la lección aprendida. Todo ideal conseguido, todo propósito llevado al fin, amenaza fosilizarse y precisamente el desarrollo individual, el ejercicio de las iniciativas, la valoración de las energías, la eficacia de las reacciones, reclaman que las experiencias se modifiquen, se renueven, se contradigan a veces, resultando también que algunas contienen ya el germen de otras ulteriores.

Vive bien todo lo que haya acumulado un tesoro de experiencias diversas, cuya propiedad es verdaderamente personal e inviolable y sirve para aprender a conocer el corazón humano y el fondo de todas las acciones, a la par que destruye el velo de Isis y aclara los misterios de la vida. Ampliando sus conocimientos, el anarquista se hace *bueno* en el sentido más esclarecido, o sea en el de considerar a cada uno según la inteligencia que posea para concebir o interpretar la vida.

Cuanto más extensa es la experiencia colectiva, menor es el juicio personal. Por eso el anarquista individualista busca el mayor número de experiencias propias, para elevar la importancia de su razonamiento, extender la irradiación de su sensibilidad y desembarazarse de los conceptos mezquinos tan comunes en los seres cuya vida es muy limitada o poco accidentada.

El que ha *vivido bien*, que ha desarrollado el maximum de sus capacidades de percepción o de iniciativa, que ha conocido las mayores emociones sensitivas, de acuerdo con su fuerza de resistencia o energía de apreciación, *muere bien* igualmente. Su agonía ignora los remordimientos y las lamentaciones. No necesita *auxilios espirituales* y deja la existencia tranquilamente, dichoso de pensar que por su ejemplo o su propaganda ha podido contribuir a que otros continúen el camino fecundo de las infinitas experiencias.

La vida como experiencia se realiza constantemente fuera de la ley, de la moral y de las costumbres, convenciones todas calculadas para asegurar la paz interior en la estúpida indiferencia a los que nada arriesgan por miedo o por interés.

La vida amplia, sin restricciones ni prejuicios voluntarios, lacera los reglamentos, pisotea los convencionalismos, desciende de la torre de marfil, abandona el *hecho adquirido* y sale de la *cosa juzgada* para lanzarse a la ventura y vagabundear en el campo abierto de lo *imprevisto*.

La experiencia perseguida de tal modo, es el espanto de la moral corriente, el terror de todas las *respetuosidades*, ante la idea de ser soliviantadas en sus torpes costumbres.

La vida experimental no se inquieta por la derrota ni por la victoria. Triunfos, contrariedades, obstáculos, caídas, todo le sirve de lección. Únicamente le emociona el sentimiento de que los esfuerzos realizados puedan ser inútiles o sin provecho.

En consecuencia, los verdaderos educadores son los que enseñan a mirar la vida de frente, con su incalculable riqueza de situaciones diversas, no para destruir la sensibilidad y anular el sentimiento, sino para despertar mayores deseos y energías realizadoras individualmente, desechando el temor a las sorpresas o dificultades que, en realidad, deben servir de acicate para avanzar más, sin impedir la libertad de pensar y de obrar de cada uno. La vida individual no puede reducirse a una pauta, como si fuera un papel musical que limita las vibraciones y la amplitud de los acordes. Pero para lograr el mayor y más útil resultado en la conquista de la experiencia, es preciso, siempre que valga la pena, comentarla, explicarla, analizarla y comunicarla a otro, para que a su vez aprenda, por las peripecias ocurridas en ella, a vivir más intensamente y a adquirir verdadera decisión.

La experiencia que aprovecha únicamente al que la intenta, no llega a su fin completo; es como un descubrimiento cuya fórmula quedase encerrada en la memoria del sabio que lo hubiese hecho. El esfuerzo nunca es tan poderoso exterior e interiormente, ni produce tanto placer intelectual, como cuando es dado en calidad de alimento y bebida a los que tienen hambre y sed de conocimientos.

Poco debe importar la actitud de los indiferentes: la propaganda se hace, considerándola como germen fecundo que emana del individuo esclarecido, como foco de luz que irradia al conjunto social e ilumina a las masas, para obtener únicamente de ellas una distinción o selección individual.

CAPÍTULO XIV

Los anarquistas individualistas y el compañerismo

Formamos una especie en el género humano

Ya hemos expresado la opinión de que el individualista *puro* era una aberración; el hombre es un ser sociable y el anarquista que forma parte del género humano no hace excepción. El ser humano no es sociable *por accidente*, puesto que su organización fisiológica le obliga a buscar, para completarse, para reproducirse, uno de sus semejantes de sexo diferente. De un modo general, se puede constatar que los hombres practican la sociabilidad sin reflexión o bajo la amenaza de la violencia: en la escuela, en el cuartel y más tarde en su trabajo, vivirán en común una gran parte de su existencia con individuos sin afinidad alguna, a los que no une la menor simpatía. En las grandes ciudades habitarán en inmensos edificios, otra especie cuartelaria, puerta por puerta con vecinos a quienes ningún lazo intelectual o moral les une.

Hasta llegarán a casarse sin conocerse, sin saber sus respectivas necesidades. El anarquista individualista no se conforma al yugo de la sociabilidad impuesta o de la solidaridad forzada, pero podrá asociarse a los camaradas, a los anarquistas, a los de su especie, porque es innegable que los anarquistas forman entre el género humano una especie que se reconoce por sus rasgos característicos bien determinados. Los que conscientemente rechazan toda suerte de dominación y explotación, viven o tienden a vivir sin dios ni amo, buscan reproducirse en otros seres, a fin de perpetuar su

especie y continuar su labor intelectual o práctica, su obra de educación y destrucción a la vez, estos individuos forman, pues, una especie aparte en el género humano, tan diferente de las otras especies de hombres, como en el género canino, el perro de Terranova lo es del gozquecillo.

Entendámonos bien: no se trata de hacer del anarquista individualista un superhombre, como tampoco del Terranova puede hacerse un símbolo de magnificencia perruna. Sin embargo, existe una diferencia en este ejemplo: el can citado es un tipo que no evolucionará, mientras que el tipo *anarquista* sí lo hará; produce en la humanidad el mismo efecto que las especies proféticas en la evolución de los seres vivientes y también se le puede asimilar a esos tipos mejor dotados, más vigorosos, más aptos a la lucha por la vida, que aparecen en un momento dado en el seno de una especie y acaban por determinar el porvenir de la misma. Con sus imperfecciones, sus faltas, sus errores, los anarquistas constituyen, a nuestro juicio, el tipo del hombre futuro, el individuo de espíritu libre, de cuerpo sano, de voluntad educada, viviendo plenamente la vida, pero que no quiere ser siervo ni dominador, ni víctima, ni verdugo.

Teoría y práctica de la ayuda mutua

El anarquista no es, pues, un aislado, sino que practica el compañerismo y, como todas las especies en peligro constante de ser atacadas, tiende instintivamente a practicarlo. Es difícil describir en detalle las formas que puede revestir la solidaridad así comprendida, porque éstas son múltiples, pero lo esencial es el esfuerzo hacia la desaparición del sufrimiento evitable entre camaradas y, cualquiera que se manifieste propicio o indiferente a prolongar o aumentar cualquier causa de malestar en el grupo, puede ser repudiado por éste.

El anarquista individualista, impulsará a quien quiera unírsele a rebelarse prácticamente contra el determinismo social, a afirmarse individualmente, a hacerse lo más posible independiente de la vulgaridad moral, intelectual y económica. Animará al ignorante para instruirse, al indiferente para que reaccione, al débil para hacerse fuerte, al humilde para erigirse arrogante ... En fin, ayudará a los mal dotados y a los menos aptos a lograr por sí mismos todos los recursos posibles, sin confiar su energía propia a la ajena.

La vida privada

Siendo la teoría anarquista individualista la filosofía del antiautoritarismo, concebida, experimentada y practicada individualmente, sin molestar la actividad de otro, resulta que el compañerismo se afirma más cuanto mejor cada uno puede realizar en paz y con independencia sus experiencias personales.

Nada de mutua desconfianza. Un acuerdo, un contrato tácito, un concepto psicológico nos une a los constituyentes de la *especie anarquista*, pero no nos da derecho a intervenir en los hechos de cada uno, mientras no nos causen perjuicio real o nos molesten verdaderamente. Y tal es la única concepción del bien y del mal que los anarquistas individualistas tenemos, considerando como acción muy reprobable el inmiscuirse en la vida privada. He aquí los elementos de nuestra moral social. A cada uno corresponde estar

prevenido y saber si estas condiciones primordiales convienen o no a sus aspiraciones y a su temperamento.

Por mi parte estimo que la *especie anarquista*, nunca será bastante numerosa sobre la Tierra para que los individualistas puedan molestarse entre sí. No hay pues ningún motivo serio para que cometan el crimen de juzgarse, condenarse o excomulgarse por lo referente a su vida íntima. Por lo mismo, me negaría a dar ningún detalle sobre la mía, si algún camarada pretendiese pedirme explicaciones. Me basta saber que ninguno de mis actos ha tenido influencia alguna restrictiva sobre el desarrollo o la actividad de otro para rechazar toda intervención tiránica o insoportable. Al obrar así, no alimento el más leve recelo; no hago sino practicar el acuerdo moral entre anarquistas, o sea: respeto integral de la libertad de acción de cada uno en la mejor inteligencia.

Es evidente que yo no tendré esta misma reserva con la vida pública, en cuanto ella supone influencia directa con la idea fundamental del anarquismo individualista. Un anarquista no puede ser agente de autoridad gubernamental, ni de ningún modo ayudar, propagar y desarrollar ésta. He aquí por qué me creo con derecho de intervenir cuando sé que un anarquista defiende la República o preconiza el voto y por qué me separo del juez, del policía del carcelero, del verdugo, del elegido o del elector en cualquier grado. Estos no pueden ser de los nuestros.

En cambio, disculpo ciertas transigencias individuales con el medio, determinadas por una independencia económica apreciable. Considero *compañeros* a aquellos empleados del Estado que llenan funciones útiles y a quienes su situación no excluye del odio contra la autoridad, puesto que han aceptado ciertas ventajas que ésta puede conceder a cambio de someterse a un trabajo que en ningún caso va contra la libertad moral y material. Me separaré únicamente de los que blasonando de anarquistas, hacen propaganda en favor de las formalidades legales y afianzan directamente la sociedad actual. Quede pues, bien sentado, sin lugar a equívocos, que sólo se establecen excusas razonables, por fuerza mayor o por necesidades imprescindibles, para los que no obran de perfecto acuerdo con la pureza teórica.

Necesidad de la crítica de las ideas anarquistas por los mismos anarquistas

El anarquismo individualista no implica que no haya choques, frotamientos y discusiones entre los que lo aceptan. Apenas salidos de la animalidad, henos aquí con el concepto filosófico más elevado. ¿Cómo no hemos de tratar con harta frecuencia de atentar al desarrollo de los demás y que los que se vean amenazados no reaccionen contra los obstáculos que se les oponen? Habrá todavía creencias, incomprendiones, juicios ligeros, retrocesos, abandonos, dudas ... Es inevitable en un movimiento al uso de hombres elevados y al cual se agregan individuos que no exceden gran cosa del nivel común de la brutalidad. Esto no prueba nada contra el valor de la idea anarquista en sí misma. Si hay hombres que no la comprenden o la deforman voluntariamente, la conclusión es que son ineptos para intentar vivirla.

Todo lo dicho no significa tampoco que una presunción ridícula pueda conducir a un camarada a rehusar la superioridad de otro en un ramo cualquiera de la actividad que él no conoce bastante o ignora por completo. De ningún modo, por ejemplo, me sentiré disminuido o dominado si paseando en barca con otros amigos, ellos saben manejar mejor los remos y yo no, o si un compañero es capaz de traducir el chino, que yo desconozco. En tales casos, la incapacidad excluye las responsabilidades. Yo no quiero ser responsable sino de aquello que creo poder realizar, reservándome el derecho de excusarme si llego a apercibirme de que me he engañado. Mi experiencia me ha convencido en caso de asociación anarquista individualista, que ésta perdura tanto más cuanto que la labor a realizar de acuerdo, será susceptible de ser distribuída entre varias personas autónomas en sus respectivos departamentos.

Los grupos anarquistas se establecen más estrechamente sobre las afinidades del temperamento o del carácter de los que se unen. No existen celos y se admite perfectamente que un camarada forme parte de varios de estos grupos o deje uno de ellos para reunirse a otro. De un modo general, es con relación a sí mismo que el anarquista determina quién merece su aprecio y de ningún modo por el juicio ajeno, particular o común. Ante todo, el compañerismo es de orden individual y, como todas las otras fases de la vida anarquista, es también una experiencia. Por lo mismo, los anarquistas no critican la vida privada, o sea el modo particular de interpretarla, bajo reserva, naturalmente, de que haya tendencia al acuerdo con las convicciones profesadas, sin ninguna clase de coacción. Sobre este punto ya nos hemos explicado: un anarquista no puede ser millonario, ni crearse rentas con su propaganda, ni estafar a los compañeros, ni ser agente de seguridad.

Mas, si por las razones expuestas, el anarquista no critica más que con grandes reservas el modo de vivir de sus camaradas, de ningún modo se privará del examen crítico de sus ideas, en tanto son expresadas públicamente. Someterá a juicio esclarecido, a razonamiento desapasionado las obras y las declaraciones que pretendan llevar el sello de la infalibilidad. Para él nada hay sagrado, pues que la vida anarquista vibra, evoluciona, se transforma, se critica y analiza a sí misma. Mañana no será ésta lo que fue ayer; no se estaciona, de consiguiente, en inmutables concepciones. El verdadero anarquista hará cuanto le sea posible para evitar que el movimiento individualista caiga en el abismo de la rutina o del dogmatismo.

El contrato

Una de las consecuencias del compañerismo anarquista, transportado al terreno de las realidades, es el acuerdo, en vista de una labor determinada, a realizar en un tiempo fijo.

Toda asociación de cualquier clase entre individuos libres, bien tenga por objeto la ejecución de un trabajo temporal, o la consecución de una actividad de más larga duración, o ya la realización de una concepción de la vida, se basa sobre una conformidad, sobre promesas o convenciones, que pueden designarse con el término genérico de *contrato*.

Teóricamente, el acuerdo desaparece en cuanto lesiona a uno de los contratantes. Como todas las fórmulas, ésta tiene el defecto, cuando se la considera en sus aplicaciones prácticas, de no tener en cuenta las circunstancias de vida y de temperamento individuales. Prácticamente, puede decirse que el contrato anarquista cesa desde que la misma conformidad preside el acto de unión y de desagregación que se ha realizado.

En efecto; la agrupación entre anarquistas, para la realización de un fin cualquiera, se supone no ha sido efectuada a la ligera, puesto que individualmente se la considera como un expediente o un mal menor. En su origen ha sido exenta de las restricciones mentales, de los pensamientos mezquinos, del disimulo, del fraude, de esa vil aspiración de un interés sórdido, que caracteriza los contratos efectuados en la sociedad actual.

Los asociados se conocen, han calculado el pro y el contra, han reflexionado sobre las consecuencias, examinado los puntos fuertes y los débiles de la situación, prevenido los peligros y riesgos, sospechado los goces y las ventajas, determinado, en fin, las concesiones que deberán hacerse mutuamente.

Estos detalles bastan para indicar que un contrato leal no se deshace únicamente por un capricho de la fantasía o por una humorada de uno de los contratantes. La ruptura exige también una reflexión seria por parte de los que han estado unidos por un esfuerzo determinado.

Sin embargo, desde el momento en que uno formula su voluntad de separarse, ningún compañero anarquista puede oponerse; lo cual no quiere decir que no haga objeciones a tal decisión, pues este es un derecho innegable individualmente. Puede suceder, en efecto, que en el momento en que el descontento expone su deseo de disociarse, los demás asociados se encuentren en disposiciones de inteligencia y de sentimiento absolutamente semejantes a las que les decidieron a llevar a término el contrato. El anarquista podrá, desde luego, exponer las razones que posea contra el desacuerdo iniciado, pedirá reflexión, hará valer ciertas consecuencias, invocará otras consideraciones, sobre todo cuando se trata del dominio de las pasiones en un orden completamente particular y que comprende, por tanto, a los que viven intensamente las variantes del sentimiento. Resistirá seguramente más o menos tiempo a la ruptura, si posee la profunda convicción de que está inspirada por la imperiosa influencia de una determinación perniciosa. No hay nada en esta actitud que raye con la inconsecuencia. Según su temperamento, podrá sufrir y hasta lamentarse y nadie deberá reprocharle de que él, anarquista, sea algo más que una ecuación geométrica. Solamente si se opusiese categóricamente a la disolución exigida por un compañero, cesaría de ser consecuente en el sentido práctico y profundo del término.

A menos de motivos excepcionales, el anarquista que impone la separación sin reflexión y apresuradamente, tampoco me parece consecuente, pues el que merece tal calificativo no se aprovechará de su libérrima facultad más que después de haber obtenido la adhesión sincera de los demás. Considerará, cuantas veces sea necesario, la situación, antes de

llegar al desacuerdo, faltando a las promesas, deshaciendo las convenciones nacidas de buena fe y que implicaban una confianza recíproca.

La ruptura impuesta o exigida extremadamente sin causa ni razón, ocasionando sufrimiento inútil, no es un hecho de buen compañerismo, porque este es esencialmente un contrato que permite unirse por afinidades intelectuales o de sentimiento o por gestos susceptibles de disminuir el disgusto que alcanza a todo individuo que forma parte de una especie en reacción constante contra el medio.

Además, si los anarquistas fuesen más conscientes y numerosos, no solamente los contratos se harían muy esclarecidamente, sino que además, el dolor ocasionado por el muy reducido número de rupturas, aun exigidas o impuestas, sería disminuido muy sensiblemente por la facilidad que encontrarían los disociados, en sustituir pronto la disensión acaecida, por nuevos elementos de asociación, que serían legión entonces entre las afinidades anarquistas.

CAPÍTULO XV

Las inconsecuencias de los anarquistas individualistas

No es útil disimular las faltas

Se nos objetará que, examinándolos de cerca, los individualistas no dejan de parecerse mucho a *todo el mundo*; que a veces se critican entre sí neciamente y que, las razones de su hostilidad hacia los demás son con frecuencia mezquinas y bajas ... No lo negaremos.

Nada se gana en disimular las faltas o los errores. Todas las religiones, todas las doctrinas han usado de esta estratagema invocando las *necesidades de la causa*. Ha sido inútilmente. Las mismas inconsecuencias de sus adictos perdió a la religión mucho antes de que el trabajo de la crítica hubiese hecho justicia de sus dogmas, y hoy día nadie se compromete ya en un partido, sino es porque espera encontrar un medio de hallar ciertas compensaciones. Un espíritu recto no se desanima por las contradicciones que en la práctica suelen desvirtuar las teorías, sino que, después de un examen superficial, penetra profundamente en las causas; se da cuenta de los hechos, los estudia con toda sinceridad, los analiza imparcialmente y saca, en fin, las conclusiones que han de aumentar sus conocimientos y que ha de exponer a sus camaradas, como otros tantos motivos de reflexión fecunda.

Sin duda, un anarquista no se preocupará de las exclamaciones interesadas de burgueses y moralistas religiosos o laicos. El fariseísmo o la grosera hipocresía burguesa, encuentra un placer especial, una vanidad exagerada, en mostrar las inconsecuencias de los anarquistas.

Gentes *honradas*, cuya fortuna se edifica sobre la explotación de los más desgraciados; cerebros sin horizontes intelectuales, cuya única preocupación es la conquista de influencias materiales; padres interesados en colocar convenientemente a su progenie, como si fueran comerciantes inquietos por desembarazarse de sus géneros de saldo; sibaritas empedernidos bajo la

máscara de una respetabilidad forzada ... vuestras protestas equivalen a los ecos confusos que el viento arrastra sin llamar la atención de alguien.

Tampoco sienta bien a los moralistas exhibir un pudor ofendido; ya sabemos lo que ocultan los rostros asustados de los periodistas *sensatos* y de los escritores *talentosos*; no ignoramos sus mejores ocupaciones, que consisten en preservar de las ideas *disolventes* a las instituciones de la sociedad actual; tanto los privilegiados como los que aspiran a serlo, han comprendido cuánto ganaría su causa logrando distraer la atención de los desheredados sobre las verdaderas causas del sufrimiento y procurando fijarla sobre las inconsecuencias de los que son irreconciliables enemigos de todo absurdo y bárbaro privilegio social.

Así, pues, cuando examinamos la cuestión de las inconsecuencias de los anarquistas, no lo hacemos en modo alguno para justificarnos ante nuestros adversarios. No escribimos por escribir, ni hablamos por hablar. Nuestros deseos son profundos o elevados. Pensamos que una teoría vale muy poco, si no se afirma en la práctica y todo nuestro interés consiste en buscar las razones de las incongruencias que se notan a veces entre la concepción anarquista y su realización.

Capacidad de pensamiento y facultad de realización

La primera constatación que hacemos y que se aplica a todos los dominios es que el pensamiento aventaja a la acción, y no queremos hacer una deducción peligrosa, fijando una ley; nos limitamos a sentar un hecho: construimos con gran facilidad teorías que casi en absoluto no podemos realizar.

Colonias comunistas, práctica de compañerismo efectivo, experiencias de amor libre y de libertad sexual, toda clase de esfuerzos a realizar en común ... ¡qué de proyectos concebidos con ardor, que ha conducido a miserables fracasos! Y en nuestra vida individual ... ¡cuántos descontentos y decepciones! A veces nos encontramos muy por debajo de lo que quisiéramos ser. Deseamos por encima de todo *ser* y sin embargo muchas veces hemos de resignarnos a *parecer*.

Quisiéramos ser buenos y nos encontramos malos; obrar desinteresadamente y pronto descubrimos nuestro grosero interés. Nos pretendemos exentos de celos, de envidia, de rencor y he aquí que nuestros actos desmienten nuestras pretensiones. ¡Cuántas antipatías, movimientos de impaciencia o de humor, gestos de vanidad, incompatibles con el modelo que interiormente nos hacemos del anarquista consciente! Denunciamos la dominación y ciertas circunstancias nos muestran como verdaderos autoritarios; declaramos que el mundo es bastante vasto para que la propaganda en general tenga libre curso, y, no obstante, nos encontramos desconcertados ante cualquiera que obre en diferente sentido que nosotros. Nos afirmamos tolerantes y la menor oposición nos solivianta. ¡Qué de amargas desilusiones!

Pues bien, todo esto es verdad. Hemos edificado en nuestras mentes una maravillosa vivienda, pero el día que quisimos instalarnos en ella se convirtió en un zaquizami. ¡Y feliz todavía si es habitable! Nuestra capacidad intelectual traspasó los límites de nuestra facultad de realización y

eso es todo. El misterio consiste en que nuestras circunstancias atávicas y educacionales, el lado instintivo de nuestra naturaleza, esta raramente en equilibrio con el funcionamiento de nuestro cerebro, a quien la reflexión profunda tiende a hacerle más y más individual e independiente. El ejercicio de la voluntad predispone al acuerdo y es del mayor o menor grado de potencia efectiva de este ejercicio razonado de que depende la directa armonía entre el pensamiento y la acción.

El esfuerzo perseverante

Ciertamente, los que se conforman con lo establecido, los que siguen plácidamente los caminos trillados sin sentir el deseo de la experiencia, pueden fácilmente ser consecuentes. Para el anarquista que quiere seguir una ruta independiente la escena cambia. La consecución del equilibrio entre el pensamiento y la acción, el ejercicio de la voluntad para poner a ambos de acuerdo o para indicarles aun más elevados fines, constituye el interés de la vida individual, se hace la vida misma, en la que las inconsecuencias son otros tantos jalones que señalan los tormentos de las experiencias fracasadas, en la que las victorias y las derrotas se mezclan y el entusiasmo y el abatimiento chocan, produciendo poco a poco el valor de una perseverancia incansable, la necesidad de una educación de la voluntad.

No hay nada que pueda descorazonar al anarquista; conoce la violencia del esfuerzo para armonizar la teoría y la práctica y sabe que para realizarlo no debe salirse de sí mismo, puesto que si ha podido concebirlo su entendimiento, lógico es que no este por encima de su capacidad efectiva. Luego perseverará, ejercerá y educará su voluntad para intentar combatir las taras ancestrales y la influencia del medio, que son las mayores dificultades con que tropieza en la vida social para expansionarse individualmente. Gracias a esta energía persistente, aunque no siempre sea coronada por el éxito, se reconocerá la sinceridad del compañerismo, que no puede aceptar la inconsecuencia como un hecho ineludible, pues esto supondría una superchería o una pereza crónicas, defectos que son esencialmente antianarquistas.

En conclusión: el anarquista individualista actual, no es todavía el ser bueno por excelencia, sano, libre y despreocupado; no está aún dotado de una vida tan intensamente sincera que sepa desenvolverse sin atentar a la originalidad de los demás, pasando por todas las experiencias sin dejarse dominar por ninguna. Pero puede considerársele como un síntoma característico que une al rebelde inconsciente de los tiempos oscuros con el anarquista futuro. Esta consecuencia debe animarnos y hacernos tolerantes para las contradicciones que saltan a la vista y para aquellas que, aun no siendo evidentes, no dejan de ser las más graves acaso. Comprendiendo que, a pesar nuestro, estamos sometidos todavía a la esclavitud de los instintos y de los temores prehistóricos, lo que debemos de hacer es procurar esforzarnos para llegar al mayor dominio sobre nosotros mismos.

El mal compañero

He aquí el punto culminante donde se resumen las inconsecuencias anarquistas y en el cual se cometen grandes injusticias.

Por mi parte, yo simpatizo con el *mal camarada*, es decir, el reputado así. Hace más de 25 años que milito en diversas corrientes y mi experiencia me ha enseñado que generalmente aquel de quien se habla mal es muy superior al que se le tributan elogios. Cada vez que me he relacionado en un medio cristiano, socialista, revolucionario o anarquista, con uno de esos seres señalados como *abyectos, innobles o tarados*, he encontrado en él una individualidad ignorante del arte de adular las manías, los vicios o la mentalidad de su ambiente especial, un refractario a los convencionalismos partidistas, obrando y pensando por su propia cuenta, aun a riesgo de engañarse torpemente, lo que es en todo caso mejor que seguir los pasos de los dispensadores de consejos. En fin, detrás del réprobo siempre he descubierto una originalidad y una inteligencia plausibles. Y es comprensible, puesto que el patentado como *buen camarada*, es casi siempre una nulidad borreguil, siempre flexible a la vida monótona, oscura, inaccidentada, insensible al flujo y reflujo de las experiencias apasionadas e intelectualmente permanece resignado en la opinión media, tan desprovisto de iniciativas creadoras como de audacias críticas.

La muchedumbre anarquista no simpatiza con el individuo que llega a singularizarse, y en esto se parece a todas las masas. Se insiste mucho sobre la necesidad de crearse una personalidad consciente, a fin de formar un constante fermento de reacción contra la costumbre y el hecho establecidos, pero esta propaganda está más en los labios que en el corazón. Se declama mucho contra las leyes, las mentiras convencionales, los prejuicios sociales y las trabas morales, pero prácticamente no se llega a una posición irreductible de desobediencia. ¡Y desgraciado del que no respeta el dogma y no responde al modelo anarquista! Irremisiblemente será descalificado por los que se creen pontífices para interpretar las ideas.

CAPÍTULO XVI

La vida interior

Ninguna actividad externa sin la vida interior

No porque el anarquista individualista niegue, rechace y combata los dioses y los amos, las autoridades y las dominaciones, ha de creerse que desconoce *la vida interior*. Antes de ser anarquista externo, conviene serlo interiormente. No se repudia la idea de autoridad por capricho o por fantasía, sino porque se comprende que las leyes y los códigos son inútiles y perjudiciales y que sólo son necesarios para los individuos que no viven más que exteriormente. Si el anarquista puede vivir con intensidad, es porque su existencia interior es profunda y no encontraría placer en la experiencia, por múltiple y variada que fuese, si no le diese motivos de reflexión.

El anarquista medita y compara, sabe concentrarse en sí mismo y con amplitud de juicio realiza su *revolución individual*. Posee un fondo de conocimientos, una reserva de adquisiciones que sabe aprovechar como un recurso, cuando carece de otros apoyos, y que acrecienta continuamente, sacando de él nuevos motivos de estudio para profundizar. No se inquieta

solo del *cómo* y el *por qué* de las cosas, sino que busca su *razón de ser*. Sin estas reservas mentales, no es posible prescindir de la autoridad, pues cuando uno agota sus propios medios, le es forzoso recurrir a los ajenos.

Manifestaciones de la vida interior

El anarquista es sencillo, y, aunque original, no desea atraerse las miradas del vulgo. Si su vivienda es confortable, según lo que le hayan permitido las circunstancias pecuniarias, no es en modo alguno lujosa o abarrotada de objetos inútiles al desarrollo individual. Sus necesidades son normales, ni restringidas ni superfluas y si cierta experiencia de su vida le conduce a dejar inevitablemente su norma, pronto vuelve a esta, una vez realizada aquella.

De esta simplicidad natural, sin austeridad ni dureza, que es producto de la franqueza y no de la vanidad, no debe inferirse que el anarquista sea insensible a la belleza. Nadie mejor que él sabe apreciar lo vigorosamente hermoso, en arte, en literatura, en ciencia, en ética. Belleza de la Naturaleza, de las formas corporales, del razonamiento, del placer de los sentidos, de la voluptuosidad sana, todo esto el anarquista lo aprecia, lo *siente*, pero sin dejarse guiar por el gusto general, o por las concepciones de un cenáculo particular cualquiera. Todo producto de una investigación sincera, toda obra que refleje un temperamento personal o testimonie un esfuerzo enérgico, toda labor y toda manifestación que haga vibrar las fibras íntimas de su ser, le atrae, despierta su atención y le hace meditar. Lo aparente, lo falso lo ficticio, lo débil y mezquino, lo pretencioso le hace daño, le excita, lo repudia, en fin. Sabe además muy bien que en el dominio de la estética, la apreciación es individual y que belleza y fealdad son términos relativos de apreciación.

Hombres o mujeres realmente anarquistas no pueden aparentar ascetismo. Sería una farsa negar y combatir la dominación y someterse a la vez al yugo de la austeridad, querer la libertad y cruzar de obstáculos su camino.

Vivir sin renunciar a los goces intelectuales, sensuales y efectivos, desarrollando la facultad de apreciarlos sin dejarse dominar por ellos, antes al contrario juzgándolos útiles o nocivos según el equilibrio fisiopsicológico que produzcan. Seguir decididamente la ruta, recogiendo las flores perfumadas, dejando las plantas venenosas y aspirando los efluvios más puros, persiguiendo siempre lo nuevo, lo original, sin fatigarse nunca, he aquí el goce anarquista, la aspiración suprema de todo el que se siente serlo sinceramente.

Criterio de la disminución interior

El anarquista conoce la vida del sentimiento, las afecciones íntimas, prolongadas, las ternuras profundas, las amistades firmes que resisten los golpes de la adversidad o las alegrías del éxito. Cuanto más profunda es su existencia, más radiante se muestra, adquiriendo más valor, más vigor, más delicadeza. Ante todo, el anarquista individualista procurará no disminuirse interiormente, no desprestigiar su integridad de pensamiento, su potencia de análisis y de deducción, su voluntad de reflexión y comparación. Toda tendencia directa o indirecta a rebajarse individualmente supone una prueba de pérdida de equilibrio, de indignidad de la vida libre.

El anarquista rechaza el concepto burgués del bien y del mal; vive y acciona en un plano más elevado y completamente distinto; todos los actos que le facilitan una vida más intensa y normal, un desarrollo más amplio y un mayor saber le son lícitos. Por el contrario, le será malsano todo lo que en cualquier grado atente a su valor intelectual o a su vida interior. Este es su único criterio.

Los espíritus cerrados, inclinados a los juicios resueltos, o todavía esclavos de los prejuicios, no admiten que, fuera de lo que ellos llaman *la moral*, al estilo burgués, pueda existir vida interior. Sin preocuparse de estas despreciables opiniones, se puede afirmar que la vida ordinaria, corriente, no es susceptible en modo alguno de desarrollar la intensidad de la personalidad consciente o esclarecida. En efecto, ¿qué vida interior pueden tener los que incesantemente se preguntan si todos sus actos o sus gestos están de acuerdo con el código de la moral que les transmitieron sus abuelos?

Cuanto más pronunciada es la reacción contra el medio ambiente, más pujante es la personalidad psicológica.

La rendición de cuentas

Siendo el anarquista un negador de autoridad, en el sentido más absoluto, se comprende fácilmente que sólo su causa le interesa, o sea la causa de la libertad, que la reclama y la exige en el mayor grado posible moral, intelectual y económicamente. Ni su producción ni su amoralidad pueden caber en la marmita comunista. Y por eso es absurdo que algunos pretendidos camaradas quieran pedir cuentas a los anarquistas individualistas. El que únicamente se hace responsable, en relación con su concepto individual de la vida y por su propio carácter, y no obra más que de acuerdo consigo mismo, no necesita hacer *examen de conciencia* ante el juicio ajeno.

Se puede juzgar a un sindicalista, a un revolucionario, a un comunista, a cualquiera que trabaje por cuenta de otro conforme a un ideal colectivo, a una regla de conducta de mayoría o en vista de una sociedad futura, pero de ningún modo al que funda su vida no en una vanidad desmedida, en un orgullo insensato o en una superhombria exaltada, como en el mayor y más profundo conocimiento de su propio yo.

La evolución de las opiniones

La experiencia personal, un juicio más claro, el conjunto de sus observaciones, puede hacer que el anarquista individualista modifique su opinión sobre un punto de la actividad ácrata. Y si después de comprenderla de otro modo no lo manifestase, sería un motivo de disgusto, de cobardía o de falta de convicción, propia solamente del que se deja dominar por el temor del *qué dirán*, haciéndose esclavo moralmente.

Se pueden adoptar diversas ideas sobre el ilegalismo, la legalidad, la unidad o la pluralidad amorosa, la libre disposición del producto personal y todos los demás extremos de la teoría anarquista, según las luces adquiridas o desarrolladas; pero no se puede, en buena lógica, sino presentar a la consideración proposiciones sin obligación ni sanción y de ningún modo imposiciones únicas.

Así, pues, lo que interesa no es el cambio más o menos frecuente en ciertos detalles, sino la personalidad en sí, que practica en el mayor grado de vida y actividad, la filosofía anarquista.

Absoluto y relativo

La conquista de lo absoluto es una contradicción de la esencia misma del concepto anarquista; es siempre una coacción, una autoridad abstracta, una entidad metafísica, como dios o la ley. La doctrina no es más que el formulismo en que se encierra lo absoluto. Los tiranos y los jefes de escuelas de todos los tiempos, han encontrado en la doctrina un auxiliar tanto más poderoso cuanto más pretende concretar lo absoluto, que es irrealizable en sí mismo. No existiendo, pues, lo absoluto, la doctrina resulta ser una prisión, donde se pasa la vida ensayando de llegar a una perfección que no puede encontrarse en el orden natural, porque éste está continuamente sometido a la relatividad de lo imprevisto, lo fortuito, lo casual. Por lo mismo, los cálculos astronómicos más rigurosos varían siempre en los decimales, a causa de una perturbación imposible de prever, en el momento en que las operaciones se efectúan. Y así sucede siempre con todas las leyes naturales.

Puede decirse que ni siquiera existe la tendencia a lo absoluto. No hay más que lo relativo en todos los dominios y así se niega el determinismo fatal. Los sucesos se desarrollan en ciertas condiciones dadas del ambiente, del tiempo y del espacio y guardan siempre en todos los cambios una relación directa. El tiempo, el espacio y el infinito no existen con relación a nosotros mismos más que por nuestra sensibilidad o imaginación, y no podemos definirlos concretamente a la completa satisfacción de todos. Son, pues, más que nada, convencionalismos del lenguaje ideológico.

CAPÍTULO XVII

El anarquismo individualista como vida y actividad

Panorama y carácter de la lucha

Los anarquistas individualistas son una ínfima minoría entre los hombres y se exponen a la lucha en cuanto quieren realizar en lo posible sus ideas. Lo mejor es mirar de frente la situación y separarse de la oratoria ramplona y meliflua y de toda tentativa interesada de los agentes provocadores. Lejos de toda obra de superficialidad y de castración, que muchas veces emerge de los fondos secretos de la sociedad, pues no es posible la consolidación entre los anarquistas y los mantenedores sociales. El hecho real es que el anarquismo no puede presentarse de un modo discreto o convencional, y los que lo aceptan no pueden pretender ser los conductores de la feliz Arcadia. El camino de la anarquía no está trazado matemáticamente ni sembrado de flores. Es un sendero abrupto que requiere esfuerzos sostenidos.

El anarquista empieza a ser combatido por su propia familia; no siempre es comprendido por sus camaradas; está en desacuerdo con su patrón, mal visto de sus vecinos y desconsiderado generalmente. La cárcel le amenaza continuamente; está bajo la vigilancia policíaca y los soplones contribuyen a

veces a que sea despedido de su trabajo. ¿Quiere hacer un poco de propaganda agresiva? Persecuciones y años de prisión le esperan.

En la rebelión contra los prejuicios morales, también ha de armarse de valor. Comenzando por iniciar a una joven en las primeras caricias, la que se le entrega en plena voluntad, acto natural entre todos, el anarquista se expone a ridículas denuncias por corrupción de menores; continuando por la amenaza constante de ser acorralado si afecta o se contenta de hacer silenciosamente una vida que choca más o menos violentamente con las ideas recibidas en materia de respetabilidad; si se permite usar vestidos que no estén de acuerdo con la moda, o frecuente gentes que desagraden a su portera; acabando, en fin, por ser renegado de todos, considerado como un oprobio del mundo y un despojo social.

No hay acuerdo posible entre el anarquista y todo medio reglamentado por las decisiones de una mayoría o por los votos de una elección. Contra él se levanta la sociedad toda. Lucha por la libertad de exponer la idea, por la de vivir; lucha por el pan, por el saber; lucha incesante que dará goces profundos y en la que se tendrá, acaso, la inapreciable satisfacción de ver caer alguna piedra angular y vacilar el edificio social, pero lucha al fin y al cabo.

La irreductibilidad anarquista

El anarquista no admite treguas. Su actividad se concreta en lucha continua y su interés estriba en prolongarla todo lo posible. Se muestra intratable, intransigente, sin piedad con los que detentan el poder administrativo, intelectual y económico. No acepta concesiones sociales a cambio de una relativa tranquilidad, haciéndose el cómplice de las gentes interesadas en el mantenimiento de la actual sociedad, sino que lleva a la mayor intensidad y constancia su labor de crítica profunda y seria.

Rechazamos, pues, las fórmulas fijas, porque o debemos tener en cuenta más que las circunstancias relativas del presente que vivimos. Si ayer nos fue útil poner a contribución nuestras necesidades, hoy puede sernos más agradable hallar compensación a nuestros esfuerzos y guiarnos por éstos y no por aquellas, lo que significa únicamente que hemos evolucionado, sin dejar por eso el plano de libertad espiritual en que tratamos de asentar nuestro conocimiento. Si tal regla de conducta moral nos convenía cuando éramos más ignorantes, habiendo adquirido ya mayor experiencia, nos es perjudicial seguirla ahora. De modo que aceptamos un concepto mientras nos hace felices, pero lo rechazamos si nos sentimos cohibidos. Es para nuestra alegría, para nuestro placer y nuestra utilidad que edificamos teorías y con la misma facilidad las destruimos en cuanto comprendemos que se quieren apoderar de nuestra individualidad. Toda regla que no proporciona un *mínimum* de dicha tangible, es despreciable; es una opresión en cuanto no ayuda a vivir más libre y felizmente, con más intensidad.

La experiencia nos demuestra que no hay una panacea que pueda convenir a todos los temperamentos y a todas las circunstancias y como el anarquismo es una filosofía de la vida esencialmente relativa, de aquí que quien la acepta no puede ser a la vez doctrinario y anarquista, sino que ante todo le conviene librarse en el mayor grado posible de la subordinación al

medio para seguir sus fines individuales de reacción contra todo convencionalismo de tendencia absolutista. Tampoco cabe perseguir exclusivamente el interés económico, porque no basta haberse desligado de dios, de la moral y del *qué dirán*, sino que es preciso, para ser lógicos, romper *toda coyunda*. Por encima del interés económico, colocamos la satisfacción moral, el goce interior y hasta el placer de los sentidos. Y no hay mejor satisfacción que ésta que experimentamos al sentirnos independientes. La cuestión para nosotros no estriba en saber si el empleo del mecanismo más perfeccionado, el trabajo en común o la solidaridad nos pueden proporcionar más ventajas materiales; lo esencial es determinar si todas las novedades y adelantos nos permitirán afirmar mejor la insubordinación y la indisciplina en que se basa la autonomía personal. ¡Cuántas veces hemos tenido que romper hasta con nuestros amigos en detrimento de nuestro interés material, al comprender que al seguir haciéndoles ciertas concesiones, disminuíamos nuestra personalidad! ... Un anarquista no es un calculador y un razonador sempiterno, puesto que basándose en el hecho individual, se comprenden a la vez, mezclados, en lucha, unas veces triunfantes y otras derrotados, el instinto, la razón, la sensibilidad, la acometividad, la reflexión y tantos otros aspectos del ser activo que los experimenta sucesivamente. A nuestro alrededor vemos que todos hacen del interés económico el móvil de sus acciones y, aunque lo persiguen caóticamente, no podemos pretender imitarles bajo el pretexto de ordenar su desbarajuste que acabaría por enredarnos también. Seamos expeditivos y no embrollemos, pues no es insensato el afirmar que tendemos hacia una selección que podrá realizarse; es decir, que de un lado se clasificarán los formulistas, los doctrinarios, los mezquinos, los detallistas utilitarios, los que no han sabido o querido comprender que el anarquismo es una concepción de actualidad, una negación presente, un combate cotidiano contra todo lo que hace sombra al desarrollo de la personalidad; de otro lado se unirán los que no quieren sacrificarse al medio, conformarse a la opinión predominante cuando les es adversa. Esta separación es necesaria para evitar torcidas interpretaciones.

Por todas partes la uniformidad nos rodea; todos los vestidos obedecen a un modelo, todos siguen el ridículo de la moda y desprecian la comodidad; todas las viviendas se alinean monótonamente y presentan las mismas fachadas; todas las facciones presentan la misma máscara de insinceridad. Realizar los mismos gestos, a la misma hora, del mismo modo, tal parece ser el fin de una sociedad *bien organizada*, pero como no somos teóricos de *la sociedad futura*, preferimos resolver nuestra cuestión individual como mejor podamos, día por día, según las circunstancias. Nos repugna seguir el mismo camino que la sociedad, gris y sucio como la atmósfera de las grandes ciudades invadidas por el humo de sus fábricas tristes y enervadoras, donde es asfixiante el ambiente por la aglomeración de escuelas rutinarias, cuarteles, prisiones y edificios oficiales, con el contraste misérrimo que ofrece la habitación de los que forman la clase baja, al lado de lasuntuosidades y refinamientos sibaríticos de los pudientes y privilegiados.

Pero no hace falta insistir. Dejemos a los que viven en la monotonía de la existencia, extendamos nuestro desprecio hasta los que se encasillan en un

necio absolutismo, aunque se amparen en un doctrinarismo anárquico (?) y cultivemos nuestro yo (que sólo es despreciable para los tartufos y perezosos) en el pleno ambiente de la originalidad.

La actividad crítica

Eterno descontento, el anarquista criticará siempre los hechos del sufrimiento, del dolor, del miedo, los motivos, en suma, que dan lugar al drama humano; criticará en todas partes, con entusiasmo, con valor, con sinceridad, como si dependiese de él que todos los que le rodean se hagan anarquistas, sin inquietarse de las torpezas, de los errores y de las derrotas de los que le han precedido, con la esperanza, con la convicción de que el resultado obtenido mañana sea mejor que el de hoy, y apreciando en su justo valor los esfuerzos realizados en tal sentido; criticará por todos los medios, por la palabra, por los escritos y por los hechos, por su vida de refractario, por su ejemplo en los medios anarquistas individualistas sinceros, por la multiplicación de su actividad, por la práctica del verdadero compañerismo, por la creación de numerosas *escuelas anarquistas* o focos de enseñanza, donde se intente preparar los cerebros y los corazones para accionar, pensar y vibrar por y para sí mismos; criticará las instituciones y los hombres actuales: capitalismo, patriotismo, militarismo y parasitismo; la enseñanza pública y privada, la educación familiar, la elemental y la superior, los hechos adquiridos y las cosas juzgadas, los textos invariables, los principios inmutables, las declaraciones de los derechos del hombre y las proclamas de independencia, las ideas de frontera, de superioridad o inferioridad sociales, no basadas sobre la observación científica, las concepciones en que la sociedad basa la familia: afectación paternal, maternal, fraternal, filial, fidelidad sexual, amor, matrimonio; el culto al pasado, la inevitable evolución, el determinismo fatal, el libre albedrío *inconsciente*, la predestinación, el moralismo, el pietismo, la fe indemostrable, el autoritarismo, el parlamentarismo, la centralización administrativa, bien sea ministerial o simplemente sindicalista, las ideas erróneas y vulgares sobre la caridad, la solidaridad y el amor universal, el burgués de blusa o de levita, los hombres *indispensables*, los mesías, los redentores, el pontífice católico y el dómine anarquista, las supersticiones, las leyendas, las mojigaterías, los magistrados, los jueces, todo el engranaje autoritario, las ideas de explotación y del trabajo *dignificador*, la inactividad y la holganza como consecuencia de las ideas anarquistas, la urbanidad, la cortesía, la honradez, el pudor, como elementos arreglados al gusto burgués y convencional, las soluciones *a priori*, las *necesidades de la causa*, el ficticio desinterés, los *sacrificios por la idea* cuando no ocultan más que hipocresía o mentira grosera.

Tan pronto el anarquista se apoyará en los datos científicos como invocará la razón o el sentimiento. Ridiculizará y será irónico o bien pondrá en juego la reflexión profunda y la comparación imparcial. Abrirá, cortará, amputará, introducirá el escalpelo en la llaga social cuantas veces sea necesario.

La propaganda anarquista no criticará por *monomanía* o vocación; no para hacer número, discípulos, adeptos, obedientes, sino para hacer *tabla rasa*.

Una vez el cerebro desembarazado, libre, en marcha; la razón y el sentimiento vibrando armónicamente, corresponde a cada uno edificar su propia concepción de la vida, cumplir su personal revolución, levantar su ciudad futura individual. Que cada uno dirija su vida según sus tendencias, su temperamento, su carácter, sus aspiraciones, y que la ejercite aislado o unido a otros, amplia, intensa, feliz.

El anarquista criticará primero para librarse a sí mismo y después para los demás. Es destructor y educador, crítico e innovador. Traza su camino, un camino nuevo, y siempre a la defensiva, combate cuantos prejuicios se levantan adversos contra él. Saborea los goces de la inteligente despreocupación, pero bebe también su copa de amargura. Conoce los rodeos que conducen al punto de partida, las emboscadas, las traiciones. Sabe del hambre que atenaza las entrañas y de la hostilidad que hiela el corazón. Tiene experiencia del cariño interesado, de la protección fingida, de la hipocresía ambiente y de las sonrisas que enmascaran la insidia. A pesar de todo sigue su ruta, trabajando por puro placer, recogiendo al pasar las satisfacciones que le procura su modo de ser, sin obligación ni sanción legal. Desconocido las más de las veces, no comprendido por quienes le son más queridos, continúa entusiasta, y aunque caiga un día u otro, es evidente que los mismos que ridiculizaron su esfuerzo se ven obligados a penetrar por la brecha que él abrió.

De tal modo, proclamando bien alta la voluntad de vivir para sí mismo, su esfuerzo le ha conducido a trabajar por otro, a reproducirse, a cumplir su destino, su razón de ser un hombre sano, vigoroso, enérgico, audaz, enamorado de la vida verdadera fuera de la autoridad, un anarquista, en fin.

CAPÍTULO XVIII

El anarquista individualista y las *propagandas especiales*

Peligro de las *propagandas especiales*

No quisiéramos terminar este libro sin examinar la posición del anarquista con relación a las diversas *propagandas especiales* que, en las diferentes fases del movimiento ideológico, han retenido la atención de varios camaradas, a veces numerosos, y que han sido el objeto de caracterizadas tendencias. El defecto de estas *especialidades* es que, como si fueran potentes ramas, amenazan absorber toda la savia del tronco, en gracia a los problemas cuya solución no es de ningún modo urgente, pues al quitar una gran parte de la iniciativa y de la actividad agresiva al anarquismo, éste languidece y pierde su razón de ser.

La cuestión feminista

Consideremos el *feminismo*: Que un anarquista constate la inferioridad a que el hombre en general ha relegado a su compañera, la mujer; que se de cuenta de lo doloroso que es hallar la explicación de ciertos prejuicios atávicos inherentes a la sociedad ... no por eso ha de pretender hacer un pedestal al sexo femenino y dotarle de cualidades que bajo cualquier aspecto le hagan superior al masculino. ¿Acaso la mujer se hace más interesante

reclamando su emancipación política, el derecho al sufragio o a la elegibilidad?

El anarquista no establece diferencias de sexo sino que se interesa únicamente en los seres libres. Su propaganda crítica apunta igualmente al hombre y a la mujer y socava los cimientos de la autoridad y de la explotación de que ambos son víctimas a la vez. Los dos sexos se complementan, sin desigualdades depresivas para ninguno, y es una locura excitarles entre sí. Parece que el hombre, más robusto, más sólido, menos delicado, ve la vida bajo un aspecto más general y la mujer, más sensible, la aprecia de un modo más particular, poseyendo el secreto de esa tenaz abnegación, de esa ternura perseverante que suele ser su característica y no la del hombre. No hay en esto nada que indique inferioridad en uno u otro sexo; por otra parte, los fenómenos de herencia que hacen que un hombre reproduzca los rasgos psicológicos de un antepasado femenino o viceversa, frecuentemente evidencian excepciones. El anarquista, pues, debe ejercer la propaganda para ambos sexos sin distinción, preconizando la vida libre, la multiplicidad y variedad de las experiencias de la existencia. Y esto es lo que hacemos en estas páginas.

La unión anarquista

En la sociedad actual, cuando dos anarquistas se unen por un periodo que prevén durable, por lo general, son independientes económicamente entre sí y esta es la tendencia anarquista-individualista. También puede suceder que el mejor dotado y adaptado, hombre o mujer, asegure la vida material de ambos. Sí, de un modo general, cada uno conserva su completa autonomía, compatible con la armonía de la convivencia (pues sin la intimidad y la confianza no es posible ni aún la unión anarquista), suele producirse con frecuencia que el más activo y el de mejores iniciativas decide también la orientación moral o intelectual que debe guiarles. En el dominio afectivo o sexual, cada uno puede gozar de una libertad absoluta, bien practicando la unidad o la pluralidad y conformándose con su propia experiencia. Lo importante es que no haya coacción ni disminución individual, es decir, que obren según las circunstancias, según que tales o cuales actos concurren a su desarrollo personal y a su mutua felicidad. Se podría asimilar la unión anarquista a una tentativa de asociación anarquista-individualista, la más restringida, basada en la más estrecha cordialidad, con la belleza particular que el amor le presta.

El Neomalthusianismo

Otra propaganda especial, cuyo infatigable apóstol Paul Robin, ha conquistado innegables simpatías anarquistas, es el *neomalthusianismo*, que sin duda establece un problema social de los más interesantes. Sin embargo, nos parece que el anarquista individualista no debe interesarse mucho en el punto esencial de tal doctrina, o sea en la ley científica que quisiera que las subsistencias disminuyesen en relación matemática con el aumento de la natalidad y que a menos de una restricción razonada en ésta, la población del globo pudiera perecer de inanición. Aunque somos partidarios de la limitación voluntaria de la procreación, la perspectiva de los continuadores de Malthus, no nos parece de actualidad.

Además, ¿qué válidas estadísticas pueden hacerse de una producción no basada sobre las necesidades del consumo, sino reguladas por la avidez especulativa?

Los neomalthusianos tienen también la errónea pretensión de poseer una panacea en su doctrina, y nosotros decimos que el empleo de los medios anticonceptivos no hace mejor o peor al que los practica. Las clases acomodadas saben bastante de ésto y sin embargo de su seno salen los acaparadores y los privilegiados en todas las escalas. Aunque la fecundidad quedase reducida al más estricto *mínimum*, los humanos no serían más felices en realidad. Habría igualmente unos rencorosos, mezquinos y ambiciosos y otros, los menos generosos, buenos, de elevadas aspiraciones.

El buen sentido basta para saber que a menos cargas, más libertad, y a menos responsabilidades, más independencia. En un medio de explotación y autoridad como el presente, nosotros, los anarquistas individualistas de ambos sexos, buscamos vivir nuestra vida, pero sin renunciar a las delicias del amor sexual ni a las exigencias de nuestra naturaleza sentimental. Para la mujer, la procreación no es una función indispensable a la vida. Como seres racionales, seleccionamos entre nuestras necesidades, aspiraciones y funciones las que nos hacen menos esclavos de las condiciones económicas y prejuicios del medio ambiente. Puesto que los procedimientos preventivos permiten a las compañeras ser madres a voluntad, podemos afirmar que esto constituye una resistencia más contra la opresión y el determinismo de las circunstancias exteriores.

Es inadmisibles, en efecto, que de un coito pasajero pueda resultar para la mujer anarquista una maternidad no deseada y para su compañero la responsabilidad paterna. Es conveniente, por tanto, que el avisado advierta al ignorante, en gracia a la más elemental lealtad, que puede evitar mayores males para ambos.

La tendencia naturista

El naturismo anarquista es otra panacea especial de la propaganda. En su acepción racional, tal como lo han entendido Tolstoi, Carpenter, Crosby y otros, es digno de simpatías por su tendencia general a contrarrestar la vida artificial y la fiebre desordenada de los contemporáneos, pero los naturistas exagerados quisieran desterrar todos los progresos científicos y hacernos retroceder a lo que ellos denominan *la edad de oro*, o sea a los tiempos de los viajes a caballo, de los oficios a mano y de los barcos de vela.

Ciertamente, sería injusto negar lo nocivo y feo de las ciudades industriales y el tufo desagradable de su atmósfera cargada. Nada tan detestable como las altas chimeneas de las fábricas inundando de humo un bello paisaje; nada menos estético que esos inmensos edificios de seis pisos cuyas fachadas perfilan a lo largo de las arterias ciudadanas su desesperante monotonía. Pero, aún reconociendo estos vulgares errores, no debe llegarse a desear la desaparición de las adquisiciones científicas y de los medios rápidos de fabricación, para *volver al pasado*.

Sin duda, el anarquista preferirá el expreso a la diligencia, las máquinas tejedoras al simple telar antiguo y, en fin, todo lo que significa menor trabajo y mayor bienestar. Cuanto mayor sea su desarrollo intelectual, más

intensa será su vida, más sentirá la necesidad de reducir al mínimum el tiempo exigido para la fabricación de las utilidades más indispensables al funcionamiento puramente físico de su cuerpo. Los naturistas objetan vivamente que en la *sociedad futura* no se encontrará quien se preste a desempeñar trabajos sucios, repugnantes o dificultosos, tales como el de pocero, minero o fogonero, porque entonces cada uno elegirá voluntariamente sin imposición alguna.

He aquí nuestra réplica: Que la *sociedad futura* es puramente hipotética y que si esperando su realización no se aprovecha el progreso adquirido, equivale tal actitud para el anarquista a una marcada inferioridad que le haría imposible su vida de reacción contra el medio social. En la *sociedad presente*, única interesante verdaderamente, el anarquista, por el contrario, ejercitará en el mayor grado los medios científicos destinados a procurarle mayor fuerza y economía de tiempo.

En conclusión, la tendencia naturista se puede aceptar como reacción saludable contra la perniciosa especulación social, pero nunca como una representación fidedigna del anarquismo.

La lengua universal

Eximinemos la propaganda en favor de las lenguas auxiliares o idioma universal y en particular del Esperanto. No cabe duda que el Esperanto corregido, modificado, simplificado y aun transformado en el mundo cuenta con algunos miles de adherentes, pero la reflexión nos lleva a preguntar si en el estado actual de la sociedad tiene alguna utilidad para la actividad anarquista. Presumimos que la lengua internacional auxiliar, se formará, naturalmente, por la función del vocabulario internacional ya practicado y que cuenta unos diez mil términos científicos, filosóficos, sociológicos, nombres propios, etc., con la lengua hablada por el mayor número en un momento dado. En lugar de un lenguaje artificial, sujeto a inevitables competencias, a pasajeros entusiasmos, ¿no sería más lógica la elección de un idioma vivo, tal como el inglés, hablado por todo el mundo comercial, comprendido en todos los puertos marítimos, mezclado, si se quiere, al francés del mundo literario y artístico, bajo reserva de una revisión ortográfica, de una simplificación de pronunciación, de un aligeramiento de ciertas locuciones arcaicas o idiotismos particulares?

En todo caso, el tiempo consagrado al conocimiento de una lengua artificial, ¿no sería mejor emplearlo en la adquisición y en la práctica del inglés, del alemán, del japonés, del ruso, o simplemente del danés o del malayo o de otra lengua cualquiera? Además, el anarquista se queda perplejo ante esos camaradas que a fuerza de relacionarse con los burgueses esperantistas, acaban efectivamente por olvidar que cualquiera que sostenga directa o indirectamente el sistema actual de autoridad y explotación es *el enemigo*.

Higiene y alimentación

Los anarquistas se han preocupado también de las cuestiones de higiene y alimentación.

La propaganda anarquista individualista se dirige a los anarquistas y a los que no lo son. A los primeros les incita a tener conciencia de que son

antiautoritarios individuales notablemente diferenciados de los comunistas, de los creyentes, de los societaristas o de los ilusos, a discutir *entre sí* los diferentes problemas que plantea en la vida de cada uno la aplicación del punto de vista anarquista y a examinar, en fin, libremente, los diferentes aspectos de su filosofía en conjunto y en detalle. A los segundos les hace teórica y prácticamente la crítica del hombre y de las instituciones regidas por una franca o encubierta tiranía.

Al lado de esta labor existe la gran actividad del pensamiento humano, de la que no podemos desinteresarnos, pues en ella se comprenden las ciencias naturales y todas las manifestaciones de la literatura, del arte y de la belleza en general. Pero téngase bien presente que nada tiene en nosotros valor de dogma, sino que todo queda a disposición del libre examen y de la crítica individual.

No negamos la utilidad del régimen alimenticio en la terapéutica. Conocemos la utilidad del *saber respirar*, y no olvidamos la cultura física. Somos partidarios de una vida sencilla contra lo superfluo y los hábitos esclavizadores, pero a condición de que sea el mismo individuo quien determine sus necesidades y sus costumbres; de una alimentación mixta, pero moderada en la carne; del aire y del agua en abundancia; esto es lo que nos parece ser la base natural de toda higiene individual normal.

Un anarquista individualista no puede ser intemperante, porque el serlo equivale a esclavitud pasional. No es alcohólico ni vicioso; no hace *excesos de mesa*, ni intelectuales, pero sobre la cuestión del vegetarianismo, de la hidroterapia o del alcohol, considerado como alimento, no se priva de escuchar las partes contrarias como en cualquier otro tema de controversia. Esta concepción demuestra los primeros rudimentos de la educación ácrata.

Por nuestra parte, no podemos excomulgar ni moralizar estúpidamente al camarada que consume algunos decilitros de bebidas alcohólicas, sobre todo si desconoce su buena procedencia, o al que fuma algunos cigarrillos de vez en cuando. Buscamos, ante todo, al anarquista, al hombre de libertad, al que sabe practicar una reciprocidad consentida antes que cualquiera otra especialidad de las apuntadas.

El anarquismo no es tampoco una colección de teoremas geométricos o una sabiduría de recetas culinarias o un entusiasmo de los baños y duchas. Es una actitud de negación práctica, un concepto de constante rebeldía, un método individual de vida y actividad, una regla de conducta, pero no una filosofía mezquina, árida, dogmática. Después de todo, hay un gran contingente humano, del cual unos han pasado por las grandes escuelas y otros, fervientes de los deportes, fieles hidrópatas, intransigentes vegetarianos, bebedores de agua filtrada, higienistas insoportables, que creen que todo esta bien en el mejor de los mundos. A pesar de su buena salud y de respirar *con sistema*, jamás tuvieron un movimiento de rebeldía contra la autoridad efectiva y hasta aceptan muy bien ser sus agentes ejecutivos; algunos son moralistas tan insípidos como peligrosos y a veces son también delatores. Estamos hartos de saber, en fin, que hay multimillonarios que se visten con tejidos ultrahigiénicos, que calzan sandalias, que son abstemios de tabaco y alcohol y que llevan la cabeza al aire para evitar la calvicie, todo

lo cual no les impide hacer buenas jugadas de bolsa y ejercer la explotación del hombre por el hombre.

CAPÍTULO XIX

Resumen de la propaganda verdadera

Es inútil engañarse a sí mismo y a los demás con la ilusión. Por medio de sonoras declamaciones y de hinchadas promesas se puede captar cierta confianza y hasta excitar la codicia de algunos, pero de tal modo no se consigue una selección, sino un conglomerado sin consistencia que se dispersará fácilmente en el primer choque, como los montones de la hojarasca de otoño por el cierzo.

La *propaganda verdadera* nos ha de permitir encontrarnos más tarde cara a cara con los que nos han escuchado, sin temor de que puedan reprocharnos de haberles decepcionado como cualquier charlatán interesado de feria popular.

Tengamos presente, en principio, que nuestro ideal *no es colectivamente realizable*, porque el esfuerzo realizado únicamente en vista de conquistas inmediatas, se nos figura siempre más o menos inmoral, como el acto de caridad, realizado para evitar el infierno y conseguir el cielo. El esfuerzo lleva en sí su recompensa, aunque no siempre logre el éxito, y especialmente, por lo concerniente a las concepciones libertarias, se considera más la superioridad del fin que la actualidad del resultado. La esencia, pues, de la propaganda, persigue el llevar al dominio de la práctica las ideas superiores, casi siempre opuestas a las ideas recibidas y aguijonear teóricamente las aspiraciones individuales en la relativo, sin preocuparse en gran manera de los beneficios materiales.

Con algo de penetración sobre el funcionamiento de la sociedad, se comprenderá que la masa no está dispuesta para continuar organizando la vida de relación, al día siguiente de uno de esos sobresaltos catastróficos que, según ciertos profetas, bastarían para hacer brillar el risueño cielo de la *Ciudad Futura*. Dichosos todavía, cuando no tratamos más que de las diferencias entre nosotros sobre los medios de acción. Sin contar las envidias, las rencillas y los personalismos, hemos presenciado polémicas periodísticas dignas de competir con los más odiosos libelos. Todo lo cual nos hace creer que lejos de la *aurora roja* tan cantada y deseada, un cambio radical de la sociedad podría enemistar sangrientamente entre sí a los mismos iniciadores. Cúlpese al estado actual de las mentalidades, que han de pasar por largos periodos de evolución antes que pueda vislumbrarse el horizonte humano de la emancipación suprema.

Hecha lealmente esta declaración, la verdadera propaganda no decepcionará nunca, porque diferenciará, sin lugar a equívocos, la concepción anarquista de las demás concepciones que le son antagónicas, a pesar de haberlas considerado como vecinas en algún tiempo. Según la fórmula tradicional, el porvenir ignorará económica, intelectual y moralmente la autoridad y la explotación del hombre sobre el hombre. Pero tal resultado supone de antemano una educación preliminar del individuo.

No podemos, pues, tener comunidad ideológica con los que pretenden que la sociedad se transforme mágicamente dictando decretos, más o menos acertados o revolucionarios.

La propaganda verdadera, debe dejar las declamaciones y los elementos seductivos a los sistemas que se fundan sobre una oral autoritaria exterior al individuo. Desgraciadamente, un gran número de *socialistas revolucionarios* o *catastróficos* más o menos *antiparlamentarios*, vagamente anarquizantes, se vanaglorian de las ideas libertarias y hacen inconscientemente el juego a una forma estatista, tanto más peligrosa para la autonomía individual cuanto más influencia tiene en ella un sectarismo económico de los más avanzados.

Ejemplos como los de la Nueva Zelanda, donde se disfruta la jornada de ocho horas, el salario mínimo, retiros obreros, seguros de accidentes, ministerios obreros y demás *leyes sociales reformadoras*, indican que se puede resolver la cuestión económica, la cuestión del estómago, sin que la mentalidad de los beneficiarios se modifique en lo más mínimo. A pesar de su progreso social, ¡cuántos rancios prejuicios abrigarán aún estos dichosos neozelandeses!

La solución del problema económico es de toda inminencia, pero no puede ser superior a las cuestiones de moral social o de educación en el libre examen. Por esto no nos determinamos a formar en las filas de un sistema social reformista, pues nuestras observaciones nos hacen concluir que los hechos de orden psicológico, a veces han determinado la evolución económica de la humanidad, y que esta evolución, para que sea eficaz, ha de ser la obligada consecuencia de ideas esclarecidas. Nuestra atención, ha de fijarse primero sobre la influencia decisiva y soberana de los hombres, tomados individualmente sobre la marcha histórica del mundo. No podemos subordinar nuestras aspiraciones y nuestra actividad a una especie de *fatalismo económico*, cuyo resultado es siempre una *organización jerarquizada*. A juzgar por los resultados del triunfo del catolicismo, que es una organización moral colectivista por excelencia, que nos ha dejado un tan triste ejemplo de intolerancia, es conveniente reflexionar seriamente antes de comenzar una nueva experiencia sobre un terreno económico y sobre una base pseudo-científica.

Hacemos constar que no sentimos contra el colectivismo una hostilidad agresiva, pues comprendemos que lo mismo que otra idea cualquiera generalizada, corresponde a una etapa de la mentalidad humana, que puede llamarse *fase de la religión económica* y en la cual no pueden retardarse los anarquistas individualistas.

La propaganda verdadera mostrará que, en la marcha de la humanidad, los anarquistas reivindican simplemente la vanguardia de campeones contra los prejuicios de todas clases que embotan el cerebro humano y le impiden pensar por sí mismos. Lo importante no es que los otros piensen como nosotros, sino que piensen por y para ellos mismos.

No se trata de crear seres *a nuestra imagen*, sino individuos libres, buscando por la experimentación la fórmula de su felicidad individual y colectiva. Independientes de todo compromiso, jamás ligados a un movimiento cualquiera, pero siempre dispuestos a mezclarse temporalmente a toda acción libertadora de cualquier sitio que ella emane. Exponiendo y

proponiendo sin cesar, no imponiéndonos ni nosotros mismos ni nuestras ideas. he ahí lo que somos. Sería salirnos de nuestro papel el mezclarnos a las combinaciones groseras de la política, aunque fuese antiparlamentaria.

La propaganda verdadera recordará toda la importancia del ejemplo, del esfuerzo intentado en vista de vivir actualmente la concepción de vida personal tantas veces expuesta.

La propaganda verdadera hará comprender que, no estando nadie obligado a declararse desprovisto de tal o cual prejuicio, es inconsecuente cualquiera que así lo pretenda y no admita que sus prójimos se aprovechen los primeros de sus declaraciones. Que el camarada que preconiza o defiende las ideas de amor libre, por ejemplo, espere que los suyos tomen al pie de la letra sus apreciaciones sobre este asunto. Que el partidario de la libre discusión espere ver sus concepciones más queridas negadas en su casa y que no solo reserve para los de fuera una tolerancia que desconocen los que le rodean. ¿Cómo cambiaría el aspecto de este desgraciado mundo, si estuviéramos seguros de la sinceridad de los que nos son más íntimos de entre los anunciadores de *los tiempos nuevos*! Pero no hemos llegado aún a ese punto, no porque sea difícil el esfuerzo que hay que desarrollar, sino porque nos queda por aprender esta lección: que el menor acto en desacuerdo con nuestras palabras o nuestros escritos disminuye o debilita esta fuente interior de energía que sólo permite resistir el peso de una sociedad cuya moral consiste esencialmente en obrar de distinto modo que se escribe, que se habla o que se siente. ¿Enseñar esta lección no es el *alfa* de la propaganda verdadera?

Constatemos, en fin, que el ideal anarquista esta bien representado por esa pequeña minoría de indomables, de rebeldes, de incorregibles, esforzándose siempre en no dejarlo empañar por concesión alguna a las exigencias del medio ambiente y procurando preparar el camino para los que les siguen.

CAPÍTULO XX

El anarquista individualista y la sociedad futura

Crítica o demolición, educación o cultura, nada positivo; actividad enteramente negativa. Nos parece oír resumir así las objeciones del lector que nos ha seguido hasta aquí, formulando una última pregunta: *Vosotros, anarquistas, ¿no albergáis alguna concepción, aunque lejana, de una sociedad anarquista, de un mundo basado en la libertad, de un futuro que no conozca la dominación, la especulación y la explotación?*

Personalmente no nos gusta conjeturar sobre la sociedad futura. No solamente es ésta una idea que ha sido explotada como la del *Paraíso* lo es por el sacerdocio, sino que además tienen ambas en común la influencia soporífica que ejercen sobre los fieles que escuchan sus *maravillosas descripciones*, haciendo olvidar la opresión, la tiranía, la presente servidumbre, debilitando la energía, castrando la iniciativa.

¿Qué pruebas podemos alegar en pro de la realización de una sociedad futura? A título de fantasía literaria, un anarquista individualista dotado de imaginación podría describir una hipótesis en tal sentido, pero ¿cómo tal

visión imaginativa podría adaptarse a la mentalidad o a la voluntad general? Para que la sociedad se transforme en realidad, sería preciso que las especies en vía de degeneración, las categorías dirigentes y las dirigidas desapareciesen del globo, y esto no puede llegar al dominio de las probabilidades. Y puesto que los anarquistas exigen vivir en el presente, no podemos crearnos el derecho de adormecerles con los acentos de una música melodiosa y dulce y orientarles hacia una concepción determinada de una sociedad anarquista. Solamente el estado de los conocimientos, o el nivel de las mentalidades podrán dictar en un momento dado, los fundamentos de una transformación o nuevo régimen.

Todos lo que puede hacer el anarquista individualista es situarse en estado de legítima defensa enfrente del ambiente social, que admite, perpetúa, sanciona y facilita la subordinación al medio del individuo, colocando a este en estado de manifiesta inferioridad, puesto que no puede tratar con el conjunto de igual a igual, de potencia a potencia; la obligación en cualquier dominio de la ayuda mutua, de la solidaridad, de la asociación; la prohibición de la posesión individual e inalienable del medio de producción y de la disposición absoluta del producto; la explotación, que hace que unos trabajen por cuenta y beneficio de otros; el acaparamiento individual y colectivo, o sea la posibilidad de poseer mucho más de lo necesario y aún de lo superfluo a la vida normal; el monopolio del Estado y de cualquier forma ejecutiva que le reemplace, es decir, su intervención centralizadora, administrativa, directriz, organizadora de las relaciones entre los individuos bajo cualquier forma social; el préstamo interesado, la usura, el agio, el valor del cambio monetario, la herencia y, en fin, todas las infamias descaradas o encubiertas en que los seres humanos se debaten y se aniquilan.

Ahora bien: ¿cómo podrá afirmarse que aún desapareciendo todos los impedimentos enumerados, el anarquista se acomodaría a un nuevo estado de cosas, en el que siempre habría incógnitas y conjeturas?

No debemos insistir sobre este extremo; ya hemos dicho bastante para resumir nuestro pensamiento, que abarca todas las modalidades de la suprema aspiración ideológica y que no es otra en esencia que la elevación constante de la personalidad, reaccionando contra todos los obstáculos que se oponen a la vida y a la reproducción del individualismo anarquista.

Índice

Individualismo anarquista y camaradería amorosa	
Prólogo	07
Cuadro de situación	08
El ambiente social	08
La carrera de la apariencia	09
La complejidad del problema humano	09
El individualismo anarquista	11
Vivir su vida (fábula)	11
El anarquismo	14
Orígenes del anarquismo	15
La sociedad	15
El individualismo anárquico	16
El dominio del "yo"	16
Los individualistas y los revolucionarios sistemáticos	17
Condiciones de existencia del individualista	17
Nuestro individualista	18
AUTORIDAD Y DOMINACIÓN	18
La ley del progreso continuo	18
Origen y evolución de la dominación	20
Sobre el "bien" y el "mal"	21
VIVIR A VOLUNTAD	22
Vale la pena vivir	22
El "yo" y la alegría de vivir	22
Vivir por vivir	23
No sufrir	24
El individualismo de la alegría	25
La astucia como arma de defensa	26
La resistencia pasiva	27
El riesgo	28
Envejecer. La vida compleja	29
Fe	29
¿Es esto lo que ustedes llaman vivir?	31
La villa individualista	32
El peligro mediocrático	33
La actividad crítica	33
Disfrutar físicamente	34
La vida sensual. Camaradería amorosa	34
Consideraciones sobre la idea de libertad	34
¿Qué es el amor?	35
El ambiente social y las relaciones sexuales	36
Teoría de la libertad sexual	37
La educación sexual	38
La emancipación sentimental	39
La ruptura	40
PASTILLAS DE LIMÓN (aforismos)	41
MALES MAYORES	44
La castidad	44
Los celos	46
La coquetería en el amor	48
Caricatura burguesa del amor libre	49
Obscenidad, pudor y emancipación sexual	49
Los parásitos	51
Prostitución	52
LA VIDA PLENA	52
El desnudismo	52
La reciprocidad	53
El amor proteiforme	54
Variaciones sobre voluptuosidad	56
Arte y Ciencia	57
El arte por el artista	57
Reflexiones acerca del lenguaje poético y sus modos de expresión.....	58
Poemas	
<i>El sueño,</i>	61
<i>Sensibilidad</i>	61
<i>¿Progreso o demencia?</i>	62
Comentarios sin pretensiones (sobre la ciencia).....	62
Epílogo	
La influencia de Emile Armand en España	65
Anarquismo individualista lo que es, puede y vale	71
Advertencia preliminar.	73
CAPÍTULO PRIMERO	
La sociedad actual.	74
Cuadro de la sociedad.....	74
El ansia de figurar.	75
Complejidad del problema humano.	76
Las dos actitudes.	76
A quienes va dirigido este libro.	76
Capítulo II.	
Los reformadores de la sociedad.	77
El dolor universal.	77
Los reformadores religiosos y sus ideas.	77
Los reformadores legales.	78
De dónde emana la ley.	79
La ley en la práctica.	79
El buen ciudadano.	80

Aspiración legalitaria. -----	80
Los reformadores económicos. -----	80
Orígenes del socialismo. -----	81
El hecho económico. -----	81
Diferentes tendencias socialistas. -----	82
Votos y no hombres. -----	82
Importancia del socialismo. -----	82
Doctrina del socialismo. -----	83
Sindicalismo. -----	83
Capítulo III.	
La anarquía y sus orígenes. -----	83
Aclarando una confusión. -----	83
Definiciones: anarquía, anarquismo, anarquista. -----	84
Orígenes del anarquismo. -----	84
El anarquismo y la Internacional. -----	85
El anarquista y la sociedad. -----	85
Capítulo IV.	
El anarquismo individualista. -----	86
Concepto de anarquista individualista. -----	86
Individualismo y comunismo. -----	87
Crítica del comunismo. -----	87
El comunismo y el ser individual. -----	88
La propiedad del medio de producción y la libre disposición del producto. -----	88
La equidad como punto de partida. -----	89
Contestando algunas objeciones. -----	90
El ideal anarquista individualista. -----	93
Capítulo V	
El anarquista individualista y los reformadores de la sociedad. -----	93
Últimas argucias de los reformadores religiosos. -----	93
Mi ateísmo. -----	94
El Contrato Social. -----	95
Productores inútiles y necesidades superfluas. -----	96
La solidaridad y la actitud anarquista. -----	97
Capítulo VI	
Los cristianos y los anarquistas. -----	98
El cristianismo primitivo y Jesús. -----	98
Cristianismo y anarquismo irreconciliables. -----	101
Capítulo VII	
El anarquista individualista considerado como hombre de acción. -----	102
El anarquismo como vida y como actividad. -----	102
Teoría de la reacción en el medio ambiente. -----	102
No hay vida sin lucha. -----	103

Actitud anarquista contra la sociedad actual. -----	104
---	-----

Capítulo VIII

Voluntad de vivir y voluntad de reproducirse. -----	104
Concepto de la lucha por la vida. -----	104
Manifestaciones de la voluntad de reproducirse. -----	105
La propaganda anarquista individualista. -----	105

Capítulo IX

El esfuerzo y la alegría de vivir. -----	106
Teoría del esfuerzo. -----	106
Los parásitos. -----	107
Los ineptos para el esfuerzo. -----	108
La belleza de la vida vivida individualmente. -----	108
La educación de la voluntad. -----	109
Uso y no abuso. -----	109
¿Qué es vivir? -----	110

Capítulo X

El anarquista individualista como refractario. -----	111
El anarquista y la ciencia. -----	111
El anarquista y el amor. -----	112
Amor libre y libertad sexual. -----	112
El anarquista y la familia. -----	113
Concepto de refractarismo. -----	114
Sindicado y no sindicalista. -----	114
La resistencia pasiva. -----	115
Algunos gestos de rebeldía. -----	116

Capítulo XI

El anarquista individualista y el hecho económico. -----	116
Condiciones del trabajo en la sociedad actual. -----	116
Las colonias comunistas. -----	117
Elección de un medio anarquista individualista. -----	118

Capítulo XII

La ilegalidad. -----	118
Teoría del ilegalismo anarquista desarrollado bajo diferentes aspectos. -----	118

Capítulo XIII

De la vida como experiencia. -----	123
Diferentes conceptos de la vida. -----	123
Condiciones, fases, valor de la experiencia. -----	123

Capítulo XIV

Los anarquistas individualistas y el compañerismo. -----	125
Formamos una especie en el género humano. -----	125
Teoría y práctica de la ayuda mutua. -----	126
La vida privada. -----	126

Necesidad de la crítica de las ideas anarquistas por los mismos anarquistas. -----	127
El contrato. -----	128
Capítulo XV	
Las inconsecuencias de los anarquistas individualistas. -----	130
No es útil disimular las faltas.-----	130
Capacidad de pensamiento y facultad de realización.-----	131
El esfuerzo perseverante. -----	132
El mal compañero. -----	132
Capítulo XVI	
La vida interior. -----	133
Ninguna actividad externa sin la vida interior. -----	133
Manifestaciones de la vida interior. -----	134
Criterio de la <i>disminución interior</i> . -----	134
La rendición de cuentas. -----	135
La evolución de las opiniones. -----	135
Absoluto y relativo. -----	136
Capítulo XVII	
El anarquismo individualista como vida y como actividad. -----	136
Panorama y carácter de la lucha. -----	136
La irreductibilidad anarquista. -----	137
La actividad crítica. -----	139
Capítulo XVIII	
El anarquista individualista y las <i>propagandas especiales</i>. -----	140
Peligro de las <i>propagandas especiales</i> . -----	140
La cuestión feminista. -----	140
La unión anarquista. -----	141
El Neomalthusianismo. -----	141
La tendencia naturista. -----	142
La lengua universal. -----	143
Higiene y alimentación. -----	143
Capítulo XIX	
Resumen de la propaganda verdadera. -----	145
Capítulo XX	
El anarquista individualista y la sociedad futura. -----	147

